

**VAMOS PARANDO “EL CHAMULLO”
PARA CANTAR “MANO A MANO”.**

Cuestiones sobre la crisis del MAPU

Kalki Glauser (Alberto Serrano Castro.)

Enero 1977

Presentación

(El lector(a) sólo interesado en los pensamientos de Kalki Glauser debe obviar esta presentación)

Kalki Glauser escribió, hace 35 años en Estocolmo, “**Vamos parando el chamullo para cantar mano a mano**”. Con ése título quiso contribuir a despejar el ambiente de “*chamullentos*” que pretendían desorientar y no cantar, debido a que no sabían cantar. Podrá estimarse que el término no es una categoría política válida en academias y no define posiciones pero, se justificó y se comprobará reflexionando el contenido enjundioso del documento, centró el debate con ideas políticas duras, enjuició la responsabilidad del Mapu en la derrota y esclareció la naturaleza de la nueva situación después del golpe. Todos estos temas evitados por “*charlatanes*” que no asumían sus propios errores, refugiándose en que “*la culpa fue del empedrado*”. Éste documento quedó sin respuesta escrita, pero no pasó inadvertido y la respuesta-revancha fue retorcida. Así, por años estas 156 páginas fueron *archivadas* o *escondidas* o *traspapeladas* o convertidas en *ilegibles*. Hoy se entregan a CEME para conocimiento general y son instaladas en la mesa para su discusión, conectando el debate actual con sus antecedentes históricos. Porque éste trabajo de *Kalki* - con un trato valiente, original y lúcido, usando la “*crítica como un arma*” y la autocrítica al estilo que el Mapu recomendó en sus tesis originales “*no temer a arriesgar verdades consagradas y sagradas*”- tuvo el mérito de iniciarlo temprana y críticamente después del golpe planteando los temas y problemas que según su entendimiento la derrota -como hecho y momento histórico- colocó a vista de todos nosotros. *Glauser* integró la Comisión Política del MAPU y siempre fue respetada su capacidad analítica y reconocida la agudeza e independencia de sus juicios, pero él mismo nunca se consideró “*el escritor del comité central*”. Aquí escribió para criticar por igual, la línea oficial del partido y la que se oponía a ella. Pues, en el fondo, ambas tenían mucho en común, incluidas las diferentes dosis de *charlatanería*. El lector curioso reconocerá sin dificultades el tipo de bisturí que usó cuando ejercía la crítica y el destino que le asignó a las verdades sagradas, que él no tuvo inconveniente en sacrificar después de la derrota. Aquí hay importantes aportes para *perfilar* la naturaleza de la *dirección política y sus reglas*. El tema está en tabla, lo puso el estimulante grito callejero de estos tiempos: “*el pueblo unido avanza sin partidos*”. Flota en el ambiente un desafío a la imaginación en lo que a dirección se refiere; asignatura pendiente e imposible de resolver a la antigua por la vía organizativa con una “*mesa coordinadora*” más, o propiciando una “*asamblea*”, menos aún *omitiéndose* y *sometiéndose* a los administradores del modelo. En este legado hay materiales que, bien observados, ayudarán a superar dificultades para no *pisar palitos* que entrampan el avance, para no confundir pausa con empantamientos, para asegurar y mostrar logros no dejándolos pasar ni regalarlos y para combinar belleza con sabiduría al momento de orientar las luchas contra *estos*, *aquellos* y también los *otros*, y no menos importante: para conservar la *indispensable autonomía* o contribuir a su definición en las condiciones de *hoy*. No faltando incitamentos para que la deducción y extracción de ideas se haga donde corresponde: observando e investigando a la vida del pueblo y las condiciones en que se han dado las luchas anteriores; pues no ha resultado y no es recomendable pedir las prestadas.

Mientras lo anterior es cultivado, madura o *mastica* y se *digiere* esta desclasificación, en esta modesta presentación parto con referencias al impacto que dejó y a las circunstancias existentes en 1976-77 cuando se conoció. Luego hay algo sobre las razones políticas que hicieron posible y perdurable el mencionado “traspapeleo”, para luego entregar algunos detalles sobre rasgos de la personalidad de Kalki escribiendo este legado. Evito comentar al detalle el contenido de Glauser estimando que es privilegio soberano de lectores interesados hacer la lectura e interpretación sin interferencias. Asimismo, disculpas anticipadas ya que en ocasiones estoy obligado a ser personal en el relato.

I.

El trasfondo y marco fue el “*remezón*” que desató la derrota con exilio mapucista en versión europea específicamente sueca. Los sacudones fueron cruzados, para empezar una composición variada y no programada mezcló militantes de base con dirigentes de distinta trayectoria o nivel. *Cancheros* y capitalinos de dilatada trayectoria súbitamente mezclados con cándidos principiantes y provincianos, cada cual con mochila, experiencias y expectativas variadas, todos iniciando la *nueva existencia social* como exiliados políticos *derrotados* con preguntas en los labios condimentadas con los sinsabores y secuelas del fracaso. Eso determinó temas a ventilar, incitó el inquirir y demandar explicaciones.

La discusión empezó dura, confusa y con disputas fraccionales donde métodos *truculentos* para ventilar los asuntos, limitó y entrabó la disputa que exigía ser “*mano a mano*”. Para desgracia se alimentó un análisis autocomplaciente declarando: “*en lo esencial nuestra política fue acertada*”, contradiciendo la experiencia de cada uno e insultando el sentido común. Empeoró, cuando las “eminencias” de entonces idearon una dictadura aislada, débil, sin apoyo ni recursos y sin dirección política, cuando la represión era muy dura -objetándose groseramente los testimonios desde Chile- los hechos pasaron la cuenta y el precio fueron vidas humanas, la lectora (or) sabe los detalles. Otros errores aparecieron cuando actividades prácticas solidarias chocaron con negociados oscuros, nos incorporamos al trabajo solidario con una prioridad: boicotear al comercio dictatorial; los puertos eran estratégicos y fuimos varios los que nos hicimos *estibadores* descargando materias primas diversas pero con los ojos puestos en cargamentos de Cobre. En eso estábamos y pronto,...sorpresa: la dictadura quiso lavar su cara, previo a una reunión de la OEA en Santiago, mediada por la CIA engendra un ***trueque*** con el Partido Comunista: liberan a *Corvalán* depositándolo en el aeropuerto de Zúrich, los soviéticos en paralelo entregan a *Bukoski*, un intelectual soviético que apresuradamente descongelaron en el trayecto desde Siberia. El trabajo solidario proletario era reemplazado transando presos *de selección*. Aunque ése fue uno de los temas, la indecente movida tenía más derivaciones de fácil deducción, en honor a la brevedad sólo dejo constancia de la grosería relatada, habitualmente “olvidada” en el relato de la “heroica” lucha contra la dictadura. Frente al vergonzoso negociado, la dirección del Mapu guardó silencio cómplice y se sumó a la versión de radio Moscú: “la presión internacional obligó a la dictadura a liberar al secretario general”. Luego veríamos más escándalos.

Fuimos testigos y celebramos en las calles la humillante derrota norteamericana en Vietnam. Meses después presenciamos cómo ese mismo ejército vencedor y heroico invadió y desalojó del poder a lo que hoy es Camboya y antes se llamó Kampuchea, dirigida también por un Partido Comunista como Vietnam; fue imposible digerir esos tragos amargos cuando luchadores comunistas se mataron entre sí y las barbaridades que “justificaron” la guerra entre comunistas hacía doblemente difícil aceptar el internacionalismo que se practicó. Así y todo, viendo como se manejaban los asuntos del movimiento comunista internacional, en nuestra candidez y provincianismo, no atinábamos aún a plantearnos que éramos testigos de una dinámica que terminaría donde terminó: con la caída del muro e iniciando el fin de la pesadilla que por más de medio siglo distorsionó los principios del siglo XIX. Sólo quedamos algo sorprendidos del desagradable espectáculo comunista asiático, pero se acumularon más hechos y evidencias; es decir sólo olfateamos que algo se había podrido. Al documentarnos después sobre la historia de la Revolución española entendimos que ya habían antecedentes sangrientos y siniestros.

Empezamos a tomar nota y a vincular todo con otros asuntos, inéditos y simultáneos que nos involucró directamente la experiencia diaria como refugiados incorporándonos a una sociedad con funcionamiento distinto a la chilena que dejábamos, estaba trastocando y afectando la vida y repercutiendo en la estabilidad personal y con consecuencias políticas. Las cosas eran graves y complejas pero de ilustración fácil: *las mujeres tenían los mismos derechos que los hombres*. En buena hora pensará la lectora (or). La dificultad consistía en que no se trataba de declaraciones de principios, ante las cuales uno, **no** tiene dificultades y es facilísimo expresar acuerdo. Las complicaciones eran con: ***las consecuencias prácticas de los principios***. La hora de la verdad había llegado; éramos conminados a practicar en la cocina, en sus quehaceres y en el living delante de la familia y muy importante también: en el dormitorio. Es decir, debíamos con actitudes demostrar la coherencia práctica, derivada de principios. O, que los principios sirven en la medida que son practicables y practicados. Y además que esas exigencias de coherencia son válidas y deseadas en todas las esferas de la vida, incluidas las consideradas íntimas con la compañera, en los momentos más delicados, sublimes, exquisitos y saludables. *¡En chilito habíamos pasado piola, cuando la práctica no coincidía con la teoría!*

Asistimos a un proceso que destapó todos los rincones de la vida considerados privados y muy cuidados, que deformadamente se estiman *zonas sin política*. Ahora todo era ventilado y cuestionado abiertamente. La dinámica rupturista quebró *todos* los marcos de referencia y de los roles individuales y colectivos, con efectos en la vida cotidiana. Los antiguos horizontes estrechos y provincianos entraron en contradicción con nuevos horizontes emergentes. Un antes y un después, era como que habíamos descubierto la rueda; *¡la práctica es coherente con principios!* Y además como exigencia de salud mental. Observado hoy, nada de raro pues eran nuevas las condiciones de nuestra existencia y ello generaba contradicciones. Habíamos llegado a Suecia y no a otro lugar del planeta.

Luego estaba pendiente el tratamiento que se le diera a estos asuntos, pues eran asuntos políticos con consecuencias políticas. Empezaron otras dificultades que adquirirían dimensiones nuevas y graves; se estimuló la crisis. La problemática no figuraba en los manuales de dirección política y había que arreglárselas de acuerdo al mejor criterio. Desde luego, las direcciones también estaban cruzadas por esos conflictos. Se nos rebeló a nosotros mismos que, como militantes “revolucionarios” (según nuestra propia e ingenua definición), teníamos contradicciones, ahora floreciendo. En esferas hasta esos momentos sin tocar y donde la revolución y sus sacerdotes habían instalado su luz roja. El impacto político-sicológico de ése proceso fue inmenso, algo así como una especie de *contra golpe* con efectos contrario al golpe anterior; pues se estaba produciendo una liberación. El lector(a) me disculpará si argumento que no es éste el lugar para extenderme sobre todo aquel maravilloso proceso que el exilio alumbró. Lo enuncio porque era parte del cuadro existente en la militancia del exilio cuando este documento aparece y, aunque *Glauser* no toca el tema, estábamos *todos* involucrados, estremecidos y trastocados, desde *capitán a paje* recibiendo y soportando los estertores. Reside ahí una veta recomendable a explotar por generaciones actuales y futuras, lo deben enfrentar sin complejos aprovechando y haciendo buen uso de la dinamita social que se esconde en zonas estimadas privadas y fuera de lo político, pero incubadoras de dobleces y cultivadoras de un tipo de militantes castrados y analfabetos, sentimentalmente hablando. En el fondo, funcionales al sistema en la medida que reproduce la manera reaccionaria de vida cotidiana. Un tema que tendrá continuación.

Con todo, no debiera quedar la impresión que lo estábamos pasando mal, más bien lo contrario, en la experiencia que vivíamos también pudimos ver el otro lado de la moneda. Por esos mismos años emergió en América *Rubén Blades* y al compás del nuevo estilo de salsa y temas muy apropiados que introdujo, los locales donde se organizaban las populares y memorables *Peñas* para la recolección de fondos se nos hacían estrechos y se volvían elásticas al son de *Pedro Navaja*, *Pablo Pueblo* entre otros mensajes con contagiosas melodías, ritmos y con los coritos que todos balbuceábamos en aquellos sudorosos ambientes nocturnos. Con la llegada de marinos liberados, que habían sido apresados antes del golpe se formó una muy popular y rítmica orquesta “*Los Bacinicas*”, que amenizó célebres jornadas combinando solidaridad, política en las condiciones señaladas, anti-pinochetismo, comida más o menos, e intentos de platos titulados como “típicos” y otras cosas. Los integrantes de la bandita le ponían mucha voluntad y ganas. Pero sus componentes eran marineros y no músicos; había que estimular la imaginación propia para pasarlo mejor y conformarse con la idea de que los compañeros tenían una historia meritoria, ya que habían estado dispuestos a “*echarle para adelante*” pero desgraciadamente habían caído antes del golpe, con la venia y declaraciones condenatorias del mismo Allende. (Luego, con la llegada a Suecia Juan Cárdenas se empezaron a conocerse los pormenores de lo que les había pasado y lo que habían conversado con la dirigencia de la izquierda). Los lectores conocen el tema, acá lo que interesa es dejar establecido que *Los Bacinicas*, hacían lo que podían y contaban con nuestra tolerancia al momento de evaluarlos musicalmente, pero con ellos se puede aplicar aquel dicho “*con lo bailado en aquellos años, la crisis políticas se hacían más llevadera*”.

Así, cultivando los compases musicales referidos en medio de toda la zalagarda, surgieron también las lecciones que la práctica nos iba enseñando y no nos demoramos mucho en aprender, comprender y entender los nuevos roles que la Suecia de aquellos días nos tenía reservados. Parafraseando al “*temucano*” se puede decir que aprendimos “*tácticas europeas*” y pudimos ampliar los métodos para entusiasmar a compañeras y atraer sus miradas; la cosa funcionaba diferente a como habíamos aprendido en chilito, por no decir, funcionaba al revés. En Escandinavia; éramos elegidos y no había que elegir ¡Y funcionaba! Nada de raro, en la medida que se practicaba aquello que nuestra mentalidad provinciana y machista no nos permitía apreciar, *entre hombres y mujeres: los mismos derechos*. No tengo inconveniente en aceptar que se considere esta parte del relato como inapropiada e impropcedente con temas pueriles o, quizás porque contradice todo el rosario de lamentaciones que habla “*del duro pan del exilio*”. En lo personal estimo como necesario que empiece a emerger la otra cara de la medalla y nos dejemos de imposturas. En lo que a Estocolmo se refiere por aquellos años había quienes lo pasaban mal, pero también se pasaba bien. Y no podía ser de otra forma. Los detalles relatados tienen que ver con las consecuencias de estar ensayando una nueva vida en donde nuevos roles aparecieron y otros desaparecieron. Ése proceso tiene ***mil facetas***, pretendo insinuarlo porque aún queda mucho en el tintero y no tiene cabida en este contexto, más allá de lo ya expresado.

Mientras todo lo anterior sucedía la situación tenía su propia dinámica, seguía su propio curso, independientemente de los avatares señalados. En algún particular momento: aconchó y *tocó fondo*. Ahorra palabras el siguiente dato: siendo los mapucistas de entonces unos 15 militantes estuvimos prolijamente organizados como en cinco fracciones diferentes. Se comprenderá sin esfuerzo que nada perdurable y sano podía surgir de tal situación. Se imponía un gesto único en esas circunstancias; mirar el asunto de frente, a los ojos. Habiendo tocado fondo, había que explorar las posibilidades que el fondo ofrecía y, en lo personal, opté por no volver la vista hacia la superficie intentando escapar del fondo. Estimé que debía hacer lo contrario, es decir, ***mirar y averiguar si efectivamente habíamos llegado al fondo***;... *¡tratando de evitar nuevos engaños! ¡Había que hurguetear el fondo!*: paulatinamente se perfiló el diseño de lo que sucedía, había en marcha una política: *esfuerzos programados, que estimulaban la confusión como método de dirección política*. Se explotaba el conocido, popular y socorrido *chamullo*, para ganar adeptos en medio de la confusión. Y desde luego, el reverso de la medalla delatando la intención final; evitar y/o sustituir la argumentación razonada y coherente. Los “muñecos” de entonces, también,... *¡movían la culebra!*

Había una pregunta de fondo en que yo mismo hice trabajosos esfuerzos para formularla de la forma que mejor explicitara lo que sucedía: ¿eran nuestras deficiencias como militantes, las que toleraban y sostenían todo aquello? Hice mi propia introspección y el resultado queda nítido si lo explico así: sentí por primera vez desde mi militancia la urgencia de leer y estudiar el *Manifiesto Comunista*,... para empezar por donde correspondía. Para, en palabras de Glauser, *empezar a cantar mano a mano*. Era la ignorancia como militantes la que había estimulado surgimientos de organizaciones que estaban en plena crisis y que demostraban no servir para nada bueno. Y lo anterior queda dicho con el mayor respeto por los compañeros que estimen lo contrario y opten por

obviar el trayecto histórico. Al mismo tiempo, el lector(a) observará que en la pregunta y en la respuesta formulada, está claro el hecho insólito pero verdadero y revelador que en chilito nunca había tenido en mis manos un ejemplar de aquel texto fundacional. Y no tengo inconveniente en confesarlo, porque no me consideré la excepción. En medio de ése cuadro turbio, surgía como necesidad la búsqueda de la *contra-partida*; aprender el cultivo de técnicas y métodos para moverse y nadar en aguas turbias, turbulentas, sin perder el rumbo. Había que vislumbrar las posibilidades inéditas de la nueva situación. Había que descubrir las salidas o abrirse camino hacia ellas pagando el precio; sacudir el yugo de una militancia partidaria asfixiante, domesticadora y enajenante. Había que agarrar el asunto con las manos. Había que optar. *¡Y todos optamos!* En mi caso *¡Basta de militancia ovejuna y carneril!* Alienante. Y se inició el viaje sin retorno a una vida más plena, sin militancia. Había una vida más rica sin el yugo de la militancia, una vida recomendable que tiene infinitas variables.

En medio del cuadro de circunstancias anotadas se conoció el contenido de este documento y fue apreciado como una herramienta que facilitó la *separación de aguas*. Y desde entonces y para estos días quedaron y por escrito los temas relevantes de entonces, tratados con elegancia y transparencia en los razonamientos. La diferenciación sutil y el contraste esclarecedor sólido e implacable de temas, facilitó la distinción de lo que era simple *paja y lo que era trigo*. Eran los deportes favoritos del autor, los cultivaba y lucía envidiablemente. El llamado a *parar el chamullo* tuvo así su primer efecto y se restablecía el justo lugar a cada cosa. La profundidad que había adquirido el proceso chileno del que habíamos sido testigo, había creado el terreno, la base y las condiciones favorables abonando el terreno para los que tuvieran condiciones, interpretaran la situación nueva después de la derrota: Glauser es un ejemplo de compañeros capaces de mantener la mente serena y hacer uso de poder analítico y capacidad de deducción o de inducción, haciendo inferencias, tomando perspectiva y proyectando contenidos. La abstracción usada como arma, que practicó y desplegó *Kalki Glauser* en este documento, lo deja en una fuente rica de contenidos indispensables a conocer y un regalo a las generaciones actuales. En su manera de exposición, el ordenamiento de las ideas va de la mano a la profundidad en el trato de los temas de esos años. Muchos de ellos el tiempo se ha encargado de colocar nuevamente en la mesa. Un lector atento apreciará y capturaré esos sutiles y vitales detalles. Y valga la aclaración: no estoy propiciando aquello de que “*aquí están las respuestas*” o la “*hoja de ruta*” para solucionar los problemas actuales. *¡Aquí hay aportes!*

Los meses pasaron y *chamullentos-predicadores*, que el joven partido había logrado incubar cuando perdieron las caretas con que disimulaban sus truculentos *payasadas*, terminaron todos (o la mayoría) subiéndose al carro donde se cocinaban los acuerdos cuando *vendieron el alma al diablo* en 1985. Nunca fueron capaces de rebatir con ideas el esqueleto argumental del documento y no existen testimonios escritos al respecto. Nunca ha sido tan cierto aquello de que “hay cosas, asuntos que sólo el transcurrir del tiempo aclara”. Los años han pasado y los sujetos *chamullentos y charlatanes* que este documento desvistió, están terminando sus *conversos* días, no por casualidad, rodeados de *gorilas con lentes oscuros* como guarda-espaldas, oficiando como gerentes de empresas multinacionales. Algunos endilgan mensajes

conservadores defendiendo la propiedad privada desde columnas impresas en la cadena mercurial de diarios. Otros, son vulgares *palos blancos-comisionistas* de empresas europeas que trafican con armamentos, vendiendo aviones y/o material de guerra. No pocos añoran sus puestos en los gobiernos “alegres” con sobresueldos y se entusiasmaron defendiendo y rescatando a *Augusto José Ramón* desde Londres. Varios se encargan de legislar binominalmente, sancionando las leyes, practicando el desprestigiado y conocido *cretinismo parlamentario*, para mejor mantener y conservar los privilegios de tres o cuatro familias con vínculos transnacionales. Uno que otro, recorren los salones de palacio jugando el rol de “*corre ve y dile*”, vulgares recaderos, consultores o alcahuetes. Y no faltan los que desde la cátedra se dedican a difundir “*la ciencia del enriquecimiento*” (en versión renovada y conversa), posando y viviendo de deformados recuerdos y de paso ocultando o traspapelando documentos, incluidos los que ellos mismos escribieron cuando consideraban que el Estado burgués era despreciable; hoy evitan cuestionar al estado, a sus defensores, sus leyes e instituciones. En definitiva, los *chamullentos* de Gardel se juntaron con los *predicadores* que había denunciado nuestra Violeta en los sesenta. Desconozco aún si la literatura y el arte generada en las últimas décadas, han dado cuenta y plasmado estas imposturas y dobleces de personajes de nuestra historia, parte del *exilio dorado* y chamullento que vivieron. La cháchara y la verborrea anticomunista que los embajadores de *Tatán* hoy desparraman desde sus sillones en París o México, es lo mismo que siempre han dicho los reaccionarios y no es arte.

II

En la década de los ochenta, distintas circunstancias políticas se entre-cruzaban y hacían vislumbrar la posibilidad de re-configurar el cuadro de la izquierda. Con ello también se precipitó la urgencia de crearse un espacio y reubicarse en el nuevo “*rayado de la cancha*”. Éste, se venía insinuando desde variados ángulos por personajes e instancias que *emitían* señales desde el Pentágono, su eco con algo de *remilgos* y disimulo *rebotaba* en la dictadura, aunque no en todo el gobierno de A. J. R., luego *re-picaban* en la Iglesia, las *reproducía* y *potenciaba* la Social Democracia Europea, y terminaron *excitando e incitando* a la élite de dirigentes que se oponían a la dictadura que eran en realidad el destinatario buscado y deseado. El espectro opositor era amplio y en su interior, paulatinamente unos pocos y después muchos, empezaron a sentirse *energizados, llamados e impulsados* a apresurar la marcha colocándose en la fila, en vistas a acomodarse y asegurar un buen lugar en la mesa de las negociaciones. A continuación empezaron las risitas con rubor, los gestos y las ventanas se agitaron, las infaltables gárgaras a favor de la propiedad privada complementadas con los rutinarios y reaccionarios conocidos escupitajos anticomunistas. Todo combinado con seminarios internacionales sobre la democracia, esto y lo otro, sin olvidar los derechos humanos y la necesidad de respetar el Estado de Derecho y la Dignidad de las malditas *Instituciones Armadas*. Se insistía en la urgencia de renovarse, mirar al futuro y convertirse. Todo un espectáculo fue el preámbulo con vistas a la suscripción del llamado “*consenso de 1985*” con las FF-AA. Se dijo que había que darle *governabilidad* a chilito, pero en el fondo, era la exigencia de las multinacionales. Como se acostumbra en ésas circunstancias, rápidamente tales exigencias se *transmutan* *mercurial y editorialmente* en un folklórico *¡clamor nacional!*, que en períodos

de protestas sociales siempre se apodera de gobernantes y oposición. Todo fue conversado y gestado en secreto, a espaldas del pueblo,...en primera instancia. El Mega proyecto también exigía víctimas. Primero cayeron las banderas iniciales levantadas en las protestas de principio de los ochenta.(La trayectoria de aquellas “*banderas archivadas*” espera aún que alguien le haga su síntesis). La segunda víctima, consistió en sacrificar la verdad y se hilvanó una *re-visión* de la historia con el propósito de diseminarlo entre el público; una especie de relato. No se podía borrar la historia, pero sí se podía hacer una nueva versión de ella, que conjugara las conveniencias e intereses de todos los comprometidos en el pacto de 1985. Como componente de la fuerte dosis de amnesia colectiva, no había que dejar circulando todo el contenido y debate que años antes se había desatado en la izquierda revolucionaria chilena: había que archivar, desconocer o ignorar todo lo que cuestionara el sustento capitalista de lo obrado por la dictadura y que revelara su verdadera naturaleza de clase. Y muy importante y complementario, ***había que traspapelar, ocultar y no mencionar todo el cúmulo de errores que las direcciones de la izquierda habían cometido en el hermoso y rico proceso que terminó con el golpe.*** En ésos afanes, el documento que hoy rescatamos fue obligada y debidamente *traspapelado* y/o había que convertirlo en *no legible*. La discusión política que originó el: *Vamos parando el chamullo...* había que pasarla por alto Y así se hizo. Estimada lectora (or), no estoy afirmando que todos los mapucista fueron cómplices de esta movida. Afirmando que la élite dirigente en aquellos años se coludió y las razones políticas de ello ya están mencionadas. Todos los pormenores han sido debidamente documentados y demostrados. Y están disponibles en la red, conformando material suficiente para intentar una interpretación más honesta y sin miedo de los distintos fracasos y nuestro rol en ellos. Y está en su lugar un fraternal llamado a los compañeros que militaron en ése partido y que se han resistido a servir de comparsa de los que se ***re-convirtieron***; llegó el momento de sumarse al grito callejero aportando experiencia, potenciando el grito, porque es cierto: el pueblo unido avanza sin partidos. Y si aún quedan dudas, una lectura a éste legado de Kalki será suficiente y levantar más la voz con el grito mencionado.

III

Ligada a la historia de este documento están las características personales que el autor le imprimió a la forma de expresar su vida. Para ilustrarlo obsérvese lo que sigue; los que *caímos* en Suecia, fuimos atendidos, servidos, alimentados y vestidos de una forma excepcionalmente generosa por el Estado sueco. (Y lo dicho, en nada pretende disminuir el hecho cierto que la sociedad sueca es una sociedad de clases con características particulares y negativas, agravadas en los últimos años) El hecho fue que pronto y de la noche a la mañana nos vimos sorprendidos también con que teníamos las necesidades básicas aseguradas,... por ley. Lo anterior no era un detalle menor en la medida que se abría ante nosotros la puerta a un futuro distinto a lo que había sido hasta aquella fecha nuestra existencia, pues una de las preocupaciones principales de la vida en chilito siempre ha sido, la lucha angustiante por el sustento. A pesar de lo anterior, nuestro intelectual *Glauzer* optó por ganarse la vida; haciendo *aseo*, ejerciendo su existencia diaria como *limpiador* en el *Teatro Real de Suecia*. Su opción sorprendió a muchos; se esperaba que hiciera uso del status diregencial evitando *sudar la gota gorda* en labores consideradas por *otros* de su nivel

como poco adecuado o glamoroso. *Glaser* no tuvo inconvenientes en asumir que era un simple mortal, con jinetas artificiales y prescindibles. Tuve el privilegio de reclutarlo para el oficio mencionado y ahí, como colega nos conocimos. Compartimos durante largo tiempo e hicimos una excelente *yunta*. Luego optamos por reinventarnos reapareciendo en calidad de aplicadísimos: *lavadores de platos*, en un caluroso, estrecho y mal oliente rincón de cocina en la *Pizzería Leone*. Continuamos en el Pub-restaurant; *El Convento*, que en contraste a la serenidad, frialdad y buen trato que sugiere su nombre, era el refugio de un determinado tipo de clientes divertidos y con otras características, las cuales no es el caso referir ni detallar acá. El caso fue que ahí llegamos reclutados por un par de españoles republicanos; *El viejo Luis y don Justo*, hicimos una eficiente *cuadrilla*. Estos detalles vienen al caso y están ligados al presente documento pues, *Kalki* lo concibió y escribió durante el tiempo en que se ganaba “*los porotos*” en las prácticas referidas y las menciono porque le deberían dar al lector (a) una imagen de la humanidad que lucía el que concibió estas 156 páginas reflejando una actitud ante la vida y sus esferas y los ojos o cosmovisión con que él miraba. Fue durante el tiempo en el Teatro indicado, el lugar más apropiado para combinar la práctica intelectual y la de aseador. En 1976, habíamos convergido allí un grupo de militantes del “*polo revolucionario*” chileno (con domicilio político variado) contratados como aseadores “*reales*”, pronto el grupo fue incrementado con compañeros de otros países sud-americanos que estábamos en la misma onda política o, *pará* que era como en aquellos años decíamos. Con ironía y algo de humor negro nos bautizamos; “*brigada venceremos*”. Parte del tiempo lo consumíamos discutiendo de política, todos éramos derrotados. La presencia de *Kalki* tenía un peso propio y muy específico. Él nunca hizo alarde de ello y todos sabíamos que estaba trabajando su documento y los temas que ventilábamos en la mesa de debate muchas veces los colocaba él mismo. Y cuando sabíamos que tenía párrafos terminados, le hacíamos el *hueco* y procedíamos a instalarlo con una máquina de escribir (Olivetti) portátil, en un cuartucho del subterráneo,... y pasaba *piola*. Mientras él hilvanaba sus ideas y las trasladaba al papel, el resto lo reemplazaba limpiando los wc, fregando las baldosas, pasando la aspiradora en el salón o limpiando camarines. Entre estos estaba el de Ingmar Bergman, Bibi Anderson, Tomy Bergren (protagonista de películas memorables como *Elvira Madigan* y *Joe Hill*). A *Glaser* lo interrumpíamos sólo y exclusivamente, cuando había ensayos debido a que la administración del teatro exigía silencio. Pausa que aprovechábamos para la lectura individual o disfrutábamos observando los ensayos de Bergman (una exquisitez y privilegio) o, simplemente prolongábamos el desayuno o nos encerrábamos en el reponedor *Sauna*, cuando el clima y la temperatura con 15-20 grados bajo cero lo recomendaba. Eran los momentos estelares; se abría el debate político e intercambio general de información al interior de la *brigada*. Luego, todos volvíamos a nuestras labores. *Kalki* (lo habíamos re-bautizado como *papelucho*) volvía disciplinadamente a su cuartucho y la pequeña máquina de escribir reiniciaba su repiqueteo característico. Éste lo disimulábamos o anulábamos manteniendo una aspiradora industrial funcionando, administrada por uno de nosotros de forma que el ruido no fuera monótono y diera efectivamente la impresión que alguien trabajaba intensamente. La movida resultaba. Pronto el documento pudo ser imprimido y distribuido y despachado a distintas partes del planeta.

En lo que se refiere a mi personal trato con *Kalki* debo agregar: estando en Chillán cuando se **gestó** el Mapu y durante *gran parte* del proceso 68-73 los documentos que él escribió siempre fueron leídos atentamente. Con lo limitado de mis recursos intelectuales trataba de entenderlos y ponerlos en práctica en el trabajo político cotidiano de aquella luminosa época. A él, personalmente nunca lo había visto en Chile, pero igual me entusiasmaba la calidad de sus análisis. Conociéndolo en Estocolmo en las condiciones relatadas, por el sólo contraste con la actitud que tuvieron otros dirigentes a los que también leía en Chillán, puedo decir que su personalidad no me dejó indiferente y no fue difícil para mí entender que tenía un compañero de trabajo que apoyó el despertar y que cultivara muchas curiosidades sobre la vida en general y la política en particular. Y si tuviera que mencionar una de sus cualidades intelectuales que más respeto despertó, fueron sus análisis sobre situaciones concretas, sin recurrir a citas de personajes antiguos, por respetables, heroicos y memorables que sean, para legitimar sus argumentos. El *muchacho* tenía vuelo propio y se elevaba lo suficiente como para lograrse una muy buena perspectiva. Luego iniciaba el trayecto contrario y en terreno se nutría de detalles de la vida diaria y cuando tenía material suficiente, volvía a levantar su vuelo usando sus propios recursos, valiéndose de sus apuntes. Lo notará el lector (a) en el transcurso de las páginas que tiene en sus manos. Un deporte digno de prácticas más asiduas y generalizadas, que pone el énfasis en la calidad propia de los instrumentos de análisis que se utilizan para escarbar y hacerlo profundamente en la realidad concreta y llegando al fondo, asegurándose de que efectivamente estamos en el fondo, pienso que la originalidad tiene allí su residencia.

Viene al caso la mención que Violeta hizo de los estudiantes, advirtiendo a la concurrencia que estos eran *gallos* vivaces; “**sabían distinguir lo que era afrecho cuando les decían que era harina**”. Hoy, son esos *gallitos* los que han tomado la iniciativa, formulando los **reales** problemas del pueblo cuando prácticamente todas las eminencias, en estos años, estuvieron dedicados a pensar en otro tipo de problemas e ignorando otros. Pensando en nuestro autor y el contenido de su documento cabe recordar, que en tiempos mozos, cuando todavía se llamaba **Leonel**, estudió *ingeniería* en Valparaíso. Cultivando ése *ingenio*, practicaba el hecho simple conocido: que *dos más dos son cuatro*. Los *chamullentos* de hoy, como los de ayer, dirán que es una verdad con modificaciones, que hay que matizar, no importa. Pero sigue siendo cierto que a cuatro se puede llegar de infinitas maneras. El conocimiento acumulado al cual los estudiantes tienen acceso, mas el ambiente en que se mueven donde se cultiva y alimenta más conocimiento, debería usarse entre otras cosas para dilucidar y explicitar aquellas infinidades de formas. El ocultismo político sabe que su secreto y escuálido éxito consiste en velar u ocultar aquello.

Para desenmascarar todo ése encubrimiento están los conocimientos y **sus** estudiantes. Las divagaciones anteriores derivan de la constatación histórica, (una constatación con antecedentes históricos); que uno de los problemas, que se ha presentado **en los momentos decisivos** es la existencia un déficit de conocimiento y sabiduría. Como quien dice; en los momentos claves, hay una imperfección y notoria carencia en la calidad de lo que se produce a nivel de sabiduría y conocimiento.

Pues, cuando se exige que deban obligadamente coincidir:

- Es una necesidad vital, de vida o muerte, el tener acceso directo al aprendizaje fácil y manejo virtuoso e ingenioso de *las armas de la crítica*. Se pueden y deben evitar fracasos echando mano a análisis que aprecien certeramente la totalidad de los escenarios en los que se libra la lucha, incluyendo en ello la valoración adecuada de las fuerzas propias como de los que están en “la otra vereda” y la visualización certera y no desdibujada de los objetivos. Todos esos productos deben flotar en el ambiente, ser visibles y de propiedad común.
- Por otro, la necesidad también vital, de vida o muerte, que el producto en la forma de conocimiento, condensados en análisis perspicaces que esas *armas de la crítica* generan, se **convierta en fuerza material**; que el pueblo las identifique e interprete como propias en la medida en que expresan y explican sus condiciones de vida y dibujan una salida nítida a los conflictos, condición indispensable y necesaria para transmutarlas en una adecuada, razonable y oportuna crítica de las armas.
- Si lo anterior **no** coincide, la derrota es segura y todo queda en simple y sangriento **chamullo**. Ayuda de memoria y sólo para citar el más garrafal, evidente aunque vergonzoso y **todavía disimulado** fracaso revisar: 11-09-1973.
-

En realidad todas son reglas antiguas, rondando a lo menos desde el siglo XIX, y no son de mi autoría pero que también han sido traspapeladas. Me permito rescatarlas debido a que son varios los signos preocupantes que existen en el ambiente cuando se observa la reiteración de errores con rostro conocido. En la memoria histórica hay uno de éstos errores y tiene su origen en el “*hacer la vista gorda*” sobre reglas a las que necesariamente está sometida la contienda actualmente en marcha. Al respecto conviene tener presente las premoniciones que abruman en la vereda del frente: al decir de un personaje transversal de la derecha intelectual dura, en versión Chicago, ex presidente del Banco Central y ministro en la dictadura, por añadidura cuando llegó la alegría concertada reciclado como *Rector-gerente* de la Universidad *Finis-Terrae* llamado *Alvaro Bardón*, antes de fallecer, hace pocos años, escribió en El Mercurio advirtiéndole a sus compinches: “***cada cuarenta años en chile queda la grande,...toca por ahí como el 2013-2015***”.

¡Lo dijo él! ***Va a quedar la grande***

Nota: el documento “*Vamos parando el chamullo para cantar mano a mano*” lo firmó Kalki Glauser con el seudónimo de: ***Alberto Serrano Castro***.

Zenón Alvarado Acevedo
Abril-Mayo del 2012

.....

VAMOS PARANDO “EL CHAMULLO”

PARA CANTAR “MANO A MANO”

Kalki Glauser (Alberto Serrano Castro.)

Con esta frase concluíamos, hace casi dos años, nuestro folleto ¿QUE GOBIERNO PROVISIONAL?. En él habíamos discutido, a través de la crítica del llamado “documento de junio”, los supuestos teóricos y las consecuencias prácticas que implicaba el planteamiento hecho por la dirección de nuestro partido acerca de que el objetivo político de éste en “el actual período táctico” habría de ser “el derribamiento de la Dictadura y la instauración de un gobierno revolucionario provisional”. Como resultado de ese trabajo formulábamos nuestro escepticismo acerca de que el MAPU, y en general la izquierda “revolucionaria”, estuviese en condiciones de asumir en los hechos los objetivos que se proponía en las palabras. Y nuestra duda respecto a la realidad de las premisas de las cuales su línea política partía, a saber, el carácter “táctico” de la derrota de setiembre de 1973 (ver párrafo 265 y nota 187 de aquel escrito). Dijimos por eso que allí estaba la cuestión central por investigar y que, si como producto de ello llegábamos a concluir que esos supuestos eran falsos, si se hacía evidente lo ilusorio de tales objetivos y premisas, entonces había que terminar de una vez la fullería y decidirse a cambiar de canción: “empezar, como quien dice, desde Adán y Eva, y declarar, con Carlitos Gardel, ‘Vamos parando EL CHAMULLO, para cantar MANO A MANO’...”

Pasados casi dos años, la realidad misma se ha encargado de resolver aquellas dudas. La crisis de nuestro partido, que por entonces sólo se insinuaba, hoy día ha llegado a una profundidad extrema. El carácter estratégico de la derrota sufrida por nuestra clase obrera, por la izquierda chilena en su conjunto y por nuestro MAPU dentro de ella, no puede ser más evidente. La absoluta incapacidad de nuestras organizaciones “revolucionarias” –por los caminos políticos que han seguido en más de tres años transcurridos desde el Golpe- para constituir siquiera en perspectiva un alternativa real de poder frente a la Dictadura y menos aún para derribarla o establecer algún “gobierno revolucionario” es ostensible. Ello está, precisamente, en la base de las crisis que viven nuestros partidos. La necesidad

de mudar de tango no puede ser más clara. Hora es ya de terminar con el grotesco “chamullo” triunfalista, que contrasta demasiado con la profundidad de nuestra derrota, y de iniciar con honestidad el “mano a mano” de la discusión abierta, de la confrontación

-ii-

política, teórica y práctica, que nos permita superar la crisis y construir una izquierda revolucionaria y proletaria. Real.

Desde el golpe a esta parte, nuestro partido ha perdido la unidad política (estratégico-táctica) e incluso la unidad ideológica que, buena o malamente, lo mantenía antes cohesionado. Hoy día se enfrentan en su seno definiciones antagónicas sobre cuestiones políticas básicas que son de importancia práctica directa para su acción cotidiana: la política de alianzas, la línea internacional, el carácter de la revolución chilena, la valoración que hacemos del período UP, los objetivos políticos centrales que hemos de proponernos en el período actual, la forma que entendemos nuestra definición marxista, la naturaleza del socialismo por el cual decimos luchar, la concepción de por la que orientamos la acción de nuestra organización, la propia legalidad interna y legitimidad de los órganos de dirección existentes. No son, como se ve, problemas menores. Y es que la derrota sufrida con el Golpe y, sobre todo, nuestra impotencia y precariedad política en los años transcurridos desde entonces, han puesto de manifiesto la fragilidad, la insuficiencia y hasta lo ilusorio del marco de referencia político que constituía el consenso partidario, que hacía la unidad del MAPU. Ese consenso, resquebrajado ya por nuestros vaivenes, indefiniciones e inoperancia práctica de los meses inmediatamente anteriores al Golpe, tuvo que estallar pues en pedazos cuando, con el pasar del tiempo, el triunfalismo de nuestros propósitos verbales no pudo ocultar ya más, ante nosotros mismos, la magnitud de nuestro fracaso pasado y de nuestra indigencia política presente. Este es, a nuestro modo de ver, el carácter de la crisis que vivimos como partido y que, por lo demás, está presente también en las demás organizaciones de la llamada izquierda “revolucionaria” y, en otro sentido, en las reformistas.

Siendo esta la situación del MAPU, no es de extrañar que hoy no exista entre nosotros, ni pueda exigirse, unidad de acción. De hecho, la organización aparece repartida en diversos sectores o corrientes que es vano querer desconocer. Entre estos distintos sectores, que representan proyectos políticos claramente diferentes, hay dos que hasta aquí han podido ser mejor visualizados, debido a que, habiendo logrado organizarse como tales, han administrado hasta ahora a su tamaño el conflicto interno. El primero es el que se expresa a través de la Dirección oficial, es decir, la Dirección Política en Chile y, en el exterior, primero la Dipex y después la Dirección de Intervención. En segundo es la Oposición que se autodenomina “marxista-leninista” y que aparece dirigida por Juan Pablo, Tomás y los

compañeros provenientes del PCBR en la Dirección Local de Suecia. Nosotros pensamos que ninguno de estos dos proyectos partidarios tiene ningún futuro revolucionario. El primero, que no dispone de una definición política acabada, pero que en los hechos marca un rumbo bien determinado, sólo puede conducir a ser una especie de ala izquierda del reformismo o bien un conglomerado ambiguo destinado a dividirse más adelante. El segundo conduce únicamente a una sexta que, si bien puede vivir mucho tiempo aferrada a sus dogmas de fe, jamás tendrá ninguna influencia práctica y ni siquiera representará algún aporte teórico en la lucha de nuestro pueblo. Estamos convencidos de que ninguna de estas dos corrientes, ni la oficial ni la oficiosa, corresponde a la actitud ideológica y política básica de la mayoría de los compañeros, pues se alejan con nitidez de lo que, aunque vaga y oscilantemente, ha sido siempre la dirección hacia la cual ha apuntado el MAPU como partido.

Nuestra posición frente al conflicto interno de nuestra organización y a la forma de ir resolviéndolo, la entregamos por escrito con motivo del último Pleno Regional de Europa, en el folleto CREEMOS LAS CONDICIONES PARA SUPERAR EL ACTUAL CONFLICTO INTERNO DEL PARTIDO, de octubre de 1975. Decíamos entonces: “Es necesario, de una vez por todas, sacar la discusión del terreno pandillesco y afrentoso en que hasta aquí se ha desarrollado, y llevarla a un terreno político”. En algunos de los puntos en discusión “las diferencias parecen bastante grandes y quizás resulten insuperables. Si así se demostrase... bien puede ocurrir que sea inevitable una separación de aguas y que no todos podamos seguir militando en el mismo partido. Pero si así sucediese, ello sería de todos modos mejor que una división bastarda entre los allegados del grupo tal y los adeptos del bando cual, y mejor también que una parálisis incurable de la actividad partidaria... Pues significaría por lo menos una clarificación política, útil y necesaria en el contexto de reordenamiento global del cuadro político de la izquierda chilena”. Proponíamos por eso poner en marcha “un mecanismo de discusión, consulta y decisión de los problemas políticos de fondo”, estilo Congreso, sin excluir burocráticamente a ningún sector. Sigue siendo nuestra opinión.

Lo que sigue tiene por objeto incitar la discusión sobre esos problemas de fondo, contribuir a ella y señalar un rumbo. La responsabilidad del texto es de quien lo firma, pero sus juicios provienen de la discusión con numerosos compañeros.

ALBERTO SERRANO C.

ENERO 1977

INDICE de temas:

	Párrafos
I. Carácter de la derrota y significado de la Dictadura	1 – 9
II. El período de Allende y la izquierda “revolucionaria”	10 – 28
III. Lecciones de la derrota y autocrítica.....	29 – 38
IV. La Dictadura y la fase actual.....	39 – 48
V. Crítica a la actual política de la izquierda reformista.....	49 – 53
VI. Crítica a la actual política de la izquierda “revolucionaria”	54 – 65
VII. Crítica a la línea actual de la Dirección del MAPU.....	66 – 73
VIII. Crítica a la línea de la Oposición “m-l” del MAPU.....	74 – 89
IX. La Crisis de nuestra izquierda “revolucionaria”	90 – 93
X. Qué marxismo es el nuestro.....	94 – 100
XI. Por cuál socialismo luchamos y carácter de los países socialistas	101 – 112
XII. Qué partido proletario.....	113 – 126
XIII. Las transformaciones de la realidad mundial en los años 60 y la crisis estructural del capitalismo.....	127 – 134
XIV. Los ejes de desarrollo de la realidad mundial en la década de 1970.....	135 – 138
XV. Líneas de desarrollo de la actual realidad latinoamericana.....	139 – 163
XVI. La fase actual de la Dictadura chilena. Tendencias de desa- rrollo.....	164 – 170
XVII. Para una línea política.....	171 – 172
XVIII. Orientaciones estratégicas.....	173
XIX. Orientaciones tácticas.....	174 – 175
XX. El MAPU.....	176

A.- Asumir la real profundidad de la derrota.

1. El carácter crucial que presentó la lucha de clases en Chile bajo el gobierno de Allende fue el producto y el grado más alto de desarrollo de un proceso que venía desenvolviéndose por cerca de 40 años y el cual entró en una fase crítica a partir de 1967. En la base de dicho proceso se encuentra el despliegue histórico de una determinada forma de ser del capitalismo periférico chileno –condicionada por los cambios que contemporáneamente experimenta el sistema capitalista a nivel mundial-, forma que es costumbre denominar “capitalismo monopólico de Estado (dependiente)”.

2. Desde principios de los años 1930 hasta el golpe de Estado de setiembre de 1973, las luchas de clases exhiben en Chile una –por así llamarla- continuidad estratégica. Esta se fundaba en la permanencia de la forma de ser vigente del capitalismo chileno y, por lo tanto, en la subsistencia tanto de la estructura básica de clases como de los marcos sociales, políticos e ideológicos en que éstas actuaban. Tal continuidad fue rota por el Golpe.

3. El Golpe no sólo ha traído consigo la destrucción de prácticamente toda la fuerza real que el movimiento obrero y popular había venido acumulando por cuatro décadas, sino que además modifica sustancialmente sus condiciones de existencia y su existencia misma en adelante. Porque el triunfo de la gran burguesía y el establecimiento de su dictadura han echado a andar un proceso de superación de la crisis global que, en los últimos años, vivía la forma “monopólica de Estado” del capitalismo dependiente chileno. Y esta superación implica, precisamente, sustituir esa forma por otra radicalmente distinta y alterar con ello esencialmente tanto la estructura de clases del país como los condicionamientos que a la lucha de esas clases se imponen.

4. La dictadura de los monopolios conlleva el abandono de la dinámica de sustitución de importaciones –motor de una industrialización que apuntaba al

mercado interno- y su reemplazo por la lógica de la pauperización de la fuerza de trabajo, base de competitividad para una economía orientada ahora al mercado exterior. Supone afianzar la dependencia de la burguesía chilena respecto de la norteamericana como supeditación directa de la gran empresa criolla al capital transnacional y no sólo por meditación de un enclave minero.

-3-

Implica la desaparición del rol directamente económico que jugaba el Estado como pieza clave de la industrialización dependiente y su transformación en un rol económico diferente que requiere de la represión militar. Acarrea la ruina de vastos sectores de pequeña empresa ligados al mercado interno y el dominio sin contrapeso de la gran burguesía “monopólica”. Lleva en sí la pérdida constante de gravitación de los “sectores medios”. Infunde un impulso creciente aquella industria fabril basada en el crecimiento de la minería y el agro. Origina la formación de un enorme “ejercito de reserva” obrero, formado por la masa de cesantes y semicupados. Promueve la creación de un numeroso proletariado emigrado proveedor de divisas. Aumenta el ya alto contingente de subproletarios urbanos. Significa el fin de la forma democrático burguesa del Estado y del resto del sistema político por la Constitución de 1925 y la formación de una institucionalidad organizada ahora en torno al papel político activo y directo de las Fuerzas Armadas. Envuelve el término de la ideología legalista y democrática antes imperante y la legitimación de la violencia abierta como racionalidad del sistema. La Dictadura consiste, pues, en una ruptura total con la forma de vida de la sociedad chilena existente ante el Golpe y en la constitución de nuevas bases de existencias y desarrollo del capital dependiente en Chile.

5. De allí que el Golpe no signifique la apertura de tan sólo un “nuevo periodo táctico”, de tan sólo una nueva fase dentro de la misma lucha de clases que venía desenvolviéndose anteriormente. Por el contrario, el Golpe marca el cierre de todo un ciclo histórico, el comienzo de una nueva etapa, de un nuevo período estratégico de la lucha de clases en nuestro país. Por lo demás, este no es un fenómeno que ocurra sólo en Chile. Paralelamente y con mayor o menor retardo, una reacomodación correspondiente se opera en otros países de América Latina, especialmente en los del Cono Sur, en un proceso condicionado por la reestructuración que está en curso del ordenamiento capitalista a nivel mundial y por la forma en que en ella actúan los intereses de las transnacionales norteamericanas. Es por todo esto, y más allá de la continuidad ideológica que pueda atribuírseles, que no hay ni puede haber continuidad real entre las luchas susceptibles de desarrollarse hoy en día y las que tuvieron lugar en Chile antes del Golpe. No es sólo la cancha la que ha cambiado, también el juego, los

jugadores y los equipos mismos. Y es por eso que resulta un entretenimiento estúpido el seguir defendiendo el honor immaculado de las camisetas.

-4-

6. La derrota sufrida a raíz del Golpe no es pues tampoco sólo una derrota “táctica”, es decir, una derrota parcial dentro de una guerra que no habría terminado. Lo efectivo es que la “guerra”, la lucha frontal y decisiva de clases que venía librándose desde fines del gobierno de Frei, terminó; puesto que hay un vencedor y hay vencidos. Inútil es seguir engañándonos al respecto, transcurridos ya tres años desde el Golpe. Tres años en los que la derrota del movimiento obrero no ha consistido sólo en la pérdida de todas las conquistas logradas en décadas de lucha, y en la puesta fuera de combate de la gran mayoría de sus cuadros dirigentes, sino que es una derrota que se profundiza día a día con el hambre, la cesantía y emigración masivas, con la competencia entre sí a la que se ven forzados los trabajadores en la lucha por subsistir físicamente y con los condicionamientos –propios del nuevo orden capitalista- que se imponen a la lenta reconstrucción de sus formas elementales de organización autónoma. Tres años en que la derrota sufrida por la izquierda – por toda la izquierda, en las diversas posiciones que hasta aquí ha asumido- no es sólo la derrota en el Golpe, sino además la de la incapacidad consubstancial que ha demostrado para comenzar siquiera a levantar alguna alternativa real de poder frente a la Dictadura. Lo cual se expresa elocuentemente en la crisis interna que viven todas y cada una de nuestros partidos.

7. Ciertamente es que nuestras organizaciones mantienen, cual más cual menos, una rudimentaria presencia en Chile. Que su acción político-humanitaria, dentro y fuera del país, ha logrado salvar a muchos compañeros de la muerte, la cárcel, la tortura o la inanición por hambre, y que ello merece destacarse en toda su importancia. Que el movimiento obrero y popular va lentamente avanzando hacia su reconstrucción, a través de diversas luchas tentativas efectuadas dentro de los magros cauces sindicales y de expresión establecidos por la Dictadura. Que existen algunos comités clandestinos que orientan, acá y allá, acciones como las mencionadas, así como embrionarios intentos de propaganda y comunicación políticas. Que los sectores medios fascistizados, que inicialmente respaldaron a la Junta, están ahora descontentos, si bien no quieren tampoco nada que se parezca a un retorno de la UP. Que la Democracia Cristiana y la

Iglesia manifiestan una oposición creciente a Pinochet, aunque no a la estrategia de la gran burguesía. Que el gobierno de la Junta no logra lustrar su mala imagen internacional, a pesar de que la Dictadura cuente con el más amplio apoyo del imperialismo norteamericano. Que todo ello no de deja de suscitar contradicciones superficiales en el seno de las Fuerzas Armadas. Que, en suma, “la lucha continúa”

-5-

Y seguirá “continuando” mientras existan clases sociales. Pero la constatación de esos hechos y la afirmación de esta verdad abstracta no pueden ocultar por más tiempo que aquella lucha concreta, esa que desarrollábamos antes del Golpe, terminó: que la perdimos estratégicamente, totalmente. Es decir, que hoy día no estamos en situación de impedir el desarrollo práctico de la estrategia monopólica, que perdimos toda la fuerza con la cual poder salirle al paso. Y que la medida en que ahora estamos acumulando fuerzas nuevas, la medida en que “la Resistencia se fortalece”, no es, en los hechos, sino la medida de las propias condiciones de desarrollo de la estrategia de los monopolios, o sea, de su dictadura. Y lo seguirá siendo mientras no seamos capaces de superar esta situación.

8. Si queremos efectivamente combatir a la Dictadura, tendrá que ser entonces en esta lucha de clases de hoy en día, que no es la misma de antes. Tendrá que ser entendiendo que si esa lucha será “larga”, no lo será como simple continuación de aquella en la que ya fuimos derrotados; no lo será porque haya tan sólo que “superar un reflujo”, o sea, “recuperar” solamente una fuerza que “transitoriamente” perdimos; sino que lo será por que se trata, precisamente, de una lucha nueva, que recién comenzamos, y en la cual nuestra futura fuerza está, justamente por construir. Tendrá que ser, pues asumiendo cabalmente la ruptura radical con las luchas anteriores y con la conciencia que tuvimos de ellas. Reconociendo ante nosotros mismos la victoria de la burguesía monopólica y la derrota nuestra. Comprendiendo planamente los mecanismos y consecuencias de esa derrota. Extrayendo con claridad sus enseñanzas. Trabajando, sobre esta base, por la reconstrucción del movimiento obrero chileno y de sus expresiones políticas. Emprendiendo la construcción de una izquierda proletaria y revolucionaria que hoy no existe, ni como “línea” política ni como fuerza obrera real.

9. Hasta ahora, los análisis y “autocríticas” de la izquierda chilena, tanto en la autodenominada “revolucionaria” como de la llamada “reformista”, han consistido pura y simplemente en echarle a los demás –cuando no al “empedrado”- la culpa de la derrota. Para unos es la maldad todopoderosa del Imperialismo, y en general del enemigo, la explicación suficiente del naufragio de la “revolución chilena”. Para otros es la predestinación histórica de un proyecto reformista que nunca tuvo la menor viabilidad. Para unos fueron los perversos ultraizquierdistas que agitando en exceso a las masas, asustaron a los sectores medios, lanzándolos así en brazos del fascismo, aislando a la clase obrera y provocando un vuelco a la derecha de las anteriormente “profesionalistas” y “apolíticas” Fuerzas Armadas. Para otros

-6-

fue la estupidez inconmensurable de la clase obrera que se dejó, llevar por una dirección reformista y revisionista en vez de hacerle caso a los lúcidos consejos de ellos –los “revolucionarios” y “marxistas leninistas”- que si se hubiesen seguido, habrían conducido a la victoria. El único sentido que tienen estas fantasías es, por cierto, el de justificar ante sí mismos la continuidad con el pasado, el afirmar la fe en la corrección esencial de la propia “línea”, el pretender por tanto que son los demás los que han sido derrotados, pero no el propio partido, tendencia, grupo o individualidad. El alimentar el mito triunfalista de que la lucha de hoy no es sino la prosecución de la de ayer, que la Dictadura “ha fracasado” o “está en crisis” y que es sólo cuestión de tiempo el que caiga, ya sea “víctima de sus propias contradicciones”, ya sea arrollada por la fuerza “en continuo asenso” de los que siguen “el camino de victoria”.

B.- No basta con criticar al reformismo, hay que reconocer también la bancarrota de lo que bajo Allende fue nuestra propia política.

10. La crisis global en que entró el capitalismo chileno a fines de los años 1960, encontró a las fuerzas sociales agrupadas en tres grandes bloques, que representaban los intereses contrapuestos de los diferentes sectores de la sociedad chilena ante la bancarrota de la forma “monopólica de Estado” que hasta entonces venía enmarcando el desarrollo capitalista dependiente del país. Por un lado, el bloque social liderado por la gran burguesía –monopólica y latifundista- interesada en superar la crisis monopolizando en provecho propio el control del Estado y haciendo pues de éste un régimen autoritario, al servicio de la supeditación total de la economía chilena al capital norteamericano transnacional y a ella misma como su socio criollo. Por otro lado, el bloque de los “sectores medios”, estructurado en torno al pequeño empresariado y capas medias cuyo interés frente a la crisis pasaba por la estatización de los principales monopolios, el desarrollo del mercado interno y la renegociación de

la dependencia respecto al imperialismo sobre la base de una política exterior “nacionalista”, todo lo cual se presentaba como una “vía no capitalista de desarrollo”. Por último, el bloque social encabezado por el proletariado de la gran industria fabril y minera, que veía en la crisis capitalista una ocasión de dar pasos decisivos en dirección al “socialismo”. Estos tres bloques, tal cual en esa época se representaban sus propios intereses, se enfrentaron en la campaña electoral de 1970 bajo la forma de las candidaturas Alessandri, Tomic y Allende respectivamente

-7-

11. El triunfo electoral de la UP en 1970 llevó al gobierno una coalición organizada entorno al eje PC-PS, es decir, en torno a los dos partidos de masas que la clase obrera reconocía como propios y que constituía también la columna vertebral de la CUT. Coalición en la cual la línea política predominante, en ese entonces hegemónica. Desde un punto de vista estratégico, era la del PC. El que esa línea política concibiese el “socialismo” y la “revolución” de una manera que la diferenciaba muy poco de la “vía capitalista de desarrollo” propugnada por los partidarios de Tomic –es decir como una serie de reformas enfiladas a configurar un capitalismo de Estado de nuevo tipo, “primera etapa” de la supuesta transición al “socialismo”- no quita, sin embargo, que ella expresase la forma de conciencia que el bloque social del proletariado tenía entonces de sus propios intereses de clase prácticos, correspondientes a ese momento histórico determinado. Y no impide pues en modo alguno que la Unidad Popular fuese, durante todo un primer período, la expresión política real del bloque social obrero. Es decir, por una parte, que su dirigencia, a pesar de ser mayoritariamente reformista, asentase su poderío fundamentalmente en la fuerza efectiva organizada que este bloque social tenía (sea directamente en el caso del PC y PS, sea indirectamente en el caso de los demás partidos). Y por otra parte, que su acción reformista incrementase en los hechos esa fuerza real.

12. Porque, como bien decía Marx, no es la conciencia lo que hace al ser. Ni la mera “línea” impresa en algún folleto lo que hace el carácter de clase de un partido. Sino que, al revés, son los individuos reales, que viven en condiciones de clase determinadas, los que tienen conciencia de sus intereses de clase y sintetizan esa conciencia en una línea de acción política. Y así explica por qué las llamadas “líneas revolucionarias” que dieron vida en el papel a tanto “verdadero

partido del proletariado”, no pasaron de ser proposiciones externas al movimiento obrero, en la medida en que no fueron una exteriorización de su práctica, por lo cual, incapaces de comprender ni expresar su actividad real, tampoco pudieron conducirla: ya que, como es obvio, los trabajadores preferían las reformas en los hechos antes que la revolución en las palabras. De la misma manera, se entiende por qué el grueso de los sectores medios votó y siguió votando por la Democracia Cristiana y en ningún momento respaldó al gobierno de Allende; por más que la línea predominante en éste y en la UP fuese una línea reformista, teóricamente asimilable a sus intereses... pero sólo teóricamente.

-8-

13. El gobierno UP se constituyó pues, en 1970 como un gobierno del bloque social proletario. Pero se imaginó a sí mismo como un gobierno “popular”, como representante de todas las clases y capas sociales opuestas a la gran burguesía, o sea también del bloque de los sectores medios. Esta ilusión frente populista de la gran “alianza” que opondría a todo “el pueblo” a los tres enemigos jurados de la “revolución” pacífica –monopolios, latifundio e imperialismo- no fue por cierto nunca otra cosa que eso, una ilusión o cuando más un engaño, y jamás tuvo asidero práctico: pero persistió porfiadamente hasta los últimos estertores del gobierno de Allende y persiste hasta ahora mismo en la conciencia reformista que impera en la UP, que es donde tiene su explicación y su única realidad.

14. No el solo y milagroso “flujo “o” ascenso” espontáneo del “movimiento de masas “sino sobre todo las reformas introducidas durante 1971 por el gobierno UP –principalmente la constitución del Área Social, el rápido avance de la reforma Agraria y el significativo aumento del poder de compra de los estratos de bajos ingresos- es lo que generó una dinámica tal de la lucha de clases que rebasó muy pronto los límites previstos por el proyecto estratégico predominante en la UP. Y el que esto haya sido posible no puede explicarse ni por el mito de una UP puramente “reformista” frente a un MIR auténticamente “revolucionario”, ni por el mito de una UP cuyas palabras y hechos serían idénticos a los de las clases que representaba. Se explica, en cambio, en primer lugar, porque esas reformas cambiarón las condiciones reales de existencia del movimiento obrero y popular y, con ello, modificaron también tanto sus intereses prácticos de clase como la conciencia de esos intereses. Se explica, por

otro lado, porque los trabajadores concretos que en las fábricas, fundos y poblaciones eran afectados por dichas reformas vivían en condiciones distintas a las de los dirigentes que en la UP los representaban, y tenían pues una visión de sus intereses que podía y debía ir más allá que la imperante en el Gobierno. Se explica, además, porque las mencionadas reformas fueron conducidas – esencialmente desde los ministerios de Economía y Agricultura- no por “la UP” en abstracto, sino por determinados partidos, sectores e individuos de la UP que, sin ser propiamente revolucionarios ni menos aún proletarios, concebían y realizaban su labor de un manera menos sólidamente reformista, menos coherente con el proyecto hegemónico en la UP, que las dirigencias del PC o del PS; cual era el caso de personaje como Chonchol o Vuskovic, o de organizaciones como la IC y nuestro MAPU. Y es sólo dentro

-9-

de este contexto, en fin, que se explica también por la actividad radicalizante de grupos exteriores a la clase obrera y al campesinado, fundamentalmente estudiantes, intelectuales funcionarios que, -militantes del MIR, MAPU, IC, PCR, PCBR e incluso PS- se imaginaba sin embargo constituir la vanguardia del proletariado. El papel que en esto jugaron los grupos “revolucionarios” que no pertenecían a la UP fue, a decir verdad, muy secundario, y en todo caso subordinado a las posibilidades que había la acción reformista del gobierno.

15. Ya desde comienzo de 1972, la dinámica de rápidas transformaciones desencadenada por la acción del Gobierno, de los partidos de izquierda y del movimiento obrero y popular mismo, fue redundando en un enfrentamiento cada vez más frontal de este último con ambos bloques sociales burgueses, los cuales no estaban todavía en condiciones de imponerse en forma inmediata a la clase obrera. La crisis de la forma que hasta allí había asumido el capitalismo chileno fue ahogándose pues poco a poco y transmutándose en una crisis de este capitalismo en cuanto tal; crisis que habría de alcanzar su grado máximo en 1973. El proceso de cambios engendrado por las reformas se convirtió pues, más y más, en un proceso revolucionario. Y chocó también por eso, más y más con la ilusión de “la alianza” y con todas las bases reformistas de la política predominante en la UP, incapacitando así a esa política, y a quienes la sustentaban, para conducir o siquiera controlar el proceso.

16. El control del aparato de gobierno permitió a los dirigentes de la UP asentar, también sobre esa nueva base, su poderío, y aumentar con ello grandemente su imagen de autonomía –tanto real como imaginado- respecto al movimiento obrero y popular efectivo del cual eran dirigentes. De allí que, cuando el proceso de transformaciones en curso fue generando entre los trabajadores nuevos intereses prácticos de clase y nuevas formas de conciencia de esos intereses, ello se reflejó sólo débilmente en la dirigencia que anteriormente el bloque social proletario se había dado y que, ahora en el gobierno, percibía esos intereses efectivos de clase sólo como “presiones” de “las masas” e interpretaba el carácter revolucionario que iba adquiriendo el proceso real sólo como “perturbaciones” o “anomalías” respecto a la línea reformista que ellos intentaban poner en práctica y a la cual le atribuían el poder de dirigir aquel proceso. Inherentemente incapaces, tanto de contener las luchas de masas dentro de los marcos de la “etapa” estatista burguesa, como menos aún de conceptualizar, expresar y encauzar prácticamente los intereses revolucionarios directos que tenía ahora el movimiento obrero, los dirigentes mayoritariamente

-10-

reformistas de la UP y del Gobierno eran en verdad incapaces también, en la práctica, de dirigir. Iba siendo cada vez menos dirigentes reales del movimiento obrero, pues no podía conducir sus luchas de la única manera en que ello era ahora posible, o sea, revolucionaria. Y es en este sentido que es sin duda correcto decir que esa dirigencia fue dejando de ser el representante político positivo del bloque social proletario y no lo fue ya más, claramente, desde fines de 1972.

17. Pero el que ello fuese así y el que la política de estatismo burgués preponderante en la UP correspondiese teóricamente a los intereses de clases del bloque social de los sectores medios, no significa en modo alguno que la UP y su gobierno fuese, en realidad, los representantes políticos “de la pequeño burguesía”. Tal fantasía sólo ha podido surgir en la cabeza de los ideólogos “marxistas-leninista” que –al igual que sus predecesores hegelianos a quienes criticaba Marx- invierten en su imaginación el orden real del mundo y creen que es la “línea” política, o sea de ideas, lo que hace el carácter de clase de un sujeto político; en vez de proceder al revés: desde los individuos reales actuales a las ideas políticas que éstos tienen. Y es así como –afirmando que a causa de sus pensamientos políticos el Gobierno UP fue el representante real de la pequeño

burguesía”- se figuran que bastaba con que Allende o los dirigentes de PC o PS tuvieron el pensamiento de representar, entre otras cosas, los intereses de clase de la pequeño burguesía, o dijesen que no irían más allá de ellos, para que de inmediato los camioneros, comerciantes, taxista, colegios profesionales, y pequeños empresarios lanzaran por la borda a Vilarín, Cumsille y compañía y levantase en andas a Allende, Corvalán y Altamirano, como sus nuevos y auténticos dirigentes.

18. La realidad fue, naturalmente, otra. Ya desde mediados de 1972 el bloque social de los sectores medios no sólo veía en la UP una expresión política de sus ahora principales enemigos de clase, sino que iba también separándose de su anterior dirigente “progresista” -el ala izquierda de las personalidades DC- cuya línea de buscar acuerdos con el bloque social proletario ya no correspondía a sus nuevos intereses prácticos de clase, que exigían combatir frontalmente al movimiento obrero y unirse para ello a los monopolios. En vano podía repetir Tomic que “cuando se gana con la derecha es la derecha la que gana”, pues la mediano y pequeño burguesa preferían “perder con la mantención del régimen capitalista que “ganar” con la revolución proletaria. De allí

-11-

que, en 1972, fracasaran los intentos de la UP de llegar a un entendimiento con la Democracia Cristiana, y que siguieran fracasando en adelante; pues la única forma en que “la alianza” UP-DC podía concretarse era sobre la base de que el gobierno de Allende reprimiese con toda la fuerza del Estado burgués el proceso revolucionario en curso y lo detuviese definitivamente. Pero, aunque no faltó en la UP quien abogase por restaurar la “disciplina social” y aunque después de la Crisis de Octubre hubiese generales en el Gobierno, la dirigencia reformista no estaba en condiciones de ir más a la derecha que eso, pues hacerlo hubiere significado cortar totalmente los lazos que aún la unían al bloque social proletario y perder, con ello, al mismo tiempo que sus partidos, toda la fuerza real que aún les quedaba como dirigentes. La dirección reformista preponderante en la UP era ya un pésimo representante político del movimiento obrero, pero con mayor razón todavía era un representante político inaceptable para cualquier sector de la burguesía.

19. Su lucha cada vez más encarnizada contra los dos bloques sociales burgueses y las nuevas formas de conciencia que acerca de sus propios intereses

iba en ella desarrollando, llevo a la clase obrera a buscar y ensayar nuevas formas de organización y de acción tendieron a sobrepasar el pesado aparataje reformista. La irrupción global de este fenómeno ocurrió con la Crisis de Octubre, y fue catalogada de inmediato por los grupos relevantes revolucionarios que habíamos dentro y fuera de la UP bajo la categoría de “poder popular”. Pero, en realidad la Crisis de Octubre no sólo reveló claramente que cualquier definición burguesa de proceso pasaba por las Fuerzas Armadas como institución, ni dejó solamente al desnudo la bancarrota del Gobierno UP como dirección efectiva del movimiento obrero, sino que además mostró ya nítidamente –para cualquiera que no estuviese imbuido, como nosotros, de las ilusiones “marxistaleninistas” sobre una inminente salida revolucionaria- que el mentado “poder popular” de Octubre era ciertamente importantísimo, pero no era en modo alguno aquel contrapoder enfrente del Estado que nosotros imaginábamos. Sino que era, en verdad, la primera manifestación general de lo que podría llegar a representar para los trabajadores una organización unificadora de sus luchas revolucionarias. Manifestación que exhibía elocuentemente la fuerza propia del movimiento obrero; pero que dejaba ver también las enormes limitaciones que tenía esa fuerza propia, por poco que uno separase su contenido revolucionario de los aparatos de la UP, del Gobierno y de la CUT en que todavía aparecía envuelto. Porque era esa envoltura reformita

-12-

la que en Octubre le daba unida y carácter global la “poder popular”; lo mismo que era ella quien le presentaba el poder represivo del Estado. Mientras que cuando, al terminar la Crisis, el reformismo trató de sepultar para siempre esa experiencia, el poder popular real, es decir, la fuerza revolucionaria efectiva de los trabajadores, se mostró tal cual era: sin dirección propia unificada ni carácter general, con una organización precaria, sin línea política revolucionaria de conjunto que le diese vertebración teórica y práctica, y sin ninguna de las características que pudieran justificar llamarlo un “poder”, en el sentido de un Estado en ciernes, en especial sin fuerza militar. Desde Octubre al Golpe, fue sólo muy lenta y puntualmente que el movimiento obrero fue gestando una nueva vanguardia organizada de clase, susceptible de darse otra dirección que aquella tradicional empantanada en el Gobierno. La expresión más alta y más palpable que alcanzó este proceso la constituyeron los Cordones Industriales, sobre todo después del Tancazo. Pero la clase obrera no llegó nunca a producir desde sí misma una nueva dirección efectiva, es decir, una línea política y una dirigencia que, unificando en la práctica sus diversas luchas dispersas, dándole una estructuración única y global a nivel de todo el país, pudiesen conducirla

revolucionariamente y reemplazar definitivamente a la vieja dirección ya caduca.

20. En cuanto a las direcciones revolucionarias que desde el exterior del movimiento obrero nos ofrecimos a éste, no fuimos jamás, ni juntas ni por separado, direcciones reales, y no tiene pues nada de extraño el que la masa de los trabajadores reales no nos haya seguido, ni pudiera seguirnos. Por un lado, la “línea” política de los diversos grupos más o menos revolucionarios que habíamos al interior y al exterior de la UP, no paso nunca de ser, en el mejor de los casos, una línea de trazos, y en los hechos más bien una colección de trazos sueltos, de posiciones revolucionarias aisladas que, aunque fuesen correctas, no por eso constituían alguna línea práctica. Por otro lado, no se trataba verdaderamente de líneas políticas; puesto que nos indicaban ningún plan concreto de acción susceptible de ser realizado, en las condiciones políticas vigentes y a partir de la fuerza revolucionaria real que tenía el bloque social obrero y nuestras organizaciones mismas. Lo que blandíamos a guisa de “línea revolucionaria” no era sino colecciones de preceptos “marxista-leninistas”, certidumbres revolucionarias abstractas extraídas de otras experiencia históricas, estudios contemplativos del acontecer práctico que se desenvolvía bajo narices y cuyos actores reales casi nunca éramos nosotros, declaraciones de principios y análisis perspectivas bautizados pomposamente “programas”, discursos

encendidos de amenazantes advertencias que no estábamos en condiciones de llevar a la práctica, detalladas recomendaciones acerca de lo que debían hacer o deberían haber hecho los reformistas si en vez de reformistas hubiesen sido revolucionarios y, en fin, rara vez, algunas plataformas de lucha y proposiciones concretas de acción revolucionarias acogibles por algún frente de masas particular. Pero nunca una línea de acción política que expresase, en cada situación determinada, los intereses revolucionarios prácticos del bloque social proletario efectivamente existente, es decir, no de éste en abstracto, no del concepto de “proletariado”, sino del conjunto de los individuos trabajadores y de sus organizaciones de masas, incluyendo allí no sólo los sindicatos, japs, cordones, etc., sino también las bases obreras del PC y PS, en la medida en que éstas tenían un margen de autonomía respecto a los aparatos partidarios reformistas. Nunca una línea política propiamente tal, que concentrase las capacidades de acción en cada momento de este bloque social obrero real, a través objetivos revolucionarios alcanzables y de caminos revolucionarios

factibles en esas condiciones dadas. Que fuese capaz de unificar sus diversas luchas reales y de generar los mecanismos de una conducción revolucionaria práctica y no puramente retórica ni declarativa.

21. De allí que la pretensión nuestra, es decir, nuestra ilusión como MAPU de ser una “dirección revolucionaria” para el bloque social proletario, no fuera más que eso, un legítimo deseo, al igual que los deseos, similares existentes en el MIR, IC, algunos grupos de intelectuales revolucionarias del PS y hasta en la JRR, PCR, y PCBR. Ciertamente es que nuestras organizaciones contribuyeron en más de alguna medida al avance del movimiento obrero y popular. No sólo desenmascarando al reformismo y agitando verdades revolucionarias que, a pesar de parciales, abstractas o archisabidas, aquél quería ocultar. Sino también dirigiendo varias luchas concretas y dándoles, en determinadas ocasiones, realmente, un carácter y una perspectiva revolucionarios. O vinculándose a la acción práctica del bloque social obrero mismo colaborando con ella, como por ejemplo en el caso de los Cordones Industriales o en el de la marinería. Pero todo esto, que sin duda fue valioso y positivo, no constituía en ningún caso ni fue nunca una dirección política efectiva del movimiento revolucionario, capaz de dar a su acción una perspectiva práctica global, capaz de una palabra de conducirlo. Verdad es que mal podía aspirar a ello organizaciones como las nuestras, con escasa presencia entre los obreros y cuya dirigencias no sólo se componían casi totalmente de profesionales universitarios, estudiantes y

-14-

funcionarios, sino que además –y es lo que realmente importa- asentaban su fuerza como dirigencias partidarias en otra parte que en la organización propia del movimiento obrero mismo. Organizaciones en suma que no eran organizaciones proletarias y que, precisamente por eso, se creían en la obligación de afirmar esa condición verbalmente, como por ejemplo nosotros cuando decidimos apellidar al MAPU “partido Proletario”. Por lo demás, línea revolucionaria ilusoria o abstracta y falta de composición proletaria real son sólo las dos caras de la misma y única mellada. Ambas se condicionan mutuamente.

22. Sin poder todavía generar desde sí misma una nueva estructuración y dirección política que superasen los viejos causes reformista, indiferente ante la hipotética dirección revolucionaria de la Izquierda imaginariamente

“proletaria”, abandonada por su dirección tradicional francamente reformista atascada en el Gobierno, la clase obrera careció durante los últimos diez meses del período Allende de toda conducción política real. No pudiendo pues rebasar el desperdigamiento en multitud de luchas revolucionarias parciales, impotente para acrecentar su fuerza real con la velocidad requerida, el bloque social conservó ya como único punto común de referencia la defensa de las posiciones hasta allí conquistadas. Es decir, el resguardo de los nuevos niveles de consumo alcanzados durante la fase ascendente del proceso de reformas, la mantención en la ciudad de la dinámica de las estatizaciones y en el campo de las expropiaciones y , por sobre todo, la salvaguardia del gobierno de Allende como garantía de inhibición relativa del aparato represivo del Estado y como aval de los demás logros. En todas estas posiciones el movimiento obrero tuvo que retroceder, ante el embate creciente de la burguesía, desde la segunda mitad de 1972, y ello era el índice más claro de la evolución de la correlación de fuerzas. Pero en todas ellas también, se aferró con dientes y uñas a conservar lo adquirido que era la base efectiva de su nueva potencia de clase. Esto, que algunos han calificado de “economicismo”, era en realidad la limitada expresión revolucionaria de la limitada organización autónoma de clase que los trabajadores había podido darse entonces a través de sus luchas.

23. La situación globalmente defensiva a la que, desde mediados de 1972, se vio empujado más y más el movimiento obrero y popular se manifiesta también en el respaldo masivo, que hasta el final siguió entregando a la UP a pesar de que esta ya no era más, como antes, el motor reformista en actividad del proceso

proceso revolucionario. Este persistente apoyo de los trabajadores, en el que la Unidad Popular quiere ver la prueba de su propio carácter “revolucionario” y el “marxismo-leninismo” el efecto de la “hegemonía ideológica del revisionismo en el seno de las masa”, no era ciertamente ni lo uno ni lo otro. Sino que era el elemental instinto de conservación de una clase obrera carente a esas alturas de toda conducción política positiva y que no podía pues sino volverse hacia la única dirección efectiva que había podido probar en la realidad. Pero no porque esa dirección fuese revolucionaria, sino porque encarnaba en el Gobierno la defensa de lo ya conquistado. Ni tampoco porque la masa de los obreros fuese convencidamente “revisionista” y no quisiese ir más allá de ciertas limitadas reformas, por lo demás ya sobrepasadas en los hechos; sino porque no tenía otra alternativa práctica. Hubo pues siempre y hasta el Golpe mismo, un claro

predominio de los partidos obreros reformista en el seno de los trabajadores, y ello facilitó, sin duda, la propagación entre éstos de la ideología “revisionista”. Pero no era el poder de esta ideología lo que explicaba ese predominio e impedía romperlo, sino al revés. Y cuando, durante 1972 y 1973 los intereses prácticos de clases de los obreros y otros integrantes del bloque social proletario adquirieron un carácter más o menos directamente revolucionario y chocaron con esa ideología, los trabajadores empezaron a sobrepasarla en los hechos, más allá de su militancia política, aunque fuese sólo en forma diseminada y parcial, como cuando exigieron el cierre del Congreso después del Tancazo, o cuando trataron de organizar el control popular sobre la distribución, o en la multitud de “tomas” no presupuestadas y otros “excesos ultraizquierdistas”, por citar solamente algunos ejemplos. Si la conciencia política de los obreros no pudo avanzar más allá, no fue porque estuviesen irremediablemente cautivos de la ideología “revisionista”, sino porque los llamados “revolucionarios” fuimos incapaces de dirigir la construcción de un cause práctico de acción diferente al que ofrecía el reformismo, a pesar de que los propios trabajadores rebasaban, en su actuar, los límites de la línea y del aparato de conducción reformista.

24. El Gobierno mismo no era ya, en su último año, más que una caparazón marchita, incapaz de orientar el movimiento real del bloque de clases que representaba, incapaz por todo de defenderse a sí mismo como gobierno. Así se entiende que pudiera ser apartado por el Golpe de un solo envión, sin su base social estuviese en condiciones de resistirlo. Y, a decir, verdad, el Golpe no iba

-16-

orientado primordialmente contra esa dirección reformista; sino contra el movimiento obrero y popular como tal, que era el verdadero peligro revolucionario y del cual el Gobierno era, a la sazón, el castillo de naipes que lo protegía institucionalmente, y la UP sólo el símbolo deslustrado que la burguesía debía destruir.

25. Las transnacionales, la CIA y el imperialismo norteamericano en general, así como el bloque social de la gran burguesía chilena y sus expresiones

políticas, captaron muy bien y de partida el carácter real de clase de la UP y de su gobierno, y la necesidad para ellos de provocar su caída. Y ciertamente estuvieron intentando hacerlo desde antes mismo que Allende asumiera el mando. Pero sólo pudieron alcanzar este objetivo en setiembre de 1973 y, por tanto, fueron incapaces de lograrlo durante tres años. Y esto, que es una realidad elemental, no puede comprenderse cuando se sostiene que la derrota estaba predestinada y era predecible desde un comienzo, por el sólo hecho de que los Estados Unidos tuviesen las manos libres en América Latina y la URSS no estuviese dispuesta a disputarles seriamente su dominación sobre este continente. O por el solo hecho de que la burguesía tuviese desde un principio el control exclusivo de unas Fuerzas Armadas cuya oficialidad estaba ligada por múltiples lazos al Imperialismo. O porque la dirigencia mayoritariamente reformista de la UP estuviese vinculada internacionalmente con el llamado “revisionismo”. Tales afirmaciones, aunque verdaderas, resultan abstractas cuando se deja de lado la realidad concreta de la lucha de clases en Chile, que es lo que condicionaba la acción de tales factores y lo que determinó cómo y cuándo pudieron estos operar realmente. En verdad, el proceso revolucionario chileno no alcanzó nunca el nivel en que las fuerzas internacionales pueden obrar sin mediaciones y desempeñar por sí solas un papel decisivo.

26. Cualesquiera fuesen las intrigas golpistas instigadas por el Imperialismo, las ataduras de la oficialidad con él y el malestar de ver en el gobierno a una coalición en que el PC –relacionado con la URSS– jugaba un rol capital, lo cierto es que las Fuerzas Armadas permanecieron neutralizadas como fuerzas actuantes, reales, hasta muy entrado el año 1972. E incluso entonces, su manifestación práctica fue todavía sólo en calidad de fuerzas burguesas políticas. Hubo que esperar hasta mediados de 1973 para verlas actuar como tales, es decir, como fuerzas militares de la burguesía. Y esto resulta inexplicable si se hace abstracción de que en 1970 la burguesía chilena se hallaba dividida en dos bloques sociales contrapuestos. Y de que fue sólo lentamente que éstos fueron

aproximándose, hasta comenzar a fundirse entre sí de nuevo desde comienzos de 1972. Mientras esa fusión no estuvo consumada, la intervención militar de las Fuerzas Armadas como institución no era factible: cuando más podía intentarse, por el sector monopólico de la burguesía, la aventura de algún grupo de conspiradores aislados. Porque el grueso de la oficialidad pertenecía al bloque burgués de los sectores medios, que tenía también inicialmente la mayor influencia jerárquica y para el cual lo inaceptable no era el gobierno de Allende en sí mismo –en si mismo éste no era revolucionario– sino el amparo que ofrecía

al desarrollo revolucionario del movimiento obrero y popular, o dicho en su propio lenguaje, el que permitía “atentar contra el Estado de derecho”.

27. De otra parte, por mucho que la URSS diligenciase la gran “alianza” de la UP con los representantes políticos de los sectores medios, el carácter revolucionario que iba adquiriendo el movimiento de clase real que la UP simbolizaba, y del cual no podía desligarse, imposibilitaba en buen éxito de tales maniobras. Los pequeños empresarios y la masa de las capas medias fueron entrando así en frontal oposición al Gobierno y a la UP, para defender sus intereses propios contra el bloque social proletario. Y como, ya desde comienzos de 1972, la única forma posible de hacer esto último era mediante el empleo abierto de la fuerza contra el movimiento obrero, el bloque de los sectores medios fue alejándose más y más de su dirección política tradicional que, desde el ala izquierda del PDC, aún porfiaba en sus ilusiones democráticas. Defraudados, desde fines de 1972, también por los oficiales “progresistas” de las Fuerzas Armadas –que bajo la conducción de Prats se revelaron prontamente incapaces de imponer por la fuerza militar un régimen “de centro”- e impotentes para engendrar una nueva dirección autónoma que los representara globalmente, los sectores medios fueron “fascistizándose” cada vez más, es decir colocándose bajo la única conducción burguesa existente en la práctica: la de la gran burguesía monopólica. Este fenómeno, visible día a día en la derechización de la base de la Democracia Cristiana y de la oficialidad de las Fuerzas Armadas, palpable claramente en la irrupción de los “gremios”, en el avance del freísmo y en los ataques de toda la burguesía contra la “cobardía” de Prats y demás oficiales “progresistas”, no era sino el fenómeno de la desintegración del bloque social de los sectores medios. El proceso de absorción en el elemento del bloque monopólico.

-18-

28. En 1973 la burguesía chilena logró, en efecto, reconstituir una unidad de clase y constituir ahora un solo bloque social, bajo la conducción única de los monopolios y del Imperialismo y teniendo como fuerza de choque a la pequeña burguesía y capas medias. El la medida en que, simultáneamente, la clase obrera careció en la práctica, durante esos tres años, de toda dirección revolucionaria, y que su vieja dirección reformista ya no sería ni siquiera para defenderse a sí misma, en esa medida las condiciones del Golpe estaban pues

dadas. Sólo faltaba remover los obstáculos formales que entrababan institucionalmente la acción golpista de las Fuerzas Armadas y aplastar la izquierdización política que estaba en desarrollo entre los soldados, carabineros, marinos y demás “cuadros permanentes”.

29. La “lección” que el llamado “revisionismo” –es decir, en castellano, la URSS y sus PC más o menos adictos- saca de anterior es, claro, la necesidad de ser reformistas consecuentes y, por tanto, de poner a la clase obrera decididamente bajo la dirección de los “sectores medios”: para evitar que estos últimos se “fascisticen” y hagan posible con ello el golpe de Estado de la gran burguesía. La necesidad, pues, de un “pacto histórico” con los partidos burgueses que, como la Democracia Cristiana, se supone representa a los sectores medios. Y, lo que es lo mismo dicho de otra manera, la teoría de que “no basta con la mitad más uno de los votos”. Aparte de la dirección exterior del PC chileno, el exponente más claro de estas conclusiones es sin duda Berlinguer en el Partido Comunista Italiano. Pero no es nada diferente lo que en el fondo dicen Soboliev, Ponomariov y otros flamantes “izquierdistas” del Partido Comunista de la URSS, cuando descubren la extraordinaria novedad de que, para mantener en funciones un “gobierno popular” como el de Allende, es preciso disponer de fuerza armada... Sólo que, para ellos, eso quiere decir subordinarse a los sectores medios para no perder la fuerza armada burguesa. Lo único que al Imperialismo no le convence de todas estas teorías es, naturalmente, que cualquiera sea la audacia de las dirigencias comunistas en darle garantías a la burguesía, nada asegura la quietud revolucionaria del movimiento obrero real.

30. En cuanto a los autodenominados “marxistas-leninistas”, sólo aciertan a concluir que bajo Allende la correlación global de fuerzas fue “siempre” desfavorable al proletariado: ya que la burguesía mantuvo siempre el control del ejército, ya que el Gobierno UP mismo habría sido en el fondo el gobierno “de

una fracción burguesa”, y ya que “no hubo” una dirección “auténticamente marxista-leninista” que fuese hegemónica en el seno del proletariado. Que, por tanto, “el proceso estaba condenado a la derrota”. Como si las relaciones de fuerzas se midiesen en la idealidad atemporal de “las clases” abstractas, y no en

las luchas concretas en las cuales están o no actuando, en cada momento histórico, las fuerzas prácticas de los individuos de carne y hueso que constituyen las clases reales. Como si para algún burgués fuese un misterio o estuviese en duda que era el bloque social obrero quien estaba representado, buena o malamente, en el Gobierno de Allende. Y como si el misterio por explicar no fuese, precisamente, por qué motivo estos “marxistas-leninistas” – que vivieron todo ese tiempo en Chile- resultaron incapaces, no habemos de constituir una “dirección hegemónica”, sino siquiera de hacerse reconocer como dirigentes por el proletariado, y menos aún conducirlo en la constitución de la fuerza revolucionaria real capaz de hacer frente a la fuerza militar burguesa.

31. El equilibrio global –aunque relativo e inestable-que en el terreno real de las luchas concretas existió, durante todo el gobierno de Allende, entre la resultante de las fuerzas burguesas y la suma de las fuerzas con que contaba el proletariado, hizo de esa fase histórica un período potencialmente revolucionario. Es decir, que lo que allí estaba en juego era fundamentalmente el Poder. La tarea primordial para el bloque social obrero era, por tanto, transformarse a sí mismo en una fuerza política y militar capaz de constituir, precisamente, un Poder real frente al de la burguesía, y capaz de derribar a este último. En esta tarea primordial, el movimiento obrero y popular fue derrotado. Pero deducir de allí que esa derrota era “inevitable”, debido a la “hegemonía revisionista-reformista en la UP, en el Gobierno y en el movimiento de masas” o a cualquier otra descripción de la realidad “objetiva” entonces existentes, es sólo afirmar tautológicamente que lo que fue, fue, y que por lo tanto “no podía” ser de otra manera. Dicho en buen hegeliano, que “sólo lo real es racional” y viceversa. Con lo cual se olvida que fuimos los individuos actuantes concretos, participantes en ese proceso, quienes hicimos su historia y creamos, consiguientemente, esa realidad “objetiva”. Cómoda manera, esta, de eludir la responsabilidad propia como revolucionarios, haciendo del “reformismo” o “revisionismo” el chivo expiatorio de la propia ineptitud.

32. Porque, si bien es cierto que la dirección reformista predominante en la UP y la corriente internacional “revisionista” en que se inscribe son, sin duda,

los responsables principales del desastre de setiembre de 1973, lo son, sin embargo, sólo en tanto su línea política condujo al movimiento obrero chileno a la derrota. Pero, aplicando esa línea política y siendo consecuentes con ella – incluso hasta el heroísmo como en el caso de Allende- los reformistas hicieron solamente lo que tenía que hacer y lo que no podían dejar de hacer como reformista. Acusarlos a ellos de no haber actuado revolucionariamente es como acusar al olmo de no dar peras. Así pues, su enorme responsabilidad histórica no aminora en nada la nuestra, la de los llamados “revolucionarios”, para quienes la cuestión central no puede seguir siendo el comprobar una y otra vez que el reformismo es el reformismo. No puede consistir en el simple lamentarse acerca de una cuestión de hecho, por más importante que sea el dejarla en evidencia. Sino que lo honesto es empezar por reconocer que los “revolucionarios” no hicimos lo que tendríamos que haber hecho como revolucionarios. Es decir, que no fuimos revolucionarios. Salvo en el pensamiento, e incluso esto, no siempre.

33. Lo cual en el caso de MAPU, puede ilustrarse abundantemente. Baste aquí reseñar sólo algunos hitos que jalonan nuestro camino como partido:

- Supimos, en 1970, resolver acertadamente nuestra participación en la UP y en el Gobierno. Pero, al abandonar de allí en adelante toda acción práctica en torno a la cuestión militar, hicimos de nuestra consigna “convertir la victoria en Poder” sólo una bonita frase.
- Imprimimos, en 1971, desde el gobierno y desde los frentes de masas, una dinámica revolucionaria a las reformas que nos tocó impulsar. Pero, al hacer del Gobierno el bastión primordial de nuestra fuerza, perdimos la oportunidad que lo anterior abría de irnos transformando en una verdadera organización de trabajadores.
- Planteamos en forma revolucionaria, el año 1972, la política económica. Pero ni siquiera en el papel planteamos cómo abordar prácticamente las consecuencias propiamente políticas que su eventual aplicación entrañaba; es decir, la agudización extrema de la lucha de clases y su desenlace armado.
- Levantamos, en el Segundo Congreso, un “programa” con tesis en su mayor parte revolucionarias y certeras. Pero que no decía nada acerca de qué hacer

revolucionariamente en aquellos momentos decisivos de la lucha de clases.

- Gritamos mil veces por las calles “crear poder popular”. Pero jamás buscamos la manera práctica de colaborar a que el movimiento obrero fuese construyendo, bajo las condiciones de entonces, un Poder real –político y militar- suyo.
- Forzamos, en enero de 1973, a nuestro ministro Flores, a anunciar a todo el país el control popular sobre la distribución. Pero no tuvimos ni tan sólo el decoro revolucionario de retirarnos del Gobierno cuando éste, archivando rápidamente ese discurso en el cajón de la basura, confesó públicamente que ya no era más un instrumento activo de los intereses proletarios.
- hicimos bien, en febrero de 1973, el denunciar otra vez las ilusiones del reformismo acerca de una “salida de centro” a la crisis política que vivía el Gobierno. Pero atribuimos todavía a esas ilusiones una capacidad de realización que hace tiempo no tenían. Y, lo que es más importante, nos negamos a sacar las consecuencias prácticas de esa denuncia al rechazar poco después el eje revolucionario con el PS, IC y MIR, que era en ese momento la manera de ir levantando en los hechos una alternativa política frente al reformismo.
- Nos dividimos en marzo de 1973 entre un “MAPU-Gazmuri” perdidamente reformista y un “MAPU-Garretón” ambiguo, vacilante y revolucionario sólo en las palabras.
- -Creímos durante meses que era más importante defender frente al reformismo nuestro nombre de “MAPU”, que defender siquiera nuestra realidad como partido frente a un golpe de Estado que sabíamos cercano.
- Predicamos la buena nueva “marxista-leninista” en los Plenos de Comité Central y en la revista “De Frente”. Pero no explicamos, ni supimos nunca, qué cosas concretas hacer en la situación que entonces vivíamos, de desenlace definitivo del proceso.
- Coleccionamos toda suerte de rumores castrenses después del Tancazo. Pero no movimos un dedo por organizar de alguna manera la agitación potencialmente revolucionaria que entonces recorría a los soldados.
- Dijimos que en vez de “evitar la guerra civil” había que prepararse para ella. Pero sólo jugamos a adivinar las distintas maneras en que podría dividirse la oficialidad “en caso” de guerra civil, y bautizamos rimbombantemente eso como “línea militar”.
- Adherimos al movimiento de la marinería en agosto de 1973. Pero blufando con unas decenas de “guardias verde oliva” armados de palos. Pasando revista en

sueños a supuestos “oficiales de masas”. Fingiendo ante los demás poseer un armamento, un “aparata” y unos “planes” militares que nunca tuvimos. Engañando con todo ello, al igual que lo hacían otras organizaciones, no sólo a aquellos trabajadores que nos escuchaban y a más de algún militar honesto, sino también a nosotros mismos. Jamás bajo todo el período de Allende realizamos ningún esfuerzo práctico por construir en serio alguna conducción militar revolucionaria real. Y, sobre todo, desde 1970 dejamos totalmente de lado como partido, el trabajo político con los soldados y demás cuadros de base de las Fuerzas Armadas, que, en las condiciones de entonces, era sin duda la tarea esencial que en este orden de cosas debimos haber llevado adelante.

- Definimos, recién en el Pleno de Comité Central de setiembre de 1973, una línea táctica coherente. Pero que apuntaba a una “insurrección” imposible ya de preparar en una semana, cuando no lo habíamos hecho en tres años. Aunque más imposible aún fuese, en esa semana –por muchas condiciones que, según se decía, ofreciese para ello Concepción- desarrollar aquella “guerra popular y prolongada” que, ya en aquel Pleno, “estaba recomendada” por el “marxismo-leninismo” como receta universal, válida tanto para detener golpes de Estado como subvertir democracias burguesas o derribar dictaduras.
- Declaramos en las palabras nuestro “internacionalismo”. Pero nunca tuvimos ni política internacional ni verdaderas relaciones internacionales.
- Y con esta trayectoria luminosa, a nadie habrá extrañado que hoy día proclamemos, a quien quiera oírlo, nuestro pío deseo de constituir a la brevedad posible un “gobierno revolucionario provisional”. Cuando apenas si tenemos fuerzas para evitar que se desmorone totalmente los restos de nuestro pequeño partido.

34. Se ha hecho ya un lugar común entre nosotros el extraer como lección, de todo lo anterior, que la gran falla del período de Allende fue “la ausencia de un partido revolucionario y verdaderamente proletario”. Y que la gran tarea por delante es pues construirlo. Si con esto se quisiera significar la simple evidencia de que el movimiento obrero chileno careció en la práctica de una dirección y organización revolucionarias de conjunto, la “lección” se convertiría en una constatación trivial que, más que con la política, tendría que ver con la descripción histórica. Y no es esto, pues, solamente, lo que se contiene en dicha tesis. Ni es lo mismo cada cual trata de concluir con ella.

35. Para unos, el carácter revolucionario de nuestra “línea” está fuera de cuestión. El “único” problema habría sido que no supimos llegar a “las masas”. Que éstas habrían sido convencidamente reformistas y que, por eso, nuestra frase revolucionaria no calaba en ellas con suficiente “velocidad”. Con lo cual, atribuyen al movimiento obrero propiamente tal lo que no eran sino las características de su dirección. Y no pueden entonces explicar cómo es que ese movimiento real fue adquiriendo un carácter revolucionario y sobrepasó en los hechos, no sólo a esa dirigencia reformista, sino también a las que se decían revolucionarias. Lo que salta a la vista, en todo caso, es el remedio que nos proponen: no aislarse de las masas “reformistas” y, por tanto, “no aislarse” de la UP, que tendría aún por muchos años la patente exclusiva de su representación, ni de la URSS, acreditando aval internacional de esa patente. Así, mezclando en dosis convenientes la “línea revolucionaria” y la “composición proletaria”, iría surgiendo poco a poco una “dirección única del pueblo”, una “Unidad Popular Superior”, que sería el paso inicial en el camino de construcción del futuro “partido de la revolución chilena”.

36. Para otros, en cambio todo se reduce a las “debilidades e insuficiencias ideológicas” de nuestra línea política. De allí provendría el carácter no proletario, sino “revolucionario pequeñoburgués”, de nuestras organizaciones. Es curioso comprobar cómo, con este procedimiento de derivar siempre de las ideas políticas la realidad de clase de quienes las sustentan, todos los sujetos políticos, o poco menos, vienen a resumirse en la pequeña burguesía: pequeños burgueses serían, no sólo los sectores medios “fascistizados” que fueron la punta de lanza del golpismo, sino además el propio “reformismo” que éstos trataban de derribar del gobierno e incluso los “revolucionarios” que lo criticaban desde la izquierda. En cuanto a la clase obrera, dado que seguramente no han podido descubrirse los “documentos” en que debería haber escrito sus pensamientos, por lo visto no habría sido un actor político real del proceso. En cualquier caso, queda claro dónde habría estado el defecto de nuestros partidos: en que, según un sector, nuestra línea no fue “auténticamente marxista-leninista” (y “pensamiento Mao Tsetung”, se sobreentiende). O, según otro sector, no se ajustó debidamente a las prescripciones de la Cuarta Internacional. Bastaría pues iniciar rápidamente nuestra completa conversión, ya sea al maoísmo, ya

sea al trotskismo, para que nuestras organizaciones, bañadas en la gracia
santificante del legítimo

-24-

bolchevismo, se transfigurasen en aquel verdadero partido revolucionario del proletariado que hacía falta construir. Lo único que no nos explican es cómo, habiendo ellos –los auténticos “leninistas-maoístas” o “leninistas-trotskistas”, según el caso- vivido y predicado tantos años entre nosotros; y habiendo portado siempre bien la pureza ideológica de su fe, no tuvimos antes ni tenemos todavía un partido revolucionario sin “limitaciones pequeño burguesas” y por tanto, según ellos, cabalmente obrero.

37. Los uno redescubrimiento las virtudes del llamado “revisionismo”, los otros aferrándose al dogma de lo que suponen un genuino “leninismo”, lo que en el fondo nos dice, unos y otros, es pues que el movimiento obrero no les hizo caso: que “nuestra dirección revolucionaria no llegó a fundirse con el movimiento de masas”, o que “no pudo conquistar allí la hegemonía”. Como si toda la cuestión consistiese en averiguar de qué manera un puñado de revolucionarios preelegidos –que tendrían “conciencia” mejor que nadie acerca de cuáles son los “verdaderos” intereses de la clase obrera- realizan la proeza, sea de “convencer” de ello al aparato reformista de masas ya existentes, sea de “conquistar” a “las masas” a despecho suyo... para poder, en ambos, amasarlas a gusto. Cuando en realidad, un partido revolucionario efectivamente proletario sólo puede consistir en la estructuración y dirección revolucionarias que el propio movimiento obrero se da a sí mismo. Y la tarea real para organizaciones como las nuestras no puede ser, pues, el sustituir al proletariado en esa labor, sino el colaborar a su ejecución.

38. Nuestras organizaciones “revolucionarias” (fundamentalmente el MIR y el MAPU), situadas al exterior del movimiento obrero, no asumieron esta tarea. Y en la medida en que se plantearon como representantes, no de la calase obrera en su realidad práctica, sino de un proletariado abstracto existente sólo en el concepto, en esa medida nuestra línea política no fue la de los obreros reales y, por tanto no existió tampoco realmente. Así pues si dejamos de lado posiciones revolucionarias aisladas –que en sí misma no fueron ni podían ser una línea

política y que tuvieron influencia práctica principalmente a través de la izquierda del PS, por ser éste precisamente una organización realmente de trabajadores, aunque sujeta a un aparato reformista- no hubo “dos líneas” en el seno de la Izquierda durante el periodo de Allende. La “línea revolucionaria” que, en nuestra imaginación, le habría disputado la hegemonía a la línea reformista, no

-25-

fue en realidad más que la crítica al reformismo. Y como mera crítica, dependió siempre de aquello que criticaba; fue sólo su otra interpretación. Dicho en pocas palabras, nuestra pretendida “Izquierda Revolucionaria” fue, en los hechos, sólo la izquierda de la Izquierda. De esa misma Izquierda cuya derecha era el reformismo. De allí que, en los momentos del Golpe, no haya podido jugar ningún papel diferente al del reformismo. Y que la derrota de éste haya sido también la suya.

C.- Construir una izquierda proletaria en la perspectiva de la reconstrucción del Movimiento obrero y popular

39. El golpe de Estado de setiembre de 1973, el encarnizamiento represivo de la tiranía de Pinochet y, con ello, la puesta en marcha de la estrategia monopólica de la gran burguesía chilena –enmarcada en la política latinoamericana de las transnacionales yanquis- abren una nueva etapa del capitalismo chileno, un nuevo período estratégico de la lucha de clases en nuestro país. Es decir, las fuerzas sociales que, al color de la crisis de la forma “monopólica de Estado” anterior, le disputaron en los últimos años el Poder a la gran burguesía, han sido derrotadas totalmente, no son ya más fuerza autónomas significativas. Y precisamente por eso, no pueden impedir la ejecución de la estrategia monopólica, cuyo avance profundiza, por el contrario, su derrota. El equilibrio relativo que antes de Golpe existía entre bloques sociales determinado, con proyectos estratégicos diferentes, fue roto definitivamente a favor de los monopolios. Y con ello desapareció la situación de crisis social global, de encrucijada histórica plena de potencialidades revolucionarias, que hubo en los últimos años previos al Golpe. Hoy día no existe crisis de la sociedad chilena y las dificultades que la Dictadura encuentra en su camino no deben confundirse con ello.

40. Nadie ignora, por cierto, los hechos que algunos presentan como una terrible “crisis económica” que, tarde o temprano, arrastraría indefectiblemente en su torbellino a la Dictadura. La verdad es, sin embargo, que la inflación exorbitante, la caída vertical del ingreso, el desempleo masivo, la recesión industrial y demás fenómenos que aquí podrían catalogarse, son ciertamente terrible para los trabajadores y, en menor medida, para un amplio sector de mediados y pequeños empresarios; pero no constituyen un “fracaso” de la estrategia económica de los monopolios, sino que son, bajo la forma de política

-26-

económica de la Junta, el primer paso de su ejecución. Para la gran burguesía ligada a las transnacionales, estos fenómenos no representan ninguna “crisis; cuando más importunidades, que sin duda se traducen en contradicciones internas a los monopolios, pero que se inscriben dentro de su política global, dadas las condiciones concretas en que ésta se aplica en Chile. La famosa “crisis económica” no es, en realidad, sino el primer peldaño en el escalar de la gran burguesía hacia la superación de la crisis real en que se hallaba antes del Golpe. La primera piedra en la edificación de una nueva forma de ser del capitalismo periférico chileno.

41. Verdad es que la política económica de la Junta, así como la seña represiva que la acompaña, han traído consigo el “aislamiento internacional” del gobierno de Pinochet y la permanente “reducción de su base social de apoyo”, es decir, en sustancia, el crecimiento de una importante oposición burguesa tanto chilena como internacional. Pero de allí a concluir que “la Dictadura se debilita” hay mucho trecho. Porque la Junta de Pinochet no es lo mismo que la dictadura monopólica en cuanto tal: es sólo su primer gobierno. Y la oposición burguesa que, tanto en Chile como desde el extranjero, ataca a Pinochet, no es una oposición a esta dictadura. O sea, no se opone al poder autoritario de clase de gran capital, que hoy controla y amolda a sus intereses al aparato burgués de Estado mediante el recurso directo a la fuerza armada. Ni menos aún se opone a la nueva estrategia de desarrollo dependiente de esta gran burguesía y de sus socios mayores, las transnacionales yanquis. Sino que se opone sólo a la manera como el gobierno de la Junta lleva adelante esa estrategia. Manera que es, justamente, su “debilidad” actual. Levantándose como alternativa frente a Pinochet, la oposición burguesa no debilita pues, por si misma, a la dictadura de los monopolios y de sus socios imperialistas, sino por el contrario, quiere asegurar su desarrollo y afianzamiento, su consolidación.

42. El Estado de los monopolios, o sea su dictadura, no puede “debilitarse” duraderamente, ni menos todavía entrar en “crisis”, si no es por obra de fuerzas sociales, políticas y militares que actúen en su contra: en contra de la gran burguesía dependiente y de su estrategia. Ahora bien, esas fuerzas están hoy día apenas en el primer grado de su gestación, en el vientre de la propia Dictadura, de su propio desarrollo. No son pues fuerzas que hoy en día pueden actuar realmente como tales.

-27-

Porque, en primer lugar, hay que comprender que no son ni pueden ser las viejas fuerzas existentes antes del Golpe. Aun cuando su nacimiento no se pueda producir ni se esté produciendo claro, de la nada; sino de los restos de esas antiguas fuerzas derrotadas: de lo que fueron el bloque social de los sectores medios, el bloque social obrero y sus respectivas representaciones políticas.

43. El bloque de los sectores medios, que hasta 1972 constituyó una fuerza autónoma real con su propio proyecto estratégico y su propia política, fue en verdad derrotado antes del Golpe y desapareció como tal. Los individuos y organizaciones de masas que lo componían se convirtieron, desde fines de 1972, en el batallón de choque del gran capital contra el proletariado y contra el gobierno de Allende. Su estrategia burguesa de “vía no capitalista de desarrollo” se hizo imposible, tanto por el cambio que siguió la lucha de clases en Chile como por la derechización del mapa político latinoamericano y el curso adoptado por la crisis capitalista mundial, que condiciona la actitud de las grandes potencias. Hoy día no constituyen ningún todo, ningún bloque social ni político, y no quedan más que los residuos de lo que fue su fuerza: la masa en disminución de pequeños empresarios y capas medias, organizadas ciertamente, pero enrolada ahora en las filas de la fracción monopólica contraria a Pinochet; sus viejos dirigentes del ala izquierda DC, impotente para ofrecer ninguna alternativa real frente al freísmo; una que otro oficial “progresista”, en retiro o encadenado aciagamente al destino de la Dictadura; y amistades internacionales sin peso ninguno para cuestionar el imperio de las transnacionales yanquis sobre América Latina, menos aún cuando éste es consentido tácitamente por la URSS y China.

44. En cuanto al bloque social del proletariado, sería cerrar los ojos ante la evidencia el sostener que ha perdido sólo “una batalla”, que para sólo por un “reflujo” o “repliegue transitorio” y que, por tanto, sigue siendo en el fondo el mismo de antes. Naturalmente, los sectores sociales que lo componía continúan

existiendo –aunque en forma modificada- y también siguen teniendo interés de clases comunes, que estratégicamente apuntan contra el capitalismo, así como una renovada conciencia de ello. En esa medida, el bloque social obrero teniendo vigencia teórica y existencia potencial. Pero una clase o un bloque de fuerzas sociales real no es un mero ente del pensamiento o de la afectividad, sino que su existencia práctica supone una organización, línea política y fuerza de

-28-

conjunto que le permitan actuar como tal en la lucha de clases, que es una lucha esencialmente política. Ahora bien, con la implantación de la Dictadura, el movimiento obrero y popular ha visto hecha pedazos la organización de clases y la fuerza política que habían logrado edificar a través de décadas de combate. Y hoy día, si quiere llegar a ser otra vez una fuerza real, tiene que recompensar de nuevo, no desde cero, pero sí desde los despojos de lo que fue su fuerza anterior, y sobre nuevas bases. Es en este sentido que el bloque social obrero ha sufrido una derrota estratégica. Que es también, simultáneamente, la derrota estratégica de lo que venía siendo su expresión política: la Izquierda chilena en su conjunto, tal cual hasta aquí ha existido, o sea, el reformismo obrero y sus criterios “revolucionarios”.

45. no es sólo represión. No es sólo que los cordones industriales, japs, consejos campesinos y demás organizaciones de la época de Allende hayan “pasado a la historia”. No es sólo que la CUT haya cesado de existir como órgano sindical nacional y unitario de todos los trabajadores organizaciones chilenos y que ahora no sea más que un timbre publicitario para el extranjero. Ni sólo que la UP sea apenas un fantasma, resucitado el año pasado en Berlín por la taumaturgia del PC y deambulante hoy por las capitales del planeta en busca de un “Frente antifascista” que le de carne y huesos. Ni que los sindicatos de base en funcionamiento hayan disminuido grandemente y carezcan de una coordinación de conjunto. Ni que a los distintos partidos de la Izquierda les falte ahora el aire institucional que respiraban y existan en Chile sólo como pequeñas organizaciones clandestinas de información y ayuda mutua, incipiente propaganda y restringido radio de acción, sin política ni actividad unificadas. Es, además, que el número de proletarios activos, y en general la fuerza de trabajo ocupada, ha disminuido drásticamente por efecto de la cesantía y emigración masivas. Que la miseria colectiva hace del subsistir físicamente la tarea principal para cada cual y casi no permite atender una actividad política.

Que la necesidad de defender el propio trabajo ante la enorme desocupación crea una competencia entre los trabajadores y que esto mismo, más la cuantía de los stocks de mercancía que no encuentran venta, resta casi toda eficacia a alguna eventual huelga. Que los sindicatos que funcionan han perdido a sus integrantes más combativos, politizados o experimentados, han visto reducirse extraordinariamente el número de sus socios, tienen prohibida la negociación colectiva, no están en condiciones de mantener una huelga, y si algo puede hacer,

-29-

es a través de dirigentes aprobados por la Junta –que son, no obstante, sus únicos dirigentes prácticos hoy día- o bajo el alero de la Iglesia y demás representantes de la oposición burguesa. Es también en fin, que tanto la línea estratégica real que tuvo el reformismo como los pensamientos estratégicos que tuvimos los “revolucionarios”, son inherentemente incapaces de servir de eje político para ir levantando en los hechos una alternativa de poder frente a la Dictadura. Y que, por eso, los restos de nuestra vieja Izquierda –a menos de experimentar una transubstanciación y metamorfosis totales- no pueden constituir ni constituyen un catalizador político en la perspectiva de la reconstrucción de clases del movimiento obrero y popular. A pesar de que las mismas condiciones ya descritas crean entre los trabajadores una unidad de intereses y un odio contra la gran burguesía sin paragón con lo existente antes del Golpe.

46. Derrotados los que fueron sus adversarios de clase en el período crucial del gobierno de Allende, la gran burguesía chilena y sus socios imperialistas han quedado dueños absolutos del campo. No hay en este instante fuerzas que puedan oponérsele seriamente, ni las habrá aún por un buen espacio de tiempo. En esto consiste su victoria su oportunidad histórica de sacar adelante su proyecto estratégico y el origen de la nueva etapa de lucha de clases que ha comenzado en el país. Pero ello no significa que hoy día sea todo quietud bajo la Dictadura. Por el contrario, la nueva lucha ha empezado en el acto mismo de instauración de la Junta. Sólo que esta lucha se presenta, actualmente, sobre todo una lucha interna al gran capital. Las fuerzas reales que hoy día ocupan el primer plano en el escenario político son fuerzas burguesas. Más aún son fuerzas monopólicas. Y mal podía ser de otra manera, dado que nos hallamos, justamente en la fase inicial de esta nueva etapa, cuando la gran burguesía acaba de derrotar a sus enemigos de clase.

47. El presente período táctico o fase de la lucha se caracteriza pues por el hecho de que los intereses principales que se enfrentan cabe dentro de un mismo proyecto estratégico burgués, a saber, el de la dictadura de los monopolios y de las transnacionales; y de que frente a ellos no existe una fuerza actuante significativa de contenido estratégico diferente capaz de oponérseles. De allí que, estando circunscrita a sí misma, la lucha entre estos intereses de clase que hoy son principales no pueda generar ninguna crisis ni debilitamiento de la dictadura

-30-

monopólica. Cuando más una crisis de su política actual, es decir, de la manera como en estos momentos la gran burguesía lleva adelante su estrategia y, con ello, de quien dirige hoy su ejecución: el gobierno de Pinochet. Lo que especifica la frase actual es, en realidad, la lucha entre la vetusta fracción “pelucona” o “portaliana” de la gran burguesía –que controla a la Junta- y las demás fracciones de esa misma gran burguesía, dependiente hoy importantemente del mercado interno y representadas por la posición supuestamente “democrática” del freísmo, por la oposición fascista de Pablo Rodríguez y por la oposición “económica” de personajes como Orlando Sáenz. Los pequeños y medianos empresarios, así como las capas medias, a pesar de verse gravemente afectadas por la estrategia de la gran burguesía, no tiene otra posibilidad que moverse dentro de esa disyuntiva, y no son ahora más que la masa de maniobras de los dos grandes bandos monopólicos. Incluso la propia clase obrera y demás sectores populares, dada su enorme debilidad, ven condicionados los resultados inmediatos de su acción por el curso que siga la lucha intramonopólica y por el carácter de su eventual definición.

48. Lejos de presagiar su caída, los problemas que hoy enfrenta la dictadura monopólica son sólo los del que viene de ganar una guerra: por un lado las dificultades de construir, sobre las ruinas de lo anterior, un futuro concorde con los propios intereses, y por otro lado, las disputas internas que –batido ya el enemigo- puede ahora desarrollarse libremente entre los vencedores. Afirmar esto no es ser “derrotista”. Es poner los pies bien firme en el suelo real de la derrota para poder, justamente, iniciar la nueva lucha que conduzca, esta vez, a la victoria. En la medida en que la Izquierda –tanto “reformista” como “revolucionarios”- no parte de esta premisa, se engaña a sí misma o engaña a los trabajadores, prometiendo en las palabras lo que no puede cumplir en la práctica. Y es así como cada sector sigue repitiendo la misma vieja “línea” ya vencida e insistiendo en que “siempre” fue correcta, que el único problema

estuvo en que los otros no dejaron “aplicarlas” bien y que ahora sí, adaptada a esta “continuación” de la lucha, podrá salir adelante.

49. Esto puede verse, en primer lugar, con la Izquierda reformista que, encabezada por las direcciones exteriores del PC, PS, y PR, basa toda su política en poner en práctica una nueva versión de la gran “alianza” UP-DC con que se ilusionó bajo Allende. De crédito, en efecto, a los documentos y declaraciones

-31-

del reformismo, pareciera que la Junta estaría tan acosada por el “aislamiento internacional”, la “crisis económica” y el “empequeñecimiento de su base social y política de apoyo”, que bastaría la pronta formación de un amplio “frente antifascista” con la Democracia Cristiana para que Pinochet se derrumbase como por milagro y con él la Dictadura. Lo más urgente en la lucha de hoy sería pues crear, en torno a la alianza UP-DC, una alternativa de gobierno que, levantado un programa popular de “renovación democrática”, estaría presta a llenar el “vacío de poder” –como con tanta gracia se le llamó en Oaxtepec- que ya se estaría creando por lo “inminente” de la caída de la Dictadura. De allí en adelante podría la estrategia reformista seguir su interrumpido curso de ocupación paso a paso del Estado burgués, rebautizado para la ocasión “Estado democrático y revolucionario”. Y entonces, sin repetir los “errores ultraizquierdistas” del reciente pasado, la UP y la DC juntas podría rebasar con mesura el Área Social y la Reforma Agraria, asegurar la soberanía nacional sobre las riquezas naturales, mejora el nivel de vida del pueblo, edificar una “nueva democracia”, limpiar de “fascismo” a las Fuerzas Armadas y asegurar la “disciplina social.

50. Lo grotesco de estas proposiciones movería a risa si no fuera por la burla que significan para los trabajadores. El reformismo sigue reiterando su fracasada estrategia gradualista de construir y consolidar un régimen “popular” antimonopólico, antilatifundista y antiimperialista dentro de los marcos del Estado burgués, como primer paso en el camino al “socialismo”. Pero, a diferencia de lo que ocurría en la etapa anterior, la única fuerza real a la que ahora puede echar mano para ello resulta ser la que atribuye... a la Democracia Cristiana, es decir para los efectos prácticos, al freísmo. Ya que sería

absolutamente imposible comprender en virtud de que magia un “frente antifascista” UP-DC podría derribar a la Junta si no fuese por la influencia que se supone al freísmo sobre ciertos círculos de oficiales, y por sus conocidas vinculaciones con el imperialismo norteamericano. En buen romance la táctica de la UP para –según su fraseología- “derribar a la Dictadura”, consiste más ni menos que en encargar de esa tarea a las propias Fuerzas Armadas burguesas y su patrón yanqui. La única dificultad estaría en convencerlos y, como cosa previa, en convencer a la Democracia Cristiana de “aliarse” con la UP.

-32-

51. Pero, para asociarse, cada socio tiene que “ponerse” con algo, y lo único con que puede ponerse la UP es su prestigio remanente en la clase obrera chilena y la afinidad internacional con el llamado “campo socialista” que encabeza la Unión Soviética. Sobre estas bases, el resultado del “pacto histórico” con la DC, si llegara a concretarse, no podría ser otro para la UP que entregarse atada de pies y manos al freísmo: el Imperialismo y los oficiales contrarios a Pinochet reemplazarían a la Junta por Freí, o alguien de su confianza, a cambio de que la UP se comprometiese a terminar con la campaña internacional “antifascista”, a controlar a “las masas” y a evitar que con actos o reivindicaciones “extremistas” se ponga en peligro la marcha de la nueva táctica monopólica. A falta de lo cual volvería con redoblados bríos el “fascismo”. Lástima, para los reformistas, que nada sea menos seguro a estas alturas que su capacidad propia de contener las luchas de los trabajadores. Y lástima también que la oposición burguesa lo sepa. Y que al Imperialismo no le interese en modo alguno formar un frente de gobierno –por interpósita DC- con un PC ligado a la URSS. Por lo demás, en desmoronamiento de la ofensiva de principios de año a revelado que el influjo DC sobre la oficialidad es bastante menor de lo que se pensaba y que Pinochet y la DINA mantienen aún un férreo control sobre el ejército. De lo cual han tomado nota los Estados Unidos, acrecentando su respaldo a la Junta, por más que, desde su propio punto de vista, la “imagen” internacional de esta deje mucho que desear. Antes que en un cambio de gobierno, las presiones de la oposición burguesa tienden a traducirse hoy día en sólo modificaciones de la política de la Junta, en la evolución de éste hacia una tímida y falsa “liberalización”. Tendencia que puede acentuarse bajo el nuevo

gobierno de Carter en los Estados Unidos, pero que no puede significar ningún cambio sustancial.

52. Como fuere, incluso si todos los obstáculos llegan a ser superados y el gran “frente antifascista” logra desplazar a Pinochet, lo que resulta un verdadero arcano es la manera como un gobierno “democrático, popular y revolucionario” UP- DC –sustentado, como fuerzas principales, otra vez por las transnacionales, los monopolios y su ejército- pudiera realizar en serio reformas antimonopólicas,

antiimperialistas y de “democratización” de las Fuerzas Armadas. Cualquiera sea el revolucionarismo verbal que se ponga en la redacción de su programa. Los reformistas no pueden ignorar que su claudicación ante el Freísmo, para facilitar el relevo monopólico de Pinochet, de ninguna manera les concedería un peso significativo en el nuevo gobierno que reemplace a éste, si es que les concede alguno. No pueden ignorar que el precio de este relevo puede elevarse, en realidad, hasta la mantención en la ilegalidad del propio PC. Que en suma, el resultado práctico de su política no podría ser jamás el reemplazo de Pinochet por un gobierno “popular” como el que se proclama en los documentos UP. Y que ante un nuevo gobierno de “renovación democrática” encabezado por la DC, la consecuencia, no ya con los intereses de los trabajadores, sino consigo mismo, les exigiría a corto andar ubicarse en la oposición. La perspectiva real para reformismo –detrás de su palabrería triunfalista- no es pues otra que el esperar, quizás por decenas de años, que el propio desarrollo del modelo monopólico conduzca a su agotamiento, es decir, a una nueva crisis estructural en que, tal vez, puede surgir y fortalecerse una alternativa burguesa menos reaccionaria a la cual, en la teoría, poder “aliarse” programáticamente y, en la práctica, subordinarse.

53. En la actual etapa es del todo imposible repetir, en el seno del Estado burgués, la experiencia de un gobierno popular estilo Allende. Por más que fuese en versión corregida del tipo “compromiso histórico” o del tipo “velazquista” o “nasserista”. Se opone a ello no sólo la desaparición del bloque social de los sectores medios y las enseñanzas que la burguesía chilena ha sacado del período de Allende, sino que además la actual política norteamericana hacia América Latina, la distensión entre la URSS y el Imperialismo, la tácita alianza de China con los Estados Unidos, la hegemonía de las transnacionales yanquis en todo el “mundo occidental” y el carácter de las dictaduras que cubren la parte sur de nuestro continente; todo ello en el contexto de la nueva crisis mundial en que ha entrado el capitalismo.

54. La crítica a la política del reformismo ha venido siendo expuesta durante estos tres años, con diversos grados de coherencia, desde el seno de nuestras organizaciones “revolucionarias”, es decir, principalmente el MIR, el MAPU y la

Coordinadora de Regionales del PS, pero también la IC, la Liga Comunista, el PCR y otros grupos menores. Hablando en términos generales, la alternativa que esta izquierda “revolucionaria” propone se basa en lograr ahora, bajo la Dictadura, lo que no pudo conseguir bajo Allende: su “hegemonía el movimiento de masas”. El principal instrumento para ello lo constituirían, a nivel de base, los Comités de Resistencia, Comisiones de Fábrica y otros organismos clandestinos similares. Y, a nivel de direcciones, la alianza estratégica de los “revolucionarios”, ya sea en un frente revolucionario especial (posición de la Liga Comunista y de la mayoría de la militancia exterior del MIR, Dirección oficial del MAPU y Coordinadora). A través de estos mecanismos se iría alcanzando la “reactivación del movimiento del masas” en un sentido revolucionario. Y a partir de allí podría ir elevándose poco a poco el nivel de las luchas hasta llegar a formas político-militares superiores y desembocar, ora en una “huelga insurreccional” o “insurrección popular” (tesis de la Dirección del MAPU, la Coordinadora y la Liga Comunista), ora en una “guerra popular y prolongada” (tesis del MIR, el PCR y la Oposición “marxista-leninista” del MAPU). Como producto de todo esto se obtendría la construcción de un

“gobierno revolucionario” que expresaría, según unos, una situación transitoria de “doble poder” (Dirección del MAPU y Coordinadora), según otros, un Estado democrático-popular” (PCR u Oposición “m-l” del MAPU) y, según todavía otros, una “Dictadura del Proletariado” a secas (MIR y Liga Comunista). A lo largo de este proceso se iría construyendo también un auténtico “partido proletario y revolucionario” de masas que, para algunos, ya existiría embrionariamente y sería el de ellos (MIR, Liga Comunista, PCR y Oposición “m-l” del MAPU) y, para otros, surgiría de la convergencia de las organizaciones actuales (Dirección del MAPU, Coordinadora e IC). Esta es, sucintamente, “la línea” que nos ofrece la izquierda de la Izquierda.

55. Lo primero que cabe preguntar, al enterarse de esta “línea”, es por qué las organizaciones que la proponen sería capaces ahora de sacarla adelante, cuando no lo fueron en el periodo anterior. Porque, en efecto todas estas organizaciones o al menos sus grupos dirigentes (en el caso de la Liga Comunista y de la Oposición “m-l” del MAPU), existieron durante el gobierno de Allende. Y la

política que entonces propugnaban era también, al igual que ahora, el “conquistar la hegemonía en las masas” para elevar sus luchas hasta el “enfrentamiento armado” contra la burguesía, en la perspectiva de construir un “Poder popular” y un “gobierno revolucionario” basado en él. La respuesta – explícita o implícita- que nos dan a este interrogante es, en síntesis, el efecto exorcizante que habría tenido el Golpe. Por un lado sobre “las masas, al debilitar en su seno los demonios del “reformismo”, “revisionismo” o “stalinismo”, según sea la organización a la que se lo preguntemos. Y, por otro lado, sobre estas organizaciones “revolucionarias” mismas, al purificarlas del “centralismo”, “oportunismo”, “ultraizquierdismo” y otras “debilidades pequeñoburguesas”. Así pues –estando “las masas” mejor dispuestas para recibir la palabra revolucionaria, y siendo las organizaciones “revolucionarias” mas consecuentes con los principios consagrados- bajo la Dictadura existirían mejores condiciones, tanto “objetivas” como “subjetivas” para que la izquierda de la Izquierda pudiese imponer su hegemonía y, consiguientemente, realizar su

política. Bastaría entonces con crear una adecuada alternativa de conducción, tanto a nivel de direcciones (unidad revolucionaria) como a nivel de base (Comités de Resistencia, etc), para que el “movimiento” de masas –que estaría sólo detenido- echara a andar de nuevo, superando su “reflujo” y produciéndose su “reactivación”, esta vez bajo dirección revolucionaria.

56. Lástima que el conjunto sangriento del Golpe no sólo haya tenido el dudoso poder de exorcizar demonios ideológicos, si no que su efecto esencial haya sido el de destruir al movimiento obrero y popular en tanto fuerzas actuantes organizadas. Y que, por eso, el problema por resolver ya no sea solamente el de ofrecerle una conducción revolucionaria, sino el de su reconstrucción como movimiento real. Con mayor razón que nunca, hoy no se trata pues, simplemente, de interpretar con más fidelidad los intereses profundos del proletariado, ni de catequizar a las masas en la doctrina correcta para así reorientar sus luchas. Sino de lograr, en la práctica, soluciones a las necesidades más inmediatas de los trabajadores y de producir las condiciones políticas en que éstos puedan desarrollar sus luchas. Y ello en una situación en que intereses prácticos de clase no son directamente revolucionarios, ni podrán volver a serlo hasta que la sociedad chilena entre de nuevo en una crisis global, hasta que el bloque social obrero se haya reconstituido como organización y fuerza de clases y hasta que la cuestión del Poder se ponga, para él otra vez a la orden del día.

-36-

57. Creer que se atraviesa sólo por un “reflujo” – y que, por tanto, existiría un “movimiento de masas” ya listo, que sólo esperaría ser “reactivado” por los “revolucionarios profesionales” para “proseguir” entonces una lucha que el Golpe sólo habría “interrumpido” –es no sólo confundir una vez más la clase obrera real con su simple concepto, sino que es además no comprender nada del significado de la derrota. Es, en el fondo, ver esa derrota sólo como una derrota de los partidos; no tan grande después de todo, puesto que las dirigencias y aparatos de éstos siguen en general existiendo. Es no verla como una derrota del movimiento obrero propiamente tal, que exige a éste edificar de nuevo su organización de clase. Lo que supone abrir otra vez, por la fuerza, el espacio político en que pueda existir como movimiento práctico. Antes de lo cual ninguna consigna ni agitación “revolucionaria”, ninguna alianza de grupos político ni comité clandestino, puede conseguir desarrollar las luchas de masas,

ni menos aún imprimirles un carácter abiertamente revolucionario. Por más que la más que la propuesta crezca sordamente, que el fracaso histórico de la UP haya impactado la conciencia política popular y que subsisten dirigentes revolucionarios ansiosos de poner a “las masas” bajo su mando.

58. Hoy más que nunca, la cuestión no reside en que una “dirigencia revolucionaria”, autodesignada tal, “active” a “las masas” y las sometan a su “hegemonía”, sino en que los trabajadores dejen de ser una simple masa, organizándose a sí mismo y dándose una dirección revolucionaria. Si nuestra izquierda de la Izquierda fue incapaz de asumir su papel en esta tarea, en condiciones tan favorables como las existentes bajo Allende –cuando tenía una fuerza que hoy no tiene, cuando esa organización de clase en gran medida ya existía y cuando el movimiento obrero bregaba, carente de conducción real, en medio de un proceso con características revolucionaria- nada hace suponer que sea capaz de asumirlo ahora hay que recomenzar poco menos que de Adán y Eva. Por lo pronto, no es ese el papel que se asigna a sí misma.

59. La unidad de los revolucionarios y los comités clandestinos de base son, ciertamente, políticas correctas. Pero de allí a atribuirles el poder de otorgar a la izquierda “revolucionaria” le hegemonía sobre el movimiento de masas, hay una gran distancia. En primer lugar, nuestras pequeñas y hasta minúsculas

organizaciones no son las únicas que se mueven entre los trabajadores: aunque con orientaciones y métodos diferentes, también lo hacen el reformismo y la oposición burguesa. En segundo lugar, su influencia de masas ha sido siempre, y sigue siendo, muy reducida, tanto en términos absolutos como en comparación con el reformismo. Y, en tercer lugar, la velocidad con que un sujeto político puede acrecentar su influjo sobre una masa, depende de su credibilidad como fuerza; de que sea visto como un poder a través del cual lograr la satisfacción de los que antes esa masa aparece, en un momento dado, como sus necesidades más urgentes, directas o vitales. En la medida en que el reformismo basa su

política en la “alianza” con la oposición burguesa, y en la medida en que ésta parece disponer y disponer de un cierto ascendiente sobre las Fuerzas Armadas y sus patronos yanquis como para hacer frente a Pinochet, en esa medida el reformismo y la oposición burguesa poseen hoy tal credibilidad y pueden, por tanto mantener y acrecentar su influencia de masas. No porque los trabajadores “sigan” siendo reformistas, ni porque de pronto se haya vuelto freistas, sino porque con ello la oposición burguesa aparece como alternativa real de poder frente a la Junta. Como camino práctico para obtener –por ahora- algunos resultados positivos, como por ejemplo los que logran la Iglesia, la presión internacional o los dirigentes sindicales DC o PIR; y para provocar –mas adelante- un eventual cambio de gobierno o de política gubernamental que aligere, al menos en algo, la opresión económica y la ferocidad castrense. En cambio, la izquierda “revolucionaria” no está en condiciones de exhibir, como cosa propia, más que declaraciones y consignas, y si algún resultado práctico consigue, es al igual que el reformismo, por mediación de la oposición burguesa.

60. Mientras esta situación no cambie, mientras nuestras organizaciones no sean capaces de conquistar una credibilidad propia –diferente a la del reformismo- como alternativa real frente a la Dictadura, nada autoriza a pensar que puedan alcanzar a nivel de masas, no ya la hegemonía, sino siquiera el hoy lejano equilibrio con las otras fuerzas que allí actúan. Pues de nada sirve aducir que “la lucha será larga”. Cualesquiera sean los plazos que se dé, la izquierda “revolucionaria” no llegará jamás a ser hegemónica si no incrementa su presencia de masas más velozmente que la oposición burguesa y el reformismo. Cosa imposible mientras no se quite las comillas, mientras no cree hechos que configuren, en la práctica, un camino de la lucha contra la Dictadura distinto al

del reformismo, tanto en su carácter como en sus resultados finales. Hechos que posibiliten el proceso de reconstrucción del movimiento obrero y popular, abriendo un cauce de acción revolucionaria a través del cual puedan desenvolverse las luchas de masas, a la vez que lograrse soluciones concretas a sus necesidades más inmediatas. Pero hechos que, justamente por eso, no podrían ser –durante todo un primer período- hechos de masas. Porque estos últimos no pueden ser desarrollados sino sobre la base del avance de proceso de

restrucción de la fuerza organizada de los trabajadores. Porque no pueden asumir -en forma general y sostenida- un carácter abiertamente revolucionario, sino una vez muy adelantado ese avance. Y porque las nuestras no son organizaciones de masa y apenas si tienen algún influjo en ellas.

61. Al no comprender esto, al querer progresar desde el interior de un “movimiento de masas” que está por construir, que sólo existe en su aspiración y en el cual ella nunca ha sido tampoco un actor significativo, la izquierda “revolucionaria” sigue formulando su política sobre una base ficticia, puramente ideológica. Pues se propone una actividad que, en su realización o en sus consecuencias esperadas, supone un ascendente de masa que ella no tiene o un estado del movimiento obrero y popular que no existe, hoy en día y por bastante tiempo más. Sigue así atribuyendo realidad actual a lo que sólo las características potenciales del proletariado en abstracto. Y sigue creyendo expresar en los hechos a la clase obrera, tan sólo porque interpreta adecuadamente sus intereses ideales. Lo cual se echa de ver, por ejemplo, con los Comités de Resistencia y otros organismos similares “de conducción de las luchas de masas” que, tanto en su existencia real como en su carácter efectivo, están muy lejos de ser lo que pretende en el extranjero la propaganda “revolucionaria”; y no podrán llegar a serlo sobre tales premisas.

62. Tener en los hechos una política diferente a la del reformismo, capaz de construir una alternativa revolucionaria real frente a la Dictadura, no depende, ni esencial ni principalmente, de si la izquierda “revolucionaria” se junta en un “bloque”, en un “frente”, o en un “eje” de “lo más afines”; por más que esto tenga su importancia. Depende, en cambio, de que abandone el terreno práctico en que actúan el reformismo y la oposición burguesa, vale decir, el ámbito en que lo determinante en última instancia es la eventual presión golpista de algún grupo “antifascista” de oficiales con anuencia norteamericana. Lo único que puede

fundar un terreno distinto es, naturalmente, una fuerza armada revolucionaria capaz de afrontar, aunque sea parcialmente, a la Dictadura. Si nuestras organizaciones no son capaces de crear hechos políticos en este orden de cosas, vano es pues que sueñe con ser alternativa o con alcanzar la hegemonía.

Cualesquiera sean las alianzas que acuerden y cualquiera sea el número de Comités de Resistencia que logren formar.

63. Ciertamente es que los “revolucionarios” están muy concientes de la necesidad de disponer de fuerzas armadas. El único problema es que todos –tratase de los partidarios de la “insurrección popular” o de los adeptos a la “guerra popular prolongada”- remiten el asunto a la “reactivación del movimiento de masas”, que permitirían ir transformando, gradualmente, la lucha política de masas en lucha armada de masas, repulsando el “terrorismo”, el “foquismo” y el militarismo aventurero”. Cómo habría de conseguirse esto, es hasta hoy un enigma; pero lo claro es que ello sería gracias a la conducción que recibirían las luchas de masas de parte de la izquierda “revolucionaria”, la cual, simultáneamente, iría imponiendo así, poco a poco, su hegemonía. Que esto envuelve una ilusión, puede verse ya de lo anteriormente dicho. El objetivo de avanzar desde el interior de la lucha política de masas hacia la transformación de ésta en lucha armada de masas, no se corresponde ni con la fuerza de que disponen las organizaciones que se lo proponen, ni con la que pueden acumular por esa vía, ni con el estado en que se encuentra hoy el movimiento obrero y popular. Como camino de construcción de una fuerza armada y revolucionaria es pues este un camino ficticio, en Chile y en las condiciones presentes. Es un camino que no conduce a donde dice que conduce.

64. Iniciar acciones armadas que, en su concepción y en las consecuencias que se espera de ellas, suponen una situación a nivel de masas que en realidad no existe, conduce en la práctica a caer de nuevo en el foquismo, aventurerismo, etc., allí mismo donde se lo quiere evitar. No iniciar ningún tipo de acciones armadas sino hasta que las masas estén preparadas para ser sus protagonistas, conduce en los hechos a esperar que el movimiento obrero se haya reorganizado al amparo del reformismo, se haya desarrollado en esos marcos y haya rebasado por sí esos límites, al favor de la nueva crisis estructural a la que tendrá que dar origen, alguna vez, el agotamiento de la estrategia monopólica. En el primer caso, el camino revolucionario que se intenta seguir es “de masas” sólo en la

imaginación; su resultado real es el aniquilamiento de las organizaciones que lo recorren o, cuando menos, su confinamiento intrascendente en alguna zona del país sin significación económica, política ni militar. En el segundo caso, el camino de masas es “revolucionario” sólo de palabras, y en la realidad coincide con el reformismo, del cual constituye sólo su crítica verbal.

65. Siguiendo en los hechos las rutas que sigue, la izquierda “revolucionaria” no marcha, pues, en modo alguno, a las metas que proclama por escrito. Sino sólo a seguir siendo, como siempre, la oposición “revolucionaria” en la senda o la vera del reformismo: impotente en sí misma para constituir una alternativa práctica respecto a él y conducente, por tanto, a los mismos resultados que él. Tres años transcurridos desde el Golpe lo van dejando ya en evidencia. Como lo muestra, con claridad, el caso MAPU.

66. Por un lado, nuestra Dirección Política –residente en Chile- y la Dirección de Intervención que aquí afuera la representa. Su objetivo declarado es derribar a la Dictadura “en este período táctico” e instalar en su reemplazo un “gobierno revolucionario provisional” que liquide en Chile el poder de los monopolios y las transnacionales y que permita construir un “poder popular” capaz de destruir al Estado burgués e iniciar la edificación del socialismo. El procedimiento a través del cual espera realizar tal hazaña consiste –como es de rigor- en “reactivar a las masas”, dándoles conducción a través de los Comités de Resistencia y de la agitación de un “programa de pueblo”. Así supone desatar una “guerrilla política de masas” que permitiría avanzar hasta “enfrentamiento político globales” en que proliferarían “las huelgas y tomas de calles, los mítines relámpago” y “el sabotaje”, para culminar con una “huelga política nacional” y una “insurrección popular de carácter nacional” en que “las masas” derribarían a la Dictadura por la fuerza armada.

67. Que este “camino insurreccional de masas” es totalmente irrealizable en una situación como la que vive hoy Chile, y menos para un partido como el MAPU, cuya presencia actual entre los trabajadores es casi insignificante, resulta demasiado obvio, de lo anteriormente dicho, como para argumentar más al respecto. De aquí a que el MAPU –incluso en alianza con el resto de la izquierda “revolucionaria”- llegue a tener éxito en disputarle las masas al reformismo en su mismo terreno y consiga acaudillar una

“guerrilla política de masas”, no sólo habrá pasado a la historia “el actual período táctico”, sino que también la Dictadura. Y para entonces nuestro partido habrá perdido ya, por esta senda, toda veleidad revolucionaria.

68. Aunque confusamente, nuestra Dirección Política no deja de darse cuenta de ello. Pero –discurre- lo que no es posible hoy día, lo será mañana con el desarrollo de las contradicciones interburguesas. Y lo que no puede hacer el MAPU ni los “revolucionarios” solos, podrá intentarlo en cambio una “dirección única del pueblo”, un “frente político de toda la izquierda” que incluya también a los partidos reformistas. Después de todo –debe pensar- también las direcciones del PC y PS están dispuestas a examinar aquello de la “huelga insurreccional” y hasta han insinuado que sería esa la forma “armada” que tomaría la lucha “antifascista” en sus momentos cumbres. Todo se resolvería pues constituyendo una “Unidad Popular Superior”, en cuyo seno “el MAPU, los sectores del PS, así como también el MIR, de la IC y cuadros avanzados del PC que sostienen posiciones básicamente proletarias” irían conquistando paso a paso la hegemonía y forjando al mismo tiempo el “partido proletario de la revolución chilena”, que permitiría superar la “crisis de dirección que afecta al movimiento obrero y popular”. Así se aportaría además, a la tarea similar que estaría planteada en América Latina, poniéndose “por encima de las pugnas que dividen hoy al campo socialista”, aunque fortaleciendo las relaciones “especialmente con Cuba y Viet-Nam”. Un paso adelante por ahora sería que toda la Izquierda aceptase el “programa del pueblo” con que los “revolucionarios” aspiran a gobernar. Conseguido lo cual, habría también fuerzas suficientes para “arrastrar” a la Democracia Cristiana –depurada del freísmo- a la alianza “táctica” contra la Dictadura. Lo que no dejaría de contribuir a desarrollar las “contradicciones interburguesas”. Tal sería pues el “camino unitario de la resistencia popular”, expuestos en sucesivos documentos, de los cuales el primero es el “de Junio” de 1974 (el célebre “Pensamiento del MAPU”) y el último (que conocemos) las “Resoluciones de Nuestra Línea Política” de diciembre de 1975.

69. Es comprensible, a partir de estas premisas, que los esfuerzos por desencadenar la “insurrección de masas” se hayan traducido, en la práctica, en el llamado epistolar al PC de comienzos de 1975, las andanzas de la DIPEX en Berlín algunos meses después, los dimes y diretes de Oaxtepec a principios de este año, la adhesión “con acuerdos del MIR y la”

Coordinadora” al último documento político de la UP, y la “lealtad” a los compromisos orgánicos adoptados por esta última en Belgrado. Naturalmente, el producto de todos estos cubileteos no ha sido en manera alguna la esperada “unidad de toda la Izquierda bajo hegemonía revolucionaria”. Ni podrá jamás serlo. Concertar alianzas no es puramente una cuestión de coincidencias, mayores o menores, en tal o cual materia. Ni conquistar la hegemonía es una cuestión de tiempo. Ambas cosas son, fundamentalmente, un problema de fuerzas. Y de fuerza diferente, es decir, claramente definidas y políticamente diferenciables; no “por encima de las pugnas”. Quien, como la Dirección del

MAPU, no dispone de ninguna fuerza autónoma digna de este nombre que esgrimir y está siempre temiendo “aislarse” del reformismo, no sólo no puede pretender hegemonizar una alianza con él: tampoco puede esperar que éste se interese en pactar una verdadera alianza, es decir, un trato en que tenga que hacer concesiones no meramente formales. Cuando más se interesará en incorporar al supuesto “aliado” como un simple peón en su propio juego. En tanto el MAPU –y en general la izquierda “revolucionaria”- no dé muestras constituir una alternativa práctica frente a la Dictadura, cualquier “frente” contra ella convenido con el reformismo no podrá ser más que una farsa, un nombre menos impúdico bajo el cual ocultar la subordinación lisa y llana a él y, a través de él, a la oposición burguesa. Por más que el programa de tal “frente” pueda ser, en su redacción, sumamente revolucionario.

70. Si de fuerza se trata, lo más interesantes es saber, precisamente, con qué fuerza espera nuestra Dirección alcanzar los objetivos que propone al MAPU. Y puesto que pretende derribar a una dictadura militar, con qué fuerza militares. Hasta hace algún tiempo, era este un misterio insondable. Pero en su último escrito, nuestra Dirección se ha decidido revelarlo. Esencialmente, se trataría primero, de “preparar psicológica y técnicamente a las masas” para ir conduciéndolas a desarrollar formas armadas de lucha “compatibles con los niveles de conciencia que vayan alcanzando” (sic). Segundo, habría que “construir milicias irregulares, basadas en los Comités de Resistencia” y destinadas a “defender las acciones de masas, realizar propagandas armada y efectuar operaciones de hostigamiento, amedrentamiento y desgastes de las Fuerzas Armadas burguesas”. Tercero, sería necesario estructurar una “dirección político-militar revolucionaria” con “el conjunto de los partidos obreros y populares”. Y, por último, se requeriría constituir “Comités de Resistencia de suboficiales y soldados”. Claro está –se nos explica- que todo esto jugaría un papel

subordinados a la lucha política de masas, hasta el momento en que explote la “huelga nacional insurreccional” por medio de la cual “será posible derrotar militarmente a la Dictadura”.

71. El despropósito de esto desvaríos “políticos-militares” salta a la vista. El que “las masas” puedan desarrollar formas armadas de lucha no depende

-ciertamente- de que el MAPU les eleve sus “niveles de conciencia” acerca de la conveniencia de hacerlo, ni tampoco de que las prepare “psicológica y técnicamente”. Depende, en cambio, en primer término, de que los trabajadores hayan construido una organización y una fuerza de clase que hoy están muy lejos de tener. Y depende, además, de que esté en curso una crisis revolucionaria del conjunto de la sociedad que hoy por cierto no puede producirse; ni podrá hasta que, o bien los revolucionarios produzcan hechos militares de un carácter diferente, creando así las condiciones para ir provocándola, o bien estas condiciones se generan por sí mismas a raíz del agotamiento de la estrategia monopólica, en mucho tiempo más. Antes de ello no pueden desarrollarse “milicias” de masas capaces de enfrentar a las Fuerzas Armadas; e incitar a hacerlo sólo puede conducir a una masacre. Soñar con ello, o con que al interior de las Fuerzas Armadas puedan desenvolverse –antes del término de esta etapa- procesos parecidos a los que conocieron Rusia o en la Revolución de Febrero de 1917 o Portugal en 1975, es vivir en las nubes, creyendo que todavía se está en el período prerevolucionario que existió bajo Allende o a un paso de volver a estarlo. Verdad es que nuestra Dirección piensa que la derrota de 1973 fue “solamente táctica”. Y verdad es también que no hay ningún peligro de que toda esta “línea político-militar” se ponga en práctica, desde que su ejecución queda encomendada a una “dirección conjunta” de toda la Izquierda, es decir, en la práctica, al reformismo.

72. De suyo se comprende, en estas condiciones, que la famosa “huelga nacional” mezclada de “insurrección popular”, que quiere desatar nuestra Dirección Política, tenga un significado práctico muy distinto al que finge la teoría. En los hechos, no podría ser nunca más que un simple motor de partida y un combustible para el carro golpista de la oposición burguesa. Nunca más que una explosión masiva e inorgánica del descontento popular, permitida y manipulada por la benevolencia “antifascista” de algún grupo de oficiales que quiera buscar, en este “apoyo de masas”, la legitimidad “revolucionaria” de un

eventual golpe de Estado contra Pinochet. Y así se entiende también que el reformismo no oponga reparos a que el momento culminante de la “lucha antifascista” pueda adoptar tal forma “armada” e “insurreccional”. Igual que se explica por arte de qué un levantamiento civil de masas podría derrotar “militarmente” a la Junta-

73. De donde se ve, con claridad meridiana, que la “línea” en torno a la cual nuestra Dirección Política quiere “homogeneizar” al MAPU, es diferente a la del reformismo sólo en su fantasía y en la formulación escrita; solo como línea en el papel; pero no en sus procedimientos ni resultados reales. El rumbo efectivo que de ella deriva no conduce –ni en la teoría ni en la práctica del Partido- a derribar a la Dictadura; sino cuando más a agenciar el cambio de Pinochet por otro gobernante menos brutal. Y el celeberrimo “gobierno provisional” que se nos promete, si es que llega a ver la luz del día, podrá tal vez llamarse “popular” o “revolucionario”; pero será sin duda alguna burgués y monopolico.. Contenido real de esta línea política que no variará en lo más mínimo por el hecho de que el MAPU adopte posteriormente una actitud de oposición a ese gobierno. Como ya está dicho, el propio reformismo se vería, seguramente, obligado también a ello.

74 Puestas así las cosas en nuestro partido, a nadie extrañará que no pocos compañeros se descarríen tras las banderas del “verdadero marxismo-leninismo”. Al fin y al cabo, éste ha centrado sus fuegos contra la política de alianzas de la Dirección y, en este particular, su crítica es perfectamente justa y acertada. Pero, el que haya hecho de estos precisamente su caballo de batalla, no asegura en modo alguno que se mueva en un terreno realmente distinto al de quienes critica. Más bien deja barruntar lo contrario, puesto que la cuestión de las alianzas, por su propia naturaleza, no puede ser nunca la fundamental de una política, si bien pueda jugar a veces un papel de primer plano.

75. AL igual que la Dirección, nuestra Oposición “marxista-leninista” aspiraba, hasta hace un tiempo, a derribar la Dictadura e instaurar un “gobierno revolucionario provisional” en “este período táctico”. Últimamente, y seguramente bajo la presión de los hechos, dicho objetivo ha sido transferido a “todo un período estratégico”. Consecuentemente con ello, el proverbial “gobierno provisional” ya no se concibe, cual lo era antes, como expresión de un

equivoco Estado intermedio, ni burgués ni “estrictamente proletario”, sino que como manifestación directa de la “dictadura del proletariado”. Aunque –presumiblemente para no ofender a la ortodoxia- se sigue hablando de “Estado democrático-popular”. De la misma manera que el programa que habría de ejecutar ese gobierno, a pesar de ser –según explican- “de transición”, se sigue llamando “mínimo”.

76. Para alcanzar estas metas generales, la Oposición “marxista-leninista” se propone “impulsar la propaganda, la agitación y la organización” en el seno de la clase obrera, mediante una “plataforma inmediata” y consignas adecuadas, hasta lograr la consabida “reactivación del movimiento de masas”. De ello se encargarían los Comités de Resistencia –apellidados eso sí “revolucionarios”- a través de formas de lucha esencialmente política todavía, pero subordinadas a las cuales habrían acciones de “propaganda armada”, en la perspectiva de constituirse en “embriones de futuros comités de autodefensa armada de masas”. Por este camino y una vez superado “el reflujo” actual, podría construirse unas “fuerzas armadas populares” y desenvolverse, en sucesivas fases, una “guerra popular y prolongada”, al término de la cual el MAPU, encabezando a las masas y a su ejército, daría al traste con la Dictadura. No solo, claro está, sino en compañía del MIR, la IC y la Coordinadora de Regionales del PS, que ya desde ahora tendrían que unirse con nuestro partido en un “bloque revolucionario” para ir congregando más adelante en torno suyo un amplio “frente antidictatorial”, de carácter estratégico, con el reformismo y la izquierda del PDC.

77. La condición sine qua non de todo lo anterior sería –como era de esperar- la construcción de un auténtico partido “marxista-leninista”, inscrito en la corriente internacional del mismo nombre, cuyo embrión estaría en el MAPU y cuyo desarrollo se produciría, en el vientre del “bloque revolucionario” y nutriéndose de los Comités de Resistencia, a lo largo de la lucha. Así suena, en síntesis, la “Línea de Victoria para la Resistencia Proletaria y Revolucionaria” chilena, tal cual la pinta un manifiesto “marxista-leninista” de febrero de 1976 que, con este título, circula profusamente en Europa; y que, al revés de lo que dice su contratapa y conforme a recientes aclaraciones de sus autores, no tiene

nada que ver con las posiciones de la mayoría de los miembros del Comité Central del MAPU que se encuentran en Chile.

-46-

78. como puede verse, a diferencia de la Dirección, nuestros “marxistas-leninistas” comprenden perfectamente que el Estado de los monopolios y las transnacionales —es decir, su dictadura- no puede ser realmente derribado sobre la base de ningún tejemaneje que intenten, solos o acompañados, la oposición burguesa y el reformismo. Sino que por obra fundamental de una fuerza revolucionaria que llegue a adquirir un carácter propiamente militar, es decir, que llegue o incluir un ejército revolucionario, una fuerza armada regular. De allí deriva el núcleo racional de sus concepciones acerca de los plazos de la lucha, del carácter que tendría el famoso “gobierno provisional” y de la política de alianzas. Si dejamos de lado la jerga contradictoria y las deformaciones dogmáticas en que la recta doctrina les exige envolver todo esto, no cabe duda, de que hasta allí nuestra Oposición “m-l” tiene toda la razón. Pero hasta allí también, no ha salido, ni siquiera teóricamente, del campo de la teoría. En el terreno de la práctica, una línea política no es correcta sólo porque tenga coherencia lógica o se ajuste a los “principios”. Lo decisivo es que sea capaz de darse —teórica y prácticamente- los medios para alcanzar los objetivos que se propone. Y es aquí, justamente, donde aparecen los problemas. Porque ello supone partir de la realidad en que se actúa tal cual es y como “debiera” ser según el pensamiento, incluso si este fuese un pensamiento “verdaderamente marxista-leninista”

79. Como objetivo táctico, que posibilite sus otras metas, nuestra Oposición “m-l” proyecta “impedir la consolidación de la Dictadura”. Ahora bien, impedir la consolidación de la dictadura que en Chile ejercen la gran burguesía criolla y sus socios imperialista, no es otra cosa que impedir el desarrollo de su estrategia y, con ello, el afianzamiento de su Estado. Que esto no es posible sin contar con la fuerza militar que pueda a este último, es a todas luces manifiesto. Y que el “verdadero marxismo-leninismo” no es en la fase actual una fuerza, ni militarmente ni para ningún efecto práctico, es más que evidente. Creyendo fijarse un objetivo “menor”, “correspondiente a la relación de fuerzas actual”, nuestros “marxistas-leninistas” hace pues, en realidad, todo lo contrario, porque ya no sólo aspiran a derribar a la Dictadura, sino a impedir siquiera que crezca, suponiéndola tan débil que ni siquiera alcanzaría a desarrollarse, y a sí mismo

tan fuertes que podrían paralizarlas enfermen. Y proponiéndose como condición previa para ir gestando una fuerza armada revolucionaria, el impedir primero la consolidación de la Dictadura, ponen –en rigor- la carreta delante de los

-47-

bueyes. La verdad es que, hoy día, ninguna de las organizaciones de la izquierda, ni todas juntas, está en condiciones de alcanzar un objetivo “táctico” semejante. Imaginar lo contrario es desconocer la profundidad de la derrota sufrida por el movimiento obrero. Incluso aquellos sectores burgueses que, dentro del mismo esquema estratégico de la Dictadura, de han venido perfilando como alternativa de reforma y de recambio respecto al gobierno de Pinochet, han visto frustrados sus intentos –al menos momentáneamente- tras el malogro de la ofensiva freísta de principios de año. Pero aun si hubiese triunfado y hubiera habido un cambio de gobierno, ello no habría hecho sino facilitar el desarrollo de la estrategia monopólica, pues no existen hay fuerzas revolucionarias que pueden dar a un acontecimiento de esta especie un destino distinto. De hecho, la Dictadura ha entrado en un proceso de paulatino afianzamiento, ya bajo la propia conducción de la Junta.

80. Claro que nuestra Oposición “marxista-leninista” no ve las cosas de esta manera. Piensa que, para impedir la consolidación de la Dictadura, basta con “remontar o superar el reflujo del movimiento de masas”. Mas esto es confundir la realidad con los deseos. Ambas cosas no pueden ponerse en un pie de igualdad. La contraposición de intereses monopólicos diferentes, sobre todo si envuelve cambio de gobierno, puede muy bien generar condiciones que faciliten la reorganización del movimiento obrero y el despliegue de las luchas de masas; a esto apunta, entre otras cosas, la táctica de “frente antifascista” del reformismo. Pero este tipo de “reactivación” o “nuevo reflujo” – en los hechos, reconstitución- del “movimientote masas”, no tiene por qué detener el desarrollo de la estrategia monopólica. Por el contrario, lo más probable es que forme parte de él que sea pues sólo un engranaje de la consolidación. Porque, en ausencia de una fuerza revolucionaria ya existente que pueda enfrentar armadamente a la Dictadura, las únicas luchas de masas susceptibles de progresar será aquellas compatibles con el avance de la estrategia monopólica, y la única reorganización posible del movimiento obrero y popular será la que dirija el reformismo o se adapte a sus procedimientos.

81. El “verdadero marxismo-leninismo” no opina lo mismo. Cree que es cuestión solamente de agitar una plataforma de reivindicaciones democráticas y de impulsar los Comités de Resistencia, para que el “movimiento de masas” entre de nuevo en “flujo”, esta vez por la recta senda, y haga tambalear a la Dictadura.

-48-

Lástima –en primer lugar- que ninguna agitación ni propaganda puedan producir tal milagro. Pues el problema no consiste en convencer a “las masas” de que la Dictadura es mala, o de que les sería muy beneficioso obtener reajustes del 100% del alza del costo de la vida, o de que hay que recuperar las libertades perdidas. Los trabajadores saben, bastante mejor que los “marxistas-leninistas”, dónde les aprieta el zapato, y no precisan que éstos desciendan a explicárselo. Su carencia no es de predicadores que les hagan “conciencia” acerca de la necesidad de luchar, sino de organizaciones y de fuerza para desenvolver tales luchas. A decir verdad, los combates que hoy efectivamente pueden librar y han librado, son muchos más modestos, en sus objetivos y en sus formas, que lo que supone la “plataforma inmediata” del marxismo-leninismo”. En segundo lugar, en lo que dice relación con los Comités de Resistencia, o con cualquier otro organismo de conducción de masas, lo discutible no es el que haya o no que “impulsarlas” –de todas maneras hay que hacerlo- sino el que a través de ellos la reorganización del movimiento obrero y popular pueda encontrar causas revolucionarios, es decir, que le permitan rebasar los marcos el desarrollo de las estrategia monopólica y amenazar así la estabilidad de la Dictadura. Pues ello no depende sólo de que recomienzen las luchas de masas, sino además de que los revolucionarios sean capaces de producir otros hechos que, rompiendo el cerco represivo que delimita, en cada momento, aquellos marcos, abran un espacio político diferente. Hechos que – como ya está dicho en párrafos anteriores- no podrían ser “de masas”, al menos durante todo un primer período, y que suponen, en última instancia, poder enfrentar armadamente a la Dictadura, aun en forma coyuntural y parcial. De lo contrario, la reorganización del movimiento obrero y popular también puede producirse, e incluso jugando los Comités de resistencias un papel importante en ello; pero sólo en la forma y en los tiempos que el propio desarrollo de la estrategia monopólica autorice, y sin que pueda intentar traspasar estos límites mientras esa estrategia no se agote y entre en crisis. La historia de las Comisiones Obreras en España puede ilustrarlo. Esto no significa, claro está, que –incluso al ritmo que la propia evolución de la Dictadura permita- no sea importante organizar Comités de Resistencia, comisiones de Fábrica, etc. Pero

lo que no puede pretender es que ello, por sí solo, “impida la consolidación de la Dictadura”.

82. Ciertamente es, sin embargo, que nuestra Oposición “marxista-leninista” quiere hacer, de los Comités de Resistencia, “embriones de Comités de autodefensa

-49-

armadas de masas”. Y no sólo eso. Es a partir de allí –así como de “milicias de barrio, fábrica o fundo”, “unidades de propaganda armada” y “comités clandestinos de soldados y suboficiales” que espera construir unas “Fuerzas Armadas Populares”. Que esto es idéntico a lo planteado por la Dirección del MAPU, salta a la vista. Compárese si no, con el párrafo 70 en que lo hemos reseñado. La única diferencia es de objetivos y reside en que, mientras la Dirección cree que tales mecanismos bastarían para triunfar “militarmente” en una “insurrección, los “verdaderos marxistas-leninistas” son conscientes de que sería necesario “llegar hasta agrupaciones regulares superiores” e iniciar una guerra. De qué manera supone dar este salto, es todavía un secreto; pero, comoquiera que sea, no impide en nada que valga para ellos la misma crítica que ya hemos hecho en relación a la Dirección. O sea, en esencia, que las “milicias”, comités de autodefensas” y demases son sueños irrealizables en tanto, por un lado, el movimiento obrero u popular no se haya reconstituido en alto grado y, por otro, no se haya generado ya una situación de crisis revolucionarias de la sociedad. Intentar en el presente período táctico, organizar “milicias de barrio”, “comités de autodefensa armada” de empresas o locuras similares, sería a ojos vistas un delirio que, lejos de conducir al surgimiento de “fuerzas armadas populares”, sólo contribuiría a profundizar la derrota del movimiento obrero. Y lejos de impedir la consolidación de la Dictadura, la fortalecería.

83. Siendo idénticos los caminos a través de los cuales la Dirección y la Oposición “m-l” de nuestros partidos imaginan construir su fuerza armada, no es de extrañar que también sean idénticas las formas en que figuran derribar por las armas a la Dictadura. Por supuesto, y como lo exige la verdadera creencia, los “marxistas-leninistas” sólo admiten la “guerra popular y prolongada”. Pero cuando se trata de explicar de qué manera podría ésta

desarrollarse en Chile, nos dicen que “la lucha concreta contra la Dictadura, desde un punto de vista militar”, “atravesará por dos fases fundamentales”: una “guerrillera” en que “las Acciones de propaganda armada jugarán el rol principal”, y una “propiamente insurreccional, con huelga general, surgimiento de milicias, divisiones mayor o menos de las Fuerzas Armadas, combates generalizados, etc.”. Si esto no es lo mismo que dice la Dirección, realmente no sabemos que pueda ser. Claro que, prudentemente, nuestros “marxistas-leninistas” agregan que su propia versión de la “huelga insurreccional” –o quizás sea más justo decir en este caso “insurrección huelguística” - “puede o no desembocar de inmediato en una

-50-

situación de guerra civil o en una intervención imperialista, desarrollos que es absurdo pretender prever”, quedan así cubiertas todas las posibilidades y, con ello, la “guerra popular” no sólo “puede no” prolongarse, sino que, convertida en arquetipo universal que acepta los más variados, contenidos, puede también significar cualquier cosa y salvarse así –en toda eventualidad- la pureza incorruptible de la fe.

84. hablando con propiedad, una “guerra popular y prolongada” no es cualquier tipo de lucha armada revolucionaria. No puede pues llegar a darse en cualquier circunstancia. Su factibilidad no depende del mero deseo “marxista-leninista” de “incorporar todo el pueblo a la guerra”, de impulsar una “guerra de las masas populares”, o de construir un ejército popular” a través de la elevación gradual de las luchas de masas desde un nivel político a uno militar. Tampoco depende de la pura cuestión de hecho de que la correlación de fuerzas sea hoy día enormemente desfavorable a los revolucionarios. Depende, en cambio, se que “todo el pueblo”, es decir la masa de la población civil, pueda efectivamente “incorporarse a la guerra”; lo cual supone que tengo las condiciones organizacionales y de homogeneidad política territorial como para poder formar parte integrante de las fuerzas revolucionarias activas y como para que sea posible ir construyendo paso a paso, en seno, destacamentos revolucionarios regulares. Depende, además, de que existan las condiciones específicas que permitan incrementar la fuerza armada propia más velozmente que lo que puede el enemigo acrecentar la suya, y mejorar así poco a poco la correlación de fuerzas militares mediante el recurso de prolongar la guerra, ya que en tal caso –y sólo en el- el tiempo estratégico corre a favor de los revolucionarios.

Condiciones todas que no se dan, por cierto, como un “contenido universal”, válido “al menos para el conjunto del Tercer Mundo”, sino que suponen circunstancias muy concretas y particulares que – no es difícil verlo- de ninguna manera existen en Chile, bajo la Dictadura.

85. Porque no es por casualidad que la guerra popular y prolongada haya podido desarrollarse –“de manera diferente, es cierto”- “en países como Vietnam, China, Camboya, Laos, Mozambique, Guinea, etc.”. Vale decir, en países o regiones cuya estructura social, en la época considerada, se funda primordialmente en formas de producción agraria precapitalistas. En que predomina por tanto, a pesar de las presiones del mercado capitalista tendientes a

-51-

desintegrarla, la comunidad rural precapitalista, sea tribal o aldeana, sea “primitiva”, “asiática” o “feudal”, en cualquier manera y grado de descomposición en que se presente. Es esta conexión territorial espontánea del grueso de la población civil, existente de antemano como elemento básico de precisamente esa estructura económica y social, lo que constituye la premisa común sobre la cual se erigen, en países como esos, las condiciones que hacen posible una guerra popular y prolongada. Es la cohesión que ello otorga a la población de cada determinada zona lo que permite a las fuerzas armadas revolucionarias moverse como pez en el agua entre la población del territorio en que operan, e ir construyendo así, poco a poco, unidades regulares a partir de grupos de guerrilla. En esta organicidad natural, y por ello maciza, de “todo el pueblo”, lo que habilita a “las masas” civiles del conjunto del país para sostener prácticamente la lucha armada y resistir, al mismo tiempo, las represalias. Es, en fin, es tener activamente a favor el grueso de la población civil, tanto en las zonas en que se combate como en las demás, lo que hace posible evitar la fijación de la fuerza armada revolucionaria a un territorio determinado y lo que constituye el factor político-militar decisivo que hace que el tiempo corra en contra del enemigo, confiriendo así al prolongamiento de la guerra un papel positivo trascendental. Aunque esto último, a decir verdad, no siempre, sino sólo en la medida en que el otro beligerante no pueda acogerse al mismo recurso; que es normalmente el caso tratándose de un invasor foráneo, pero no necesariamente en una guerra civil, como lo mostró la evolución de la lucha en Angola después de que el enemigo principal dejó de ser el ejército portugués.

Tal vez no sea entonces, tampoco, por azar, que el “verdadero marxismo-leninismo” no cuente entre ejemplos histórico a Angola.

86. Si nos atenemos, pues, a la “experiencia concreta, y no a la teorización puramente académica a la referencia dogmática y mecanicista a otras revoluciones” –como acaricia la esperanza de hacerlo algún día nuestra Oposición “m-l”- no se necesita ser ningún gran estratega para intuir que la lucha contra la Dictadura no podría asumir la forma de guerra popular y prolongada. La comunidad rural precapitalista no es, ciertamente, la forma social predominante hoy en Chile y, en la medida en que eventualmente subsiste (en la zona mapuche), no tiene ninguna importancia económica ni política, de manera que las condiciones de posibilidad de tal tipo de guerra no podría fundarse en ella. Y en qué entonces ¿Acaso en la fuerza organizada de masas del bloqueo social

-52-

proletario? O por ventura en el control territorial sobre la población civil que ejerza algún “poder popular” de nuevo cuño? Como es obvio, tales premisas hoy día no existen, están por construir. Y, justamente, el proceso de su construcción no puede coincidir con el de su transformación en lucha armada de masas, menos todavía con el surgimiento, a partir de allí, de cuerpo regulares de ejército. Porque, como ya está dicho anteriormente, por más que se prolonguen los plazos, las luchas de masas no puede romper por si solas los marcos del desarrollo de la estrategia monopólica, por el contrario, están condicionadas por éste. La única forma en que ello podría ocurrir sería si ya existiese de antemano, una fuerza armada revolucionaria; pero entonces ésta tendría que haberse generado por vías diferentes a las de la guerra popular y prolongada. De lo contrario, las luchas de masas, para adquirir un carácter directamente revolucionario y formas armadas, tienen que esperar hasta que la estrategia monopólica haga crisis, es decir, hasta que la Dictadura sufra ya de una incurable enfermedad senil y se esté cayendo de vieja. Pero en tal caso los procesos determinantes, desde un punto de vista militar, volverían a ser probablemente los que ocurriesen entre el personal de base de la Fuerzas Armadas burguesas y no tampoco los que suponen una guerra popular y prolongada; aparte de que estaríamos en el umbral de una etapa, diferente de la actual.

87. Lo anterior no significa negar toda posibilidad teórica de que una guerra popular y prolongada pueda desarrollarse en un país o región cuya base social no sea principalmente precapitalista. Tal vez esto pueda suceder, quizá especialmente en caso de invasión extranjera. Pero lo seguro es que en Chile, bajo las condiciones de la Dictadura, ningún “ejércitopopular”, ninguna fuerza armada revolucionaria regular puede emerger -sin la ayuda de un partero militar diferente- desde las entrañas del gradual ascenso de las luchas de masas; inclusive en el dudoso caso de que este gradual ascenso pudiese generar alguna “guerrilla popular”, rural o urbana. Por otra parte, incluso si ya existiese – surgido de otras fuentes- un ejército revolucionario propiamente tal, lo probable en las condiciones chilenas es que el prolongamiento de la guerra no jugase a favor suyo, que no fuese un “ganar tiempo”, sino un “dar tiempo” al enemigo. Cuestiones todas que ya hemos comentado en otra parte. (“¿Que Gobierno Provisional?”, párrafos 141 al 143, febrero 1975).

88. Compartiendo ilusiones similares, se entiende entonces que nuestra Oposición “m-l”, cuando quiere pasar de los “principios” de la guerra popular y

prolongada a su “aplicación” en Chile, no pueda hacer nada distinto de lo que hace la Dirección: en la teoría, repetir con palabras diferentes los contenidos de la “huelga insurreccional”; en la práctica, esperar que el propio desarrollo de la estrategia monopólica “reactive” a “las masas”. Y no podría ser de otra manera, a menos que se optase por decidir que “ya existen” las condiciones para iniciar la guerra popular prolongada y, creyendo hacerlo, como tantas veces ha ocurrido ya en América Latina, se comenzase a recorrer de nuevo los trillados senderos del “foquismo”, urbano o rural. En uno u otro caso, lo claro es que el “camino de victoria” que nuestra Oposición “m-l” pregona, no conduce, ni en la teoría ni en la práctica, a derribar a la Dictadura, sino cuando más a mantener viva la llama de la fe entre algún puñado de “verdaderos marxistas-leninistas” en constante renovación.

89. Siendo esto así y no conviniéndole por ahora agitar demasiado las banderas de su “línea internacional”, es comprensible que nuestra Oposición “m-l” haya elegido, para dar sus batallas contra la Dirección, el terreno de la

política de alianzas. Allí, parapetada en la tesis del “bloque revolucionario, cree encontrarse segura y haber descubierto la piedra de toque para distinguir los verdaderos revolucionarios de los falsos. La única desgracia es que las direcciones oficiales del MIR, MAPU y Coordinadora, supuestos candidatos al bloque, han venido poniéndose de acuerdo entre sí, al menos en el exterior; pero no pasa llegar en mejores posiciones a un entendimiento con él. Desde los galanteos MIR-MAPU de la primera mitad de este año hasta la “adhesión” de nuestra Dirección de Intervención a la política UP, las claudicaciones de la representación exterior de la Coordinadora y los tendidos entre la UP y el MIR, todo muestra que la unidad “estratégica” de “los más afines” se subordina de hecho a la así llamada unidad “táctica” de toda la Izquierda: que esta última sigue siendo, pues, en la práctica, el aspecto fundamental. Haciendo del “bloque revolucionarios” la viga maestra en la cual quiere apuntar su política, nuestra Oposición “m-l” revela así la fragilidad de esta misma. El “bloque” que pueda formar nuestras direcciones “revolucionarias” es impotente para constituir ninguna alternativa efectiva respecto al reformismo, por la simple razón de que, para ello, ésta tendría que tener una política global cuyos supuestos, procedimientos y resultados fuesen diferentes en la práctica a los del reformismo. Ya hemos visto, sin embargo, que es esto precisamente lo que no ocurre con

nuestras direcciones; ni tampoco, por lo demás, con los propios “marxistas-leninistas”. De allí que el “bloque revolucionarios”, si bien es cierto que puede ser un paso positivo, lo sea sólo en tanto medio de crear una dimensión político más amplia, que facilite el desarrollo de un proceso de discusión y lucha interno a la izquierda de la Izquierda, del cual pueda ir surgiendo una alternativa real; alternativa, empero, que no puede coincidir con ninguna de nuestras organizaciones “revolucionarias” tal cual hoy existían, ni con ningún agregado o mezcla de ellas. Al no entenderlo así, al hacer del “bloque” la principal reivindicación sobre la cual sustentar su política, nuestra Oposición “m-l” maniobra sobre arenas movedizas y no tiene nada de raro entonces que se empantane. Porque, dado que el “bloque” real de “los más afines” no tiene ninguna intención de romper con la UP, el “verdadero marxismo-leninismo” se ve reducido, o bien a tratar de convencer a las direcciones del MAPU, MIR, etc., de que cambien de actitud o bien a tratar de impulsar por su cuenta, “desde la base”, el “bloque” ideal que ellos postulan. Pero si esto último ha de tener en los

hechos algún sentido, no puede ser otro que el de abandonar el terreno de la política de alianzas como espacio primordial en el que individualizar su propia identidad, como sello distinto que la diferencia tajantemente del reformismo. Y saliendo de ese terreno, las bases comunes entre la práctica de la Oposición “m-l” y la de la Dirección del MAPU comienzan a hacerse ostensibles, como ya lo hemos mostrado más arriba.

90. El conflicto interno que hoy vive nuestro partido, tiene ciertamente raíces anteriores al Golpe, pero el grado extremadamente crítico que ha venido adquiriendo no se explica sino por la derrota que como organización hemos sufrido. No sólo ni principalmente las heridas recibidas durante estos tres años, sino en esencia la incapacidad de nuestra política ha demostrado para constituir, siquiera en perspectivas de largo plazo, una fuerza real capaz de hacer frente y dar al traste con la Dictadura. Nuestro rumbo político efectivo no está conducido ni puede conducir a los objetivos que afirman nuestros designios. Ni por el “camino de victoria” de nuestra Oposición “m-l”. Y como, definidas las condiciones concretas en que han de recorrerse, los cambios son inseparable de las metas, a nadie ha de sorprender que sea toda la armazón ideológica y política de nuestra organización lo que esté en cuestión hoy día. Y es que nuestro fracaso durante el período de allende y nuestra impotencia bajo la Dictadura no sólo

-55-

suscitan la interrogante acerca del papel real que jugamos antes del Golpe o cerca de la interpretación que hemos hecho de la derrota y de la situación actual. No sólo ponen en duda la factibilidad de nuestros propósitos presentes y la coherencia práctica de nuestras “líneas” antidictatoriales. Detrás de ello hay supuestos más fundamentales que exigen una reexaminación.

91. Pues no es sólo el MAPU quien está en crisis. En mayor o menor grado, lo mismo ocurre con toda la izquierda “revolucionaria” y, en otro contexto y sentido, con la “reformista”. La matriz común en que esta crisis se engendra es, naturalmente, el fiasco de las diferencias políticas que nuestra Izquierda ha

seguido anteriormente y la infructuosidad de las que siguen ahora. Pero, a su vez, este no es un fenómeno particular de Chile. Antes o después, con una u otra peculiaridad y para hablar sólo de las partes sur del Continente, algo similar ha acaecido en Brasil, en Bolivia, en Uruguay, en Perú; y si la derrota no se ha consumado aún en la Argentina, nadie podría asegurar que un destino análogo no esté allí apuntando. En qué han fracasado y fracasan las representaciones política del movimiento obrero y popular en nuestros países? En abordar con buen éxito el problema del Poder, sin duda. Pero sería simplista y erróneo cree, por eso, que el asunto se reduce a la cuestión del Estado burgués y de la estrategia

político-militar orientada a destruirlo, incluido todo en ornamento de tópicos estratégicos y tácticos que la acompañan. Más profundamente, y como lo hemos insinuado a través de los párrafos anteriores, esta misma frustración de las estrategias “revolucionarias” tiene que ver con una determinada base teórico-práctica que nuestras organizaciones de una u otra forma comparten, y que dice relación con la manera de entender el carácter y papel de nuestros partidos respecto al movimiento obrero, con las dificultades de la ideología “marxista” –en sus diversas variantes- dentro de la cual decimos inscribirlos, con el significado mismo de ese “socialismo” que afirmamos querer construir y, por todo ello, con el espacio internacional donde ubicamos nuestras opciones.

92. No somos nosotros quienes planteamos así las cosas. Es la realidad misma de nuestra izquierda “revolucionaria” chilena, forzada por la emigración masiva a salir de su proverbial provincialismo y a entrar en contacto con las de otros países y, en primer lugar, con las de nuestros vecinos latinoamericanos. En otro tiempo, cuando nos creíamos pisando tierra firme en las particularidades de Chile,

podíamos pensar que la “línea internacional” era un problema de especialistas, ajeno a nuestras preocupaciones colectivas; que las diferentes corrientes del “marxismo” era un asunto puramente “teórico”, desligado de la práctica política real; que la “línea militar” era sólo una cuestión de elegir bien “la vía” y de buscar en los textos clásicos o en los “cursos” de algunas amistades experimentadas los “principios” y “técnicas” para marchar por ella; que un partido revolucionario podía construirse con sólo “aplicar” bien las “normas leninista de organización” y respetar el “centralismo democrático”, o que el “socialismo” era un punto ya zanjado en buena parte del planeta. Pero hoy en

día, cuando la subsistencia misma de nuestros partidos –en Chile y en el exterior- depende en gran medida de nuestra acción internacional, cuando tener una posición definida frente a los distintos “marxismos” es requisito para la solidez de nuestras relaciones con las organizaciones de izquierda de los demás países, cuando no se puede ser real alternativa política en Chile ni en todo el Cono Sur sin ser alternativa militar, cuando la derrota ha dejado al desnudo lo hipotético del carácter “proletario” y “revolucionario” de nuestras organizaciones, cuando tanto compañero ha vivido por sí mismo las quisicosas del “campo socialista”, y cuando la conexión entre estas cuestiones se hace evidente, nadie podría decir ya que estos no son problema prácticos, cuya resolución condiciona la viabilidad y el contenido de cualquier política. Nadie podría afirmar tampoco que sean problemas definitivamente resueltos.

93. No es sólo fuerza obrera real que una izquierda efectivamente revolucionaria no existe hoy en Chile. Tampoco en cuanto a la línea política. Sostener lo contrario, pensar que la “línea correcta” está allí ya preparada, agazapada en cierto texto de Lenin, Trotski, Mao o cualquier otro, sintetizada en algún modelo histórico a emular, o hecha carne en la “consecuencias” de la práctica anterior del propio partido, grupo o tendencia, creer que es cuestión sólo de revolver los obstáculos que impedía “aplicarla” con buen éxito, sería cerrar los ojos ante la evidencia de nuestra realidad actual, chilena y latinoamericana; sería moviéndonos en el plano de la abstracción y encerrándonos en el juego estéril de descargas sobre los demás las culpas de la propia derrota o de la propia incapacidad. La política revolucionaria de nuestro proletariado no ha surgir del dudable triunfo ideológico de alguna secta que imagine tener, de una vez y para siempre, la “verdad” revolucionaria en el bolsillo; ni del eclecticismo oportunista de los que buscan una “eficacia” de cortas miras. Sólo puede nacer de la lucha de

los propios trabajadores, de su reconstrucción como clase y bloque social, de la recomposición, también, por tanto, de su representación política. Y esto último supone, en el caso de nuestra izquierda –“revolucionaria” o no- todo un proceso de luchas internas y de reordenamiento político que, muy lejos de haber terminado, apenas si comienza; que, muy lejos de reafirmar los viejos lineamientos, tiene que hacer emerger otros nuevos, como condición para superar el estancamiento actual. Nada más petulante y falso que proclamarse

hoy en posesión de una línea revolucionaria ya acabada a la cual sólo haría falta adherir. Quienes así piensan de sus propios puntos de vista, o engañan o se engañan lastimosamente. Pero ello no impide que podamos o debamos contribuir –teórica y prácticamente- a la larga y difícil tarea de reconstrucción política que se abre por delante. No sólo señalando aquello que nos parece necesario discutir o desenmascarando lo mítico de determinadas posiciones. También exponiendo planteamientos positivos que, aun sin ser definitivos ni estar libres de falla, puedan al menos ir diseñando un rumbo. Y actuando prácticamente en esa dirección.

D.- Refundar los supuestos básicos de nuestra definición política

94. Adoptar un enfoque marxista leninista. Estar por el socialismo. Reconocer la necesidad del partido revolucionario. Nada de esto constituye, todavía, alguna línea política. Pero sí premisas de las que arrancan, casi invariablemente, las definiciones políticas de nuestra izquierda. No de la misma manera, sin embargo. Ni sin que ello plantee serios problemas, que ya no pueden seguir siendo escamoteados.

95. Desde su petrificación –bajo la dictadura de Stalin- en multitud de manuales destinados a propagar la ideología oficial del Estado soviético, hasta su renacimiento “humanista” ligado a la desestalinización y la reacción “estructuralista” del althusserianismo, lo que hoy pasa por marxismo tiene, en general, muy poco que ver con lo que fue la actitud teórico-práctica fundamental de Marx. A decir verdad, el marxismo no nació de Marx, que fue el primero en rechazar tal apelativo, sino que se constituyó y se consolidó –al amparo de la autoridad de Engels- en el seno de la Segunda Internacional y en la más completa ignorancia de lo que eran las bases teóricas profundas del enfoque marciano. Estas últimas, explicitadas en texto que sólo comenzarán a editarse en 1932 y que

aún no terminan de publicarse, no fueron conocidas ni por Kautsky ni por Plejánov, de quienes Lenin obtuvo sus principales armas teóricas, ni por ninguno de los otros ideólogos de la Segunda Internacional. Fueron sólo “El

capital” de Marx, los opúsculos de divulgación y polémica filosófica de Engels y los escritos políticos-históricos más conocidos de ambos autores lo que suministró el cimiento de una doctrina que, si bien ofrecía las líneas gruesas de una teoría del capitalismo y de la lucha revolucionaria contra él, así como una crítica de las interpretaciones burguesas de la realidad más en boga, dejaba no obstante en la penumbra el carácter de la sociedad que habría de reemplazar y superar al capitalismo, la naturaleza de la transición revolucionaria a ella y, sobre todo, los supuestos teóricos fundamentales sobre los cuales se levantaba todo el edificio.

96. No es de extrañar pues que, en el curso de su desarrollo como ideología, el marxismo sustituyera las premisas básicas de Marx por concepciones filosóficas que, extraídas ya sea del materialismo vulgar y el positivismo cientificista, que sea del idealismo hegeliano y sus derivados, forman la médula de aquella colección de patochadas conocida como “materialismo dialéctico”, así como de otros intentos menos chabacanos de sistematización. Ni ha de sorprender tampoco que los vacíos más aparentes de la doctrina fuesen llenados, una vez muerto Lenin y Embalsamado su cadáver, con la momificación también de su legado histórico, convertido, bajo el nombre de “leninismo”, en pieza indispensable de su culto. De allí en adelante, cada discípulo se ha creído en la obligación de “completar la doctrina con los aparatos de los nuevos maestros, y así hemos visto ramificarse el tronco original del marxismo-leninismo en variantes y matices que, como el stalinismo, el trotskismo o el maoísmo, constituyen un conglomerado abigarrado de corriente dispares y hasta abiertamente contrapuestas.

97. Enfrentados a la dura realidad de la derrota de 1973 y comprobando el papel jugando en ella por la influencia en nuestros partidos del llamado “revisiónismo contemporáneo”, es decir, de la versión poststaliniana del marxismo-leninismo soviético, no pocos compañeros han creído ir a la raíz de los males de Chile denunciando las falacias de esta corriente ideológica y propugnando su reemplazo por alguna de sus tendencias rivales. Nada más cómodo, en realidad, que encontrar ya formulas y codificadas las respuestas teóricas a los problemas prácticos que se intenta resolver. Nada más fácil que

achacar el fracaso del proceso revolucionario que hemos vivido a la ausencia de un partido “auténticamente trotskista” o a la inconsecuencias y debilidad organizacional del maoísmo chileno. Nada más engañoso, sin embargo. No es mudándose del MIR a una Liga Comunista ni transformando al MAPU en partido maoísta como se avanza hacia la reconstrucción revolucionaria de nuestras izquierda. No es “defendiendo al verdadero marxismo-leninismo de sus diversas falsificaciones”. Porque no hay ninguna escuela marxista-leninista que, en sí misma, sea verdadera. Es Marx precisamente quien decía que la verdad no es una cuestión escolástica, sino que pertenece al terreno de la práctica.

98. La historia del marxismo-leninismo, no es en realidad sino el aspecto ideológico de la historia del movimiento obrero y popular de este siglo y, en particular, de su correlato político: la Segunda y Tercera Internacional y sus prolongaciones en la Cuarta trotskista, los PC “revisionistas” y los PC maoístas. Es sólo en referencia a esta historia real que puede pues encontrarse la hermenéutica práctica que nos permita interpretar el papel efectivo que juega y ha jugado cada uno de los diversos marxismos-leninismos. No mediante ninguna exégesis de textos. Fue tratando de dar cuenta de la realidad de la lucha en que se hallaban comprometidos y procurando orientarla, que Lenin y Trotsky en Rusia Gramsci en Italia, Rosa Luxemburg en Alemania y Mao-Tsetung en China –para citar sólo los nombres más relevantes- elaboran las concepciones teóricas que después de han incorporado al acervo del marxismo-leninismo. La medida en que su obra ha contribuido al avance de la teoría y práctica revolucionarias ha de valorarse, entonces, en relación a esa base histórica, lo mismo que el grado de validez que puedan tener sus concepciones para las luchas concretas de hoy. Hacer, en cambio, de su tesis, dogmas inamovibles, convirtieron su herencia revolucionaria en “leninismo”, “trotskismo”, “maoísmo” y demás “ismos” anquilosados, es adoptar un enfoque meramente ideológico, es separar los pensamientos revolucionarios de los individuos concretos que los han producido en condiciones determinadas, y transformarlos en entes ideales, existentes sólo en el espacio semirreligioso de la fe política de una secta.

99. Marx estableció su teoría del capitalismo desde un ángulo puramente europeo y demostró una total incompreensión de los fenómenos que ocurrían en su época en América Latina. Lenin, Trotsky y Stalin formularon sus concepciones acerca del carácter del tránsito revolucionario sobre la base común de la realidad

rusa de comienzos del siglo; pero ni la “dictadura democrática de obreros y campesinos”, ni la “revolución permanente”, ni el “socialismo en un solo país”, tienen mucho que ver con nuestra realidad actual en Chile y América Latina. Como tampoco la “nueva democracia” ni la “guerra popular y prolongada” de Mao. Inútil es pedirle a Lenin que explique por qué el imperialismo no ha agonizado de la manera que él creía, sino que ha encontrado siete vidas y se ha transformado en el capitalismo actual de las transnacionales. O cómo es que el bolchevismo ha dado origen a algo muy distinto a aquella “dictadura del proletariado” que imaginaba estar poniendo en marcha. Observaciones de este tipo podría multiplicarse interminablemente. Lo cual, por cierto, no disminuye en nada el porte revolucionario de Marx, Lenin, Trotsky o Mao. Pero basta para dejar al desnudo lo absurdo de la canonización a que quieren elevarlos las diferentes iglesias marxistas-leninista.

100. No hemos de basar nuestras políticas en las recetas de ningún vademécum de marxismo-leninismo, ni nuestros argumentos en ninguna colección de citas. Nos hemos de profesar la fe de ningún “ismo” ni mezcla ecléctica de ellos. No hemos de encerrarnos en la circularidad doctrinaria de lo que fue la ideología de la Tercera Internacional ni de lo que son sus residuos trotskistas, Maoístas, o “revisionistas”. Menos aún hemos de regresar a la esfera del anarquismo o de la socialdemocracia. Y si podemos de justicia seguir llamándonos marxistas, no ha de ser porque busquemos en Marx las preguntas ni las respuestas de nuestros problemas actuales; porque el marxismo sea “la ideología del proletariado” (la ideología dominante en el proletariado es, como es el conjunto de la sociedad, la ideología de la clase dominante). Sino porque el materialismo histórico, como filosofía de la praxis, sigue siendo todavía la base más sólida de interpretación y de transformación de la realidad que conocemos. Y porque la historia del movimiento obrero y popular a nivel internacional nos ofrece, en la práctica y en la teoría de sus dirigentes marxistas, un sin número de enseñanzas de las cuales podemos debemos aprender. Pero ser marxistas de esta manera no puede significar sino asimilar los fundamentos del enfoque marxiano sin pasar por el cristal deformante de ningún marxismo-leninismo, contrastar permanentemente su validez en la prueba de la realidad actual, y ubicarnos en ese punto de mira para abordar y resolver por nosotros mismos los problemas de nuestra actividad revolucionaria, sabiendo recoger también los elementos conceptuales que puedan provenir de otras fuentes, sean o no marxista-leninistas.

Esta es la primera premisa de la cual debemos partir.

101. La segunda premisa se refiere a lo que queremos significar con “socialismo”. Que la posición que asumamos en esta materia condiciona substancialmente el carácter y modalidades de toda nuestra política, ni que decir tiene, desde el momento en que el socialismo es planteado como el objetivo general al cual esta apuesta. Y que no se trata de una cuestión especulativa ni meramente teórica, salta a la vista, desde que existe ya todo un abanico de países que se llaman a sí mismo socialista y que son conocidos por ese nombre, pero que no solo constituyen ningún conjunto homogéneo, sino que además ponen en duda, mutuamente su calidad de tales. El que el socialismo que nosotros aspiramos para Chile y para nuestro continente tenga o no algo que ver con el existente en todo o algunos de dichos países, no sólo determina, en el presente, en buena medida, los marcos estratégicos de referencia de nuestra política internacional, sino que también la naturaleza misma de las metas que proponemos a la acción revolucionaria. Y nuestro comportamiento práctico en este orden de cosas, en el actual contexto mundial, determinante a largo plazo el contenido y resultados reales de nuestra política. Más allá de consideraciones tácticas o de diplomacia –que ciertamente tienen su importancia- no podemos eludir, pues, en esto, una definición.

102. El problema no es de nombres. No es de legitimidad idiomática de que un país se denomine o no “socialista” lo que está sobre el tapete. Si es por dificultades lingüísticas, hay y ha habido socialismos y socialismos con apellidos diferentes. Y si es por rigurosidad conceptual marxista, Marx no usó el término “socialista”, como no fuese para criticarlo. Por lo demás, cualesquiera fuesen nuestros esfuerzos propagandísticos en este terreno, difícilmente cambiaríamos un uso verbal que se ha hecho prácticamente universal entre los trabajadores. Tampoco se trata, necesariamente, de poner en tela de juicio en que en tales países esté en curso un proceso revolucionario; hay y ha habido, también, revoluciones y revoluciones. Lo que está en discusión es, en cambio, algo más profundo: el si estos países “socialistas” son o no son –todos, algunos o ninguno- sociedades de transición desde el capitalismo al comunismo, desde el punto de vista de su régimen productivo y de la organización social, política e ideológica que sobre él se levanta. Porque esto último es, precisamente, lo que habitualmente el marxismo ha querido dar a entender por “socialismo”, lo que la ideología oficial de estos países pregona que ellos son, y lo que nosotros

entendemos decir cuando hablamos de “construir en Chile el socialismo”.

103. El primero históricamente y más importantes de los países socialistas es, por supuestos, la Unión Soviética. Acerca de su naturaleza real se ha escrito y debatido mucho y no es este el lugar para entrar en razonamientos que requerirían todo un libro. Pero una cosa es segura, y no se necesita ser ningún experto para comprobarlo: si una sociedad de transición del capitalismo al comunismo ha de caracterizarse esencialmente por la existencia de lo que Marx llamó una “dictadura revolucionaria del proletariado”, entonces no cabe duda de que la URSS no es hoy día una sociedad de este tipo. Porque el concepto de “dictadura revolucionaria del proletariado” –denominación por lo demás desafortunada- no se refiere a que las empresas sean estatales o a que el gobierno esté dirigiendo por un partido comunista. Sino que se refiere, en primer lugar, a que la masa de la población sea proletaria y, en segundo lugar, a que esta masa de proletarios esté organizada en un Poder político, económico y militar capaz de ejercer una dominación de clase sobre la minoría burguesa del propio país y de constituir un Estado frente a la burguesía extranjera. Para la masa de la población, un Poder de este tipo no sería, naturalmente, sino su propio poder colectivo organizado, y por lo tanto no podría constituir, propiamente, ningún Estado político; de allí que se diga que, tomada en todos sus aspectos, la “dictadura revolucionaria del proletariado” represente un Estado en extinción. Los ejemplos históricos clásicos en que se ha querido ver el prototipo de un tal Estado proletario son, como es sabido, la Comuna de París de 1871 y los soviets de Petrogrado y otras ciudades rusas de 1917. Que nada parecido exista en la URSS de nuestros días, es más que evidente: el Estado soviético actual no es un poder de clase que las masas proletarias organizadas ejerzan sobre alguna minoría burguesa, sino un poder de la minoría que dirige el PCUS sobre la clase obrera soviética; basta observar quien controla el ejército, las empresas y el gobierno. Y que, casi 60 años después de la Revolución de Octubre, el Estado soviético no está en extinción, ni mucho menos (no en tanto aparato represor de alguna eventual agresión extranjera, sino como aparato represivo respecto a su propio pueblo y a los de otros países), es tan obvio, que no hace falta preguntárselo ni a las víctimas de Stalin, ni a las de las más moderadas opresión actual, ni a los trabajadores checoslovacos.

104. Siendo esto así, resulta también claro que la URSS no es un Estado obrero en ningún sentido, ni incluso “deformado” o “burocratizado” como quiere el trotskismo. Tal caracterización, en base de Trotsky y en la época en que él la hizo, tenía su valor; pero hoy día es necio seguir repitiéndola. La base común de los pensamientos opuestos de Trotsky y de Stalin se revela también en este terreno. No se necesita tampoco reflexionar mucho para darse cuenta de lo absurdo de las afirmaciones del “marxismo-leninismo” maoísta, acerca de que “la dictadura del proletariado” habría sido “derribado” en la Unión Soviética después del XX congreso del PCUS y reemplazada por un Estado burgués “socialimperialista”. Porque el que un Estado proletario pueda ser destruido y substituido por otro burgués e imperialista sin que dispare un tiro, sin que los trabajadores muevan por lo menos los labios para protestar y sin que ni siquiera cambie el partido gobernante para no hablar del ejército ni de las otras instituciones, es un milagro de “revolución Pacífica” al revés que resulta imaginable hasta para el más iluso reformista. El único objeto que tiene tales disparates es, naturalmente, salvar la responsabilidad de Stalin y, detrás de ella, el mito bolchevique acerca del carácter proletario del proceso revolucionario soviético.

105 El poder de los soviets existentes en 1917 en Petrogrado, Moscú y demás ciudades rusas era, ciertamente, un poder proletario. Pero la industria capitalista de las grandes ciudades era un isla en el gran océano precapitalista del imperio zarista, y el aguerrido proletariado urbano ruso, una pequeño minoría frente a la gran masa campesina. La Revolución de Octubre creyó instaurar la dictadura de clases de ese proletariado; pero la condición minoritaria de éste, su debilitamiento como clase en la guerra civil, la ausencia de una experiencia anterior revolucionaria en las relaciones con el campesinado, la agresión imperialista, el aislamiento internacional en que se encontró la naciente URSS y los errores de la dirigencia bolchevique, produjeron un resultado distinto: la dictadura, primero del partido bolchevique, después de su dirección, y por último de Stalin. La dirigencia del PCUS, que inicialmente era también la de la clase obrera rusa, escapando al control de ésta reedificó un aparato estatal burocrático -Ejército Rojo y Checa incluidos- que nada tenía que ver con el poder de los soviets. Este último, como poder obrero real, desapareció ya desde comienzos de la guerra civil. Así se fue constituyendo una nueva clase dominante, sostén de la dictadura de Stalin, que levantó del suelo una economía que había quedado en

ruinas al terminar la guerra civil, que echo andar un acelerado proceso de industrialización y, por así decir, de “acumulación primitiva”, que forzó la formación de un numeroso proletariado y abrigó a la colectivización del campo, que mejoró posteriormente el nivel de vida del pueblo, que extendió las fronteras de la URSS a los confines del antiguo imperio ruso e hizo de ella un Estado capaz de resistir la agresión nazi, ya que la convirtió en la gran potencia industrial y militar que hoy conocemos. Todo lo cual representa, sin duda, un proceso revolucionario; pero realizado sobre las espaldas del proletariado y campesinado soviéticos, a costa de su sacrificio y en beneficio esencial de una nueva clase explotadora. No se ha tratado, pues en ningún momento, de una revolución socialista. Qué clase de revolución ha sido esta, es objeto hoy de controversia. Hasta fines de los años 1940, parece ser que las relaciones de producción dominantes no podrían calificarse de capitalistas (en la medida que no había mercado de medios de producción), sino que habría sido relaciones suigéneris. Pero desde la constitución del “campo socialista”, la entrada de la URSS al mercado mundial capitalista y las reformas económicas inducidas a partir del gobierno de Jrushchev, un carácter capitalista de la producción soviética parece hallarse por lo menos en gestación. Si esto fuese así y la clase dominante soviética consumase su transformación en burguesía burocrática de Estado, entonces la naturaleza real del proceso revolucionario que comenzó en Octubre de 1917 resultaría ser la del nacimiento de un nuevo país capitalista desarrollado y su incorporación al centro del sistema.

106. Salvo Yugoslavia y Albania, los regímenes socialistas de Europa del Este se establecieron, terminada la Segunda Guerra Mundial, fundamentalmente al amparo del ejército de ocupación Soviético y como consecuencia de los acuerdos de Yalta, tras el derrumbe nazi. A pesar de tratarse de países muy diferentes algunos de ellos de un capitalismo desarrollado como Checoslovaquia y Alemania, la dependencia militar, política, económica e ideológica respecto de Moscú significó el trasplante a estos países de un tipo de Estado y formas productivas similares a los soviéticos y en una situación de complementariedad con la URSS. La medida en que esto ha representado un proceso revolucionario varía de país en país; pero la evolución general ha seguido el mismo curso que el de la Unión Soviética desde 1948. Las únicas excepciones son Yugoslavia y Albania. Yugoslavia, porque la temprana ruptura con Stalin y el aislamiento en que quedó del resto del “campo socialista”, la obligó, como país pequeño y

atrasado, a entrar en compromiso con las potencias imperialistas de Occidentes e intentar una vía de desarrollo original. Albania, porque la ruptura con Jrushchov en 1961 y el respaldo chino le permitieron conservar una gestión de tipo estaliniano. En ambos casos, el hecho de que la lucha de liberación del nacismo se haya consumado autónomamente y haya originado un proceso revolucionario, juega ciertamente un papel importante. Pero, cualquiera sean las particularidades, lo claro es que, tomados en su conjunto, los países socialistas de Europa Oriental no son sociedades de transición al comunismo. Aunque de naturaleza básicamente igual a la de la URSS, no debe, sin embargo, asimilárselos sin más a esta. La menor duración y profundidad del influjo stalinista, la herencia de la resistencia antifascista y de las tradiciones de lucha anteriores y la fuerza que conserva la voluntad de afirmación nacional, facilita en los países del Este no sólo actitudes de independencia respecto al Kremlin – como las de Rumania y Yugoslavia- sino también una actividad y autonomía de clases del proletariado que no se dan en la Unión Soviética. Los hechos de 1956 en Hungría y 1968 en Checoslovaquia, los movimientos de 1956, 1970y 1976 en Polonia, y la agitación que existe hoy día, dan prueba de ello.

107. La revolución china es algo totalmente diferente. Realizada en forma autónoma a través de una largo guerra cuvil y de liberación y a pesar de la “amistad” de Stalin y de los consejos de la Tercera Internacional, su carácter popular no ofrece ninguna duda. Sin embargo, no se trata de una revolución proletaria; ni podía tratarse. Durante la primera mitad de esta siglo la clase obrera china era una ínfima minoría concentrada en algunas ciudades; casi la totalidad de la población era campesina y las formas dominantes de producción evidentemente precapitalista. Es porque Mao-Tsetung supo comprender este carácter necesariamente “democrático-popular”, campesino (y de un campesinado semi servil), de la revolución china, oponiéndose a los puntos de vistas de trotskismo y amañando los del stalinismo, que pudo dirigir y llevar adelante con buen éxito la lucha. Pero es precisamente por ello, también, que al fundarse en 1949 la República Popular, el Partido Comunista Chino, dueño del poder, es un partido-ejército cuyo carácter de clase real no es obrero, más allá de su ideología marxista-leninista y de su naturaleza revolucionaria.

108. La china de nuestros días es, a ojos vistas, una sociedad de transición. Pero, claramente también, esa transición no ha arrancando desde el capitalismo.

sino desde una sociedad atrasada, semifeudal o semi-“asiática”. Y no hay ninguna seguridad de que desemboque en el comunismo. Bien podría ocurrir que el punto de llegada resultase ser, finalmente, también el de un capitalismo desarrollado y la conversión de China en un país del centro del sistema capitalista mundial. Los propios dirigentes chinos han mostrado tener conciencia de ello. Ciertamente es que las transformaciones de la base económica realizadas durante casi 30 años de proceso revolucionario han creado nuevas relaciones de producción y han generado un proletariado numeroso, aparte de elevar enormemente las condiciones de vida del pueblo. Ciertamente es que ha habido una “revolución Cultural” que ha trastocado desde 1966 el orden anteriormente establecido y revolucionado la organización partidaria. Pero la lucha interna que se desenvuelve en el país no parece definitivamente decidida. Las movilizaciones de masa que la acompañan, siendo un signo positivo, aparecen manifiestamente manipuladas, si bien a veces rebasan todo control. El carácter mismo de esa lucha interna es el de una pugna de camarillas, que opera mediante golpes y contragolpes de aparato, el último de los cuales ha sido la expulsión del “grupo de los cuatro” tras la muerte de Mao. Sería aventurado querer prever el desarrollo futuro del proceso. Pero una cosa es segura: el Estado chino no es ninguna “dictadura revolucionaria del proletariado”, ni menor por cierto un Estado capitalista, sino un Estado que corresponde al carácter específico que tiene la revolución democrático-popular china, que no es el proletariado quien gobierna, se ve de sólo observar cuál es la política internacional que el gobierno chino viene aplicando, cuya lógica, que recuerda la de la diplomacia staliniana, tiene efectos en muchos casos reaccionarios, como ocurrió en Portugal y Angola, o como sucede con Chile.

109. Vietnam, Corea del Norte, Camboya, Laos y Mongolia, que son los restantes países socialistas de Asia, presentan entre sí diferencias muy grandes. Pero todos ellos han iniciado sus procesos revolucionarios a partir de sociedades predominantes precapitalista. En lo que al carácter de estos procesos se refiere y en cuanto a la naturaleza de sus Estados, se puede decir pues, mutatis, lo mismo que ha dicho de China. Lo cual no significa asimilarlo a ésta ni meterlos a todos en un mismo saco. La dependencia de Mongolia respecto de la URSS es ostensible. En cambio, Vietnam, Corea, Camboya y Laos han venido desarrollando sus procesos en forma autónoma y preservan esa autonomía tanto respecto a la URSS como respecto a China. Que son sociedades en revolución, es indudable. Adónde conduce esa revolución, sólo la historia futura podrá

dilucidarlo. Por ahora sólo sabemos que sus dirigentes aspiran a que la meta sea el comunismo.

110. A diferencia de lo acaecido en Europa Oriental, la revolución cubana triunfo, el Año Nuevo de 1959, por sus propios medios, e inició su marcha orientándose por su propio norte. En contraposición a las revoluciones de Asia, no arrancó de una formación social atrasada precapitalista, sino que echó a andar en un país “subdesarrollado”, o mejor, capitalista periférico. La posibilidad de construir una sociedad de transición al comunismo existía, pues, desde un comienzo, para la revolución cubana, en la medida en que pudiese romper todo lazo de dependencia de Cuba respecto del centro del sistema capitalista y en la medida en que el proceso revolucionario fuese controlado por los trabajadores mismos, organizados como clase. Con ese rumbo se comenzó a caminar, efectivamente: siendo ello claramente conciente desde la derrota de la invasión mercenaria de Playa Girón. La dependencia respecto al imperialismo norteamericano fue rota y un Poder revolucionario se instauró sobre la economía y sobre toda la vida nacional. Sin una base organizacional muy definida y bajo la autoridad incuestionable e indiscutida de Fidel, Ché Guevara y un pequeño grupo de dirigentes; pero representando los intereses y la voluntad de masas de los trabajadores. Sin embargo, Cuba es un país pequeño, que no puede sostener en forma autárquica. El bloqueo y la amenaza constante del Imperialismo, por un lado, y por otro lado el fracaso de las guerrillas y la ausencia de otros procesos revolucionarios en el resto de América Latina, llevaron a Cuba a integrarse más y más a la esfera de influencia de la URSS. La dependencia respecto a ésta y a Europa Oriental en lo que se refiere a suministro de armamento, equipos, petróleo manufacturas, etc, así como en cuanto a las exportaciones azucareras, la formación ideológica y técnica y el respaldo diplomático, si bien no es una dependencia total, no podía dejar de traducirse y se tradujo, progresivamente, en un alineamiento político. Tras la derrota y muerte de Ché en Bolivia, en enfriamiento de las discrepancias de la dirigencia cuba con la URSS y con los PC latinoamericano comenzaron a esfumarse, al menos públicamente, desde fines de los años 1960. En lo transcurrido de la presente década, Cuba se asocia al CAME (mercado común de los países socialistas europeos), modifica la organización de sus fuerzas armadas a la de las URSS y países del Este y realizar una serie de otras modificaciones institucionales. El resultado de todo ello ha sido una

paulatina burocratización del Estado cubano y su limitación de su autonomía en su plano internacional, a la vez que un mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo. Después del Primer Congreso del PCC, la promulgación de una Constitución Política, la elección de una Asamblea Nacional y el envío de combatientes a Angola, Cuba sigue siendo el primer país socialista de América Latina. Pero el futuro comunista de su proceso revolucionario no depende sólo de su pueblo, sino también de que una revolución proletaria pueda triunfar en los otros países del continente.

111. El socialismo al que haya de orientarse la revolución chilena no podrá parecerse a ninguno de los mencionados más arriba. No sólo porque los intereses de clase de los trabajadores no tengan nada que ver con la estructuración de una sociedad como la soviética o las de Europa Oriental. Ni por un afán de purismo revolucionario idealista. Sino porque tal cosa no es posible. Por una parte, el proceso histórico que ha conducido a la URSS a ser lo que es hoy día, es absolutamente irrepetible y específico. Por otra, Chile es un país claramente capitalista, y una revolución democrático-popular que conduzca a un socialismo como los de Asia, es aquí, desde todo punto de vista, irrealizable. La importación del modelo soviético de sociedad en condiciones de complementariedad, como en Europa Oriental, es también infactible: ni nuestra revolución ha de resultar de una negociación de post guerra tras la liberación por el Ejército Rojo, ni el nuestro ha dejado de ser un país "subdesarrollado", estructuralmente dependiente. En fin, si es cierto que las condiciones cubanas son las que más pueden asemejarse a las nuestras, las diferencias son también visibles; los mecanismos que han conducido a Cuba tanto a sus éxitos revolucionarios como a sus dificultades, y que determinan el carácter de su socialismo, son en nuestro país irreproducibles. La Revolución de Octubre de 1917 no inauguró la era de la transición al comunismo; pero cada proceso revolucionario iniciando desde entonces ha aprendido de los anteriores y ha sido un paso adelante en esa dirección. Que las futuras revoluciones de Chile y demás países de nuestro Continente sepan sacar también sus enseñanzas y puedan significar un paso decisivo hacia esa meta, es la gran perspectiva histórica que tienen por delante nuestros pueblos.

112. Chile, como en general los otros países latinoamericanos, es una sociedad capitalista, en que las masa de la población tiene las características de un proletariado. La posibilidad de una revolución proletaria, que de origen a una

sociedad e transición al comunismo, existe pues aquí de una manera efectiva directa, que no podemos encontrar en Asia ni en África, salvo notoria excepciones. La importancia de nuestro continente desde el punto de vista de la revolución mundial es, en este particular, sólo comparable a la de Europa. Pero Latinoamérica es un conglomerado de economías subdesarrolladas, moldeadas de acuerdo a las necesidades e intereses de la metrópoli yanqui y en que pequeños países como el nuestro no puedan avanzar mucho trecho por el camino que lleva al consumismo si se mantienen aislados, si la revolución no supera las fronteras nacionales o no irrumpe en otras regiones del Continente. Más aún, ni siquiera una destrucción total de las amarras de la dependencia es posible en forma aislada; cuando más un cambio de ella, o un inestable equilibrio entre una y otra gran potencia. La revolución proletaria puede pues, y debe, comenzar en cada país en que en que haya condiciones para ello; pero no podrá mantener mucho tiempo su carácter de tal ni establecer una sociedad de tránsito al comunismo si no es capaz de generar o de ligarse a un proceso revolucionario continental. Si el socialismo como transición del capitalismo al consumismo puede realmente ser el objetivo positivo de nuestra revolución, es porque la naturaleza de las formas productivas y sociales de América Latina lo permite. Y si ha de ser alcanzado en la práctica como objetivo, podrá ser sólo como un socialismo continental y proletariado. Esta de la experiencia histórica.

113. Pero además esta misma experiencia nos indica que la índole de la conducción política de un proceso revolucionario es uno de los elementos determinantes del carácter real de éste finalmente asume, de los resultados a que llega. El ejemplo más nítido –pero no único- es el de la revolución rusa, donde la dirección bolchevique, al considerarse a sí misma como verdadera personificación de un proletariado real elevándose por encima de todo control de masas de los trabajadores, construyó mediante la imposición del más extremo centralismo y monolitismo de un partido único, a montar y fortalecer el aparato estatal burocrático en cuyo seno se incubó, muy rápidamente, la nueva clase dominante soviética. Queriendo preservar la limpieza proletaria de una revolución que, en las condiciones de entonces, no podía tener un carácter tan puro, logró sólo a echar andar algo que, en definitiva, puede bien terminar siendo una revolución burguesa. Ciertamente es que esto no lo sabríamos sin las experiencias bolcheviques y que difícilmente podría preverlo los revolucionarios de entonces.

Pero los de hoy día, si han de serlo realmente, deben tenerlo muy en cuenta. El problema del partido revolucionario es, por eso, el tercer supuesto básico por reexaminar.

114. la condición sine qua non del carácter proletario de un proceso revolucionario es que sea la clase obrera misma quien controle sus palancas de mando. Pero no una clase obrera ideal, existente solo en la imaginación; no el concepto hipostasiado de proletariado encarnado en algún líder, por sabio y bien inspirado que este sea; sino los proletarios reales, vivientes, existente como individuos, como trabajadores organizados, como movimiento obrero efectivo.

En la medida que la dirigencia de un proceso revolucionario escapa al control de este proletariado real, no existe ninguna seguridad de que no acabes imponiendo sobre el una nueva dominación de clase, a pesar de que inicialmente y por algún tiempo podría representar fielmente tus intereses. Ya lo demuestra la historia de este siglo. Ya lo escribía Marx en los considerando del reglamento estatutario de la primera internacional: “la emancipación de las clases trabajadoras debe ser conquistada por las clases trabajadoras mismas”. Si es cierto que los obreros necesitan organizarse políticamente en un partido, es pues a condición de que este sea el partido de ellos y no ellos los obreros del partido.

115. el carácter revolucionario de un partido depende, naturalmente, de su línea política. Claro que no de su mera formulación escrita en algún documento o dicha en algún discurso, no de la sola “línea” en el papel o en los labios: sino primordialmente de la línea practica, del rumbo efectivo de su efectividad, de que se apunte en los hechos a la destrucción del sistema vigente de dominación y del poder mismo de la clase dominante. Pero, como ya lo hemos sugerido a propósito del periodo de allende, el carácter proletario de un partido, es decir, su pertenecía al la clase obrera, es una cosa diferente. No se mide por la ideología o línea política que sustente su dirección, ni por el número de obrero que integren su comité central o su militancia. Se aquilata, en cambio, en que se trate efectivamente de una expresión política organiza da del proletariado, no de la simple representación de sus intereses. Para ello se requiere, en primer lugar, que tal partido sea una organización de trabajadores, cuya acción traduzca en

cada momento histórico determinado, los intereses prácticos generales del proletariado y su bloque social; es decir, por una parte, los intereses

-71-

terrenales, cotidianos, de los individuos y grupos concretos que lo componen; y, por otra parte, estos intereses suyos de conjunto y no solo de algún conjunto y no solo de algún sector contrapuestos a otros, en es sentido como intereses de clase. En segundo termino y por que los intereses de clase son por naturaleza políticos, para que la actividad de esta organización de trabajadores favorezca realmente dicho intereses, es preciso, que ella aumente la fuerza efectiva que los proletarios tenga como clase, es decir, como conjunto estructurado y autónomo frente a la burguesía y demás grupos sociales dominantes. Y, en tercer lugar, para que este ultimo sea así y para que la organización sea en verdad una expresión de la clase, es necesario que su dirigencia no se constituya en un grupo por en cima de aquellos a quienes representa, lo cual supone que su poder, su autoridad como dirigencia, no resida en ella misma ni se base en un periodo ajeno a la clase, sino que dependa primordialmente de la organización misma de esta, de la fuerza organizada real del proletario, y que no pueda, por eso, cobrar independencia; que su inevitable autonomía relativa tenga limites prácticos muy visible.

Y esto, al margen de que los integrantes de esa dirección sea o no de extracción proletaria; pues toda dirigencia, por el solo hecho de serlo e incluso si es puramente obrera, forma parte de una categoría social diferente. La demagogia obrera tiene su mentís más claro en las burocracias sindicales. Y la ridiculidad de autodenominarse “partido proletariado” por el solo hecho de hacer ciertos planteamientos políticos, ya está suficientemente desnuda con la experiencia nuestra izquierda “revolucionaria” chilena.

116. Sin embargo, los intereses prácticos de clase de los trabajadores no son siempre directamente revolucionarios. Sólo pueden serlo cuando la sociedad ha estado en una crisis global y la realidad misma pone sobre el tapete la cuestión del poder, como ocurrió en Chile desde fines de 1972 hasta el Golpe. De allí que, en los largos períodos en que esto no sucede, y que es cuando, por regla general, el movimiento obrero se va construyendo lentamente a sí mismo como organización, tales intereses se traduzcan sólo en la necesidad de conquistar determinadas reivindicaciones o reformas; pero que acrecienten el poder de

negociación, la capacidad de maniobra, el alcance, solidez y grado de unificación de las organizaciones, el margen político de acción y en general la fuerza del proletariado, que se va así construyendo en clase. En la medida en que los sectores de vanguardia de esta clase obrera no superan las formas de conciencias correspondientes a estos intereses directos que no son todavía, en sí mismo,

-72-

revolucionarios, y en la medida en que la estrategia y la táctica políticas de los dirigentes que el movimiento se va dando no sobrepasen en la práctica esos límites, en esa medida la organización de clases de los trabajadores, así su dirigente, se desarrollan como partidos obreros reformista. Los partidos de este tipo puedan desempeñar un importante papel en las frases de relativa calma social, e impulsar el movimiento hacia delante, a condición, claro está, de que mantengan su independencia práctica de clase, es decir, de que sean efectivamente partidos proletario. Pero la fijación reformista de sus dirigencias, la falta de preparación previa para las nuevas condiciones y la esclerosis de una organización formada enteramente en los marcos del respeto a las reglas de juego burguesas, impiden que partidos de esta especie pueda servir a la clase obrera de cauce efectivo de lucha cuando las circunstancias cambian y se entra en una fase potencialmente revolucionaria, lo cual puede ocurrir, por lo demás, por obra de la propia acción de estos partidos, como sucedió en Chile desde 1970.enfrentados a una situación de esta naturaleza, los trabajadores, cuyos intereses de clase devienen ahora directamente revolucionarios, lo cual se manifiesta también en su conciencia política espontánea, o bien son capaces de construir con rapidez cauces organización ales nuevos para su actividad, y de darse sobre la marcha una nueva conducción, esta vez revolucionaria, o bien están condenados a la derrota. Que lo primero es enormemente dificultoso, lo hemos visto en nuestra propia experiencia.

117. En el estado actual del desarrollo capitalista –con fortaleza enorme que tiene los aparatos políticos, militares, económicos e ideológicos de la dominación burguesa, con la internacionalización avanzada de ese sistema de dominación y hasta de la propia organización empresarial, y más aún en países periféricos como el nuestro, sometidos en todo sentido a la opresión imperialista- una revolución proletaria no puede improvisarse; no puede resultar exitosa de una simple explosión espontánea de la actividad de masas, en que la clase obrera irrumpa políticamente como tal, poco menos que en un solo acto revolucionario. Si pruebas hubiese que allegar de ello, no es sólo el Mayo francés de 1968 o sus análogos en otros países europeos lo que puede

tenerse en mientes; también la importancia de nuestro proletariado chileno para superar desde su propia organización no partidaria –cordones industriales incluidos- las limitaciones que le imponía su anterior encuadramiento político reformista; y esto, no en “un solo acto”, sino entres años que duró el gobierno de Allende. Convencidos de la

-73-

Esterilidad del reformismo u desilusionados del politicismo e ideologismo vacíos de nuestra izquierda “revolucionaria”, hay quienes se entusiasman hoy día con una imagen de la revolución proletaria que podía tener validez en la Europa del siglo pasado, pero que no corresponde en nada a nuestra realidad latinoamericana actual.

118. Con todo lo indispensable que es el desarrollo de la organización –por así decir- “económica” (no economista) de los trabajadores., es decir de la organización arraigada y crecida en la fábrica, en la mina, en el fundo, en la existencia misma d los proletarios en cuanto tales, ella, en sí misma, no basta para producir una revolución proletaria; al menos en las condiciones nuestras. Aun si es cierto que la constitución de los proletarios en clase y la construcción en torno suyo de un bloque social revolucionario no puede emerger sino de esta organización “económica”, que es así el cimiento sobre el cual puede edificarse una organización política propiamente proletaria. E incluso si dicha organización “económica” llega a superar los marcos del sindicalismo y genera formas como las que en Chile dimos en llamar “poder popular”. Porque ante la macicez multifacética del Estado burgués de nuestra época, el problema del Poder no puede resolverse a favor del proletariado sin una comprensión totalizadora de los mecanismos de funcionamiento del sistema por derribar, sin diseñar previamente una estrategia y táctica adecuadas, sin establecer u ejecutar planes concretos de acción que hagan posible destruir los aparatos burgueses de dominación en los terrenos político-institucional, militar, económico, internacional, ideológico, etc. Todo lo cual supone una actividad revolucionaria que no ha de ser solo pública y de masas, sino también clandestina y conspirativa, y que requiere, en ambos casos, contar con una estructura revolucionaria y conspirativa, y que requiere, en ambos casos, contar con una estructura revolucionaria específica, propiamente política, diferente por tanto

de la organización “económica” en cuanto tal de los trabajadores, cualesquiera sean las formas superiores que ésta adopte.

119. En los cortos períodos d crisis global de la sociedad capitalista en que los muros represivos con que el sistema de dominación encauza y restringe el desarrollo “normal” del movimiento obrero comienzan a ceder –ya sea desgarrándose de viejos, ya sea quebrantados por otros factores- los intereses prácticos, la conciencia política correspondiente y las formas de lucha de la masa de los trabajadores organizados en clase, no sólo pueden adoptar un carácter directa y abiertamente revolucionarios, sino que también dejar atrás, en su movimiento, la capacidad de reaccionar ante la situación de cualquier dirigencia política “establecida”. Pero ello ocurre sólo en esos momentos, demasiado

-74-

breves para que la organización puramente “económica” de los proletarios pueda realizar por sí misma toda el lento trabajo de preparación que requiere la construcción de un instrumento revolucionario propiamente político, capaz de dirigir unificada y planificadamente y de llevar a buen término una lucha compleja. Si los sectores de vanguardia entre los trabajadores no han realizado dicho trabajo previamente, y si tampoco existe otros elementos revolucionarios que puedan aportar el producto de esta labor previa en los períodos de crisis, entonces el movimiento obrero no puede superar los límites que impone a su acción la política y la tradición de lucha de los partidos reformistas, e incluso populista, en que se ha visto enmarcado durante los largos períodos de relativa estabilidad de la formación social. El papel de los “revolucionarios profesionales”, como los llamó desafortunadamente Lenin – es decir de los cuadros o intelectuales revolucionarios, cualquiera sea su origen de clase- ha de entenderse precisamente en este contexto. La necesidad de su acción organizada, sea cual se la forma u carácter que ésta asuma y, en este sentido, la necesidad del partido revolucionario, es incuestionable. Pero ello no significa que esa forma y carácter tenga que ser los de un partido “leninista”.

120. las famosísimas “normas leninista de organización” que puede leerse en cualquier manual de marxismo-leninismo que se precie, y cuyas virtudes pueden contemplarse en actividad en cualquier partido comunista de las corrientes “revisionista” o maoísta, no guarden ninguna relación, como es fácil averiguarlo, con lo que fue la práctica del partido de Lenin, al menos hasta 1921. Sino que son la codificación petrificada y sacralizada de las formas excepcionales de organización que acordó el partido bolchevique en su décimo congreso, las cuales, como se sabe, sirvieron tan bien a Stalin para implantar su

dictadura. Se comprende que éste las haya propagado, como principios inamovibles del “leninismo”, a toda la Tercera Internacional y que pervivan en sus actuales despojos. Pero aun dejando de lado esta cuestión y reconstituyendo la que fue la realidad histórica, el partido e Lenin no puede ser el modelo de Conducción política de una revolución proletaria.

121. La teoría del partido elaborada por Lenin, sobre la base de premisas tomadas en Kautsky, parte del supuesto de que el movimiento obrero no puede por sí mismo superar el “economismo” ni alcanzar una conciencia revolucionaria. De allí que afirme la necesidad de que esa conciencia política revolucionaria sea aportada a los trabajadores desde fuera de su movimiento de clase, precisamente

-75-

por los intelectuales o cuadros revolucionarios, y depositarios de la teoría “marxista” constituidos en partidos. Con ello, el partido revolucionario se erige él mismo en único juez acerca de cuáles son los verdaderos intereses de clase de los proletarios y, por lo tanto, guía su actividad no por los intereses reales, prácticos, de éstos, sino por sus intereses ideales, abstractos, definidos sólo por la teoría, a partir del concepto que ésta se hace de la clase obrera, no a partir de su realidad. La concepción leniniana y kaustskiana, del partido revolucionario considera pues a éste, no como una expresión de los proletarios de carne y hueso organizados en clase, ni tampoco como su mera representación política, sino como la personificación práctica del concepto de proletariado, la cual se define a sí misma como proletaria a partir de lo que ella misma considera que son los intereses de esta clase, a partir pues de su teoría, de su propia conciencia, que no guarda ninguna relación necesaria con la conciencia real que tienen los trabajadores concretos acerca de cuáles son sus necesidades efectivas. Espíritu hecho carne del proletariado, el leninista y leniniano descansa pues sobre un enfoque religioso de la realidad, que nada tiene que ver, por cierto, con el de Marx, y que bien podría haber suscrito Hegel. No es raro, entonces, que partidos de este tipo den origen a verdaderas iglesias. Ni que la historia del marxismo-leninismo se parezca mucho, en sus formas, a la del cristianismo: con su papado moscovita, sus herejes antisoviéticos, su inquisición estaliniana, sus cismas trotskista y maoísta su Reforma “eurocomunista”, su sacerdocio partidario, sus cultos y ritos, sus lugares sagrados, su moralismo, sus anatemas, sus dogmas, sus mea culpa “autocríticos”, sus concilios, sus mitos y misterios, su exégesis de texto y discusiones bizantinas, sus predicadores y también sus cruzados, su pueblo, y sus mártires y santos.

122. Los supuestos teóricos de Lenin y Kautsky son, ciertamente, falsos. Que el movimiento obrero “espontáneo”, en la medida en que haya sido realmente un movimiento autónomo de clase, ha podido siempre rebasar por sí solo los márgenes economicistas, lo prueba tanto la historia antigua y reciente de nuestro proletariado chileno como la historia de los demás pueblos. Y que los trabajadores pueden perfectamente desarrollar por sí mismos una conciencia política revolucionaria, ha podido verse en todas las crisis históricas. Más aún, en estas ocasiones la conciencia de los revolucionarios “profesionales”, lo mismo que sus proposiciones, llegan generalmente con retraso respecto a la conciencia de los obreros, y hasta respecto a su acción, como le ocurrió al partido bolchevique en 1905, en Febrero de 1917 y, de otra manera, también en 1921.

-76-

Pero la necesidad de rechazar el tipo leniniano, y con mayor razón leninista, de partido revolucionario, no radica en una exigencia puramente teórica, sino que es una condición práctica de realización de los objetivos de una revolución proletaria. Porque, definiendo su carácter proletario por sí y ante sí y no respecto a los trabajadores vivientes, un partido de esta especie lleva en sí el principio de la sustitución del proletariado real por el partido y, en los hechos, de la suplantación de la clase obrera por una dirigencia autónoma, que sólo responde ante sí misma; ya que, depositaria de la “ciencia” marxista-leninista, lo es también de la verdadera interpretación de los intereses de la clase y, con ello de la “línea correcta”.

123. Mientras tal partido leninista no se encuentre en el poder la autoridad de su dirigencia como dirección de los trabajadores depende siempre en última instancia de éstos mismos, cualquiera sea la rigidez del “centralismo democrático”; puesto en que la medida en que esa dirigencia no se amolde deja de ser dirigencia, deja de dirigir nada, pues los trabajadores tienen siempre la posibilidad de no integrarse al partido, de abandonarlo, o de no hacerle caso, y la dirección de éste no puede obligarlo a someterse a su autoridad. No hay más que comparar la insignificancia del partido comunista argentino con el arraigo de masas el chileno, para comprobarlo. Por eso, mientras la cuestión del poder esté pendiente, el principio de sustitución de la clase por el partido, inherente al leninismo, puede traducirse todavía sólo en perjuicio relativamente menores: dispuestas antinómicas acerca de cuál de los partidos existentes es la genuina encarnación del Verbo obrero y, con ello, el “auténtico” partido proletario; acciones aventuradas de algún grupo revolucionario que, creyendo ser brazo

ejecutor de la voluntad divina de la Clase, descubro demasiado tarde que los trabajadores reales han permanecido indiferente ante su marcha al sacrificio; arrogancia burocrática de una dirección reformista que, habiendo representado adecuadamente los intereses obreros en las épocas de calma social, y viendo desbandarse las ovejas de su rebaño cuando el viento revolucionario abate la normalidad establecidas de su Creación ideológica, descarga su santa ira contra el Demonio ultraizquierdista a quien atribuye tal desorden.

-77-

124. Pero si la revolución ya ha triunfado y es el representante en el poder de la clase obrera quien asume el carácter de un partido leninista, entonces las consecuencias son más profundas. Porque reconociendo en su propia lucidez política el único patrón de medida para juzgar la fidelidad a los intereses proletarios, y disponiendo realmente de mecanismos de poder que le permiten escapar al control de la organización “económica” de la clase, pudiendo pues fundar ahora su autoridad en otra parte que en la fuerza organizada real de los trabajadores, la dirigencia “leninista” del proceso revolucionario no sólo puede independizarse de la clase obrera real sin perder su poderío de dirigencia, sino que es llevada a ello por su propia ideología, por la que propaga entre los trabajadores y por los resortes orgánicos que, bajo el nombre general de “centralismo democrático”, le permiten tener firmemente en sus manos las riendas del mando. De esta manera representando al principio los intereses reales del proletariado, va dejando poco a poco de hacerlo, desarrollando en torno suyo toda una costra social burocrática con intereses propios que, controlando la propiedad efectiva –no meramente jurídica- de los medios de producción, se va transformando también en una nueva clase y hasta en una nueva burguesía. De expresión real y revolucionaria de la clase obrera que el partido leninista pudiera ser en un comienzo, se convierte, una vez en el poder, sólo en su representante, y después, al correr de los años, en un verdadero aparato de dominación sobre los trabajadores; en realidad, en el principal engranaje de un aparato de Estado, de una maquinaria burocrática que los proletarios no pueden ya dominar ni controlar y a la cual se ven amarrados y sometidos, perdiendo así su organización autónoma y hasta su conciencia política de clase. Que esto no es una simple especulación, puede comprobarse con sólo echar una mirada a lo que ocurre en la URSS y Europa del Este.

125. El movimiento obrero, como manifestación viva de la clase proletaria, no puede alcanzar sus fines de destruir al Estado burgués a través de la sola lucha política de su organización “económica”, sea cual fuere el grado de desarrollo de esta última. Necesita, además, constituirse en partidos proletarios con una estrategia y una táctica revolucionarias, lo cual requiere la presencia de una estructura específica de cuadros. Pero si el triunfo de tal partido revolucionario ha de significar la instauración de un poder estatal de masas de la clase obrera, que construya una sociedad de tránsito al comunismo, entonces no puede tener el carácter de un partido leninista. La dirección y estructuración política

-78-

revolucionarias que el movimiento obrero se dé para llevar adelante su lucha por el comunismo, no ha de surgir pues de ninguna materialización prodigiosa del proletariado como clase, en la súbita revelación espontánea de su realidad política. Pero tampoco de alguna cofradía que se autoproclame Partido de la Revolución, cualquiera sea el santo marxista-leninista que elija como patrono. Ni de algún cenáculo de revolucionarios iluminados que conquisten para su secta política a la clase obrera. Sólo podrá surgir de la confluencia en la lucha de, por un lado, los sectores de vanguardia del movimiento obrero y popular y, por otro lado, los cuadros revolucionarios externos a él mismo. El papel de las organizaciones revolucionarias que estos últimos construyan no ha de ser, sin embargo, el de suplantar la clase obrera, sino de contribuir a que ésta se organice revolucionariamente y acreciente su fuerza efectiva, y el de colaborar a la lucha contra el Estado capitalista.

126. Qué marxismo es el nuestro, por cual socialismo luchamos, que tipo de partido queremos construir. Son sólo tres premisas, tres supuestos básicos por los cuales comenzar. Pero, sin explicitarlos, es imposible fundar con solidez una línea política.

E.- Para una línea política en la perspectiva de la revolución proletaria.

127. El golpe de Estado de septiembre de 1973 en Chile y el consiguiente establecimiento y progresión que desembocó en ellos, se explican primordialmente causas internas al desarrollo específico de la lucha de clases en nuestro país; no por la voluntad caprichosa de cualquiera demiurgos internacional. Lo mismo puede decirse, sin embargo, de los golpes del Estado de 1973 en Uruguay o de 1973 en Argentina, y ello que las dictaduras de nuestros tres países tengan un carácter semejante, apliquen políticas similares, notoriamente en el terreno económico, cooperen políticamente y construya, en suma, una realidad que va más allá de las posibilidades nacionales y que no puede entenderse sino en el contexto más amplio de América Latina y del sistema mundial capitalista. Y es que el modo de existencia de un país como el nuestro es sólo un aspecto del de ese sistema: está condicionado por él, a la vez que lo condiciona. De allí que las fuerzas sociales nacionales sean al mismo tiempo elementos activos de una lucha de clases que se desenvuelve en el plano internacional, y que las fuerzas Internacionales se manifiesten,

-79-

primero y principalmente, como parte integrante del movimiento de las propias fuerzas sociales nacionales. Es sólo en circunstancias especiales, cuando el nivel de las luchas internas de un país rebasa ciertos límites, que las fuerzas internacionales actuantes en ellas comienzan a adquirir un peso decisivo como fuerzas separadas, exteriores a la sociedad en que se mueven. El proceso revolucionario que vivimos en Chile bajo el gobierno de Allende no llegó nunca a traspasar ese umbral; aunque, si hubiese tenido otro desenlace, prolongándose en una guerra civil por ejemplo, es probable que la situación hubiese sido diferente. Por eso, en tanto se trate sólo de explicar lo ocurrido en Chile en aquel período de la derrota, es en el suelo real de las fuerzas sociales concretas que se enfrentaban en la sociedad chilena donde hay que ubicarse, y no, por ejemplo, en el escenario fantástico de los combates entre el “Imperialismo”, el “socialimperialismo” u otros entes similares, presentados como verdaderas abstracciones personificadas que moverían los hilos de la lucha de clases. Lo cual no significa que las fuerzas internacionales no hayan actuado en el proceso iniciado en 1970, ni que hayan carecido de importancia. Sino que significa, por ejemplo, que la acción del Imperialismo, es su realidad, consistía no sólo ni decisivamente en las resoluciones que pudiesen tomar en Washington la ITT i la CIA, sino primordialmente en la actividad de la burguesía monopólica criolla, del PN, del freísmo, de la oficialidad golpista, es decir, de las fuerzas chilenas cuyos intereses concretos eran también los imperios norteamericano. Pero cuando se trata, no de ofender una explicación de un hecho histórico, sino de diseñar una estrategia para la revolución proletaria, es imposible no comenzar por el contexto internacional.

128. Ello está determinado por los objetivos mismos que una revolución proletaria persigue. En primer lugar, como revolución anticapitalista, ya que el capitalismo no es una realidad nacional, sino un sistema mundial. En segundo término, porque proponerse la destrucción del Estado burgués, en un país dependiente como el nuestro, supone tener en cuenta la forma en que este estado nacional se articula en el sistema global de dominación del imperio norteamericano. Tercero, porque, como antes se a dicho, construir una sociedad de transición al comunismo no es posible sino a escuela continental. Y por ultimo, porque la propia vertebración interna da la formación social chilena, en un periodo determinado, no es independiente de la estructura que asume, en ese mismo periodo, el sistema mundial capitalista.

-80-

129. Desde fines de los años 1940, los marcos en que se desenvuelven la lucha de clases a nivel internacional, y que van a permanecer básicamente inalterados hasta el quinquenio 1965-70, derivan en esencia del ordenamiento surgido de la segunda guerra mundial. El planeta aparece repartido en dos grandes esferas de influencia –el “campo socialista” y el “campo capitalista”- cuyos centros de gravedad son la URSS y los Estados Unidos respectivamente, y que constituyen a la vez dos mercados separados, con estructuras productivas diferentes. Primero a través de la “guerra fría” de 1948-1962 y después mediante la “coexistencia pacífica”, ambas superpotencias se esfuerzan en defender y consolidar el statu quo de los acuerdos de Yalta y en conservar el dominio de su respectivo bloque. En el campo capitalista, se derrumban los imperios colonizados de Francia, Gran Bretaña, Holanda y Bélgica, y los Estados Unidos afianzan su hegemonía indiscutible sobre Europa occidental y Japón, tanto en el terreno militar, político e ideológico, como en el industrial, comercial, tecnológico y financiero. En el centro del sistema, la estrecha asociación entre la gran empresa y el estado, y el carácter imperialista de este último, permiten aquella una acumulación ininterrumpida de capital, fundada en una política neocolonista de saqueo de las materias primas y recursos energéticos de los países periféricos, en la manipulación por el estado de diversos mecanismos reguladores del mercado y en la alianza de tipo socialdemócrata que todo ello autoriza con los estratos superiores y más organizados de la clase obrera, que es reducida así a una gran pasividad, principalmente en los Estados Unidos, pero también en Japón y Europa occidental. De esta manera, durante veinte años

aproximadamente, el capitalismo atraviesa, a nivel internacional, por un periodo de desarrollo sostenido y rápido. Los tiempos de las crisis cíclicas de alcance mundial, como la de 1929, parecen haber quedado definitivamente atrás y la reproducción ampliada del capital avanza a paso acelerado, arrastrada por la expansión continua de la industria de bienes durables, alimentada por la “revolución científico-técnica” (en la petroquímica, electrónica, informática, energía nuclear, etc.) y empujada por los procedimientos e ideología de la “sociedad de consumo”. En la periferia, el modelo de desarrollo capitalista dependiente basado en la sustitución de importancias, que se había afirmado durante la segunda guerra mundial, se profundiza en América latina, avanza en Asia y el mundo árabe y comienza a surgir en África. Mientras la “paz social” reina en los países centrales, las luchas más significativas se concentran en los

-81-

de la periferia y encuentra su punto más candente en la guerra del Vietnam; pero, en general, fracasan en sus intentos de quebrantar la dominación imperialista. Solo el triunfo de la revolución cubana en 1959 y el de la argelina en 1962 constituyeron, de manera diferente, una excepción. En el campo socialista que también experimenta en este periodo un desarrollo económico acelerado la URSS mantiene su liderazgo, a pesar de la disidencia de Yugoslavia (con la cual hay una reconciliación en 1955), de la rebelión aplastada en Hungría en 1956 y del combate ideológico de China y Albania contra el “revisionismo contemporáneo”,

que se indica en 1960. Por otra parte, Berlín, Corea, Indochina y Cuba aparecen como las zonas más conflictivas de la confrontación entre los dos “campos”.

130. es toda configuración del mundo la que empieza a trastocarse desde mediados de la década de 1960. En primer lugar, y como producto de la “coexistencia pacífica”, el comercio entre el campo capitalista y la Europa del Este crece paulatinamente. Desde 1964 los precios internos del CAME se orientan cada vez más por los del mercado mundial, mientras fracasan diversos intentos de integración económica entre sus países miembros. Siendo mayor el ritmo de aumento de sus importaciones desde el campo capitalista que el de sus exportaciones a él, los países del CAME recurren al crédito internacional y su

endeudamiento respecto a las potencias capitalista va en ascenso desde fines de los años 60. Como medio de subsanar este problema, comienza a comprar en occidente instalaciones industriales completas, que han de pagarse con sus propios productos y, mas adelante, establecen empresas mixtas con compañías occidentales. Desde comienzos de los años 70, también china va incrementar considerablemente su intercambio con los países capitalistas y su endeudamiento con ellos. De esta manera, los dos “campos” van dejando poco a poco de ser dos mercados separados y el campo socialista se convierte más bien en una zona proteccionista dentro del mercado mundial capitalista. Al mismo tiempo, diversas reformas introducen mecanismos de mercado en el funcionamiento de las economías de Europa occidental, siendo Yugoslavia y Hungría los dos países que más avanzan en esta dirección. En 1973, Rumania ingresara al fondo monetario internacional. La “cortina de hierro” que separaba al campo socialista del capitalista en los tiempos de la “guerra fría”, comienza así a correrse durante los años 1960, para dar paso, en la década siguiente, a la “distensión”

-82-

131. la segunda transformación que ocurre en el decenio de 1960, es que el campo socialista cesa de ser, realmente, un “campo”. Por una parte, la “Revolución Cultural” lleva el conflicto chino-soviético a su punto de ruptura, y las escaramuzas de 1969 en el río Usuri confirman la división del campo socialista en dos bloques antagónicos, encabezados por la URSS y china respectivamente, frente a los cuales sólo Corea y Vietnam conservan la neutralidad. El movimiento comunista internacional refleja el impacto de esta división diversificándose progresivamente. Por otra parte, los países de Europa del Este disminuyen en promedio el incremento de su producción interna, sufren presiones inflacionarias y otros trastornos económicos, que se manifiestan más abiertamente en Yugoslavia y Hungría debido a la mayor gravitación que allí tienen los mecanismos de mercado, pero que existen también en los demás países: el descontento de los obreros polacos, que estalla en 1970 y 1976, es una manifestación de estas dificultades. La posición independiente

—y cada vez más de derecha— que asuma desde 1967 la Rumania de Ceauscescu, el intento de una experiencia socialista original en la Checoslovaquia de Dubeck y su aplanamiento por la invasión militar de 1968, son nuevos signos de la agudización de las contradicciones internas de los países socialistas y de la pérdida de autoridad de la Unión Soviética sobre los demás integrantes de su “campo”, y que vienen agregarse al reconocimiento que había hecho el XX

Congreso del PCUS acerca de los crímenes de la dictadura de Stalin y a la evidente persistencia de las causas de ese “culto a la personalidad” (como se lo denominó púdicamente) para constituir otros tantos factores que conducían a los más importantes partidos comunistas de Europa Occidental a adoptar una actitud crítica frente a la URSS, como condición de credibilidad ante la masa de los trabajadores de sus países: apunta así el “eurocomunismo”, que adquirirá una identidad propia a mediados de los años 70. Las fronteras ideológicas que hacían del “antisovietismo” un sinónimo del anticomunismo se van así derrumbando poco a poco. Y el papel de reemplazar de la URSS, en este rol de centro de referencia ideológica, al que todavía puede pretender China durante la década del 60, desaparecerá también en la del 70 con el inicio de la colaboración chino-orteamericano en la política internacional. Con ello, el concepto de “campo socialista” terminará de poder todo sentido.

132. En tercer lugar, el centro del sistema capitalista experimenta, durante los años 60, profundas mutaciones. El resurgimiento en Europa Occidental y Japón

de una gran industria nacional que tiene costos de producción más bajos que los de la norteamericana, la afirmación en ambas regiones de una personalidad político independiente –simbolizada en Europa por el gaullismo- y la constitución de la Comunidad Económica Europea y de la Asociación europea de Libre Comercio, enfrentan a la gran empresa yanqui a una competencia creciente y la hace perder el predominio absoluto que antes tenía en los sectores industriales e tecnología más avanzada. Como respuesta a ello, y apoyándose en la situación privilegiada que el dólar tiene en el sistema monetario internacional (desde los acuerdos de Bretton-Woods en 1944), la gran empresa norteamericana inicia una expansión transnacional que avanza velozmente ya a comienzos de la década. Esto trae como consecuencias, en los Estados Unidos, la decadencia de ciertas ramas de industria, una más rápida concentración del capital y el aumento de su composición orgánica, un ritmo de crecimiento de la inversión productiva y del producto interno mucho más lento que el de Japón o Europa Occidental y –sumando al costo de la intervención militar en Vietnam- un déficit crónico de la balanza de pagos, que desde 1963 crece visiblemente, pero que hasta 1971 no alcanza una magnitud crítica, debido al saldo favorable de la balanza comercial. Por otra parte, la guerra del Vietnam da origen en territorio norteamericano, a un fuerte movimiento pacifista, que se agrega a las

esperanzas frustradas que deja el proyecto de “Gran Sociedad” de Kennedy y Johnson, para perturbar la calma que hasta entonces exhibían las luchas sociales. Así al acercarse los años 70, las movilizaciones estudiantiles, feministas, negra chacana y contra la guerra, van en ascenso, aunque sin llegar a la clase obrera blanca, sólidamente integrada al sistema a través de la burocracia sindical. En Europa Occidental, en cambio, donde la burguesía había podido contener durante diez años las alzas salariales (a través de diversos mecanismos, entre ellos la inmigración), la agitación estudiantil es la señal de partida de una movilización del proletariado sin precedentes en la postguerra y que alcanza sus momentos culminantes con el “mayo” francés de 1968, las grandes huelgas de 1967 en España, las luchas de 1969 en Italia y Alemania Federal. A partir de la segunda mitad de la década, algo fundamental ha cambiado, pues, en el centro del sistema capitalista. Las empresas transnacionales –al principio fundamentalmente yanquis, desde 1967 también en buena medida europeas y japonesas- dominan la economía norteamericana estagna visiblemente en relación a las de Japón y Europa Occidental, y la gran burguesía, sin poder descargar sobre los trabajadores, con la impunidad de antes, el peso de su acumulación de capital, recurre de vez más a la inflación para asegurar sus

ganancias. Esta última se desata desde 1966 en los Estados Unidos (sin que por ello la producción interna salga de su marasmo: se instala así la “estagflación”) y el año siguiente en Japón y Europa.

133. El cuarto elemento de cambio que se observa desde fines de los años 60, es, por un lado, el agotamiento de las posibilidades del desarrollo de la sustitución de importantes como motor de la industrialización dependiente, con las contradicciones sociales y políticas que ello estimula; y por otro lado, las dificultades crecientes que encuentra la hegemonía norteamericana en la periferia del sistema capitalista. Lo cual se manifiesta de múltiples maneras. La ofensiva vietnamita del Tet de 1968 da un golpe decisivo al “prestigio” de los Estados Unidos e impone al movimiento internacional de solidaridad con los pueblos de Indochina. Empantanado en una guerra que no puede ganar y que se extiende en 1970 a Camboya, con la opción pública de su propio país en contra y un costo de mantención del imperio que pesa fuertemente sobre su economía, el Estado norteamericano ya no puede desempeñar su papel de gendarme

planetario del capital con la libertad con que lo hiciera en Guatemala en 1954, en Playa Girón en 1961 o en Santo Domingo en 1965. Mientras que por otro lado, su rivalidad económica con Europa Occidental y Japón, sumándose a la contraposición con la URSS, permite al “Tercer Mundo” un mayor margen de maniobra. A pesar de su condición globalmente burguesa, el “tercermundismo” va adquiriendo así, acicateando por la lucha de los pueblos, un tono cada vez más combativo, y busca modificar a favor de los países periféricos los términos del intercambio desigual, entrando en abierta contradicción con el Imperialismo. En América Latina, el golpe de Estado de 1968 en Perú, que lleva al poder al general Velasco Alvarado, inaugura una tendencia nacionalista –de sabor nasseriano- que se manifiesta después de diversos otros regímenes militares e influye en las fuerzas armadas de los demás Estados; el Cordobazo de 1969 revela la fuerza y potencialidades revolucionarias de la clase obrera argentina; el triunfo de Allende en 1970 en Chile representa un precedente peligroso para el Imperialismo, cuya importancia trasciende el continente; el bloqueo contra Cuba va siendo minado poco a poco y, tras el fracaso de la “Alianza para el Progreso”, la política latino americana de los Estados Unidos debe mostrar un “Low profile”. En África negra se mantienen los gobiernos progresistas de Tanzania, Guinea y el Congo, crece el aislamiento de los regímenes racistas de Rodesia y Sudáfrica y la lucha armada de liberación avanza con peso seguro en las colonias portuguesas. Con la tercera guerra árabe-israelí, en 1967, el Medio Oriente se convierte en la segunda gran zona de

-85-

conflicto entre las grandes potencias –después de la península indochina- mientras la lucha del pueblo palestino encuentra un creciente eco internacional. La revolución argelina continúa a la vanguardia del mundo árabe; surgen regímenes progresista en Yemen del Sur, Libia y Somalia y avanza la guerrilla de Dhofar. El ascendiente de la URSS va en aumento en todo el universo islámico, así como en Asia del Sur. China desarrolla relaciones con diversos gobiernos de África y Asia, abriéndose paso hacia su reconocimiento por los organismos internacionales. Japón y Europa Occidental afianza sus propias zonas de influencia en Asia del Sudeste y África respectivamente. Como resultante de todos estos hechos, en el umbral de los años 70, la forma en que el Estado imperial norteamericano ejerce su dominación sobre el “Tercer Mundo” se revela inadecuada a las necesidades de las empresas transnacionales que, en las nuevas condiciones en que se desenvuelva su acumulación de capital, requiere una explotación de los recursos de los recursos de la periferia mucho más profunda, so pena de comprender seriamente la mantención de la “paz social” en el centro del sistema.

134. La competencia cada vez más dificultosa –y en los sectores industriales “de punta”- entre los oligopolios de USA, Europa Occidental y Japón, el nuevo enardecimiento en los países de la lucha de clases, el auge de las luchas revolucionarias y el debilitamiento de la hegemonía imperialista en los países de la periferia, y la interacción de todos estos factores, se traducen ya a fines de la década de 1960 en una baja general e la tasa de ganancia, que afecta en particular a aquellas industria que venían siendo hasta aquí, durante toda la segunda postguerra, el motor de la reproducción ampliada del capital, y que se manifiesta principalmente en los Estados Unidos. Por otra parte, el carácter transnacional que ahora asume, tomada globalmente, la gran empresa de los países del centro del sistema capitalista, y el papel más y más determinante de estas firmas “multinacionales” en el funcionamiento de la economía mundial , van restando eficacia a los mecanismos de la regulación del ciclo económico basados en la asociación de dichos oligopolios con el Estado, pues tales mecanismos se hallan limitados a las fronteras cada país y resulta insuficiente en una situación de competencia aguda entre empresas transnacionales ligadas a Estados imperialistas diferente. En fin, después de décadas de renovación tecnológica en las ramas industriales “de punta”, las posibilidades de innovación comienza a agotarse; no porque se haya extinguido el fuego inventivo de la “revolución científico- técnica”, sino porque la rentabilidad de las simples modificaciones y perfeccionamiento de lo ya existente va en descenso, mientras que

el cambio total de la base tecnológica vigente supone la acumulación previa de una gran masa de capital que permita financiarlo y condiciones que justifiquen desde un punto de vista capitalista tal inversión. El conjunto de estos elementos configura un cuadro totalmente diferente al que describía el funcionamiento del sistema mundial capitalista en el período 1945-1965: significa la desaparición de las condiciones que posibilitaron durante veinte años una acumulación continua y rápida del capital. Marca el inicio de un nuevo ciclo de crecimiento lento, análogo a los de 1873-1893 y 1913-1940, es decir, de un largo período de reacomodación en que el capital pueda fundar sobre nuevas bases estructurales su reproducción ampliada a escala mundial; en este sentido, el comienzo de una crisis estructural del sistema capitalista. Pero, además, debido a la nueva contradicción entre el carácter transnacional de las empresas que dominan la economía mundial y el carácter nacional de los Estados a los cuales éstas están vinculadas, reaparecen en un nivel y con un contenido distintos las circunstancias en que puede generarse crisis coyunturales de alcance planetario, distintas de las recesiones relativamente leves de los años 50 y 60 y comparables por su gravedad a las crisis cíclicas de antes de la segunda Guerra Mundial,

aunque necesariamente diferente en su manifestación. La superposición de estos fenómenos, unida a la desaparición del “campo socialista” como entidad única y separada del capitalista, configuran el marco en que se abre, desde principios de la década del 70, una nueva fase estratégica de la lucha de clases a nivel internacional.

135. Los ejes fundamentales sobre los cuales se ha venido desarrollando esta nueva situación, constituyendo el esqueleto básico sobre el que se va construyendo la nueva realidad mundial, y que ninguna política revolucionaria puede pues pasar por alto, se resume en un conjunto de hechos que, si bien están todos relacionados entre sí y se condicionan mutuamente, puede ser descritos de la siguiente manera:

a) Primero, la guerra fría económica entre los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón en el contexto de una crisis estructural del sistema capitalista que está sólo en sus comienzos. El acto inicial de esta “guerra” puede fecharse en 1971, cuando la balanza comercial norteamericana se hace bruscamente deficitaria y los Estados Unidos –acosados por la competencia comercial europea y japonesa y con una economía sumida en la “estagflación” desde mediados de los años 60- se ven obligados a devaluar el dólar, por primera vez desde 1934, viendo así tambalear su

hegemonía monetaria. A partir de entonces el imperialismo yanqui despliega una ofensiva contra sus rivales occidentales, cuyo momento culminante ocurre con motivo de la cuadruplicación del precio del petróleo, en 1973, que les permite exportar recesión e inflación hacia el Japón y Europa Occidental, a la vez que cosechar “petrodólares” gracias a su predominio casi absoluto en el mercado mundial de capitales. De esta manera, los Estados Unidos consiguen mejorar su posición comercial, reequilibrar su balanza de pagos y hacer aceptar a sus competidores el dólar-papel como moneda internacional (a través de una serie de negociaciones que desembocan los acuerdos de Jamaica, en enero de 1976), legítimo así una fuente permanente de inflación mundial. Las compañías petroleras norteamericanas, por su parte, acumulan enormes ganancias, preparándose para el reemplazo del petróleo por otras fuentes de energía, rentables de ahora en adelante, en los marcos del proceso de renovación de la base tecnológica vigente que exige la crisis estructural de la acumulación del capital. Sin embargo, las consecuencias catastróficas que tiene ofensiva yanqui

para las economías de Europa Occidental y Japón, escapa al control de los Estados Unidos y desencadenan, entre 1974 y 1976, la primera crisis general que conoce el capitalismo en la segunda postguerra, cuyos efectos alcanzan a la propia economía norteamericana y están lejos de haber sido superados. En 1975, el comercio mundial se contrae por primera vez en veinticinco años y en todos los países capitalista centrales la producción cae verticalmente, la inflación se mantiene en torno a porcentajes anuales de dos cifras, la cesantía sube en forma alarmante (más de 8% oficial en USA), la inversión decrece, ramas enteras de la industria se paralizan y quiebran alguna empresa, mientras el sistema financiero internacional queda sujeto a fluctuaciones constantes de las tasas de cambio y a movimiento especulativos incontrolados. La recuperación de 1976 tiene visos de ser pasajera y es probable su derrumbe en los años venideros. Por otra parte, Alemania Federal y Japón han resistido particularmente bien la crisis, mientras que en los Estados Unidos red despliegan sus fuerzas de acuerdo a las orientaciones de la Comisión Trilateral. Además tanto USA como sus contrincantes recurren a gran medida, sea a incrementar la producción o explotación de armamentos, sea al aumento del presupuesto militar, sea a ambas cosas simultáneamente, para reanimar sus economías. El relativo éxito obtenido por los Estados Unidos en la recomposición de su hegemonía económica sobre Europa Occidental y Japón no significa el término de la rivalidad entre los centros imperialista, ni la superación de la crisis general 1974-76 constituye ninguna seguridad de que otras similares o peores no advengan en el futuro.

b) segundo, la “distención” entre los estados unidos y la URSS, esbozada largamente por múltiples acuerdos bilaterales, proclamada tras viaje de Nixon a Moscú en mayo de 1972, afinada en convenios posteriores, e internacionalizada a nivel europeo en la conferencia de Helsinki de 1973-75. Desde el punto de vista de la URSS, la distención es, por un lado, el coronamiento de su estrategia de coexistencia pacífica, iniciada por Jrushchov a fines de los años 50; por otro lado, una exigencia de las dificultades que experimenta su economía a principio de los 70; y por último, un medio de tener las manos libres para afianzar su hegemonía sobre los países del este, en momentos en que ha llegado a su grado máximo el antagonista con china. Desde el Angulo norteamericano, responde, en primer termino, a los intereses de las transnacionales, la banca y los agricultores, atraídos por los mercados de Europa oriental y por las materias primas soviéticas, en especial cuando tienen que hacer frente en occidente a la viva competencia europea y japonesa y a las reivindicaciones nacionalistas del tercer mundo ; y, en segundo termino, deriva de la necesidad en el que se halla el estado imperial yanqui, a comienzos de esta década, de concertar una tregua

al este para poder restablecer su hegemonía absoluta en el oeste, deteriorada precisamente por esas mismas reivindicaciones y competencias. En esencia, la distensión supone un pacto ente USA y la URSS acerca de cuatro tópicos. Ante todo evitar que su rivalidad mutua los arrastre a un conflicto militar directo, que pueda degenerar en una guerra nuclear ilimitada. En seguida, respetar el statu que vigente, fundamentalmente en Europa y america latina, lo cual significa que la URSS no debe inmiscuirse mas de allá de cierto punto en países como Portugal (lo hemos visto en 1975) o Chile (de allí las presiones para un acuerdo con la DC y el relativo fracaso económico de la gira de Allende a la URSS en 1972, así como el apoyo a la “alternativa” Frei hoy día), mientras que, recíprocamente, los Estados Unidos no deben entrometerse demasiado en los asuntos de Europa oriental y Cuba. En tercer lugar, limitar y regular los conflictos, especialmente en África y Asia, procurando que la acción de las fuerzas del tercer mundo no escape al control de las dos superpotencias: los acuerdos de París en 1973, sobre la paz en Vietnam, y la acción norteamericana y soviética de estos últimos años en el Medio Oriente ilustran lo que esto quiere decir. Por último, fortalecer el intercambio, económico principalmente, entre el bloque político que encabezan la URSS y el que encabezan los Estados Unidos; lo cual se ha traducido, aparte de la cooperación especial y similares, en un extraordinario crecimiento del comercio entre el CAME y los países capitalistas centrales, en convenios de compra por la URSS de cuotas de cereales norteamericano, en el aumento de los créditos occidentales a la URSS y países del este (cuyo endeudamiento llega a 17 000 millones de dólares ya en 1973, y

a más de 40 000 hoy día), en el establecimiento de empresas mixtas este-oeste en Rumania, Hungría, Bulgaria y Polonia, en proyectos para la explotación por firmas yanquis del petróleo, gas, hierro y aluminio soviéticos, etc. La relativa recomposición de la hegemonía económica norteamericana en occidente y las dificultades de la economía soviética para constituir el amplio mercado que esperaban las transnacionales yanquis (sobre todo por su débil capacidad de exportación, debido a la poca competitividad de su industria) se han visto acompañada desde 1975 de un endurecimiento táctico de las relaciones USA-URSS; pero ello no implica ninguna alteración substancial del acuerdo estratégico entre las dos superpotencias, que es el contenido esencial de la distensión.

c) tercero, la “cuasi-alianza” entre los Estados Unidos y China, como la denominó James Schlesinger, ex secretario de defensa y actual consejero de la energía del gobierno norteamericano. Preludiada por la “diplomacia del ping-pong” y el ingreso de China a la ONU en 1971, inaugurada con la declaración de Shanghái, tras el encuentro Nixon-Mao Tsetung de febrero de 1972, y proseguida desde entonces hasta el punto de la autorización yanqui a sus socios

occidentales, en 1975, para vender a china equipo militar, esta “cuasi-alianza” tiene un solo objetivo primordial: oponerse a la URRS. Ciertamente, existe también al aspecto económico; pero el contenido esencial es , por un lado, la garantía que recibe china de que los estados unidos no permanecerán impasible ante un eventual ataque militar soviético contra ella, lo cual refrena la amenaza que representa la creciente concentración de tropa soviética sobre su frontera norte y ejerce un efecto discusivo sobre la URRS; y, por otro lado, la seguridad que obtienen los Estados Unidos de que China se opondrá a todo cambio o movimiento -inclusivo revolucionario- que pueda significar un incremento de la influencia soviética en alguna región del mundo, de que hará lo posible por contrarrestar esa influencia allí donde ya existe y de que, puesta en la disyuntiva de tener que optar entre favorecer los intereses norteamericanos y favorecer los soviéticos, elegirá la primera alternativa, la cuasi-alianza con china constituye solo una política complementaria de la distención con la URRS, le esta subordinada y responde a los mismos intereses fundamentales que aquella, jugando con papel de un elemento compensador que permite presionar a la USSR y combatirla por vía indirecta; pero teniendo como limite el que ello no obstaculice la distención: precisamente por eso se trata solo de una cuasi-alianza y no de una alianza verdadera. Para china, por su parte, la avenencia con el imperialismo yanqui es una consecuencia de la conclusión a la que

-90-

llegan sus dirigentes, tras la derrota de Lin Piao, acerca de que, de las dos superpotencias, es el “socialimperialismo” soviético el enemigo principal, tanto para China con en términos generales: por tratarse del “imperialismo más joven y más agresivo” cuyo afán “hegemonista” conduciría a una tercera guerra mundial. A diferencia de lo que sucede con la distención (acuerdo estratégico sobre un condominio de USA y la URSS sobre el planeta) la cuasi-alianza entre China y los Estados Unidos quiere tener, pues, sólo un sentido táctico. Pero ello no impide que, para los pueblos en lucha, la actitud china tenga, las más de las veces, efectos negativos e incluso contrarrevolucionarios: apoyo a la derecha socialdemócrata de Soares contra el PC y los sectores revolucionarios, en Portugal; respaldo al FNLA y UNITA, pronorteamericanos, contra el MPLA en Angola; sostén al atlantismo en Europa y a las fuerzas más reaccionarias en Alemania Federal; defensa de la presencia militar norteamericana en Japón y el Océano Pacifico; mantención de una diplomacia amistosa hacia Pinochet; abstención en los organismos internacionales cuando se vota contra la Junta chilena; negativa a facilitar radio Pekín para transmisiones de la Resistencia hacia Chile, incluso siendo ello solidario por organizaciones “m-l”, etc. Aplicando tales políticas, lejos de disminuir la influencia soviética sobre los movimientos en lucha, lo que China logra es empujarlos hacia la URS, en cuya

revalidad con USA pueden éstos, al menos, buscar cierto apoyo. China le hace así el juego a la distensión en el momento mismo en que la denuncia verbalmente.

d) cuarto, las victorias y avances revolucionarios de los pueblos de África y el Sud este Asiático. En primer término en la península indochina, donde los Estados Unidos –enfrentados a una guerra infructuosa cuyos efectos sobre su economía, política interna y credibilidad internacional construyeron poderosamente al deterioro de su hegemonía en Occidente, sin que la importancia estratégica que para ellos tiene la región lo justificase- se vieron obligados a buscar una “retirada honrosa”. Apoyándose en la distensión con la URSS y la cuasi-alianza con China, la administración Nixon inició negociaciones que desembocaron en 1973 en los acuerdos de París, los cuales implicaban una solución de compromiso para el Vietnam del Sur. Tales acuerdos, por lo demás violados constantemente por Saigón, no pudieron impedir, sin embargo, la derrota total del régimen títere de Thieu ni la reunificación del Vietnam. La ofensiva victoriosa de las fuerzas revolucionarias de Camboya en abril 1975 fue la señal de partida de una ofensiva similar en el sur del Vietnam, cuyo rápido triunfo selló definitivamente la suerte del imperialismo norteamericano en Indochina.

Pocos meses después, este cambio en la correlación regional de fuerzas permitió la resolución, a favor revolucionario, de la situación de doble poder “institucionalizado” que existía en el vecino Laos. La derrota total sufrida por los Estados Unidos en Indochina – militar en su manifestación, pero política en su esencia- ha tenido un profundo efecto sobre la estrategia yanqui de dominación imperialista a nivel planetario y constituye uno de los antecedentes principales que fundan la actual reestructuración de dicha estrategia. Aparte de que ha modificado sustancialmente el panorama político del Sud este Asiático: es dentro de este nuevo contexto regional que actúan hoy día las guerrillas de Tailandia y Filipinas, así como el FRETILIN de Timor (que ha resistido la invasión indonesia y controla la mayor parte del territorio del país, en una lucha que ha tenido importante repercusión en Australia). El segundo hecho revolucionario de trascendencia mundial al que debemos referirnos aquí es la liberación de las colonias portuguesas de África. El avance impetuoso de la

guerra popular que venía desenvolviéndose desde los años 60 en las colonias, fue uno de los factores fundamentalmente del derrumbe del fascismo lusitano en 1974. La consiguiente instauración del poder revolucionario del PAIGC en Guinea-Bissau y Cabo Verde, del FRELIMO en Mozambique y tras la derrota del FNLA, de UNITA y de la invasión sudafricana- del MPLA en Angola, es el acontecimiento político más importante ocurrido en África negra desde la colonización europea. Por un lado, significa la puesta en marcha, por primera vez en esta zona del planeta, de auténticos procesos de revolución democrático-popular, que no tienen paragón con el “socialismo africano de otros países del Continente. Por otro lado, la constitución del bloque de países de la “Línea del Frente” (Mozambique, Tanzania, Botswana, Zambia y Angola) cerca totalmente a los regímenes racistas de Pretoria y Salisbury – con mayor razón dada la existencia de un gobierno popular en Madagascar desde 1975- y crea una sólida retaguardia estratégica para la lucha armada de los revolucionarios de Zimbabwe y Namibia, así como para el movimiento popular sudafricano; todo lo cual hace del cono sur africano una zona de enormes potencialidades revolucionaria. En fin, el papel decisivo jugado por la participación cubana en el desenlace victorioso de la guerra y en la edificación del Estado en Angola tiene variadas y profundas consecuencias: es cierto que acredita la influencia del bloque soviético en África, pero lo esencial no está allí, sino en su contribución al triunfo, defensa y desarrollo de la revolución angoleña, en el renovado impulso que imprime a las luchas revolucionarias de África austral, en su significado como prosecución de una política que remonta a las acciones de Che Guevara en Zaire en 1965, en las

-92-

nuevas posibilidades que abre al desarrollo de la propia revolución cubana y en que muestra en forma muy clara el camino de una colaboración estrecha entre los movimientos revolucionarios de África y América Latina, en momentos en que el continente africano aparece como la retaguardia natural del nuestro. La liberación de las colonias portuguesas no es, sin embargo, el único hecho que marca un avance revolucionario en África. Hay que mencionar también las luchas del frente POLOSARIO en el Sahara occidental y del FROLINAT en el Chad, el proceso revolucionario iniciando en 1974 en Etiopía y que aún no llega a una definición final, el robustecimiento popular del régimen del coronel Kadhafi en Libia y las transformaciones institucionales que en 1976 han señalado más nítidamente las perspectivas de la revolución en Argelia (Carta Nacional, Constitución y Asamblea Nacional).

e) Quinto, el avance del movimiento obrero y popular en Europa Occidental y Japón, pero primordialmente en Europa Latina, en el contexto de la crisis económica general que se desenvuelve desde 1974. En Portugal, la caída de la dictadura de Caetano el 25 de Abril de 1974, producto del fracaso de la guerra contra los movimientos de liberación de las colonias, de la lucha antifascista del pueblo portugués y de las contradicciones internas de la burguesía lusitana, dio origen a una situación potencialmente revolucionaria, en un proceso que llegó a su fase culminante entre el 11 de marzo y el 25 de noviembre de 1975, pero que se resolvió a favor de la burguesía con el éxito del golpe de Estado de la derecha socialdemócrata en esta última fecha. La consiguiente destrucción de las organizaciones de “poder popular”, incluyendo allí las de la base de las Fuerzas Armadas (los SUV particularmente), el aplastamiento de la izquierda militar que representaban Vasco Goncalves y Otelo de Carvalho, la posterior liquidación del propio MFA y los retrocesos en las reformas que había sido impulsadas anteriormente, no han significado sin embargo, una restauración de la dictadura fascista ni tampoco una paralización de las luchas obreras populares, que siguen desarrollándose bajo las nuevas condiciones. En el terreno político, la izquierda revolucionaria trata hoy de reorganizarse en torno a la figura de Otelo, cuya votación superó la del PCP en las elecciones presidenciales de 1976. En España, el ascenso de las luchas de masas y clandestinas y la crisis interna del régimen franquista –que datan de varios años antes- han obligado a la monarquía de Juan Carlos, tras la muerte de Franco, a iniciar desde 1976 un proceso de democratización que ha permitido al PCE moverse abierta y públicamente, que ha significado la legalización de numerosos otros partidos opositores y el reconocimiento de algunos mínimos derechos de los pueblos catalán y vasco, que supone la realización de elecciones generales para 1977 y que, en suma, abre un

espacio político más amplio y nuevas posibilidades al desarrollo del movimiento obrero y popular. En Italia y Francia, la fuerza de la clase obrera se halla en pleno período de crecimientos, lo cual se expresa, aparte de en las luchas de masas, en el extraordinario avance electoral del PCI en Italia y de los partidos del Programa Común en Francia, que hace prever su acceso al gobierno en un futuro próximo. La índole reformista de las dirigencias “eurocomunistas” de los PC de Italia, Francia y España, no es razón para desconocer el carácter fundamental obrero de estos partidos, ni impide que su eventual victoria electoral pueda abrir perspectivas revolucionarias, como ocurrió con el triunfo de la Unidad Popular en Chile en 1970. no es otra la causa de la alarma del imperialismo norteamericano ante la probabilidad de una participación de dichos partidos en el gobierno de sus respectivos países, como lo muestra el caso de Italia, donde las maniobras “desestabilizadoras” y la preparación

golpista han comenzado a ponerse en marcha aun antes de que el PCI haya logrado imponer en toda la línea su “compromiso histórico” con la DC; y ello a pesar del abierto e indudable distanciamiento del “eurocomunismo” respecto a la URSS y no obstante sus posiciones cada vez más socialdemócratas en política interna. Y es que bajo el manto de esas dirigencias reformistas se hallan los movimientos obreros más organizados y combativos del centro del sistema capitalista, cuya acción revolucionaria puede tener efectos de transcendencia histórica mundial y trastocar completamente el mapa político de Europa; más aún cuando su autonomía política internacional hace problemático su refrenamiento a través de presiones sobre la URSS (la cual, como lo mostró la experiencia portuguesa, no tienen ningún interés en promover alguna revolución en países europeos; al igual que China, por lo demás). Es por esto que el “eurocomunismo” no puede ser asimilado, sin más, a la socialdemocracia ni siquiera a las versiones de izquierda de esta última. Pero no es sólo en Europa Latina donde avanza con nuevo ritmo la lucha obrera y popular en los países capitalistas centrales. También, aunque menos espectacularmente, en Gran Bretaña, cuya decadencia ostensible, acentuada por el fuerte impacto de la crisis mundial capitalista de 1974-76, repercute en una lenta pero progresiva radicalización de la lucha de clases. En Grecia, donde la caída de la dictadura de los coroneles, con motivo de la crisis de Chipre, en Julio de 1974, ha permitido un notable desarrollo de las luchas de masas, si bien éstas no han llegado nunca a amenazar la hegemonía burguesa. Y en Japón, cuya clase obrera ha soportado todo el peso de la resistencia del país a la crisis económica y ha renovado su combatividad, a pesar de su condición política entre varios partidos, de los cuales el principal es un PC “eurocomunista”.

f) Sexto, el desarrollo cualitativo de los movimientos opositores en Europa del Este. En primer lugar en Polonia, donde las luchas obreras, que habían elevado al poder a Gomulka en 1956, para derribarlo en 1970 provocando su reemplazo por Gierk, estallaron de nuevo en junio de 1976, cuando las desmesuradas alzas de precios de algunos artículos de primera necesidad motivaron las huelgas y motines de Urus y Radom. La represión contra los huelguistas no ha impedido que el gobierno de Gierk haya tenido que anular las alzas, ha traído como secuela la formación del Comité de Defensa de los obreros despedidos arrestados (entre cuyos dirigentes se cuenta Kuron, coautor de la famosa Carta Abierta al Partido Obrero Polaco), lo cual ha dado permanencia al movimiento, contribuyendo además a su orientación política. En Checoslovaquia, por su parte, la ocupación soviética mantiene vivo en el pueblo

el recuerdo de la experiencia frustrada de 1968 y no ha podido evitar en el pueblo en reagrupamiento de una oposición entre cuyos líderes se hallan los antiguos dirigentes comunistas de los tiempos de Dubcek. La actividad de esta oposición se ha incrementado en los últimos años, a pesar de la represión, y ha tomado cuerpo recientemente con la aparición de la "Carta 77" plataforma de reivindicaciones democráticas firmada por 242 personalidades que representa a diversos sectores del pueblo checoslovaco, incluyendo a la clase obrera, y que ha encontrado importante eco. En la propia Unión Soviética, la lucha por la defensa de los derechos humanos ha adquirido una extraordinaria amplitud con la constitución de los Comités de Vigilancia de la Aplicación de los Acuerdos de Helsinki y la denuncia de las condiciones de detención de los presos políticos en las cárceles, "campos de trabajos" y "hospitales psiquiátricos". Aunque de menor importancia, también en Alemania Democrática, Hungría, Rumania y Yugoslavia se registran hechos de abierto cuestionamiento de los regímenes existentes. Ciertamente, la presencia de opositores en la URSS y países del Este no es ninguna novedad; pero el carácter que esa oposición asume hoy día y las condiciones en que se desenvuelve configuran una situación cualitativamente diferente a la épocas anteriores. Por un lado, la incorporación del CAME al mercado mundial capitalista hace inevitable que los vaivenes de las economías accidentales repercutan en los países de Europa Oriental (en 1975, el 9% de los intercambios bilaterales entre estos países se hacían ya en moneda occidental). El alza de los precios del petróleo en el mercado mundial llevó a la URSS a subir, en enero de 1975, de 15 a 38 rublos la tonelada sus precios de venta de este producto a los otros países socialistas europeos, a pesar de que los acuerdos vigentes expiraban en 1976, desequilibrando con ello sus balanzas de pago, al tiempo que los incitaba a abastecerse en Occidente. Las presiones inflacionarias

de origen exterior vienen así a sumarse a las dificultades internas de las economías del Este. En Polonia y Hungría, un tercio del gasto fiscal ha estado destinado, en los últimos años, a subvencionar los precios de venta de ciertos productos de consumo. La URSS no alcanzó los objetivos de su último plan quinquenal y el ritmo de aumento de la producción está en baja en toda Europa Oriental. Todo lo cual no deja de tener efectos sobre las condiciones de vida de los trabajadores y puede conducir a situaciones insostenibles y explosivas como en Polonia. Por otro lado, la distensión, que debía dejar a la URSS las manos libres en los países del Este, ha suministrado a los opositores un arma política importante en algunas cláusulas de los acuerdos de Helsinki, de 1975, que se refieren a la libre circulación de ideas y de personas, a las libertades y a los derechos del hombre. A esto se agrega el apoyo que ha encontrado la oposición democrática en el "eurocomunismo". Los PC de Italia, Francia y España critican

públicamente la situación existente en Europa Oriental, presionan a los PC de la URSS y países del Este a favor de los opositores, e incluso exigen y consiguen la libertad de algunos detenidos, como ocurrió con Pliuch. Ya no se trata, además de disidentes aislados en tal o cual país, sino de un movimiento general, que opera mediante la formación de comités y grupos representativos de amplios sectores de la población y cuya acción es pública, no obstante el silencio que quieren mantener los medios oficiales de comunicación de masas. Por lo tanto lo anterior, los gobiernos de los países de Europa Oriental se hallan en la imposibilidad de contener este movimiento mediante las medidas represivas clásicas: ello tendría nefastas consecuencias sobre la distensión, así como sobre sus relaciones con los principales PC de Occidente, y agravaría las dificultades por las que atraviesan sus economías. Por último, a pesar del atractivo que ejercen los Estados Unidos y el capitalismo europeo occidental sobre los sectores en que la despolitización es mayor (en la URSS especialmente) y si bien estos movimientos opositores incluyen elementos francamente reaccionarios como Solyenitsin, su contenido fundamental no es ése, sino que va desde la simple exigencia de respeto a la legalidad ya existente en estos países de una mayor liberalización política, hasta el cuestionamiento desde un ángulo marxista del carácter del “socialismo” vigente en ellos y la conciencia del peligro de que un enfrentamiento frontal con la URSS conduzca a una subordinación a USA (es la posición de Kuron, por ejemplo). Estas últimas actitudes, aunque minoritarias actualmente, tienen como antecedente indirecto los trabajos de crítica y reconstrucción teórica de intelectuales como los de la revista Praxis en Yugoslavia, la “escuela de Budapest” en Hungría o el filósofo Kosik en Checoslovaquia.

g) Séptimo, el encubrimiento económico y político de los países de la OPEP y el nuevo dinamismo tercermundista. El alza de los precios de las materias primas, que arranca con fuerzas desde fines de 1972, es ciertamente un aspecto de la ofensiva comercial norteamericana en contra de Europa Occidental y Japón. Lo mismo puede decirse del alza del precio del petróleo. Sin embargo esta última no es sólo una decisión norteamericana, ocurre en circunstancias que le dan una trascendencia diferente y tienen efectos que sobre pasan e incluso contradicen los intereses yanquis. La importancia estratégica del petróleo para todas las economías contemporáneas y el hecho de que, salvo los Estados Unidos y la URSS, los países desarrollados carezcan prácticamente de yacimientos petrolíferos, la magnitud espectacular de la elevación de precios que ello posibilita; la existencia de la OPEP, asociación de trece países del Tercer Mundo que gobiernan el 70% de las exportaciones mundiales de este producto; el hecho de que el alza ocurra en ocasión de la cuarta guerra árabe-

israelí en 1973, por la decisión de los países árabes, principales integrantes de la OPEP, de utilizar el petróleo como arma política en su lucha contra Israel, la nacionalización de que son objeto los proceso de extracción y refinación del petróleo por los países de la OPEP (si bien las transnacionales siguen controlando más del 80% de la red de comercialización y distribución); la modificación –por lo menos temporal- de los términos de intercambio de los Estados petroleros; todo ello abre una brecha histórica que los miembros de la OPEP; o al menos algunos de ellos, pueden aprovechar y aprovechan para elevarse por encima de los demás países del Tercer Mundo, tanto económica como políticamente. Es así como el mundo árabe se levanta como una potencia regional en África, Asia del Sur y la cuenca del Mediterráneo; como Arabia Saudita puede empezar a jugar un papel decisivo en los conflictos del Medio Oriente; como Irán puede intentar dar realidad a sus aspiraciones subimperialistas; o como Venezuela emerge ejerciendo un nuevo liderazgo en América Latina. La renegociación de la dependencia de las burguesías de estos países con respecto con el imperialismo norteamericano, que lo anterior (en la mayoría de los casos) implica, entra en contradicción, naturalmente, con los intereses yanquis. Sobre todo cuando el ejemplo de la OPEP quiere ser imitado por otros países del Tercer Mundo productores de materias primas y produce agrícolas; lo cual constituirían, de llegar a realizarse en forma general, una situación intolerable para los países capitalistas centrales.

De allí las negociaciones “Norte-Sur” iniciadas en 1975, la oposición imperialista al proyecto de la OPEP de reajustar continuamente sus precios según el incremento de los precios industriales, los obstáculos a la participación de los Estados petroleros en el capital de empresas imperialistas, las quejas por los altos intereses al “reciclaje” de los “petrodólares”, etc. Tratándose mayormente (aunque no únicamente) de contradicciones entre burguesías imperialistas y burguesías dependientes, su importancia no puede sobrevalorarse; pero tampoco desconocerse. Además de destacar a ciertos integrantes de la OPEP a la cabeza del Tercer Mundo, como potencias financieras y políticas, su efecto ha sido dar un mayor dinamismo a las reivindicaciones de este último como conjunto frente a los países “desarrollados”. La actividad del “Grupo de los 77”, las resoluciones de la ONU acerca de un “programa de acción” para “un nuevo orden económico internacional”, la aceptación finalmente pro las grandes potencias del límite de las 200 millas marinas y otros acuerdos sobre derechos del mar, cuestiones demográficas, etc., la aprobación en las Naciones Unidas de la Carta de los derechos y Deberes Económicos de los Estados (propuesta por México), son algunos ejemplos de este nuevo dinamismo. Las reiteradas condenas a la junta de Pinochet en los organismos internacionales, al igual que las resoluciones a favor el pueblo palestino y contra Israel y los regímenes

racistas de África austral, son también producto, principalmente de la actitud más autónoma de los países del Tercer Mundo.

h) Y octavo, las derrotas del movimiento obrero y popular latinoamericano y la afirmación de la hegemonía política yanqui en América Latina, Medio Oriente y Europa Occidental. La retirada norteamericana del Sudeste Asiático y su relativa despreocupación por África negra –hasta el triunfo de la MPLA en Angola- no significan que el imperialismo yanqui esté en retroceso en todo el planeta. Golpeado desde diversos ángulos en los años 60 y obligado a replegarse y a reformular su estrategia a comienzos de los años 70, ha podido desde entonces ganar posiciones, en tres regiones principales. Por un lado en América Latina, donde los golpes de Estados reaccionarios de 1971 en Bolivia, 1973 en Uruguay y Chile, 1975 Honduras y Perú, y 1976 en la Argentina, son otros tantos hitos que jalonan un camino de sucesivas derrotas populares y de afianzamiento de dominio norte americano sobre el Continente, sin ser por eso los únicos hechos que apuntan en esta dirección, como veremos más adelante. Por otro lado la situación en el Medio Oriente, que hasta la guerra de octubre de 1973 otorgaba a la Unión Soviética una notable influencia en la región comienza a modificarse en favor de los Estado Unidos desde el momento en que las armas principales del mundo árabe contra Israel dejan de ser los ejército egipcio y sirio (abastecidos

por la URSS), para pasar a ser el petróleo de la península arábiga y las presiones diplomáticas. La ruptura de Egipto con la URSS y su acercamiento a USA constituyen una derrota de proporciones para los soviéticos, que habían destinado a Egipto más de la mitad de los 3.000 millones de dólares que, entre 1970 y 1976, suma en total su “ayuda” a África. El posterior acercamiento de Siria a los Estados Unidos termina de hacer de estos últimos los únicos árbitros del conflicto del Medio Oriente y les permite manipular según sus intereses una solución negociada del problema palestino. Las luchas del pueblo palestino, que habían conseguido legitimar en la OLP como su representante oficial antes los organismos internacionales y que habían infligido a Israel importantes derrotas, congregando en torno suyo la solidaridad de los demás pueblos, se ven aprisionadas en una camisa de fuerza tras la guerra del Líbano de 1975-76. el resultado principal de ésta ha sido en efecto, la destrucción de las bases armadas que la Resistencia palestina tenía en ese territorio: por la acción del ejército sirio, bajo la inspiración norteamericana y ante la impasibilidad soviética. La OLP se ve así privada del sostén material de su autonomía política y obligada a aceptar la solución que quieren imponer USA, Arabia Saudita, Egipto y Siria, vale decir el crecer, no un verdadero Estado palestino independiente, sino una “entidad estatal” sin ejercicio propio y subordinaría a una tutela internacional,

en Cisjordania y Gaza. Sin embargo, si la obstinación israelí en no retirarse de los territorios ocupados en 1967, para posibilitar la creación de esa “entidad estatal, imposibilita tal acuerdo, entonces la situación puede volver a modificarse en el Medio Oriente. La agitación popular contra el gobierno de Sadat en Egipto es también un indicio de inestabilidad. La nueva hegemonía norteamericana no está, pues aún, totalmente consolidada, y el aliado más seguro de los Estados Unidos en la región sigue siendo la dictadura del Sha de Irán. En Europa Occidental, en fin, y a pesar de la rivalidad económica que la opone a los Estados Unidos, la hegemonía militar, ideológica y política de éstos que nunca ha estado seriamente amenazada, pero que el menos era cuestionada en tiempos de De Gaulle, se ha afianzado notablemente desde 1974. No sólo por el triunfo de la derecha socialdemócrata en Portugal, en 1975 (golpe de Estado de Noviembre) y 1976 (elecciones de abril), o por la ocupación turca de la mitad de Chipre, sino fundamentalmente por el fortalecimiento de Alemania Federal, primera economía de Europa Occidental, que dispone también desde hace poco del ejército convencional más poderoso y cuya superación política a USA la convierte en el mejor defensor de los intereses yanquis de la zona. La perspectiva de una Europa Occidental unida e independiente, que podía ser antes el contenido de una

-99-

Comunidad política Europa (de cuya construcción será un paso importante la elección próxima de un parlamento Europeo en votación directa), se transforma pues ahora en la de una Europa unida, pero bajo el impero del “atlantismo”, es decir, totalmente subordinada a los Estados Unidos y en la cual el predominio de Alemania Federal puede intentar ahogar un probable vuelco a la izquierda en Europa Latina. Lo cual no impide que la unidad europea sea un arma de doble filo, cuyo carácter real dependerá, en última instancia, de las luchas de la clase obrera en Europa.

136. El conjunto de hechos mencionados en los ocho puntos anteriores –que de ninguna manera pretende ser una descripción exhaustiva de la presente realidad mundial- configuran un cuadro a partir del cual es posible discernir las líneas fundamentales del desarrollo de la lucha de clases a nivel internacional, al menos tal cual pueden preverse de los principales acontecimientos de esta década. En síntesis puede decirse, en primer lugar, que las contradicciones

principales tienden a concentrarse en África, Europa Latina y Europa del Este. Es pues sobre todo a través de las luchas del proletariado y pueblos de estas regiones contra sus respectivas clases dominantes y contra el Imperialismo, que han de manifestarse también las contradicciones entre el bloque soviético y el norteamericano, entre los países desarrollados y el Tercer Mundo (encabezado por los Estados de la OPEP), entre China y la URSS, entre los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, y entre USA y China. Las luchas en Asia y Latino América tienden, en cambio, a pasar a un segundo plano, lo cual no significa que no sean importantes, sino solamente que no es allí donde puede esperarse, en un futuro cercano, modificaciones de trascendencia mundial: ya sea por la debilidad del movimiento obrero y popular (especialmente en América Latina), ya sea por el relativo equilibrio político al que se ha llegado (especialmente en Asia, después de la definición en sentido revolucionario de a situación de Indochina y e la evolución hacia el campo norteamericano del conflicto del Medio Oriente). Naturalmente, estas afirmaciones sólo tienen valor como constatación de una tendencia actual, que puede variar en el futuro a raíz de la forma en que se desenvuelve la lucha de clases y con motivo de acontecimientos que sería absurdo querer adivinar.

137. Una segunda conclusión que puede extraerse es que está en curso una reestructuración general de la dominación imperialista y del equilibrio global de

fuerza en el planeta. Por un lado, el carácter trasnacional de las empresas dirige el desarrollo capitalista mundial y la crisis estructural por la que éste atraviesa, exigen una “nueva división internacional del trabajo” del capitalismo y una readecuación de las relaciones de poder imperialista en consonancia con ello. Por otro lado, la tendencia a un policentrismo que resquebraja los grandes bloques o “campos” heredados de la Segunda Guerra Mundial –en Occidentes, resurgimiento de los imperialismos europeo y japonés, emergencia de los países petroleros y aspiraciones subimperialistas de las potencias regionales del Tercer Mundo; en Oriente, cisma chino, actitudes autonomistas entre los países del Este, no alineamiento de los nuevos Estados socialistas- debe resolverse, sea en una multiplicidad de bloques autónomos, sea en una jerarquía e potencias subordinadas de ambas cosas. Por último, la contraposición política entre USA y la URSS en los marcos del fortalecimiento de una relación económica desigual entre ambos (el CAME, con excepción de la RDA y Checoslovaquia, exporta primordialmente materias primas, mientras que importa principalmente productos industriales y tecnología avanzada) crea un desequilibrio que, de no

ser superado, lo que exigiría profundas transformaciones en el carácter de los regímenes del Este, puede conducir a acentuar el antagonismo directo entre las dos superpotencias y, más probablemente, a que la URSS busque compensar su situación desventajosa mediante un expansionismo comercial hacia el Tercer Mundo. Con éste puede, en efecto, establecer una relación económica desigual a favor propio, vendiendo productos industriales (hoy, en particular, equipomilitar) que en los países capitalistas centrales no resultan competitivos, a cambio de petróleo y materias primas que, eventualmente, puede revenderse a Europa Occidental, USA y Japón (proceso esbozado en el caso del petróleo). De esta última manera, el bloque soviético podría eliminar el persistente déficit de su balanza comercial con Occidente, que hoy lo obliga a un endeudamiento con éste que ya llega a más de un cuarto del de todos los países “subdesarrollados”. Pero esta solución no significa evitar el acentuamiento del antagonismo entre las dos superpotencias, sino sólo hacerlo indirecto, profundizando su enfrentamiento en el Tercer Mundo.

138. Es dentro de este contexto que es necesario situar la nueva estrategia general del imperialismo norteamericano, orientada por la Comisión Trilateral, agrupación fundada en 1973 por David Rockefeller, que cuenta entre sus miembros al nuevo presidente Carter y a varios de sus colaboradores, y que reúne

a unos doscientos empresarios y otros personeros de América del Norte, Europa Occidental y Japón, representante de los intereses de las transnacionales, o más bien de un importante sector de éstas. La estrategia “trilateral de los Estados Unidos a punta a una serie de objetivos relacionados entre sí:

i) Establecer un acuerdo entre los tres grandes centros capitalistas para abordar en común los problemas derivados de la crisis estructural del sistema y evitar el desarrollo de una crisis económica incontrolada. Tal acuerdo implica aceptar a Europa Occidental y Japón como imperialismos secundarios, con sus propias zonas de influencias, pero bajo hegemonía yanqui. Es en esta perspectiva que se promueve la unidad europea bajo la dirección de Alemania Federal y que se ha iniciado desde 1975 un traslado de capitales, tanto norteamericanos como europeos, desde las regiones de mayor inestabilidad

política y económica (Europa Latina, Gran Bretaña) hacia las más seguras (USA, Canadá, Australia, RFA).

ii) Constatando la debilidad estructural del bloque soviético, poner en marcha una “guerra fría” limitada, dentro de la distensión, destinada a deteriorar la hegemonía de la URSS en Europa Oriental, a desalentar indirectamente la expansión de su influencia en el Tercer Mundo y a satisfacer al “complejo industrial militar” de los Estados Unidos, lo cual es también un modo de fortalecer la economía yanqui. La actual campaña sobre la violación de los derechos humanos en los países del bloque soviético (que desde el intercambio Corvalán-Bukocski ha opacado totalmente la campaña similar relativa a Chile), si bien tiene un base objetiva, responde esencialmente a ese designio.

iii) Asegurar la estabilidad social y política de los países capitalistas centrales, mediante una suerte de autoritarismo socialdemócrata en Norteamérica, Japón y Europa del Norte que combine, por un lado, alianzas de tipo socialdemócrata entre las transnacionales y por los grandes sindicatos obreros y, por otro, un estrecho control y eventual represión de los intelectuales, de la prensa y demás medios de comunicación de masas y, en general, de toda manifestación de cuestionamiento del sistema o de “exceso de democracia” en especial, la agitación de las minorías negra y chicana en USA y de los inmigrantes en Europa)

iv) Enfrentar “trilateralmente” las relaciones “Norte-Sur”. Esto es, ante todo, formar un frente común de los países capitalistas centrales contra el Tercer Mundo y evitar que las potencias de la OPEP se pongan de acuerdo por separado con Japón o Europa Occidental. Enseguida, impedir que Los Estados Unidos mantengan términos de intercambio que les sean demasiado favorables y que su ejemplo sea seguido por otros países productores de materias primas. Y finalmente, evitar confrontaciones directas que lleven a los países del Tercer Mundo a formar bloques y separar a las potencias de la OPEP

del resto del Tercer Mundo, integrándolas al proyecto de crear un “cuarto mundo”.

v) Esto último es otro aspecto de la estrategia trilateral, que consiste en descentralizar la dominación imperialista norteamericana mediante la creación de centros regionales “subimperialistas”, en países como Brasil, Irán, Indonesia o Nigeria, a los cuales se transferiría las ramas industriales que utilizan mayor volumen de mano de obra y que generan mayor contaminación del medio ambiente, reservado para la metrópoli aquellas de tecnología más avanzada, que le aseguran las palancas de mando e la producción mundial. A la vez, se encargaría a estos centros regionales el control político y militar de su zona, evitando al Imperialismo tener que intervenir directamente en los países periféricos. Esto, que es una especie de “vietnamización de la guerra” aplicada a escala mundial, supone que los países elegidos para esta misión “subimperialista” mantengan costos de producción —y en especial salarios— relativamente bajos; pero, al mismo tiempo, y sacando las lecciones de lo que significó la precariedad del régimen de Thieu en Vietnam, requiere que cuenten con regímenes relativamente estables y, en todo caso, políticamente seguros. La combinación de ambos casos se traduce en la exigencia, para ellos, de un tipo de Estado que puede ir desde una “democracia restringida”, bajo tutela militar, hasta una suerte de “neofascismo dependientes”. Los demás países periféricos, en cambio, reducidos fundamentalmente al papel de abastecedores de productos primarios, sometidos al poder de su respectivo centro regional, orientado esencialmente al mercado externo y debiendo mantener sueldos y salarios al nivel más bajo posible, han de gobernarse mediante la represión militar pura y simple.

vi) En cuanto a los Estados Unidos, liberados de la incómoda función de gendarmes planetarios del capital (que, por lo demás, ya no son capaces de

cumplir eficientemente), transpasada ésta a los imperialismos secundarios y los centros regionales “subimperialistas”, podrían, en adelante, limpiar su imagen pública, revestir más creíblemente el disfraz de campeones de la democracia, los derechos humanos y las libertades, y afirmar con ello también su hegemonía ideológica y “moral”.

Los cuatro mundos en que el imperio norteamericano quiere reestructurar su dominio y la “nueva división internacional del trabajo” que propone, dibujen pues un panorama político del planeta que bien podría compararse al de los tiempos del Imperio Español: un gran reino central –Los Estados Unidos- cuya autoridad se extiende a todo el orbe, dos reinos menores –la RFA gobernando Europa Occidental y Japón el Sudeste Asiático- que complementan el poder de la corona, y una multiplicidad de virreinos dirigidos por países como Brasil, a los cuales quedan sometidas diversas capitanías generales, del estilo de Uruguay o Chile. Sin olvidar, cierto los imperios rivales (la URSS) no los reinos aliados (China).

139. La crisis general de la acumulación del capital, la pugna económica entre los tres grandes centros imperialistas, la distensión USA-URSS, cuasialianza de los Estados Unidos con China, los triunfos revolucionarios en África y el Sudeste Asiático, el avance del movimiento obrero en Europa Latina, la elevación al rango de potencias regionales de los “nuevos ricos” de la OPEP, y la nueva estrategia trilateral con que el imperialismo norteamericano responde a esos y otros hechos antes mencionados, configuran el marco en que debemos comprender la situación actual de nuestra América Latina. Pero, el que esta situación sea, casi por doquier, el florecimiento de las dictaduras militares, no proviene, claro está sólo de ese marco. Ni menos de ninguna “desesperación” del Imperialismo que lo llevaría a atrincherarse en su “patio trasero” debido a que se sentiría “acorralado” por las luchas de los pueblos de otros continentes, como quieren pintarlos los partidos de la teoría de un “campo socialista” en continuo avance y de un imperialismo en perpetua agonía. Plantear así las cosas es, no sólo desconocer la realidad efectiva del imperialismo yanqui, ya que hemos visto es bastante más compleja y menos desastrosa, sino que además, poner en un segundo plano las luchas de clases internas a cada uno de nuestros países y, consiguientemente, las derrotas sufridas en ellas por el movimiento obrero y popular.

140. Este movimiento obrero y popular no existe, sin embargo, como fenómeno latinoamericano, pues hasta aquí no ha contado con ninguna coordinación ni estrategia colectiva a ese nivel. A pesar de que el triunfo de la revolución cubana y el gobierno de la Unidad Popular chilena tuvieron una trascendencia

continental que influyó indirectamente, en su época, la actitud política de los trabajadores y fuerzas de izquierda de todos nuestros países; y que hoy lo hace también aunque en sentido directamente. Y no obstante la existencia de corrientes políticas internacionales –“revisionismo”, castrismo, trotskismo y maoísmo- que de una u otra forma están presente en todas partes; pero que, si han llegado en uno u otros país a representar algo desde el punto de vista del movimiento obrero y popular, ha sido sólo aisladamente, no como hecho continental.

141. La medida en que puede hablarse de una de clases latinoamericana, cuya dinámica traspasa y condiciona las diferentes luchas nacionales, está dada hasta ahora, a decir verdad, fundamentalmente por el carácter continental de la dominación burguesa sobre nuestros pueblo, que es lo que da a sus luchas – unilateralmente hasta aquí- un contenido que no se extingue dentro de las fronteras de cada país. Primero, la naturaleza dependiente de nuestras burguesías, que fusiona sus intereses en el crisol común de los del Imperialismo. Segundo, la base histórica, económica y social semejante de nuestros países, que plantea a sus clases dominantes tareas más o menos similares. Tercero, la índole en sí internacional del capital que, unida a los dos hechos anteriores, ha traído la organización a nivel latinoamericano de los capitalistas criollos: sea solos (ALALC, MCC, Grupo Andino, etc.), sea en compañía del Imperialismo (OEA, Pacto d Ayuda Mutua, etc.). y cuarto, la estrategia de tipo global que las grandes potencias –y primordialmente los Estados Unidos- ponen en práctica en América Latina. Es esencialmente a partir de aquí, entonces, que es preciso comprender las grandes líneas de fuerza continentales que configuran el campo en que se desenvuelve hoy día la realidad política de nuestras naciones. Campo que es, cada vez más, un campo concentracionario y de trabajo forzado; pero que no está libre de brechas de escape.

142. En lo transcurrido de esta década de 1970, América Latina ha venido entrando en una nueva etapa de su desarrollo capitalista periférico y de su lucha de clases. Dos circunstancias, en realidad las dos caras inseparables de un mismo proceso, se hallan en la base de esta nueva situación. Por un lado, el agotamiento

al que va llegando –a partir de mediados de los años 60 y en aquellos países donde su desarrollo está más avanzado- el modelo productivo que ha venido

vertebrando, en general, las sociedades del Continente desde la etapa anterior. Es decir, el modelo fundado en una industrialización sustitutiva de importaciones, más adelantado en algunas partes, menos en otras, orientada al mercado interno; en su correlato de exportaciones primarias cautivas del Imperialismo y, en mucho casos, de las oligarquías criollas; en la extensión del aparato económico del Estado; y en la dirección de una gran burguesía dependiente –las más de las veces “monopólica” y latifundista- sobre el conjunto de una economía que, sin embargo, deja amplio espacio al desarrollo de la empresa mediana y pequeña. Por otro lado, las profundas transformaciones, de que ya hemos hablado que están en curso a nivel mundial y que modifican sustancialmente la estructura y funcionamiento del sistema capitalista es su conjunto. Lo primero se manifiesta bajo la forma de crisis interna de las sociedades latinoamericanas, más profundas y agudas en unos países que en otro, desarrollándose en tiempos diferentes, pero relacionados siempre con los mismo problemas esenciales y cuyo resultado es, en los lugares en que este proceso está más avanzado, una exacerbación de las luchas de clases y la necesidad para las burguesías de establecer sobre nuevas bases su dominación nacional. Lo segundo, aparte de contribuir a esas crisis internas mismas, se expresa principalmente como una compulsión ejercida por las transnacionales y el imperialismo norteamericano sobre nuestros países para que modifiquen, tanto la manera de su dependencia como la organización básica sobre la que se levantan sus sociedades, en consonancia con la estrategia global que el Imperio ha diseñado para hacer frente a la crisis de la acumulación capitalista y del equilibrio de fuerzas a nivel planetario. Compulsión tanto más apremiante cuando que América Latina tiene, hoy más que nunca, una importancia económica, política y geoestratégica vital para los Estados Unidos; y que éstos no sólo disponen de poderosos medios de presión económico, políticos e ideológicos sobre países que le son estructuralmente dependientes, sino que además han formado y adoctrinado a la oficialidad de sus ejércitos. Pero compulsión que, por la naturaleza misma de la estrategia general a la que sirve, producto de las transformaciones históricas que hemos reseñado, no puede actuar ya a la manera brutal en que USA intervino en Guatemala o Santo Domingo en las décadas anteriores, sino que tiene que hacerlo a través de los intereses de las burguesías locales, de sus rivalidades mutuas y de las contradicciones internas de nuestras sociedades. Es de este juego complejo de fuerzas que resultan, entonces,

las diferencias y las similitudes de los destinos por los cuales han comenzado a encarecidamente nuestras naciones y cuya resultante permite identificar algunas líneas generales de desarrollo que trazan las coordenadas del mapa político actual del Continente.

143. La primera de estas grandes líneas es la vía frustrada de lo que podríamos denominar estatismo burgués, que surge a fines de los años 60 como expresión de los intereses estratégicos de la pequeña y mediana industria, las capas medias, la pequeña burguesía y, en general lo que se acostumbra a llamar “sectores medios”. Su manifestación más lograda fue el régimen del general Velasco Alvarado, en Perú (1968-75); pero su presencia puede rastrearse en todas partes y ha tenido también expresión importante, de manera diferente, en otros países. Ya sea como un pálido reflejo nacionalista progresista del “velasquismo”: en Bolivia, bajo el gobierno de Ovando (1969-70); en Honduras, con el general López Arellano (1972-75); en Ecuador, bajo el régimen del general Rodríguez Lara (1972-76); y en Panamá, con Omar Torrijos (1969 en adelante). Ya sea como un “velasquismo” de izquierda que se abre a una perspectiva revolucionaria: el breve gobierno de Juan José Torrès, en Bolivia (octubre 1970-agosto 1971). Ya sea, en fin, en el proyecto que imaginaban estar poniendo en marcha en Chile, durante el gobierno de Allende, los sectores predominantes de la dirigencia UP; y que era también, bajo modalidades distintas, el del tomicismo en la DC chilena, el del Frente Amplio uruguayo en las elecciones de 1971, el del MEP venezolano en las de 1973 y el de otros movimientos populares similares. La lógica común a todas estas experiencias históricas y que define el contenido estratégico del estatismo burgués, es la de superar las crisis o las dificultades internas de nuestras sociedades latinoamericanas mediante una política “antiimperialista, antimonopólica y antilatifundista” –pero no anticapitalista– que haga del Estado capitalista el principal empresario monopólico de su país, que nacionalice o ponga bajo control estatal las actividades primarias de exportación, que realice una reforma agraria destinada a extirpar el latifundio y a consolidar una amplia pequeñoburguesía rural, que desarrolle el mercado interno y que construya, con todo ello, un sólido régimen económico, social y político fundado en los sectores medios y apoyado en los estratos superiores del proletariado y campesinado. Lógica, empero, que apenas si llega a realizarse coherentemente en Perú y que choca con obstáculos insuperables que la llevan necesariamente al fracaso.

144. Ante todo, porque la estrategia estatista burguesa no puede sacarse adelante si no es, naturalmente, bajo la conducción de clase de los sectores medios, a cuyos intereses de fondo corresponde. Cuando tales sectores medios, como bloque social burgués autónomo, con realidad política propia desde el punto de vista estratégico, prácticamente no existen (que es la situación en todos los países en que la sustitución de importancias tiene poco desarrollo o no ha entrado en una crisis de conjunto) o cuando, debido a la existencias paralela de un bloque social obrero relativamente fuerte (que es la situación en los demás) pierden o no llegan a tener la conducción de la lucha “antimonopólica, antilatfundista y antiimperialista”, entonces el estatismo burgués puede ser pensado y hasta intentando, pero resulta irrealizable. La experiencia de J.J. Torres en Bolivia, hecha suya y rápidamente desbordada por los trabajadores, la de la Unidad Popular en Chile, que ya hemos discutido, y el hecho mismo de que sean grupos militares los que asumen, la mayoría de las veces, la representación política de los sectores medios, revelan de maneras distintas la precariedad de estos últimos, en toda Latinoamérica, como fuerza de clases organizadas e independiente.

145. Por otro lado, teniendo que enfrentar tanto los intereses de la gran burguesía local como los del imperialismo norteamericano, y debido mantener bajo control y contener la dinámica propia de la clase obrera, el estatismo burgués supone el respaldo de las Fuerzas Armadas nacionales. De allí que pueda avanzar tanto más y por más tiempo cuando más sólido sea ese respaldo. Pero tratándose de unas Fuerzas Armadas unidas por múltiples lazos a los sectores mismos que se quiere atacar, la medida en que pueden comprometerse, como institución, con una política de este tipo, tiene límites bien precisos. En la mayor parte de los casos, prácticamente nulos. En otros, bastantes estrechos: López Arellano, en Honduras, es derribado cuando apenas ha comenzado a afectar los intereses de la Standard Fruit e iniciando una reforma agraria; Rodríguez Lara, cuando ha empezado a hacer primar los intereses ecuatorianos sobre los de la Texaco-Gulf; y si Torrijos ha podido mantenerse en el gobierno, su progresismo se ha limitado, prácticamente, a la reivindicación nacionalista sobre el Canal de Panamá. Es sólo excepcionalmente, por las peculiares características históricas y sociales de sus cuerpos de oficiales, que Fuerzas Armadas como las peruanas puede ir más lejos.

146. En fin, el estatismo burgués, por su propia naturaleza de clases, es inherentemente incapaz de romper los lazos de dependencias que subordinan el capitalismo periférico a las economías centrales. De allí que las reformas, es decir, una reacomodación de la situación de dependencia, en especial una mayor autonomía frente al imperialismo norteamericano; pero jamás una eliminación real de toda dependencia estructural. Lo cual significa que la política estatista burguesa resulta a la larga irrealizable si es que no puede encontrar su contraparte internacional, vale decir, fracciones de las clases dominantes centrales con las cuales las burguesía “no-monopólicas” de nuestros países puedan establecer ataduras –a través del Estado fundamentalmente- que por lo menos equilibren aquellas existentes con la burguesía yanqui. Si tal cosa podía parecer factible a fines de los años 60, cuando la hegemonía económica norteamericana en Occidente se veía seriamente amenazada, cuando el Imperialismo estaba empantanado en la guerra del Vietnam, cuando la URSS y China no habían entrado todavía en la dinámica de la distensión, cuando la transnacionalización de la gran empresa europea y japonesa estaba sólo en sus inicios y cuando el peligro que para los intereses yanquis representaba el auge de las luchas obreras y populares podía hacer aceptable una modificación de los términos de la dependencia como un mal menor, ello parece cada vez más imposible a medida que avanza los años 70. Hoy día, la estrategia trilateral del Imperialismo tiene aunar las acción de la gran empresa norteamericana, europeooccidental y japonesas frente a América Latina; las transnacionales de los distintos centros imperialistas compiten, cierto entre sí, en nuestro continente, pero la naturaleza de sus intereses y de su acción las identifica con la causa de las grandes burguesías criollas, no con la de ningún estatismo burgués; la URSS, por su parte, puede seguir comerciando con Perú o con la dictadura argentina, pero nadie puede esperar ya, después de la experiencia chilena, que vaya a sostener económica o militarmente a regímenes que entre en conflicto abierto con USA; China no tiene ningún interés en cuestionar la dominación yanqui sobre nuestros pueblos, aparte de que en ningún caso podría jugar un papel central como contraparte económica exterior de las burguesías “no-monopólicas” de nuestros países; y las derrotas mismas sufridas por el movimiento obrero y popular debilitan, como un de sus efectos, a los sectores medios, tanto nacional como internacionalmente.

147. Así pues, minado en sus cimientos por la endeblez de su sostén de clase, obligado a buscar apoyo en la movilización popular para hacer frente a la gran burguesía y al Imperialismo, pero forzado a transigir con estos últimos para evitar desencadenar una dinámica revolucionaria que ponga en acción una lógica diferente, dependiendo siempre de los grados de libertad nacional de la oficialidad de las Fuerzas Armadas, bregando en medio de una situación mundial cada vez más incompatible con sus propósitos, el estatismo burgués como línea de desarrollo de las sociedades latinoamericanas llega necesariamente a un punto en que no puede seguir adelante: se convierte en una línea trunca. Cortada sangrientamente al desviarse en sentido revolucionario en Bolivia y Chile; interrumpida en ciernes por la reacción derechista en Honduras y Ecuador; diluida en las negociaciones con USA para un nuevo tratado sobre el Canal, en Panamá; borrada poco a poco por el nuevo gobierno de Morales Bermúdez, en Perú. Si el estatismo burgués supervive hoy en nuestro Continente, es sólo en la ideología del reformismo y en las ilusiones de la Unidad Popular chilena acerca de que, una vez derribada la Junta, podrá comprometer a la Democracia Cristiana y a las Fuerzas Armadas en un “gobierno popular” de Coalición que, estando esta vez bajo la hegemonía burguesa, pueda tener éxito allí donde fracasó el de Allende, amarrado como estaba al movimiento obrero.

148. La segunda gran línea de desarrollo que podemos discernir en América Latina durante la presente década es la de aquello que se ha dado en llamar “fascismo latinoamericano” y que nosotros preferimos denominar, a falta de mejor término, dictaduras monopólicas: atendiendo en parte, a que corresponden a los intereses de una gran burguesía entre cuyos integrantes esenciales se encuentra la fracción “monopólica” de los empresarios industriales y, en parte, a que responden a la estrategia del capital monopólico transnacional, primordialmente norteamericano. Los regímenes resultantes de los golpes de Estado de 1971 en Bolivia., 1973 en Uruguay y Chile, y 1976 en la Argentina, tienen en efecto, unidos al régimen imperante en Brasil desde 1964 y la vieja dictadura de Stroessner en Paraguay (instalada en 1954), una lógica común que hace de ellos un fenómeno continental. Y esa lógica no es otra que la de la política virreinal del imperialismo norteamericano, hecha suya y adaptada a sus intereses por las grandes burguesías locales y que no ha esperado, por cierto, para ponerse en marcha, la constitución de la Comisión Trilateral: aunque se halle incluida ahora como uno de los aspectos de la estrategia de esta última (ver párrafo 138, punto v). Hay que distinguir aquí, sin embargo, y de acuerdo a esta misma lógica, dos dinámicas diferentes: la del Brasil y la del resto.

149. No es sólo que el Brasil tenga un territorio, población, recursos naturales, poderío militar y grado de industrialización muy superiores a los de los demás países con dictaduras monopólicas. Es que la naturaleza de su dictadura es diferente. Primero, nace en 1964, en una época en que el ordenamiento planetario heredado de la Segunda Guerra Mundial en lo esencial no ha cambiado, encontrándose los Estados Unidos todavía en el apogeo de su antigua fuerza y viejo estilo hegemónico. Una época, además, en que el modelo productivo descrito en el párrafo 142, si bien atraviesa en Brasil por una crisis, es sólo por una crisis de crecimiento, sin la profundidad ni el carácter definitivo que tiene, por ejemplo, en Chile, a fines de los años 60. De allí que la dictadura monopólica brasileña no signifique que una ruptura con ese modelo productivo, sino por el contrario, un desarrollo del mismo a un nivel superior, que encuentra condiciones internacionales favorables a su realización, tanto políticas como económicas y en particular en el terreno de la inversión extranjera. Es así como el peso del aparato económico del Estado y su intervención reguladora en la economía siguen siendo fundamentales. O como la dinámica de la sustitución de importaciones no se detiene, sino que escala nuevos peldaños. Ciertamente, la industria acentúa su organización monopólica y se desnacionaliza por la participación creciente de los capitales transnacionales (mayormente norteamericanos, pero también, con el correr de los años, de la RFA, Japón, Suiza, Canadá y Gran Bretaña). Pero sigue expandiéndose sobre la base principal de un mercado interno que, no por abarcar a menos de un 20% de la población deja de ser grande, en un país con más de 100 millones de habitantes. El régimen es, claro, una dictadura militar; pero cuenta con una base social no despreciable y mantiene, desde un comienzo, siquiera una apariencia de legalidad y democracia –“restringida” naturalmente- con la realización de elecciones municipales y legislativas, la presencia, aunque intermitente, de un parlamento, la creación de un partido de gobierno (ARENA) y otro de oposición (MDB), etc. Lo cual no es algo sin significado pues permite, aunque en forma limitada, la expresión de voces discordantes e incluso, en ocasiones, de la lucha de masas. Todo esto no impide, por supuesto, que el asesinato y la tortura sean un método habitual de gobierno, ni que el “milagro económico” se funde en la miseria de la gran mayoría del pueblo. Pero son estas características particulares de la dictadura monopólica brasileña lo que le permite aspirar, ya desde muy temprano, a jugar un papel “subimperialista” en la región o, mejor dicho, a desempeñarse como cabeza de un virreinato.

150. Muy distinta es, es cambio, la situación de las demás dictadura que estamos considerando. Ello puede verse con nitidez de los casos de Chile y Argentina. Los golpes de Estado de Pinochet y Videla no dan paso a un desarrollo en nuevas condiciones del modelo productivo ya vigente, si no que significan su abandono, la destrucción de sus bases estructurales y el intento de poner en marcha un modelo nuevo. Esta es la diferencia esencial con Brasil. En realidad, las dictaduras de Argentina y Chile surgen como una respuesta de la gran burguesía –liderada por sus sectores oligárquicos- ante la crisis global de formación social, ante el agotamiento definitivo de la dinámica que hasta allí impulsaba su desarrollo y ante el peligro, visible y material en la fuerza del movimiento obrero, de que ello condujese a una salida revolucionaria. Respuesta que no puede ser el entrar por el camino iniciado por Brasil diez años antes. En parte porque la desnacionalización de la industria como fase superior de la sustitución de importaciones ya está bastante avanzada en Chile y Argentina, en entrados los años 70, sin que por ello el mecanismo sustitutivo deje de hacer crisis. En parte porque el contexto internacional es absolutamente distinto y poco favorable a ese camino. Y en parte, en fin, por las diferencias de volumen, organización social y de todo tipo que existe. Por ejemplo, fundar el dinamismo económico en un mercado interno de privilegio es bastante poco viable, incluso en el caso de la Argentina (que tiene sólo un cuarto de la población del Brasil). Las dictaduras que hoy encabezan Videla y Pinochet implican, pues, un cambio radical en la forma de ser del capitalismo periférico de Argentina y Chile, un cambio de modelo productivo que alterna, a la larga, las estructuras de clases y los condicionamientos que a la lucha de esas clases se imponen. El aparato económico del Estado es desmantelado al amparo ideológico de la teoría del Estado “subsidiario”. Un liberalismo económico aparentemente añejo, pero avalado por la “autoridad” muy contemporánea de personajes con Milton Friedman, sirve en realidad al propósito deliberado de crear –a través de la cesantía masiva, la disminución enorme de los salarios reales, la recesión industrial, la eliminación de las barreras proteccionistas, la devaluación de la moneda, la acumulación en pocas manos de capital financiero, etc.- las condiciones para reemplazar la lógica de la sustitución de importaciones como motor del desarrollo dependiente por otra lógica distinta, de una economía

orientada al mercado exterior. Ello supone, por un lado, prioriza las actividades primarias exportadoras, mineras u agropecuarias. Por otro lado, incentivar aquella industria directamente ligada a esas actividades, que pueda competir con ventajas en el mercado internacional. Y, como condición de todo ello, una estrecha asociación del gran capital criollo con las empresas transnacionales, atraídas por el bajo nivel de los salarios y otros costos de producción, por las garantías a la exportación de las ganancias y por regalías fiscales de todo tipo. Poner en marcha este nuevo esquema es imposible, claro está, sin chocar violentamente con los intereses, no sólo de los trabajadores, sino también de los sectores medios e incluso –temporalmente y parcialmente- del capital monopólico ligado al mercado interior. De allí que estos regímenes no puedan costar con una base social de apoyo importante, al menos hasta que logren consolidar el nuevo sistema. Entretanto, están obligando a gobernar mediante la represión pura y simple, institucionalizando la violencia abierta y al margen de todas apariencias de democracia.

151. Las dictaduras de Bolivia y Uruguay, si bien con características propias, no son de índole fundamentalmente distinta a las de Chile y Argentina. Aparte del “tamaño” menor de estos países, las diferencias provienen primordialmente del grado menos avanzado al que ha llegado en ellos la industrialización sustitutiva y, en general, el modelo productivo de la etapa anterior. En cuanto al Paraguay, se trata de la única dictadura tradicional de América del Sur, comparable sólo a las de Centroamérica e imperante en un país que, no obstante su pasado esplendor, es hoy uno de los más atrasados del Continente.

152. El conjunto de dictaduras formado por Uruguay, Paraguay, Argentina, Chile y Bolivia es, pues, de naturaleza diferente a las de la dictadura brasileña. Sus regímenes no son una imitación de esta última, sino más bien su complemento: prefiguran las capitánías generales que han de tener a Brasil por centro de virreinato. La posibilidad y necesidad de este último no surge, sin embargo, con el nacimiento de la dictadura monopólica brasileña, sino con el de las otras dictaduras de la región. No pues en los años 60, sino ahora, a mediados de los 70. y ello incluso en Brasil, cuya vocación “subimperialista” puede tener vieja data, para que es sólo hoy en día cuando puede y debe intentar realizarse. En efecto, también en Brasil el viejo modelo productivo –que por diez años no había hecho sino alcanzar su grado más alto de desarrollo continental, dando origen al llamado “milagro brasileño”- comienza, desde 1974, a dar signos

visible de agotamiento. La demanda interna empieza a saturarse; el producto nacional disminuye rápidamente su ritmo de crecimiento; el déficit de la balanza comercial, presente desde 1971, aumenta espectacularmente a partir 1974 (principalmente por el alza del precio del petróleo): la inflación crece; la deuda externa llega a un nivel tan alto que, según las estimaciones, desde 1977 los nuevos préstamos alcanzarán sólo para cubrir los intereses de los préstamos anteriores. En otro orden de cosas, el MDB gana las elecciones legislativas de 1974 con más del 60% de los votos y si la municipalidades de 1976 puede apenas imponerse el ARENA, es sólo a través de un falseamiento grosero, mientras el 6% de los elecciones vota por el “poroto negro” que representa el hambre. La agitación social va en aumento y el intento de institucionalización de la dictadura representado por el sistema bipartidario tambalea desde que el pueblo utiliza al MBD para expresar su descontento y hace surgir en él un ala izquierda. Las contradicciones interburguesas, por otra parte, se agudiza, y el gobierno de Geisel se debate entre el acentuamiento de la represión y los intentos liberalizadores. La crisis del “milagro brasileño” exige, a la gran burguesía, una reacomodación del modelo productivo en el mismo sentido que en las demás dictaduras monopólicas: privatización de empresas estatales, mayor entrega al capital trasnacional, etc. Pero las formas y el resultado de este proceso no pueden ser los mismos. Pues Brasil no necesita destruir las bases de su anterior desarrollo dependiente ni liquidar su mercado interno para superar su crisis, sino sólo evolucionar, a partir de la estructura industrial ya existente, de su expansión y de su desnacionalización aún mayores, hacia el mercado exterior, tanto latinoamericano, como de otras partes del mundo, comenzando a asumir así, realmente, el papel de metrópolis virreinal de Sudamérica.

153. La línea de desarrollo representada por las dictaduras monopólicas se ensancha hoy en una mancha militar que cubre todo el sur del Continente. Pero ello no significa que no enfrente obstáculos. Si bien en Uruguay, Paraguay y Chile reina por ahora la paz de los cementerios y del despoblamiento, turbada sólo por el sordo rugir subterráneo del descontento popular, en Brasil, como hemos visto, la lucha de masas encuentra nuevos cauces de expresión y crece progresivamente; y en Bolivia la agitación obrera, estudiantil e incluso campesina y la oficialidad joven no deja de perturbar una y otra vez la

tranquilidad aparente del régimen. La rebelión de los campesinos de Cochabamba, las matanzas de Tolata, Epizana y Sacaba y los sucesos posteriores marcan un viraje importantísimo, a partir de 1974, en la situación de la dictadura boliviana. Pues por primera vez la lucha obrera encuentra un aliado en el campesinado, cuya ruptura con el gobierno priva a Banzer de un sostén que ha sido tradicional en los regímenes militares anteriores.

154. Pero es, sin duda, en Argentina donde la gran burguesía monopólica y agroganadera encuentra mayores dificultades para implementar su política. No sólo por la histórica rivalidad con Brasil, que hace difícil encajar a la Argentina en un papel subordinado a éste. Ni sólo por las contradicciones con el empresario de la CGE y otros sectores burgueses interesados en sostener el mercado interno (este tipo de problemas no es determinante y también existe en Chile, como sabemos). Sino que, esencialmente, porque el movimiento obrero – que vienen combatiendo por más de veinte años bajo las banderas peronistas, que tiene la experiencia de la lucha contra otras dictaduras militares, menos feroces es cierto, y que con la desaparición de Perón y el desmoronamiento sin gloria del gobierno infamante de Isabel sabe que no puede esperar ya nada de los poderes mitológicos de algún líder- no ha sido destruido. Desde el golpe de Estado de marzo de 1976 y a pesar de la represión castrense y del terrorismo parapolicial, las huelgas, los sabotajes la disminución de cadencias y otras formas de resistencia obrera se han sucedido, con extraordinaria energía, en una amplia gama de sectores clave: las industrias automotriz, siderúrgica, textil y mecánica, los bancos y correos, los puertos y, sobre todo, el poderoso sindicato de Luz y Fuerza, cuyas 7 semanas de acciones en octubre pasado fueron inocultables en virtud de los cortes de luz. La constitución, a partir de agosto, de la “CGT en la Resistencia”, con participación de todas las fuerzas de izquierda y principalmente de MONTONEROS, vienen a posibilitar una conducción unificada de la lucha, en tanto que el desmantelamiento por la dictadura de la vieja burocracia sindical priva al régimen de un medio tradicional de control sobre los trabajadores (Videla trata de volver sobre sus pasos, en este punto, a fines del año, pero sin mayor éxito). Por último, mientras las contradicciones entre “duros” y “modernos” se agudizan en el seno de las Fuerzas Armadas –en favor, a decir verdad, de los primeros- MONTONEROS y ERP continúan sus acciones armadas y los miles de muertos y decenas de miles de prisioneros y desaparecidos no consiguen quebrar la resistencia popular.

El gobierno militar de Videla y la política económica de su ministro Martínez de Hoz – el Léniz o Cauas argentino- chocan pues con una situación que no tiene ninguna comparación con la existencia en Chile o los demás países con dictaduras monopólicas. Si hay un lugar en el sur del Continente donde la clase obrera no ha sido derrotada y donde la gran burguesía no logra imponer del todo su dominio, viendo amenazado su proyecto estratégico, es evidentemente en la Argentina. Allí es pues donde la lucha de clases tiene hoy su punto más candente y donde su desenlace tiene mayor significación continental.

155. Sin embargo, la estrategia de la dictadura monopólica no es la única gran línea de fuerza que orienta actualmente el desarrollo de nuestros países, después de la bancarrota del estatismo burgués. A partir de 1974 aproximadamente, se ha comenzado a dibujar en la parte norte de Latinoamérica otra línea, que podríamos quizá llamar “tercermundismo socialdemócrata”. Su naturaleza de clase y su Lógica, también virreinal, no son esencialmente distintas a las de la dictadura monopólica. Pero sí sus modalidades y condicionantes. Y ello le da un aspecto totalmente diferente. En primer lugar, el grado de desarrollo alcanzado por el modelo productivo basado en la sustitución de importantes es, en los países que rodean el Mar Caribe, mucho menor que en la parte sur del Continente. Sólo Méjico y, en menos medida, Venezuela y Colombia, tiene un grado de industrialización importante. De allí que sea, en principio, mucho más sencillo y menos traumático que en los países del sur, el incorporar sus economías, en calidad de lo que hemos denominado “capitanías generales”, a un proyecto virreinal cuyo centro se encuentre en los países más desarrollados de la región. Por lo demás, buena parte de los Estados del Caribe, o son viejas dictaduras tradicionales o han emergido recién del status colonial. En segundo lugar, Venezuela es el tercer productor de petróleo entre los países de la OPEP, después de Arabia Saudita e Irán (aunque es el séptimo en producción per cápita), y ello la ha convertido, desde 1974, con el alza de los precios y la nacionalización de los yacimientos y refinería decretada por el gobierno decretada por el gobierno de Carlos Andrés Pérez, en una potencia financiera regional. Estas características peculiares de la zona caribeña hace pues posible, a las grandes burguesías venezolana y mejicana, el intentar expandirse hacia el mercado exterior sin sacrificar el mercado interno existente, e incluso ampliándolo. Con ello, las crisis del modelo productivo vigente pueden ser superada sin ruptura, reorientado dicho modelo por los mismos senderos que en el caso brasileño; pero sin chocar frontalmente con los sectores medios, bajo la conducción de los monopolios

industriales más dinámicos y jóvenes y buscando integrar, incluso, los estratos superiores de la clase obrera. Las transnacionales no están, por cierto, ausentes de este esquema; por el contrario, la asociación con ellas es tan de rigor como en los países del Sur. Pero la pertenencia de Venezuela a la OPEP y los intentos de Méjico de ingresar a ella entran en contradicción con los intereses norteamericanos y exigen buscar apoyo en otras piezas del Imperio, principalmente en Europa Occidental, que tiene estrechos vínculos con las colonias y ex-colonias británicas, francesas y holandesas de la zona y que, aunque más no sea desde un punto de vista “trilateral”, no ésta dispuesta a aceptar ya que Latinoamérica sea un coto de caza exclusivo de los Estados Unidos.

157. La fatalidad de la dictadura militar puede así ser evitada, al menos en Venezuela y Méjico, y un estilo socialdemocrático y tercermundista puede empezar a impregnar la política regional. Avanzando por Centroamérica a través de Costa Rica y Panamá, que evoluciona, este último, desde sus veleidades “velasquistas” hacia un modelo que le sienta mucho mejor. Afirmándole en el Caribe en los gobiernos de izquierda de Guyana y Jamaica, que han nacionalizado su bauxita y son los principales miembros del mercado Común caribeño, el CARICOM. Tratando de extenderse hacia el sur vía Colombia, hasta Ecuador, que también pertenece a la OPEP, y Perú que de regreso del velasquismo puede enfilarse en dirección de este nuevo norte. Buscando, en fin, incorporar a Cuba a una cooperación mutuamente conveniente.

158. El camino recorrido por el tercer mundismo socialdemócrata en los años transcurridos desde 1974, está jalonado de hechos que lo muestra con un dinamismo extraordinario. La batalla diplomática de Venezuela y Ecuador contra la discriminación tarifaria que Trade Act norteamericana impone a sus exportaciones a USA, por el hecho de ser miembro de la OPEP; batalla en que recogen el respaldo de todo el Continente, incluso de las dictaduras más cipayos. La lucha por la reincorporación de Cuba al sistema interamericano, que conduce en julio de 1975, con la reunión de la OEA en San José, a oficialidad el levantamiento de hecho del bloque contra la isla socialista, practicando ya por no pocos países latinoamericanos. La aprobación por la ONU del proyecto mejicano de “carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados”, que consagra el derecho de los países del Tercer mundo a nacionalizar sus riquezas

naturales y a imponer condiciones a la acción de las transnacionales. El financiamiento por Venezuela de importantes proyectos económicos, como el Banco Colombiano-Venezolano, la primera refinería de petróleo de América Central (en Costa Rica), el fondo Venezolano para Bolivia, y otros del mismo tenor. La creación en 1975, por iniciativa mejicano-venezolana, del SELA, Sistema Económico Latinoamericano, que incluye a Cuba y excluye a USA, destinado a coordinar los organismos económicos regionales existentes y a impulsar la formación de empresas multinacionales latinoamericanas. La reunión de julio de 1976, en Caracas, de la socialdemocracia latinoamericana y europea, en que participan los partidos de gobierno de Venezuela, Méjico y Costa Rica, organizaciones como el APRA peruano y el PR chileno, y los jefes de la socialdemocracia austriaca, danesa, alemana y portuguesa, así como un representante del PS francés. Las visitas a Cuba de Olof Palme, François Mitterand, Omar Torrijos, Luis Echeverría y el hijo de Carlos Andrés Pérez. La lista de hechos no es en modo alguno exhaustiva. Pero basta para darse cuenta de que una nueva gran línea de fuerza, con eje en Venezuela y Méjico, apunta desde el norte de América Latina, señalando su propio rumbo continental.

159. No obstante, el tercermundismo socialdemócrata no tiene totalmente libre su camino. Por un lado, algunos de sus aspectos no dejan de inquietar al imperialismo yanqui: no sólo el problema de la OPEP; también, por ejemplo, el ambiente más favorable que encuentra la lucha por la independencia de Puerto Rico, cuya causa ha avanzado desde 1973 en la ONU y en apoyo de la cual se realizó en noviembre de 1975 la Primera Conferencia Internacional de Solidaridad, en la Habana; o la influencia que adquiere Cuba en la región, sobre todo en Jamaica, Barbados y Guyana, hasta el punto que estos dos últimos países facilitaron sus aeropuertos para la "Operación Carlota", es decir, para el transporte de combatientes cubanos a Angola. La revolución cubana representa, por cierto, para los Estados Unidos, un peligro de carácter muy deferente al del tercermundismo socialdemócrata. Las buenas relaciones entre aquella y éste constituyen pues un arma de doble filo. Por otro lado, el eje Venezuela-Méjico encuentra su punto más débil en la situación interna mejicana, donde el añejo aparato de la "revolución institucionalizada" ya no logra contener la expresión de las luchas populares. El nuevo gobierno de López Portillo, instalado en diciembre de 1976, cuya elección fue precedida de la devaluación del peso, de rumores de golpe de Estados y de abiertas amenazas norteamericanas dirigidas

contra la prosecución de la política de Echeverría, representa un claro vuelco a la derecha.

-118-

En Colombia, por su parte, la lucha de masas ha adquirido en la ciudad una tonalidad más viva, la tropa y suboficiales se manifiesta descontentos, la oficialidad derechista presiona fuertemente al gobierno de López Michelsen, mientras éste pone y quita el estado de sitio y, al igual que desde hace 15 años, la guerrilla campesina continua activa, aunque confinada a regiones sin importancia decisiva. En la propia Venezuela, Caracas hubo de presenciar, en junio pasado, una “marcha de cacerolas vacías”, cuyo significado conocemos ya lo suficiente.

160. Por último, y no por ello menos importante, el espacio geopolítico del virreinato caribeño que aspira a dirigir Venezuela y Méjico, choca, como es natural, con el del virreinato sudamericano que quiere construir Brasil. La materialidad de esta confrontación se ve con claridad en la faja territorial que forman Perú, Ecuador y Colombia. Los dos primeros de estos países, en efecto, dirigidos por gobiernos militares y habiendo hecho ya la experiencia frustrada del “velasquismo”, puede evolucionar tanto hacia la dictadura monopólica como hacia el tercermundismo socialdemócrata. Mientras que Colombia, a pesar de tener el único gobierno civil de Sudamérica fuera de los de Venezuela y las Guayanas, es en el fondo un régimen militar, que puede verse llevando también en cualquiera de las dos direcciones. Las presiones encontradas que esta situación ejerce sobre el Pacto Andino se manifiestan en las dificultades por la que éste atraviesa. El retiro de Chile y las amenazas de retirarse también de Bolivia muestran nítidamente que los objetivos de esta asociación económica no encajan con la estrategia de la zona de influencia brasileña, y sí encajan, en cambio, con la de la venezolana. El lugar donde se encuentran hoy las tensiones entre los dos proto-irreinos es, sin duda, el Perú. De allí que —a pesar de la caída de Velasco Alvarado y si bien es cierto que ningún conflicto armado que sea algo más que una pantomina puede estallar en el Subcontinente sin la anuencia norteamericana la eventualidad de una guerra entre Perú y Chile no sea algo totalmente descartable. Por lo tanto, el fantasma de 1879 sigue recorriendo cuarteles de nuestros países, los preparativos bélicos continúan preludiando el centenario de la Guerra del Pacífico y las negociaciones sobre la salida al mar de Bolivia están totalmente empantanadas. Si llegaran a abrirse las

hospitalidades, el resultado de ello tendría, a no dudarlo, efecto determinantes, no sólo sobre la situación de Perú, Chile y Bolivia, sino también por la posición clave que éstos ocupan, sobre el destino de los grandes proyectos virreinales.

-119-

161. Tanto la dictadura monopólica como el tercermundismo socialdemócrata tienen, ostensiblemente, una vocación continental y están presentes, de una u otra forma, en un pie de igualdad. No sólo porque es la dictadura monopólica la que mejor acomoda a los intereses norteamericanos. Sino sobre todo porque, como lo hemos señalado, el tercermundismo socialdemócrata encuentra su posibilidad de de existencias en condiciones muy particulares, que se dan en los países que rodean el Mar Caribe, mientras que la línea de la dictadura monopólica puede prolongarse en principio por todos los confines de Latinoamérica. De allí que sea una ilusión la esperanza que alienta en el ala derecha de la Unidad Popular chilena y en la Segunda Internacional, acerca de que el freísmo pudiera representar una alternativa real –de estilo tercermundista socialdemócrata, pues la fraseología sobre el “gobierno democrático, popular y revolucionario” no pasa de ser un engaño- con respecto a la dictadura monopólica que hoy encabeza Pinochet. Chile no puede aspirar a forma parte del núcleo central de un virreinato, no puede pues evolucionar con suavidad desde el anterior modelo productivo al nuevo; su satelización exige una ruptura violenta, que es justamente la tarea de la dictadura, y ningún cambio de gobierno dentro de los marcos burgueses – con o sin Frei- puede modificar esta realidad. El proyecto virreinal brasileño no puede aceptar, tampoco perder con Chile la llave de su salida al Pacífico. Y los Estados Unidos, por mucho que Carter hable de “moral” y “derechos humanos”, no tienen ningún interés en promover gobiernos tercermundistas ni socialdemócratas en América Latina. Si Frei llegase un día a encabezar un nuevo gobierno en Chile, ello no podría ser sino sometiéndose a los imperativos de las características peculiares de Chile, de los intereses yanquis en nuestro país y en el continente y del equilibrio geopolítico desde el punto de vista del esquema virreinal sudamericano. No pues como una alternativa a la dictadura monopólica, sino como una nueva cara de ella, como un gobernante más dentro de la estrategia de la Dictadura. Y ello más allá, naturalmente, del envoltorio ideológico a través del cual el freísmo, ayudado por el reformismo UP, quiere hacer creer lo contrario. Y a condición de que, desde un punto de vista de clase, Frei dejarse d representar a los sectores monopólicos ligados al mercado interno, a quienes representan hoy día, para subordinarse a los sectores “portalianos”.

162. Si la imagen de nuestro continente se ha transformado notoriamente en lo corrido de esta década, también se ha modificado la política norteamericana hacia él. Desde el fallecimiento por muerte natural de la “Alianza para el Progreso”, los Estados Unidos habían mantenido hacia América Latina un llamado “low profile”, que no les impedía, claro, desestabilizar gobierno y promover golpes de Estado, pero que no configuraba ninguna línea de acción explícita; lo cual correspondía a las dificultades por las que entonces atravesaba, a nivel mundial, el Imperio. Esta situación comienza a cambiar, en plena contraofensiva general yanqui, con la reunión de Tlatelolco, en febrero de 1974, donde Kissinger ofrece un “nuevo diálogo” y que sólo sirve para constatar, por uno y otro lado, la caducidad de las viejas formas de relación entre USA y Latinoamérica. A pesar del derribamiento de Allende, el Continente estaba lejos de haber sido “pacificado”. La propia participación norteamericana en la caída de la UP suscitaba críticas desde el seno de numerosas burguesías latinoamericanas, mientras el estatismo burgués estilo militar florecía aún, aquí y allá, a lo largo de los Andes y del istmo centroamericano. La cláusula de la nueva Trade Act yanqui dirigida contra Venezuela y Ecuador, provocó el rechazo unánime de los gobiernos latinoamericano en la reunión de la OEA en Washington en enero de 1975, mientras Argentina se daba el lujo de suspender la programada visita de Kissinger. En diciembre del año anterior, toda América Latina había votado en la ONU contra los estados unidos y a favor del Proyecto mejicano de “Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados”. Desde que hizo fracasar la reunión de la OEA de Quito en 1974, logró imponerse en San José de Costa Rica en 1975. en octubre de este último año fue creado el SELA claramente excluyendo respecto a USA. Panamá, entretanto, reivindicaba cada vez con más fuerza la devolución de la Zona del Canal. Las muestras de rebeldía en el propio seno del tradicional “ministerio de colonias” yanqui obligaron a discutir durante 1975 y 1976 la reforma de la Carta de la OEA y, nuevamente, los Estados Unidos se vieron varias veces aislados en las votaciones. La necesidad de explicitar una nueva política hacia América Latina, se hace pues evidente para USA entre 1974 y 1976.

163. El marco en que la nueva política latinoamericana del Imperialismo va a ser definida está dado por dos fenómenos. Por un lado, los cambios políticos

-121-

Que van poco a poco apagando los focos de conflicto “antiimperialista” en el Continente: los Golpes de Estado de 1973 en Uruguay y Chile, el derribamiento de Velasco Alvarado y López Arellano en 1975 y de Rodríguez Lara en enero de 1976, la instalación de la dictadura militar de Videla en Argentina en marzo de 1976, la elección de un nuevo presidente mejicano en julio del mismo año. Por otro lado, la constitución de la Comisión Trilateral y la elaboración en su seno de una estrategia global por la cual guiará su política en gobierno de Carter, desde diciembre recién pasado. Las líneas generales de esa estrategia ya las hemos reseñado. En América Latina, ello se traduce en la aceptación de las dos zonas virreinales que ya se han prefigurado y en la reubicación de las relaciones con ellas dentro del contexto de la política mundial del Imperio, es decir, no como una pura cuestión de “patio trasero”. Ello supone, en el caso de la región caribeña, liquidar las dos fuentes principales de conflicto que allí se presentan: el problema del Canal de Panamá y el de Cuba. Respecto al principio, se han iniciado ya negociaciones con Torrijos que el parecer concluirán en un nuevo tratado que, si bien permitirá a Panamá recuperar la mayoría del territorio de zona, así como el canal propiamente dicho, asegurará de todos modos la mantención allí de bases militares norteamericanas. Respecto a lo segundo, el gobierno de Carter ha avanzado ya un ofrecimiento de normalizar las relaciones con Cuba que ha sido bien recibido por ésta. En cuanto a Sudamérica, la política de Carter tiene a limpiar a USA de responsabilidad “moral” por la violación de los derechos humanos que practican día a día dictaduras monopólicas; pero sin ello signifique, naturalmente, cuestionar la existencia de éstas. Por el contrario, las dictaduras del sur son el mejor aliado de los Estados Unidos en el Continente y el objetivo no puede ser sino fortalecerlas. La perspectiva de incorporarla región a una alianza militar del Atlántico, sea mediante el ingreso de Brasil a la OTAN, sea mediante la creación de una organización del Tratado del Atlántico Sur (con Sudáfrica, Brasil, Argentina y Chile), que responde a la nueva óptica mundial con que se enfrenta las relaciones con América Latina, es un índice de la enorme importancia que para los Estados Unidos tiene el Subcontinente, sobre todo después de la izquierdización del mapa político del Cono Sur

africano. Las relaciones “preocupaciones” de Carter sobre los derechos humanos pueden tener, quizá, dependiendo de las condiciones internas de cada país, algún efecto en cuanto a favorecer un “lavado de cara” de algunas dictaduras (sobre todo, tal vez, en Brasil, donde ello es en principio más posible); pero en ningún caso puedan

-122-

justificar las esperanzas de algún sector de nuestra Izquierda acerca de que vayan a significar el fin de la dictadura monopólica en Chile.

164. Es dentro de todo este contexto internacional y latinoamericano –que nos hemos extendido en caracterizar por lo poco o simplistamente que se toma en cuenta- que debemos situar lo ocurrido en Chile desde el Golpe a esta parte. Los rasgos esenciales de la situación que vive nuestro país ya los hemos señalado en capítulos anteriores y no es necesario, pues volver largamente sobre ello. Baste indicar aquí brevemente, algunas tendencias del desarrollo actual.

165. En primer lugar, el proceso de destrucción del antiguo modelo productivo (basado en la sustitución de importaciones y el aparato económico del Estado como elemento dinamizadores) y de construcción de otro nuevo (el de la dictadura monopólica en su versión “capitanía general”), que es la tarea emprendida por la Junta desde 1973, no está, ni mucho menos, terminado. La violencia extrema que este proceso supone y que exige una represión sobre la gran masa de la población tanto más feroz cuanto más alto había sido el grado de desarrollo de modelo anterior, continúa siendo pues, para la gran burguesía, una necesidad objetiva. Sin embargo, en 1976 hay ya signos manifiestos de que este proceso está en vías de superar su primer gran tramo de recorrido. La enorme contracción del mercado interno, con su secuela de miseria y ruina, impuesta por el liberalismo económico forzado de los “Chicago bays”, ha acumulado en menos de un pequeño sector de grandes capitalistas el poder financiero suficiente para iniciar ahora, en un segundo tramo del proceso, la reorientación de la actividad productiva hacia el mercado exterior, buscando en éste el nuevo elemento dinamizador de la economía. Apoyándose en la minería y el agro, entregándose sin reservas al capital trasnacional y sometándose a las limitaciones que implica pertenecer a la periferia de un virreinato, pero

desarrollando no obstante aquellos sectores industriales capaces de competir con ventajas en el terreno internacional. A pesar de una cierta disminución de la inflación, de una situación buena de balanza de pagos, de importantes créditos exteriores y de la existencia de reservas considerables, la inversión extranjera sigue llegando, empero, a un ritmo demasiado lento y con un volumen insuficiente. Ello tiene que ver con la crisis

-123-

mundial de 1974-76 y con la imagen internacional de la Junta. Pero ambas cosas han comenzado a modificarse desde los últimos meses.

166. En segundo lugar, el sector “pelucón” o “portaliano” (financiero y agrario principalmente de la gran burguesía, precisamente por el avance del trastrocamiento de la base productiva, ha afirmado su dominación sobre el conjunto de la sociedad. No sólo sobre los trabajadores, que soportan el peso esencial de la Dictadura, ni sólo sobre los sectores medios, que se empobrecen y empequeñecen a ojos vistas. También sobre el sector monopólico ligado al mercado interno y que es el que liderea a la oposición burguesa. A nivel político, esto se expresa en el afianzamiento de la Junta. La omnipresencia de la DINA y el control que Pinochet establece a través de ella sobre la oficialidad, la separación de todos los potenciales rivales que van apareciendo en el Ejército, los intentos de institucionalizar el régimen y de construir movimientos civiles que lo apoyan, el avance ideológico de la Dictadura sobre la juventud a través del sistema educacional, son todos signos que se inscriben dentro de esta tendencia.

167. En tercer lugar, la derrota de la ofensiva Freísta de fines del 75 principios del 76 es ilustrativa en varios aspectos. Por un lado, confirma la debilidad d los sectores monopólicos ligados al mercado interno; debilidad que se acentúa en la medida que éste deja de ser el motor de la economía; y que es además al hecho de que no exista alternativa estratégica en que la industria orientada al mercado

interno pueda ser hegemónica, debido a la bancarrota definitiva del estatismo burgués y a la imposibilidad de hacer de Chile parte integrante del centro de un esquema “tercermundista socialdemócrata”. De allí que la burguesía monopólica ligada al mercado interno –que Freí representa- no puede hacer más que tratar de negociar un acuerdo con el sector “pelucón”, que le permita mejores condiciones para adaptarse al modelo de la dictadura monopólica; pero si poder deshacerse de éste. Lo cual lo coloca, de partida, en situación desfavorable. Por otro lado, la derrota de la ofensiva freísta revela el grado de estabilidad que ha logrado conseguir la dirección de Pinochet, las Fuerzas Armadas. Y, a decir verdad, con o sin Pinochet, las contradicciones internas a la oficialidad no pueden sino ser

-124-

superficiales, dada la inexistencia de una alternativa burguesa viable a la estrategia de la dictadura monopólica. Y por último, muestra que la Junta no esta dispuesta a hacer concesiones a la oposición burguesa. La represión descarga sobre la Democracia Cristiana, si bien la incita a oponerse más frontalmente a Pinochet, también la debilita, tanto dentro del país como en sus posibilidades reales de apoyo exterior.

168. En cuarto lugar, la tolerancia que ha logrado obtener la Junta en el Plano Internacional. Esto dice directa relación con su estabilidad interna y con las codificaciones del contexto político latinoamericano. Aunque el Imperialismo preferiría, sin duda, un personaje de menos mala fama que Pinochet como guardián de sus intereses en Chile, los Estados Unidos están obligados a respaldarlos mientras no exista dentro de las Fuerzas Armadas Chilenas otro gorila de cara más afeitada capaz de hacerlo a un lado. La realización en Santiago de la Sexta Sesión de la Asamblea General de la OE, en junio pasado, con la sola ausencia de Méjico, la visita de Videla, el intercambio Corvalán-Bukovski, el relativo acallamiento de la campaña internacional por la liberación de los presos políticos después de que la Junta decidió disminuir el ítem de “prisioneros” aumentado el de “desaparecidos” son éxitos industriales de la

diplomacia de Pinochet durante 1976. Ciertamente la llegada de Carter a la Casa Blanca, con sus declaraciones de apoyo a Frei, modificada en algo las cosas, pero allí a creer que Carter va a producir el milagro de colocar a Frei allí donde es incapaz de ponerse a sí mismo, hay mucho trecho. El Imperialismo no puede actuar sino a través de las contradicciones internas de la burguesía y Fuerzas Armadas Chilena, en las cuales el freísmo ya ha mostrado su endeblez. Y además, Carter no puede favorecer un cambio de gobierno en Chile sin seguridad de que la dictadura monopólica ha de salir con ello fortalecida, cosa que Frei, precisamente, no asegura en modo alguno. Si es por lavarse las manos, algunas “sanciones” intrascendente con motivo de los “derechos humanos”, bastan. Y si es por lavar caras, el jabón de Frei es demasiado corrosivo y más vale, para el Imperialismo, presionar a la Junta para que se limpie un poco ella misma, o agenciar la realización de esa tarea a través de un nuevo gobierno militar.

-125-

169. Un quinto aspecto es que el movimiento obrero y popular, como fuerza organizada de clase, sigue en lo esencial por reconstruir. La cierta animación de la lucha sindical legal – es decir, dentro de los estrechos márgenes que permite la “legalidad” de la Junta- desde fines de 1975 hasta principios del 76, no fue por cierto, como quisieron verlo los partidos de nuestra Izquierda, una “reactivación” del movimiento de masas, ni menos una “ofensiva”. Sino la manifestación de un primer esbozo de reconstitución, no por eso menos importante, que se terminó sin embargo con un incremento de la represión que lo detuvo en ciernes. A decir verdad, la recomposición del movimiento de clases de los trabajadores se insinúa muy lentamente y sin que los partidos de la Izquierda pueda reivindicar la representación de ese proceso. El espacio político que permita al movimiento obrero avanzar decisivamente en su reconstrucción no ha sido hasta ahora abierto. Y en la medida en que aparecen ciertos resquicios, ello no es, en lo fundamental, obra de los partidos de izquierda, que no tienen fuerza propia para conseguirlo, sino de la oposición burguesa (incluyendo allí a la jerarquía eclesiástica), como ocurrió precisamente en la coyuntura de la frustrada ofensiva freísta.

170. En resumen, puede decirse que la tendencia general (como era de esperar de lo dicho en capítulos anteriores) a la consolidación de la dictadura monopólica. Pero ello no significa necesariamente una consolidación de la Junta. Si bien es cierto que esta última hasta aquí se ha afianzado, el propio avance de la consolidación del modelo estratégico puede exigir más adelante su reemplazo. Las posibilidades de que ello ocurre bajo la conducción freista, son, sin embargo, mínimas, dada la debilidad básica de su sostén de clase. Más probable es una adaptación de la propia Junta o su reemplazo por otro gobierno militar. Como quiera que sea, al avance de la puesta en práctica de la estrategia monopólica no es aún suficiente como para permitir ninguna moderación demasiado importante de la represión: un eventual cambio de gobierno, en el corto plazo, no podría significar pues tal cosa. Por lo mismo, el espacio de reorganización del movimiento obrero y popular que permite al actual grado de desarrollo de la dictadura monopólica es muy estrecho, y el renacimiento de las luchas de masas es algo que no se ve cercano. Por supuesto, todo esto no son “predicciones”, sino la constatación de tendencias que, si bien son las más probables, pueden verse alteradas por hechos cuya realidad o irrealidad futura es imposible prever (una guerra con Perú, por ejemplo).

171. La definición de las premisas básicas de nuestra definición política, a que nos referimos en el capítulo anterior, y la conceptualización de la realidad concreta en que nos movemos, tanto a nivel internacional en los tres primeros, son condiciones necesarias para la elaboración de una línea política revolucionaria. Pero no son en modo alguno condiciones suficientes. Una línea política no es, en efecto, una mera declaración de principios, ni una descripción de la realidad, ni una previsión de sus tendencias de desarrollo, ni una crítica de lo que hacen o dicen ciertas organizaciones, ni una colección de recomendaciones. Sino que es, fundamentalmente, un plan global, una directiva general y concreta de acción transformadora sobre la realidad que un sujeto político aspira a modificar y, en nuestro caso, a revolucionar. Supone como, condición indispensable de su definición el conocer quién es el sujeto político que ha de actuar conforme a ella, es decir, cuál es su fuerza, cuáles son sus características su relación con esa realidad en que espera intervenir y que es la de la lucha de clase en lugar y tiempo determinados. Sin ello, es imposible que la línea política pueda darse, en su concepción misma, los medios adecuados a los fines que se propone. Sin ello se reduce pues a una mera toma de posición

contemplativa o a un propósito voluntarista, como nos ha ocurrido antes a nosotros, los integrantes de la llamada izquierda “revolucionaria”. De allí que pretender definir aquí una línea política para la revolución chilena, lista ya para ser “aplicada” por quien quiera hacerla suya, sería una ridiculez, un puro antojo especulativo. Porque, a decir verdad, quienes somos “nosotros”?: la clase obrera?, la izquierda revolucionaria?, el MAPU?, la izquierda del MAPU?, un sector del partido en el exterior?, algunos individuos?, que cosa?, Encontrándonos, como nos encontramos, en medio de una crisis de la Izquierda y de nuestro partido, producto de la derrota del movimiento obrero chileno, es evidente que esas preguntas no están ni puede estar respondidas de antemano. Su respuesta sólo puede ser práctica, sólo puede prevenir, precisamente, del proceso de lucha a través del cual superemos esa crisis, a través del cual sepamos, por ejemplo, si el MAPU se divide o no y cómo, si una nueva izquierda revolucionaria –esta vez sin comillas- se reagrupa a no y de qué manera, si la relación de la organización revolucionaria con la clase obrera real ha de ser este o de este otro carácter, etc. Lo cual no significa que tengamos que esperar pasivamente para averiguarlo.

172. Por el contrario, comprometidos como estamos en este proceso de reordenamiento del cuadro político general de nuestra izquierda chilena latinoamericana, para impulsar en el sentido que creemos necesario, para intervenir en la medida de nuestras fuerzas, aunque sea como grupo, grande o chico, más directa o más indirectamente, en el devenir de la lucha de clases de la cual nos sentimos partícipes, podemos y debemos tener una línea de acción clara, una línea política en ese sentido. Pero la línea política revolucionaria es decir, referida a la clase obrera como tal, no a la mera Izquierda y sus disputas, no puede emerger, de una vez y para siempre, de algún “documento” que escribamos, ni menos aún, por cierto, de ningún activismo ingenuo. Sólo puede ir construyéndose, poco a poco, sobre la base de y conjuntamente con el proceso de constitución de los trabajadores en clase y de construcción de la organización u organizaciones revolucionarias a esta clase. De allí que lo más que podemos hacer aquí es entregar algunos elementos que puedan servir, en el estado actual de este proceso, tanto para delimitar el espacio de posibilidad de una política revolucionaria hoy en día, como para indicar un rumbo por el cual orientar

desde ya nuestra acción. Pero llamar a esto “línea política”, como pretensiosamente hacen algunos que se creen en posesión de “la verdad” definitiva, ya hecha a la cual sólo faltaría adherir para entrar al cielo revolucionario, sería un procedimiento de secta, d catequesis, de religión marxista- leninista, no una actitud política real.

173. De todo hasta dicho es posible, en efecto, extraer algunas orientaciones políticas que estando ya fundadas a lo largo de los párrafos anteriores, contenidos en ellos fácilmente inferibles de los mismos, sólo nos limitaremos aquí a explicitar brevemente. Desde un punto de vista estratégico, es decir, referido a la actual etapa de la lucha de clases, pensamos que es necesario tener en consideración lo siguiente:

i) Primero, en cuanto a sus relaciones de producción y fuerzas productivas, Chile es un país capitalista Peri férico, estructuralmente dependiente e incapaz de desarrollar una economía autárquica. Desde este ángulo, la única revolución propiamente dicha que en él puede realizarse, es pues una revolución anticapitalista, antiimperialista y dentro de un proceso continental, que de origen a una sociedad de tránsito al comunismo, es decir, que instaure un socialismo proletario.
Las llamada

“tareas democráticas y nacionales” (reforma agraria, nacionalizaciones etc.) que en la perspectiva de tal revolución sea necesario llevar a cabo, no son aspectos “pendientes “de ninguna supuesta evolución burguesa incompleta y, por tanto, en sí misma, son simples reformas que no pueden fundar ninguna “revolución democrática, popular y nacional” previa ni “etapa democrática” alguna. Cuando más pueden generar, siempre que se den condiciones históricas particulares, como ocurrió bajo Allende, un proceso revolucionario en sentido político, o sea, un proceso de acumulación de fuerzas con miras a resolver en lo inmediato el problema del Poder; pero no una revolución ni etapa revolucionaria desde el punto de vista e las relaciones de producción. Y en caso de ser ejecutadas después de haber sido resultado el problema del Poder, estas llamadas “tareas democráticas y nacionales” forman parte del proceso de la revolución proletaria, del proceso de tránsito al comunismo, y tampoco

constituyen pues ninguna etapa particular, sino un aspecto de la revolución anticapitalista que, cuando más puede caracterizar una fase inicial de la misma. En Chile no hay pues ninguna “etapa democrática” ni “revolución democrática” por hacer. De allí que no tenga sentido alguno hablar de “revolución ininterrumpida por etapas”, con el significado que le dan los camaradas chinos, ni tampoco de “revolución permanente”, con el contenido que da al término Trotski o Marx. Estos conceptos se refieren, en efecto aunque en forma distinta en una y otro caso, a una situación de transformación de la revolución democrática en revolución socialista, lo que no tiene aplicación en Chile. El único significado racional que puede darse a la expresión “revolución ininterrumpida” que utiliza, por ejemplo el Programa de MAPU, es el de un rechazo al intento de querer estabilizar un proceso revolucionario en sentido político (como el que vivimos bajo Allende) en su fase de simples reformas profundas o “tareas democrático-nacionales”, es decir, el rechazo a la estrategia del estatismo burgués

ii) Segundo, el capitalismo periférico chileno, en su presente etapa, asume la forma de una “dictadura monopólica”, del tipo “capitanía general”. El objetivo estratégico de la revolución proletaria – anticapitalista y continental- en Chile y en esta etapa, no puede ser pues sino la destrucción

-129-

de dicha dictadura y, por consiguiente, la destrucción de su Estado, que es en nuestro país el Estado burgués concretamente existente, y la construcción en su reemplazo de un Estado proletario, de una dictadura revolucionaria de los proletarios organizados en clases y bloque social: en el sentido en que lo entendía Marx, o sea , como una democracia proletaria del estilo de la Comuna de Paris.

iii) Tercero, la revolución anticapitalista que destruya al estado de la Dictadura para reemplazarlo por un Estado proletario e iniciar en Chile

un proceso de tránsito socialista al comunismo, sólo puede ser obra de los trabajadores constituidos en clase obrera y bloque social proletario. Hoy en día, estos últimos ni existen como fuerza organizada capaz de enfrentar la Dictadura. La reconstrucción revolucionaria del movimiento obrero chileno, de un bloque social proletario y de la organización política revolucionaria que sea su expresión, son la condición indispensable de realización de la revolución chilena. La tarea de las organizaciones o partidos que los cuadros revolucionarios constituyamos a lo largo de la lucha, ha de ser pues la de contribuir a que esta condición sea llenada. No mediante el expediente “leninista” de plantearse a sí mismos como sustitutos de la clase obrera, pretendiendo suplantarla, sino trabajando, a partir del propio carácter de clase y fuerzas reales de nuestras organizaciones o partidos por crear las condiciones políticas que permitan la construcción revolucionaria de la clase obrera real y de su expresión política (de su mera representación partidaria).

iv) Cuarto, la destrucción del Estado burgués supone naturalmente, la destrucción total de sus Fuerzas Armadas. La construcción del Estado proletario supone, a su vez la edificación de una fuerza armada revolucionaria de los trabajadores organizados en clase y bloque social proletario. Bajo las condiciones de la Dictadura, tal fuerza armada revolucionaria no puede surgir, en lo esencial, de ningún proceso de descomposición de las instituciones militares burguesas. Por el contrario, la posibilidad misma de que sectores de estas instituciones –principalmente de la tropa- confluyan a la formación de una fuerza

armada revolucionaria, depende de que al núcleo fundamental de esta última se haya constituido al exterior y en contra e las Fuerzas Armadas de la burguesía. Solo al término de la actual etapa, después del agotamiento definitivo de la estrategia monopólica, sería dable esperar que las cosas pudiesen ocurrir tal vez de otra manera. La construcción de un ejército revolucionario es pues una segunda condición indispensable de realización de la revolución proletaria, en Chile y durante el transcurso de la presente etapa.

v) Quinto, la elevación gradual de las luchas de masas desde un nivel político a uno militar no puede ser, en las actuales circunstancias de Chile, el elemento esencial que dé origen a un ejército revolucionario: ni en el acto instantáneo de una insurrección civil ni en el proceso prolongado de un guerra popular. Al revés, es la existencia previa de un núcleo armado revolucionario propiamente militar –es decir, regular- y considerable, capaz de hacer frente al ejército de la burguesía, lo que constituye aquí la condición de posibilidad de que las luchas de masas puedan adquirir sostenidamente un carácter armado. La creación de tal fuerza regular desde el exterior de las luchas de masas sólo puede ser asumida, naturalmente, por las organizaciones políticas revolucionarias, siempre y cuando cuenten con el potencial humano, económico e internacional necesario para ello. Este es pues, en nuestro caso, el aspecto esencial de una política de construcción de un ejército revolucionario. Lo cual no significa que sea el único aspecto, ni que sea en todo momento el principal. Por el contrario, son aspectos coadyuvantes indispensables: a) las acciones de guerrilla, primordialmente urbanas, que preparen el campo y aporten destacamentos de apoyo a las fuerzas regular, b) las luchas de masas, en la perspectiva insurreccional, que puedan dar origen a milicias en fases superiores del proceso , y c) la organización del descontento en el seno de las Fuerzas Armadas burguesas, que promuevan en su oportunidad la desertión hacia el ejército revolucionario y posible rebeliones favorables a éste. Pero, como fuente originantes de un ejército revolucionario, estas tres sólo puede rendir frutos sobre la base de la existencia previa de un núcleo armado regular que, aunque pequeño, sea ya lo suficientemente importante como para actuar en la forma de un catalizador militar. Plantear esto no es “militarismo”; por el contrario, su realización supone un desarrollo considerable de la organización de clases de los trabajadores y exige la subordinación a una línea política de

conjunto, que va mucho más allá de lo meramente militar. Tampoco es foquismo ni “neofoguismo”: no se trata de instalar ningún foco guerrillero, ni rural ni urbano, sino de construir un cuerpo de ejército. En fin, como fundamento de una estrategia de creación de una fuerza militar revolucionaria, no tiene nada de “aventurero”; lo que sí es aventurero y pedestre es querer copiar las insurrecciones rusas de 1917 o las guerras populares asiáticas o africanos en circunstancias históricas que son absolutamente diferentes. Si en alguna parte hubiera que buscar inspiración en este orden de cosas, no es en la Revolución de Octubre ni

en la Larga Marcha ni en la guerra del Vietnam; sino en los ejércitos libertadores de San Martín y Bolívar. No es en las masas de campesinos armados de Zapata; sino en las huestes de Pancho Villa. No es en las guerrillas latinoamericanas de los años 60; sino en el desembarco del Granma. Pero ninguna imagen del pasado puede dar cuantas de las tareas de futuro. Pues no es copiando a otros revolucionarios como se hace la propia revolución, sino creando las formas nuevas y originales de acción revolucionaria que exigen las siempre nuevas originales condiciones históricas.

vi) Sexto, la lucha armada revolucionaria que dé al traste con el Estado de la dictadura monopólica no puede consistir en ningún simple acto insurreccional, sino en una guerra civil donde se enfrentan al ejército de la burguesía y el de los revolucionarios. En las condiciones de nuestro país hoy en día, es sólo dentro del proceso de una guerra que eventuales insurrecciones de masas o huelgas insurrecciones pueden tener resultado revolucionarios; pues sin la presencia previa de un ejército insurgente, constituido al margen de las Fuerzas Armadas burguesas, cualquier levantamiento de masas sólo puede conducir, o bien a una matanza, o bien a favorecer la acción golpista de algún grupo de oficialistas, opuestos al gobierno de turno pero no a la estrategia de la dictadura monopólica. El valor militar o político que pueda tener este tipo de acciones es pues, en todo caso, únicamente táctico.

vii) Séptimo, la forma y modalidad exactas que adquiera en Chile una eventual guerra civil revolucionaria son imposibles de predecir ahora. Pretender definir las de antemano, cuando ni siquiera existe un embrión de ejército revolucionario, es pura pedantería lucubrantera. Lo único que desde ya podemos afirmar es, en primer lugar, que –en un paisaje económico, social, político geográfico e internacional como el de Chile hoy en día– la estrategia revolucionaria de acumulación de fuerzas en una guerra civil

difícilmente podría basarse en el “prolongamiento” de la lucha; y ello independientemente de la duración mayor o menor que ésta pudiese tener. Pues la dilatación voluntaria de las operaciones en el tiempo y la renuncia a una concepción estratégica de carácter ofensivo (que es lo que una “guerra prolongada” significa) tenderían, en las condiciones nuestras a fijar territorialmente las fuerzas armadas revolucionarias, obligándolas a una lucha defensiva en el plano táctico; mientras que el enemigo, pasada la sorpresa y remezón iniciales que el comienzo de las operaciones militares pudiera provocar, tendría el tiempo a favor suyo. Y, en segundo lugar, podemos también sostener que, mientras más se

extendiese la duración efectiva de una guerra civil revolucionaria, más probable sería su internacionalización, al menos a nivel de la zona virreinal Sudamericana; si es que ella no interviniese ese ya desde un comienzo, debido a la forma en que se gestase el núcleo matriz del ejército revolucionario o a los procesos que ya estuvieron en marcha en los países vecinos. Naturalmente, tal internacionalización de la guerra revolucionaria, de llegar a producirse, podría implicar, bajo ciertas circunstancias, la pérdida de su carácter fundamental de guerra civil y su transformación en guerra de liberación nacional; pero ello no es en modo alguno ineluctable.

viii) Octavo, la revolución chilena debe entenderse como un aspecto de los procesos revolucionarios antiimperialista y anticapitalista a nivel planetario (ver párrafo 128). Como en todos los países periféricos su futuro comunista depende, a largo plazo y en última instancia, del triunfo revolucionario de las clases trabajadoras en los países capitalistas centrales. Más directamente y como en los demás países latinoamericanos, su viabilidad socialista proletaria depende de la victoria de la revolución a escala continental. E incluso en el plano inmediato de la lucha contra la dictadura monopólica, una estrategia revolucionaria es inconcebible si no es al interior de una actividad que trascienda las fronteras nacionales. Así pues, si bien es cierto que el desarrollo independiente de las propias fuerzas es la única garantía sólida de avance revolucionario y el cimiento sobre el cual fundar cualquier apoyo exterior, el carácter y la forma que tenga la política internacional de los revolucionarios es de una importancia estratégica decisiva. El concepto mismo de “fuerzas propia” no podría entenderse desde un ángulo estrechamente nacional.

ix) Noveno, una política internacional revolucionaria sólo puede tener

-133-

por fundamento, en nuestro caso, el ligar y coordinar las luchas de los trabajadores chilenos con las que desarrollan los proletarios de resto del mundo contra sus respectivas clases dominante y, sobre esa base, con las de los pueblos que combaten contra dominantes y, sobre esa base, con las de los pueblos que combaten contra el imperialismo. Es sólo en función de este criterio de clases que las organizaciones revolucionarias pueden eventualmente aprovechar las contradicciones entre los Estados (es decir, entre clases dominantes), de las cuales las principales son hoy en día las que se dan entre el bloque soviético y el norteamericano (Este-Oeste); entre los países desarrollados y el tercer mundo, en especial los Estados de la OPEP (Norte-Sur); entre Europa Occidental, los Estados Unidos y Japón; entre China y la URSS; y entre USA y China.

x) Décimo, la posibilidad de coordinación entre las luchas obreras de los diversos países y regiones del mundo, y en especial entre las del centro y las de la periferia del sistema, se ve hoy importantemente acrecentada por el carácter transnacional de las empresas que dominan la economía mundial. Por otra parte, el alcance planetario de la acción de imperialismo norteamericano, sus políticas virreinales y la distensión con la URSS, ofrecen lugares de referencia comunes a las luchas de los proletarios y pueblos de todo el orbe. Sin embargo, la unificación internacional de las luchas proletarias y populares encuentra sus principales obstáculos en la ausencia de una organización autónoma de clases de los obreros de la URSS, USA, Europa del Este, en la influencia de la derecha socialdemócrata sobre vastos sectores del proletariado europeo-occidental, en la “cuasi-alianza” de los representantes del pueblo chino con el Imperialismo, en las derrotas que han debilitado y en ocasiones destruido la organización de clases de los trabajadores de América Latina (excluida Cuba) y en la juventud y pequeño peso específico de los proletariados de Asia y África, los cuales las más de las veces y salvo notorias excepciones no se han constituido en clase autónoma o prácticamente no existen como tales. La construcción de una coordinación internacional de las luchas obreras y populares –cuyo precedente fundamental y esbozo histórico más avanzado sigue siendo hasta ahora el que representó la Primera Internacional- es una necesidad imperiosa. Impulsar toda acción que tienda a hacer su realización menos lejana es una tarea estratégica a la cual deben contribuir las organizaciones revolucionarias chilenas.

xi) Undécimo, una política internacional que se oriente en la perspectiva recién señalada debe dirigirse, a nivel de clases, a relacionar

solidariamente las luchas en que vayan reconstruyéndose nuestro proletariado y su bloque social, en primer lugar con aquéllas de los trabajadores del resto de América Latina y en especial de la zona virreinal brasileña, empezando por la Argentina, retaguardia geográfica a histórica de Chile, cuya clase obrera es hoy la más organizadas, fuerte y experimentada del Continente. En segundo lugar, con las de los obreros de Europa Latina, que por su poderío autónomo de clases, su significación internacional y su compatibilidad son el sector más decisivo del proletariado mundial en la presente etapa. En tercer lugar, con las

luchas de los pueblos de África, continente que constituye la retaguardia estratégica del nuestro y que es una de las zonas del planeta en que se concentran hoy las tensiones mundiales. En cuarto lugar, con las de los trabajadores norteamericanos, en especial las minorías negras, chicana, portorriqueña e indígena, cuya comunidad de intereses con los pueblos latinoamericanos puede adquirir importancia enorme en un país que es el centro de Imperio y donde los hechos políticos internos tienen significación directa para nuestras nacionales. Y, por último, con las luchas de los trabajadores del resto del planeta, sin olvidar a los del llamado “campo socialista”.

xii) Duodécimo, a nivel político, lo anterior supone trabajar por la coordinación revolucionaria de nuestras organizaciones chilenas con aquellos partidos, grupos, tendencias o movimientos revolucionarios de otros países –y en particular de los señalados en el punto precedente– cuya política sea más concordé con nuestra orientación estratégica y que manifiesten en la práctica su voluntad de independencia respecto de los actuales centros internacionales de la izquierda mundial (la URSS, China, la Segunda Internacional, la Cuarta Internacional y, embrionariamente, el “eurocomunismo”). Dichos partidos, tendencias, etc., se ubican grosso modo dentro de lo que se ha dado en llamar “nueva izquierda”, y que incluye a organizaciones como el MIR boliviano, Montoneros y ERP argentinos y otras similares en América Latina, así como las surgidas en Europa Occidental al calor de las luchas de fines de los años 60 y los movimientos populares de liberación de los pueblos árabes y africanos. Sin que podamos pronunciarnos de antemano respecto a ninguna de estas organizaciones en especial, no cabe duda de que ese es el terreno donde es posible fundar, desde el punto de vista político, un eje revolucionario de acumulación de fuerzas en el plano internacional. Por situarse dentro de él, la iniciativa del MIR chileno y del PRT- ERP argentino de crear una

Junta Coordinadora Revolucionaria del Cono Sur como primer paso de un movimiento internacional más amplio, es un precedente valioso; aunque también peligroso, en la medida en que su orientación política, lejos de romper con los centros mundiales ya existentes, considera a la URSS y a los PC afines a ella como aliados estratégicos, con lo cual no hace sino intentar recuperar a sectores de la mencionada “nueva izquierda” para el campo internacional soviético. Por el contrario, una auténtica coordinación revolucionaria no puede de ninguna manera plantearse en la perspectiva de una convergencia estratégica con alguno

de los centros políticos internacionales hoy existentes, sino que debe manifestar en forma inequívoca las diferencias de fondo que la separan de ellos, trazar con claridad un rumbo autónomo e ir levantando, poco a poco, una alternativa independiente en el plano internacional.

xiii) Decimotercio, a nivel de Estados, una política revolucionaria proletaria, en Chile y en general en América Latina, sólo puede encontrar respaldo internacional, hoy en día, en aquellos países en que ha triunfado la revolución democrático-popular o que cuentan con gobiernos progresistas y que, a la vez, mantienen su autonomía política respecto a USA, la URSS y China. Es por este motivo, además de los mencionados anteriormente, que África tiene para nosotros una importancia política fundamental.

xiv) Decimocuarto, es sólo a partir de las premisas anteriores, que configuran los rasgos esenciales de una política internacional revolucionaria y autónoma, y sobre la base de la fuerza propia que ello y la actividad de nuestras organizaciones en Chile permitan acumular, que es lícito establecer algún tipo de relaciones con los actuales centros internacionales de la izquierda mundial. Pero teniendo siempre presente que, en la etapa actual, ninguno de esos centros representa un eje estratégico de acumulación de fuerzas en la perspectiva de la revolución anticapitalista y por la construcción de un socialismo proletario. Subordinarse a ello o confundirse con las corrientes internacionales que encabezan – aunque sólo sea por la vía de callar la crítica a sus opciones políticas e ideológicas básicas- sólo puede llevar, más temprano o más tarde, a la frustración de la acción revolucionaria o a la negación de su orientación socialista proletaria.

xv) Decimoquinto, respecto a la URSS y China, lo dicho supone tener muy en claro que, en la presente etapa, ninguno de estos dos Estados

puede servir de apoyo a una política revolucionaria en América Latina. En efecto, si en África la URSS sostiene a la dictadura de Idí Amín Dadá, no puede desconocerse sin embargo su apoyo material a movimientos populares de liberación con los de Zimbabue y Namibia o a Estados revolucionarios como Angola y Mozambique. Y si China sustenta la contrarrevolución en casi todo el planeta, ha respaldado y respalda no obstante a los pueblos de Indochina, en particular al camboyano. Pero en América Latina, la amistad de China con la dictadura chilena encuentra sólo su paralelo en la complacencia de la URSS con la dictadura argentina

(aparte de su complicidad política con Videla, el bloque soviético ocupa hoy el primer lugar en el comercio exterior de la Argentina) y ninguno de estos dos países “socialistas” tiene el menor interés en favorecer luchas revolucionarias de nuestros pueblos. El partido-Estado soviético, expresión de la clase burocrática dominante en la URSS, está comprometido por la distensión a no sobrepasar ciertos límites en el cuestionamiento del imperio norteamericano sobre nuestros países. Dentro de esos límites, trata sin embargo de crear condiciones más convenientes a sus propios intereses. Ello explica tanto sus relaciones con los Estados peruano, argentino o brasileño, como su limitado apoyo al gobierno de Allende y su oposición actual al gobierno de Pinochet. En el caso de Chile, esto a permitido y permite encontrar en la URSS un importante respaldo táctico -moral, diplomático y político- orientado, es cierto, sólo al reemplazo de la Junta por otro gobierno burgués menos feroz. Lo cual no es despreciable y ha de valorarse en su justa dimensión; pero no debe hacer ninguna esperanza oportunista acerca de que el ocultar la realidad sobre la naturaleza efectiva de la URSS pueda facilitar un futuro apoyo soviético de otro carácter. Por el contrario, es sólo generando nuestra propia fuerza independiente -lo que en el plano internacional implica diferenciarse abierta y tajantemente de la política soviética y denunciar sus raíces de clase- que puede ser posible en el futuro aprovechar las contradicciones USA-URSS para establecer sobre bases revolucionarias alguna eventual alianza anti-USA con esta última. Por su parte, el partido- Estado chino, que representa los intereses nacionales de su pueblo, no busca establecer relaciones con los pueblos en la lucha en América Latina, sino con los Estados, es decir, con las burguesías. A diferencia de la URSS, ni siquiera intenta competir con USA por una cierta influencia propia dentro de los marcos de la distensión, sino que acepta sin discusión

la hegemonía del Imperialismo –del cual es un aliado tácito- sobre nuestros países. Pensar que en él es posible encontrar algún tipo de apoyo es una ilusión tan grande que sólo puede caber en la cabeza de los fieles maoístas. Ello no impide, sin embargo, que el proceso de la revolución democrático- popular que está en curso en China todavía no haya llegado a una definición final y que, en la medida en que el futuro pueda imponerse en él una corriente proletaria, la política exterior china pueda cambiar en un sentido revolucionario. Pero tal eventualidad, que no es más que una contingencia dudosa, no puede justificar la actitud

oportunista de quienes quieren ver en la amistad del gobierno chino con Pinochet sólo un caso excepcional dentro de una política internacional globalmente “correcta”, ocultando el carácter reaccionario de las bases mismas de esta última, sus fundamentos de clase y su relación con la lucha interna que se desenvuelve en ese país. Al revés, es sólo denunciando abiertamente estos hechos que podemos colaborar en algo a favorecer la lucha de los sectores proletarios al interior mismo de China.

xvi) Decimosexto, las eventuales relaciones con los demás partidos-estados del llamado “campo socialista” (es decir, de la superposición de las zonas de influencia de la URSS y China) deben tomar en cuenta tanto su ligazón con los centros soviético y chino con sus características propias. En lo referente a Albania, hay que valorar el hecho de que, a pesar de su vinculación con China, haya mantenido una actitud de abierta oposición a la Junta de Pinochet y tenga en general una política internacional autónoma; pero esto, al igual que en el caso de los otros países de Europa del Este, no es razón para guardar silencio sobre su vida interna. En cuanto a Corea, Vietnam, Camboya y Laos, su mayor o menor neutralidad frente a la contraposición China-URSS no debe oscurecer el hecho de que ella significa también la mantención de íntimas relaciones con ambos centros del “campo socialista”. En la medida en que tales relaciones son hoy indispensables para estos Estados, implican un límite claro al apoyo que están en condiciones prestar a las luchas revolucionarias en nuestro continente. En fin, la revolución cubana es y será siempre parte integrante del proceso revolucionario continental y habrá de converger, sin duda, con las revoluciones triunfantes de nuestros países. Su solidaridad de todo tipo con la lucha del pueblo chileno es ostensible. Pero hoy día al menos, Cuba no está en condiciones de ofrecer

un apoyo sustancial a las luchas revolucionaria en América Latina (como lo hace en África). Y la necesidad en que se haya de mantener una estrecha vinculación con la URSS envuelve una limitación que no puede pasarse por alto. Así pues si bien no puede caerse en el simplismo irresponsable de quienes consideran a Cuba hundida sin más en el pantano “revisionista”, ni de los que creen que su pueblo revolucionario responde por control remoto a los mandatos de Moscú, no cabe duda de

que una plena independencia política e ideológica de las organizaciones revolucionarias latinoamericanas respecto a Cuba es necesaria a los intereses de la revolución proletaria continental. En síntesis, podemos afirmar que, en la presente etapa, el llamado “campo socialista” no puede ser base fundamental de apoyo de una política revolucionaria en nuestro continente.

xvii) Decimoséptimo, La Segunda Internacional no es, por cierto, ninguna fuerza revolucionaria. Sus sectores de derecha (los partidos socialistas de Alemania Federal, Portugal e Israel, entre otros) no pueden estar más comprometidos con el imperialismo norteamericano. Sin embargo, hay que valorar la solidaridad de la socialdemocracia con las luchas en defensa de los derechos humanos y contra los gobiernos militares de América Latina, en especial los de Chile, Argentina y Uruguay. Así como el apoyo de su ala izquierda al combate de los movimientos populares de liberación africanos. También hay que tener presente que los partidos socialista europeos representan a veces a amplias capas de trabajadores –como en Francia- y que entre sus grupos de izquierda en especial de su juventud, existen algunas corrientes o sectores con posiciones revolucionarias. Al “eurocomunismo” ya nos hemos referido anteriormente (ver párrafo 135 e). Sólo hay que agregar aquí su importancia como vínculo entre las luchas de las clases obreras de Europa Occidental y las de los trabajadores de Europa del Este. Y su apoyo al combate de nuestros pueblos, si bien no en una perspectiva revolucionaria. En lo referente a la Cuarta Internacional, es preciso tener en consideración que se trata de una corriente revolucionaria, aunque a decir verdad, más que nada en el plano de la difusión editorial de ser la heredera de la izquierda comunista soviética que lideraba Trotski en los años 20 y el mérito de haberse enfrentado valientemente al stalinismo, desenmascarando sus crímenes y su política internacional no proletaria en

una época en que todo el movimiento comunista internacional endiosada al “padrecito Stalin”. Pero su “trotskismo” religioso, prisionero de la problemática rusa de principios de siglo, incapaz de superar los esquemas bolcheviques e impotente para comprender la realidad del mundo actual, en especial la de nuestros países periféricos, convierten a la cuarta internacional en una secta que no ha logrado conservar en ninguna parte el influjo de masas que esporádicamente ha conseguido ganar (en Bolivia,

Perú o Celiàn, por ejemplo). Utilizando como herramienta teórica un “marxismo” que muy poco tiene que ver con Marx, insistiendo en que la URRS es un estado “obrero”, planteándose a si misma como encarnación política del proletario (al mas puro estilo kautskista-leninista), propugnado en Chile la “huelga insurreccional” como mecanismo para derribar a la dictadura, después de haberse dejado llevar en otras partes por el foquismo, con su fe devota en que la salvación vendrá de la “revolución permanente”, la cuarta internacional es incapaz de llevar adelante ninguna practica revolucionaria real. Subordinarse o confundirse con ella solo puede conducir a la derrota, a la frustración o la enajenación ideologista. Demarcar nítidamente posiciones con el trotskismo es pues condición indispensable de una política internacional revolucionaria. Lo cual no obsta para establecer alianzas coyunturales o tácticas con el allí donde el sectarismo no lo impida y cuando resulte conveniente. Ni quita que sus ideólogos escriban libros valiosos que es un crimen obscurantista poner en el “índice” de lo prohibido, como hacen los estados socialistas. Ni es obstáculo para que, entre la infinidad de tendencias del trotskismo, existan sectores menos dogmáticos que pueden ser incorporados a una práctica revolucionaria proletaria. Ni justifica el anatema imbécil con que el comunismo pro soviético y el maoísmo suelen suplir su indigencia argumental

xviii) Decimoctavo, la perspectiva continental en que ha de inscribirse la revolución, en Chile y demás países de América latina, no es un simple anhelo romántico –bolivariano o guevarista- sino que es, en la etapa actual, un requerimiento practico ineludible. Su necesidad ultima deriva de la imposibilidad de romper toda dependencia y de construir un socialismo proletario (una sociedad de transito al comunismo) en el espacio económico reducido de cada uno de nuestros países tomados por separado. Su posibilidad germinal la crea el ostracismo masivo al que

han sido forzados sectores considerables de los pueblos paraguayo, uruguayo chileno, argentino y brasileño, y que, repartiéndolos por todo el continente y aun mas lejos, rompiendo en la expatriación el confinamiento patrioterico, ha ayudado a engendrar la semilla política de la futura patria latinoamericana. Su molde negativo lo plasma la integración policial de las dictaduras monopólicas entre si y los grandes espacios virreinales en que el imperio norteamericano quiere regimentar nuestras naciones. Su apremio práctico lo constituye la ausencia de cualquier posibilidad de apoyo estratégico de parte de los países socialistas y la necesidad de enfrentar el problema de la construcción de la fuerza militar revolucionaria desde un Angulo internacional. Su sino

histórico revive, en la magia de las analogías, las luchas de independencia contra el imperio español: tanto la güerilla de los Manuel rodríguez como el ejercito libertador de los San Martin.

xix) Decimonoveno, el carácter anticapitalista de la revolución chilena, que no puede realizarse sin ser a la vez antiimperialista y que no puede consolidarse sino a nivel continental, ha de especificarse, en sus modalidades particulares, en un programa revolucionario. Respecto a la naturaleza básica de este, es indudable que no ha de tratarse de un programa íntimo “mínimo” (como postula el maoísmo), pues su contenido no puede consistir en simples reformas “democráticas, nacionales y populares”. Tampoco ha de ser directamente un programa de construcción socialista proletario, ya que ello solo podría plantearse después de resuelto el problema del poder. Ni puede consistir en el programa “de transición” del trotskismo, escrito de una vez y para siempre en 1938, para todo país y toda época. Sino que tienes que ser un programa de construcción de poder proletario y popular y de destrucción de poder burgués, fundado en la realidad particular que vive Chile en esta etapa. En esencia puede apuntar pues, por un lado, a demoler los fundamentos sobre los que se asientan la dictadura monopólica chilena y su estado: el gran capital industrial, comercial, financiero, minero y agrario de la burguesía “monopólico-latifundista” y de las transnacionales, y las fuerzas armadas y demás aparatos burocráticos que componen en Chile el estado burgués. Y, por otro lado, debe orientarse a crear los cauces orgánicos, en especial las fuerzas armadas revolucionarias, a través de los cuales la masa de los trabajadores, constituida en clase y bloque social proletarios, pueda ejercer un poder estatal

sobre la utilización de los medios de producción, de su fuerza colectiva de trabajo y de los excedentes. Teniendo que recoger y sintetizar los intereses, no solo de la clase obrera, sino también de todos los sectores susceptibles de ser incorporados a su bloque social, de ser asociados a este como aliados o de ser neutralizados en la lucha contra el enemigo principal, el programa revolucionario debe, entre otras cosas, plantear caminos evolutivos de transición socialista para la pequeña empresa, tanto urbana como campesina, que no signifiquen su expropiación, sino que actúen por la vía del control obrero de la propiedad cooperativa, por el contrario, en el caso del gran capital, la regla ha de ser la expropiación

sin indemnización. Pero la forma concreta en que se tome en cuenta los intereses de las diversas capas populares no podría, naturalmente, ser definida de antemano. El programa revolucionario, en su formulación completa, no podrá ser si no el producto de la elaboración del propio bloque social proletario y de su expresión política. En ello jugara, sin duda, un papel importante la asimilación crítica de la experiencia adquirida por los trabajadores bajo el gobierno de Allende, en especial en lo referente al área de propiedad social, a la reforma agraria y al “poder popular”, así como, en un sentido negativo, a la necesidad de disponer de una política coherente y revolucionaria de “área de propiedad privada”, cosa que en la UP nunca tuvo, mas apresurase, sobre la base de esa experiencia, a escribir hoy detallados programas de gobierno, solo puede ocurrírseles a los que creen en la dictaduras esta “a punto” de ser derribada y que ellos están en primera fila entre los candidatos a integrar un “gobierno revolucionario provisional”, aunque solo sea en exilio. En realidad, bases programáticas generales como las más arriba esbozadas y que es posible y necesario ir especificando y levantando desde ya, solo pueden tener objeto, hoy en día, delimitar fronteras con las posiciones burguesas y servir de eje político de conglomeración al bloque social obrero.

xx) Vigésimo, los enemigos principales de la revolución chilena son, en la presente etapa, la gran burguesía criolla (financiera, comercial, industrial, minera y agraria) y el imperialismo yanqui, en especial las empresas transnacionales norteamericanas que operan en Chile. La manifestación concreta de estas fuerzas es hoy la dictadura monopólica. Las demás dictaduras monopólicas sudamericanas, íntimamente relacionadas

con la chilena, son también un enemigo de la revolución en nuestro país. El aniquilamiento de la acción de estos enemigos sobre suelo chileno sólo puede conseguirse mediante la destrucción hasta sus cimientos del aparato burgués de Estado, en particular de sus Fuerzas Armadas; y no mediante el mero desmoronamiento de su forma “militar-fascista”, como pretende el “verdadero malxismo-leninismo”. El nuevo Estado que los trabajadores construyan, si ha de dar origen a una transición socialista al comunismo, tendrá que ser un Poder de la masa de dichos trabajadores organizada en clase obrera y bloque social proletario, es decir, un Estado proletario y popular: lo que Marx denominó “dictadura

revolucionaria”(de clase)de los proletariados. Hablar de “Estados democrático-popular” o de “dictadura democrática, popular y nacional”, como hace el maoísmo, es en Chile un absurdo, pues aquí no se trata de una revolución democrática-popular, cual fue la de China, sino de una revolución proletaria. Utilizar tal término es hacerle el juego al “revisionismo” que, precisamente, ha escondido tradicionalmente bajo los nombres “democracia popular” y “democracia nacional” lo que no son sino formas diferentes del Estado burgués (como en Egipto) o reproducciones del Estado burocrático soviético (como Europa del Este). La UP, sin ir más lejos, afirma hoy en día querer construir un “Estado democrático, popular, nacional y revolucionario” y la DC utiliza la expresión de Mao Tsetung “nueva democracia”. Una política revolucionaria no puede sino rechazar la ambigüedad que tal lenguaje reviste en Chile.

xxi) vigesimoprimer, en el proceso de su reconstrucción revolucionaria y para la lucha anticipada contra de dictadura monopólica, la clase obrera (minera, urbana y rural) puede encontrar, en la actual etapa, diversos aliados estratégicos con los cuales construir un bloque social proletario que sea la fuerza motriz de la revolución chilena. Por un lado, y al igual que en la etapa anterior, están los llamados “pobres de la ciudad y el campo”, es decir, el subproletariado y semiproletariado, cuyo número se acrecienta hoy enormemente por efecto de la desocupación masiva y su institucionalización en el “empleo mínimo”, así como por la proletarización de sectores pequeñosburgueses empobrecidos, tanto urbanos como campesinado. Por otro lado, hay que tener en cuenta que el grueso de los sectores medios, que antes constituyó un bloque social autónomo, hoy en día es sólo un agregado que disminuye

tanto en volumen como en importancia ante el embate de la estrategia monopólica (con excepción de algunos estratos, como los pertenecientes a las Fuerzas Armadas). Si bajo Allende estos sectores cerraron filas detrás de la gran burguesía, en el presente son duramente golpeados por su dictadura, sin que tengan por delante ningún camino burgués y viable que seguir. De allí que, en franco proceso de empobrecimiento y descomposición, sea perfectamente posible que la masa de la pequeñoburguesía y capas medias converja en esta etapa a integrar un

bloque social único con el proletariado, en la medida en que escape al influjo de partidos burgueses como la Democracia Cristiana y en que la clase obrera construya una fuerza autónoma que pueda atraerla a su lado. Por último, el proletariado puede constar también, por cierto, como aliados estratégicos, a todos los individuos y grupos políticamente avanzados, cualquiera sea su procedencia de clase. Lo que, en cambio, es pura utopía, es creer que “fracciones consecuentes democráticas de la burguesía” puede luchar en Chile por objetivos revolucionarios, como postula la “línea de victoria para la resistencia proletaria y revolucionaria” editada por la Oposición “m-l” del MAPU (en su párrafo 62)

xxii) Vigésimosegundo, la construcción de los trabajadores en clase y bloque social proletariado ha de manifestarse también, naturalmente, a nivel político. El que ello se traduzca en la formación de un partido único o en la de un frente o bloque político de partido obrero y populares, dependerá del curso que siga el proceso de reconstitución y reconstrucción de la izquierda chilena, paralelo al de reconstrucción del movimiento obrero popular. En cualquier caso, la tarea de las organizaciones de cuadros revolucionarios –sean o no obreras- es la de luchar por que esos procesos sigan cause revolucionario, tanto abriendo con su acción los espacios políticos que lo permitan, como construyendo un eje político (programático y práctico) que pueda guiarlos o trabajando en los niveles conspirativos que requiere la lucha contra el Estado de la dictadura monopólica. La edificación de una expresión política revolucionaria del bloque social obrero, sea cual sea su forma (partido, frente, movimiento, etc., ha de ser en este orden de cosas el objetivo o estratégico a alcanzar. Para ello es preciso que las organizaciones de cuadros revolucionario planteen su actividad a partir de su naturaleza de clases y fuerza reales, a partir de de las relaciones efectivas que tengan con los trabajadores, sin

Ninguna mitología ni mistificación, no considerándose a sí mismas como “partidos proletarios”, ni sacrificio o ignorando los intereses prácticos que tienen los trabajadores de carne y hueso en aras de la idea que ellas se hacen de lo que “deberían” ser los intereses del “proletariado” en abstracto. La meta de estas organizaciones de cuadro revolucionario no ha de ser la de “ganar a las masas” para sí mismas ni la de imponerle su hegemonía, sino la de incorporarse ellas al proceso a través del cual los

trabajadores dejen de ser masa pasen a constituirse en clase y organización política. Sólo en esa medida podrá contribuir a que los proletariados se den a sí mismo una dirigencia y una política revolucionaria.

xxiii) Vigésimotercero, en las fases finales de la lucha contra la dictadura monopólica, cuando ésta esté ya en plena crisis y nos encontremos tal vez en el umbral de un periodo revolucionario, es probable que sectores de la burguesía intenten levantar una alternativa capitalista a la actual estrategia monopólica. Una tal alternativa, como cosa viable, es importante hoy en día ; pero esta imposibilidad puede cesar cuando la etapa se acerque a su término . En esas condiciones y sólo en esas, sería dable estudiar la conveniencia o no de establecer una alianza formal, de carácter táctico, con dichos sectores burgueses, para constituir un pacto o frente de lucha puramente antidictatorial (es decir, dirigido contra la forma “dictadura monopólica” de capitalismo chileno, pero no contra éste en sí mismo), sobre la base, claro está, de las más plenas autonomía estratégica del proletariado revolucionario. pero tales condiciones nos se dan hoy, ni es en absoluto deseable que se den, pues no es nuestro interés el suscitar alternativas burguesas a la estrategia de la Dictadura, sino el ganar al máximo de sectores para la alternativa revolucionaria, que es la única posible en la actualidad . El “frente antifascista” de carácter puramente antidictatorial no podría jamás un objetivo estratégico para los revolucionarios, y si algo parecido llega en el futuro a ser factible y necesario como objetivo táctico , so será sino porque la debilidad del proletariado revolucionario le impida imponer su propia alternativa antes de que sea viable el surgimiento de una alternativa burguesa. La política a seguir frente a los sectores medios, afectados hoy gravemente por la Dictadura, no ha de ser pues la de proponerles ninguna alianza política puramente antidictatorial, sino la de incorporarlos en la medida de lo

posible al bloque social proletario , bajo una conducción política anticapitalista . Si frente antidictatorial hubiese de haber con ellos, no podría ser pues sino sobre la base de que en su acción práctica y en las fuerzas reales que lo sustentasen (no solo en su “programa” escrito) fuese un frente anticapitalista y por un socialismo proletario . Las

relaciones con las bases del PDC y con los grupos que pueden desprenderse de su ala izquierda, han de fundarse en estas premisas.

xxiv) Y vigesimocuarto, la dictadura monopólica chilena es la dictadura de clase de la gran burguesía criolla asociada a las transnacionales. A través de ella, el gran capital monopólico, tanto chileno como imperialista, pone en práctica en nuestro país se estrategia de desarrollo dependiente –es decir, de subdesarrollo- enmarcación en el esquema virreinal sudamericano. El Estado de estas dictaduras de clase no es, por cierto, un “bonapartismo” ni “conservador” ni de ningún otro tipo. Tampoco es un simple régimen militar transitorio de esos que tanto han abundado en la historia latinoamericana. Pero allí ni ha de concluirse que se trate de un “fascismo” ni de algún engendro híbrido “militar-fascista”. “Razonar” así es propio del dogmatismo semirreligioso de los que creen que la aparición de fenómenos históricos nuevo y originales en un privilegio que sólo pertenece al pasado y que la historia presente y futura no puede hacer otra cosa que reeditar en versiones corregidas lo que la Santísima Trinidad (llámese ésta Marx Lenin-Mao o Marx-Lenin Trotski, e incluso Marx-Lenin-Dimitriv) ya definió de una vez y para siempre como “las únicas” posibilidades. Ubicados en el plano abstracto de la eternidad atemporal, estos “marxistas-leninistas” son incapaces de comprender que, así como el fascismo no ha existido desde el principio de los tiempos sino que nació en Europa en las primeras décadas de este siglo, así también la dictadura monopólica, como fenómeno nuevo y original, puede nacer también den la década de 1970 en América Latina, sin que tenga que haber existido antes algo semejante que les evite el trabajo de pensar por sí mismos. El Estado de la dictadura monopólica, si bien puede tener ciertos rasgos similares al fascismo (como este último los tuvo similares al bonapartismo), no es fascismo alguno. Para darse cuenta de ello basta fijarse en que no se asienta en ningún movimiento de masas pequeñoburgués, sino por el contrario, es una dictadura que también pesa

sobre la pequeño burguesía. Que no pone en práctica ningún capitalismo monopólico de Estado, sino al revés, surge ante el agotamiento definitivo de la forma “monopólica de Estado” que estaba vigente en Chile desde los

años 30. Que no favorece el desarrollo nacional de la burguesía de país, sino a la inversa, la somete totalmente al capital extranjero imperialista. Que no integra orgánicamente a los obreros a su propio proyecto burgués, sino al contrario, destruye su organización y los excluye. Si alguna vez ha habido fascismo en América latina, ha sido en el decenio de Perón en Argentina y tal vez bajo el MNR en Bolivia, en ambos casos con un contenido progresista: porque populista y popular, porque estatista desarrollista, porque nacionalista antiimperialista y porque apoyado en la clase obrera, como no puede dejar de ocurrir cuando se quiere trasplantar al fascismo a un país periférico. Llamar “fascista” a la actual dictadura chilena es atribuible a un carácter popular que de ninguna manera tiene; es desdibujar su naturalidad de extrema derecha. Y es hacerle el juego a la gran “alianza antifascista” que quiere establecer el reformismo con la democracia Cristiana. La dictadura monopólica chilena y su Estado (lo que hemos resumido en este escrito como “la Dictadura”) es un fenómeno sui géneris cuya caracterización no puede hacerse recurriendo a viejos conceptos, sino creando el concepto nuevo que de cuanta de su contenido original. El gobierno actual de la Dictadura es la Junta de Pinochet; pero el Estado de la dictadura monopólica, que es la forma particular de Estado burgués existente en esta etapa, puede naturalmente admitir en el futuro otros gobiernos, sin que por eso deje de existir la Dictadura. El que ello pueda acompañarse de cierta “apertura democrática”, incluso con algún presidente civil, depende del grado de consolidación que le modelo estratégico de los monopolios alcance y del grado de normalización que pueda adquirir la represión que le es inherente. Pero cualquiera sea el gobierno, el contenido fundamental de la Dictadura será siempre el reseñado en el párrafo 4.

174. Desde el punto de vista estrategicotáctico, o sea, táctico general, táctico de trascendencia estratégica, o en otras palabras, referido a la fase actual de la lucha de clases dentro de la etapa de la dictadura monopólica, es preciso tener en cuenta lo siguiente:

- a) Primero, lo que define a la presente fase es que, en el escenario político, la contraposición de primer plano se da entre la fracción oligárquica o “pelucona” de una gran burguesía, representada hoy por la Junta de Pinochet, y su fracción monopólica industrial ligada al mercado interno, representada hoy por la Oposición burguesa. Estas son pues, actualmente, las fuerzas sociales y política principales, o sea, más poderosas. En cambio, los obreros y demás sectores populares no constituye una fuerza autónoma apreciable, ni tampoco, por consiguiente, los partidos de izquierda que los representa. En cuanto a los sectores medios, no tiene alternativa propia y en su mayor adhieren hoy a alguna de las fracciones en que divide la gran burguesía. La contradicción de intereses al interior de esta última no se refiere a la estrategia de la dictadura monopólica, sino a la táctica para llevarla adelante.
- b) Segundo, el enemigo principal –es decir, más fuerte- de los trabajadores, en esta fase, es el bando burgués que lidera el gran capital “pelucón” o “portaliano” y que esta compuesto por los sectores financieros, agrarios, mineros y ligados al comercio exterior (incluyendo a la industria de exportación) de la clase capitalista. A él se asocia también la oficialidad superior de la Fuerzas Armadas y un reducido sector de la pequeñoburguesía y capas medias, así como el capital transnacional, fundamentalmente yanqui. Su expresión política es la Junta. La oposición burguesa es, en cambio, para los trabajadores, un enemigo secundario.
- c) Tercero, en la medida en que existan organizaciones revolucionarias, el objetivo táctico central de su actividad durante la actual fase no puede ser sino al abrir el espacio político que cree condiciones favorables a la reconstrucción revolucionaria del movimiento obrero popular y de organizaciones políticas proletarias, de manera que los trabajadores, avanzando cualitativamente por el camino de su reconstitución en clases y bloque social, puedan comenzar a ser una fuerza revolucionaria, irrumpiendo así de nuevo autónomamente en el escenario político chileno. Este objetivo ha de entenderse en la perspectiva estratégica explicada en el párrafo 173, punto ii, iii, iv.
- d) Cuarto, alcanzar el objetivo indicado en el punto precedente supone que las organizaciones revolucionarias –en la medida en que exista realmente como tales- lleven a cabo, durante esta fase, las siguientes tareas esenciales.

que han de considerarse en su conexión mutua, es decir, como una totalidad, ya que son interdependiente:

- Reivindicar, en la agitación y propaganda, los elementos fundamentales de un programa revolucionario (ver párrafo 173, punto xix) que apunte a destruir la dictadura monopólica y a constituir en su reemplazo un Estado proletario y popular, desenmascarando el carácter monopólico de la Oposición burguesa

- Luchar, junto a los trabajadores y a sus organizaciones de masas, por la estabilidad del empleo y la creación de fuertes de trabajo, contra el cierre de empresa, los despidos y en general la desocupación y cesantía; por la defensa de las conquistas ya adquiridas; contra las alzas y por reajuste adecuados; por el control de precios de los artículos de primera necesidad y de consumo popular; por la creación de “comedores populares” y similares; por el otorgamiento de créditos a la pequeña empresa; por la defensa de la Reforma Agraria; y, en suma, contra el hambre, por el trabajo y el pan.

- Luchar, junto a todos los sectores del pueblo, por las liberaciones y derechos democrático (de huelgas, de negociación colectiva y en general sindicales, de reunión de enseñanza y creación intelectual, de prensa, de asociación política, etc.), por los derechos humanos, el fin del toque de queda y del estado de guerra interna, la disolución de la DINA, el término de las torturas, la libertad de los presos políticos, la clarificación de la situación de los “desaparecidos”, la defensa del patrimonio cultural y, en síntesis, por la y la justicia.

- Luchar, sobre la base de lo anterior, por la caída de la Junta, en la perspectiva del derribamiento de la Dictadura.

- Colaborar a la reorganización del movimiento sindical y demás organizaciones de masas permitidas o toleradas; (entre otras a la organización de desocupados) y a la vinculación socialista y acción conjunta de estas organizaciones entre sí, en la perspectiva estratégica que expone el párrafo 173, punto iii y v (letra b).

- Crear e impulsar la creación – en todos los frentes de masas en que sea posible- de comités clandestinos de base insertos en los organismos tolerados o permitido por la Junta, con el propósito principal de que ejecuten las tareas enumeradas más arriba (utilizando para ello los medios legales, semilegales e ilegales que estén a su alcance), dando así una orientación revolucionaria a sus
lucha; en la

Perspectiva estratégica indicada en el párrafo 173, punto xxi y xxii.

- Combatir a la Dictadura y a su gobierno actual mediante la actividad clandestina de las organizaciones de cuadros revolucionarios, inclusive acciones armadas (realizadas por grupos especializados, no por “las masas”), buscando directamente o indirectamente obtener la satisfacción de necesidades mínimas de los trabajadores, castigar a los culpables notorios de tortura, crímenes y soplónaje, amedrentar a los responsables directos de la represión, informar revolucionariamente a la masa de la población, lograr efectos de propaganda, conseguir recursos financieros y, en general, levantar públicamente un eje revolucionario de referencia y abrir cauces de acción a una lucha autonomía de los trabajadores contra la Junta. Todo ello dentro de los marcos estratégicos señalados en el párrafo 173, puntos v (letra a) y xxii, y cuidando de no dañar las fuentes de trabajo ni exponer a represarías a los frentes de masas.

- Infiltrar y penetrar las Fuerzas Armadas de la Dictadura para realizar en su seno labores de información de agitación y de organización clandestinas en la perspectiva estratégica contenida en el párrafo 173, puntos iv y v (letra c).

-Organizar los exiliados con el fin de que, en la medida en que ello sea factible, ayuden desde el exterior a la realización de las tareas anteriores.

- Echar las bases, en el exterior, de estructuras de apoyo revolucionario en los terrenos financieros e internacional, en la perspectiva estratégica señalada en el párrafo 173, puntos v y viii al xviii.

- Y, para fortalecer la ejecución de las tareas anteriores, poner en práctica una política revolucionaria de alianza (ver puntos f en adelante)

e) Quinto, la formación de “comités de resistencia”, “comisiones obreras” o como quieran llamarse, sólo puede tener sentido práctico revolucionario si se los entiende como comités clandestinos de base, con el carácter indicado en el punto anterior. Tales comités no tienen por qué estar integrados, necesariamente, por militares revolucionarios, ni ha de concebírseles como meros aprendices partidarios; sino que deben tender a ser organismos

unitarios y políticamente amplios. Pero sólo cumplirán cabalmente su cometido si su acción se guía por una política revolucionaria.

-150-

Ello requiere que no se los conciba como órganos de base de ningún frente “antifascista” (o sea, puramente anti-Junta). Y que se termine con el mito de que pudiera realizar tarea político-militares y ser con ello “la columna vertical de la Resistencia” por sí solos. Como núcleos clandestinos de orientación política insertos en los frentes de masas, es probable que en alguna fase posterior, no en ésta, cuando la acción de una fuerza militar revolucionaria haya ya puesto en marcha un proceso de guerra civil, estos comités puedan jugar algún papel en incorporar a las organizaciones de masas –que por naturaleza sólo pueden ser públicas- a dicho proceso, preparando su lucha insurreccional. Pero ni ahora ni mañana puede ser ellos, en sí mismo, embriones de ningún “comité de defensa”, “milicia” ni “comando”; ni menos puede soñarse con que vayan a derribar a la Junta o a la Dictadura. Lo cual no obsta para que los grupos armados de cuadros que creen las organizaciones políticas revolucionarias puedan vincularse o coordinarse, en su acción, con determinados comités clandestinos de base. Ni impide que estos comités puedan y deban colaborar, vinculándose entre sí, a que también se relacionen mutuamente organismos de masas diferentes, contribuyendo con ello tanto a la reconstrucción del movimiento sindical como a obtener de otra manera algunos de los resultados de unificación de luchas que en el pasado consiguieron los cordones industriales y comandos comunales. En fin, los comités clandestinos de base pueden ser importantes vehículos de reclutamiento, agitación y educación revolucionarios; pero su misión esencial ha de ser la de dar orientación política a las luchas que desarrollen los organismos de masas, en la perspectiva de la reconstrucción revolucionaria del movimiento obrero y popular y de su expresión política.

- f) Sexto, los revolucionarios y la Oposición burguesa tiene, en la actual fase, un mismo enemigo principal: la Junta. Pero no tienen ni puede tener un mismo objetivo central. La Oposición burguesa –encabezada hoy por el freísmo y cuyo exponentes principales son la Democracia Cristiana y la Iglesia- se propone como objetivo central derrocar a la Junta, pero para mejor gobernar la Dictadura. El hecho de que alcanzarse tal objetivo significaría –transitoriamente al menos- un cierta “apertura democrática” y algún mejoramiento de los ingresos reales de los trabajadores, tendientes a morigerar la contracción de mercado interno y a crear condiciones política nacionales e internacionales más favorable al nuevo tramo de la estrategia monopólica que es ya posible comenzar a recorrer. Tanto la “apertura

democrática” como el aumento de los ingresos reales, por pequeños que pudieran ser, convenientes y deseables para los trabajadores; lo mismo que, en general, la caída de la Junta. Pero, al mismo tiempo, no es conveniente ni deseable el que la Dictadura siga sin obstáculos su marcha por el camino de la consolidación; ni pueden los revolucionarios hacer suya tal perspectiva política. Tampoco es posible competir con la Oposición burguesa por el derrocamiento de la Junta, pues los trabajadores y sus representantes políticos no tienen la fuerza necesaria para ello, ni mucho menos. El objetivo táctico de las organizaciones revolucionarias en esta fase ha de ser pues otro: el señalado más arriba, en el punto c. aprovechar, en función de la reconstrucción revolucionaria del movimiento obrero y popular y de su expresión partidaria, el espacio político que abriría la eventual caída de la Junta por la obra de la Oposición burguesa, existiría oponerse frontalmente al gobierno que esta última pudiera construir entonces. Aprovechar hoy, en función de un objetivo revolucionario, la lucha de la Oposición burguesa contra Pinochet, exige pues rechazar desde ya cualquier eventualidad de apoyo a un tal gobierno y demarcar, de la manera más nítida y pública, las fronteras políticas que separan a los revolucionarios de la Oposición burguesa; fronteras que se manifiestan en la práctica en las tareas esenciales, los métodos principales y la perspectiva estratégica de la lucha contra la Junta.

- g) Séptimo, no pudiendo existir, entre los revolucionarios y la Oposición burguesa, ni el objetivo táctico central común, ni una perspectiva similar hacia el futuro, ni un acuerdo general sobre los métodos de lucha, ni tareas globales coincidentes, no es posible tampoco formar en común ningún frente anti-Junta, llámese “amplio”, “antifascista”, “antidictatorial” o de cualquier otra manera. Lo cual no es óbice para que, habiendo un enemigo común y algunas tareas similares, sea posible y necesario establecer ciertos acuerdos puntuales para acciones conjuntas o para coordinar determinadas luchas. Pero ello no puede implicar una alianza formal, global ni estable. Bien decía Marx que para luchar contra un enemigo común no se necesita de ninguna alianza especial de este tipo. A veces, ciertamente, aunque no sea indispensable, un “frente” conjunto puede ser conveniente; pero no es este caso, pues ello significaría en la práctica subordinarse totalmente a la estrategia monopólica, que es lo que precisamente se trata de combatir. Por lo demás, las pretensiones de la izquierda reformista de

aliarse con la DC en la perspectiva de un frente conjunto de gobierno son ridículas, desde que ella no tiene ninguna fuerza propia capaz de derribar a la Junta e interesar con ello a la Democracia Cristiana (en este sentido lo consigna “gobierno provisional” sólo sirve hoy día para llevar aguas al molino del freísmo, que es el único que puede aspirar a forma un nuevo gobierno civil en la actualidad). Más de tres años de palabrería sobre el frente UP-DC han dejado en evidencia que la DC no se interesa en él. Y si la situación puede, tal vez, modificarse en el futuro, es sólo porque la DC misma se enfrenta más y más a su endeblez básica, a su incapacidad para desplazar a Pinochet, después de haber constatado la imposibilidad de llegar a un acuerdo con él (ver párrafos 167 y 168)

- h) Octavo, lo recién dicho vale, sin embargo, sólo para la DC como partido integrante de la Oposición burguesa, es decir, para las relaciones con su dirección. Otra cosa son los trabajadores democratacristianos y los sectores medios que arrastra tras sí el freísmo. A éstos debe invitárselos, como individuos y como grupos, a incorporarse a las tareas revolucionarias, sin exigirles para ello el renunciar a su militancia eventual en la DC; pero no para formar con ellos ningún frente puramente anti-Junta, si no en la perspectiva indicada en el párrafo 173, punto xviii (al final).

- i) Noveno, la izquierda reformista –encabezado por las direcciones exteriores del PC, PS y PR- no representa en la eventualidad ninguna alternativa propia. Su estrategia estatista burguesa, que comparte con las personalidades del ala izquierda DC, no tiene en esta etapa viabilidad alguna (ver párrafos 43,53 y 143 al 147) y si insiste en ella es sólo por un natural instinto ideológico de conservación política. De allí que esté obligada plegarse a algunas de las alternativas realmente posible. Como en la fase actual la opción revolucionaria no significa ninguna fuerza posible apreciable, no es tampoco un polo de atracción para la izquierda reformista. En cambio, sí lo es la Oposición burguesa, que se le aparece como la única tabla de salvación, a la cual busca aferrarse desesperadamente. Así se explica que toda su política se base hoy día en lograr cualquier precio un “frente antifascista” en el cual el freísmo se digne a tomarla en cuenta. Y que ha ya recobrado vida su ala socialdemocracia (en el PR y PS), que cree estar en condiciones privilegiadas para entenderse con el freísmo.

- j) Decimo; hoy en día los revolucionarios no pueden formar ningún frente común

-153-

(ninguna alianza orgánica programática y global) con la izquierda reformista, pues cualquiera fuese su nombre y el revolucionarismo verbal de su programa, tal frente sólo podría basarse en la subordinación lisa y llana, en los hechos, a la Oposición burguesa, que es la única fuerza que el reformismo considera capaz de sustentarlo, puesto que la izquierda revolucionaria ni siquiera existe hoy, como realidad práctica, con el carácter de tal. Sin embargo, en el futuro, cuando la alternativa revolucionaria haya dejado de ser sólo contingencia dudosa y los revolucionarios haya logrado ya construir una fuerza propia suficientemente grande como para representar una amenaza práctica para la Dictadura, entonces es probable que las organizaciones revolucionarias puedan arrastrar a su lado, en un frente común, a la izquierda reformista, o al menos a parte de ella, tanto más cuanto que la Oposición burguesa no podría jamás satisfacer las aspiraciones de las bases de los partidos obreros reformistas. Pero la única manera de acercar la realización de esta perspectiva futura es separándose hoy claramente de los partidos reformistas, denunciando la subordinación de sus direcciones a la Oposición burguesa, trabajando por construir una fuerza revolucionaria autónoma y rechazando en este momento todo frente común. Lo cual no significa rechazar toda alianza. Por el contrario, el terreno de coincidencias con el reformismo es mucho más amplio que con la Oposición burguesa, tanto en el plano de las tareas y de la perspectiva más allá de esta fase como en el hecho de que no es sólo la Junta quien representa para él un enemigo, sino también la Dictadura, por más que hoy pueda no querer verlo claramente. De allí que, en la medida en que ello resulte factible, sea conveniente y necesario establecer con el reformismo una alianza parcial, sobre la base de una plataforma de lucha y para cumplir determinadas tareas; pero sin que ello implique reanudar a criticarlo públicamente, ni limitarse sólo a esas tareas, ni establecer ninguna estructura orgánica de dirección o representación política conjunta (sólo una coordinación para objetivos precisos), ni en general, confundirse con el reformismo en ninguna unidad indiscriminada "de toda la izquierda". La condición de posibilidad de una alianza parcial de este tipo es, naturalmente, que las organizaciones revolucionarias existan previamente como tales, en la acción práctica y no sólo en las intenciones.

- k) Undécimo , mantener una posición de absoluta independencia y clara diferenciación política frente a la izquierda reformista no debe significar, sin embargo ninguna actitud sectaria respecto a los militantes de sus

Partidos. En primer lugar, hay que considerar que estos últimos mantienen una importancia influencia sobre los trabajadores en Chile. El P, en particular, conserva una base proletaria considerable y no ha perdido dentro del país su carácter de partido obrero. En segundo lugar, se trata de partidos en crisis, lo que es común a toda la izquierda pero reviste especial trascendencia cuando es la perspectiva estratégica misma de estas organizaciones la que resulta inviable. En tercer lugar, nos son lo mismo las direcciones superestructurales de la izquierda reformista en el exterior que la organización real en Chile. Por todo esto, el rechazo a formar hoy en día un frente común con los partidos reformistas debe entenderse en relación a sus direcciones que buscan matrimonio con la Oposición burguesa, sobre todo en el exterior; pero no con respecto a la base y a sectores determinados que en Chile, sin haber roto con sus organizaciones, se plantean en una perspectiva diferente. Buscar la integración de todos los militantes y simpatizantes de la Izquierda a las tareas revolucionarias es, por cierto, la mejor manera de preparar el terreno a una futura alianza entre sus partidos sobre bases revolucionarias.

l) Duodécimo, la Unidad Popular no es hoy día, como lo fue antes, una expresión política del bloque social obrero, ni en su realidad actual ni en perspectiva. Ni el poderío de las dirigencias UP de hoy se basa en la fuerza organizada de la clase obrera chilena ni su acción ayuda a incrementar esa fuerza como algo independiente. Tampoco es la UP un representante de los intereses prácticos de clase de los trabajadores chilenos. La UP de nuestros días es en realidad sólo un andamiaje artificial, un cascarón vacío de valor más que nada simbólico a través del cual la izquierda reformista busca exhibir una apariencia de fuerza en sus negociaciones con la Oposición burguesa. Participar en la UP –sea o no “superior”, incluya o no al MIR– equivale actualmente a subordinarse al reformismo y, por su intermedio, a la Oposición burguesa (ver párrafo 69). “Subordinarse” no es, claro, algo que “por principio” sea inaceptable; en determinadas circunstancias puede ser algo tácticamente conveniente y necesario. Pero no cabe duda de que tales circunstancias no son las que se dan ahora respecto a al reformismo. La UP de 1977 no tiene nada que ver con la de 1970, ni en su carácter de clase, ni en su valor como instrumentos político desde un punto de vista revolucionario, ni en lo que representa como fuerza efectiva, ni en la perspectiva estratégica y táctica en que se plantea. Los revolucionarios deben rechazar toda participación en esta UP de hoy, al igual que en alguna “unidad de

toda la izquierda” que tenga su mismo carácter, es decir, el carácter de un frente estratégico y programático con el reformismo.

m) Y decimotercero, la llamada “izquierda revolucionaria” (es decir, el MIR, el MAPU, la IC, la Coordinadora Nacional de Regionales del PS, la Liga Comunista y otros grupos menores) es sin duda el suelo fundamental en el cual pueden germinar y desarrollarse organizaciones de cuadros revolucionario capaces de dar realidad práctica al rumbo estratégico y táctico esbozado más arriba. Desde este punto de vista, la formación de un frente o “bloque político revolucionario” que incluya a todos o la mayoría de los partidos de nuestra izquierda “revolucionaria”, agrupando así al ala izquierda de la Izquierda separadamente de su ala derecha (o sea, el reformismo) sería un paso adelante, pues facilitaría el proceso de transubstanciación y lucha interna a través del cual puedan ir surgiendo, desde el seno de la vieja Izquierda, los gérmenes de auténticas organizaciones revolucionarias. Pero la simple unidad de las actuales organizaciones “revolucionarias” en un “bloque” no puede constituir por sí sola ninguna alternativa real frente al reformismo (ver párrafo 54 al 65 y 89). De allí que, más que desgañitarse pidiendo a sus respectivas dirigencias que armen “bloques”, lo que los revolucionarios de nuestras diversas organizaciones deben hacer es ir construyendo por sí mismo un eje político de reagrupación revolucionaria que pueda ser útil a los que militan en la izquierda “revolucionaria” como a los que, sin ser reformistas ellos mismos, lo hacen en la izquierda “reformista”.

175. Desde un ángulo táctico propiamente tal, es decir, referido a la coyuntura concreta que dentro de la actual fase vivimos, sería una vergüenza querer establecer aquí orientaciones mayores, puesto que esa coyuntura es de una lucha de clases que se desarrolla en Chile y son sólo los compañeros del interior los que puede decir, con fundamento, algo al respecto. Lo único que podemos y debemos afirmar es que, al menos aquí en el exterior, lo esencial en este momento es echar las bases que puedan ir fundando el eje de reagrupación revolucionaria mencionando en el párrafo precedente. Y que, naturalmente, ello no puede hacerse sino en función de las tareas prácticas señalada en el párrafo 174, punto d, y en los marcos de la perspectiva estratégica que indica el párrafo 173.

176. Todo lo dicho no constituye una línea política acabada, ni lo pretende.

Tampoco consideramos como definitiva la formulación de las tesis anteriores. Ni creemos que estén totalmente libres de fallas. Pero sí estamos convencidos de que dichas tesis delimitan, aproximadamente al menos, el espacio de posibilidad de una línea política revolucionaria, hoy y en Chile. Y que marcan también gruesamente el rumbo por el cual debemos orientar nuestra acción. Es por eso que pensamos que el MAPU no tiene ningún futuro revolucionario si no sigue un camino político compatible con ese rumbo y al interior de ese espacio. Más aún, creemos que esa a sido, históricamente, la dirección hacia la cual ha apuntado nuestro partido desde su fundación y que fue señalada más claramente en su Segundo Congreso. A pesar de todas las ambigüedades y vaivenes que la acción del MAPU ha tenido y que son, en parte importante, el precio a pagar por intentar abrir rutas originales adaptadas a la realidad concreta de Chile, en vez de sumarnos fácilmente al PC o al MIR (como fue la aparente disyuntiva en un comienzo) y en vez de adherir a las iglesias marxistas-leninistas del trotskismo, del maoísmo o del “revisionismo”, como quisieran algunos ahora. De allí que, si la profunda crisis actual de nuestro partido ha de ser superada en sentido revolucionario, no parezca que quieren imponerle la Dirección oficial, por un lado, y la Oposición “m-l” por otro lado. Posiciones que son ambas “liquidacioncitas” en la medida en que liquidan lo que ha sido el proyecto histórico de nuestros partidos, sacrificándolos en el altar, ya sea del “revisionismo” en el primer caso, ya sea del maoísmo en el segundo caso. El MAPU no es hoy alternativa revolucionaria; pero está en condiciones, por sus características y por su trayectoria previa, de jugar un papel muy importante en la construcción de una tal alternativa. Siempre y cuando sepa hoy día, en este momento crucial de su existencia, los senderos políticos adecuados.

ALBERTO SERRANO CASTRO

Enero de 1977.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>).

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

El [archivochile.com](http://www.archivochile.com) no tiene dependencia de organizaciones políticas o institucionales, tampoco recibe alguna subvención pública o privada. Su existencia depende del trabajo voluntario de un limitado número de colaboradores. Si consideras éste un proyecto útil y te interesa contribuir a su desarrollo realizando una DONACIÓN, toma contacto con nosotros o infórmate como hacerlo, en la portada del sitio.

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).